

ELLOS VIENEN A MORIR

LA  
MANSIÓN  
DE LAS  
FURIAS

MADELEINE ROUX

AUTORA BEST SELLER DE LA SAGA ASYLUM



LA  
MANSIÓN  
DE LAS  
FURIAS

MADELEINE ROUX

Traducción: Julián Alejo Sosa



## Louisa Ditton no tiene a donde ir.

Está sola y asustada. Acaba de escapar de un internado, en donde el castigo era la lección del día. Cuando conoce a una anciana que le ofrece trabajo en una vieja mansión que funciona como hotel, Louisa cree que finalmente está dejando esa vida llena de "lecciones" atrás. Pero ni bien llega a Coldthistle House, se da cuenta de que la mansión esconde secretos muy oscuros...

Lejos de ser un sitio para descansar, Coldthistle House es un lugar en donde te juzgan. Y su misterioso amo, el Sr. Morningside, junto a sus empleados aplican los castigos más terribles a aquellos que cometieron errores en el pasado. Hasta Lee, un joven que es distinto a los otros huéspedes y que brilla por su carisma y simpatía, parece estar en peligro.

Louisa quiere salvarlo y advertirle sobre el peligro que se esconde en la mansión, pero ¿puede confiar realmente en él? ¿Cómo puede estar segura de algo en un sitio en donde todos tienen un pasado siniestro?



MADELEINE ROUX NOS VUELVE A DELEITAR CON UNA SERIE DE TERROR GÓTICO, QUE INCLUYE FOTOGRAFÍAS E ILUSTRACIONES PARA DARLE VIDA A UNO DE LOS SITIOS MÁS TENEBROSOS...

*Para Jane Austen, a quien seguramente no le suelen dedicar muchos libros relacionados con lo paranormal.*

*Para Smidge, que definitivamente es un sabueso del infierno en la vida real.*

*Y para Ren, quien pudo sacar la espada de la piedra.*

*Aquellos que juegan  
con los juguetes del diablo  
avanzarán lentamente  
para empuñar su espada.*

—R. BUCKMINSTER FULLER

*Yo soy Ira.*

*No tuve padre ni madre;*

*salí de la boca de un león*

*con apenas media hora de vida,*

*y desde entonces he recorrido de aquí para allá*

*por el mundo, con mis estoques, hiriéndome a mí mismo*

*cuando no había nadie con quién pelear.*

—CHRISTOPHER MARLOWE,

DOCTOR FAUSTUS

## Norte de Inglaterra. 1810

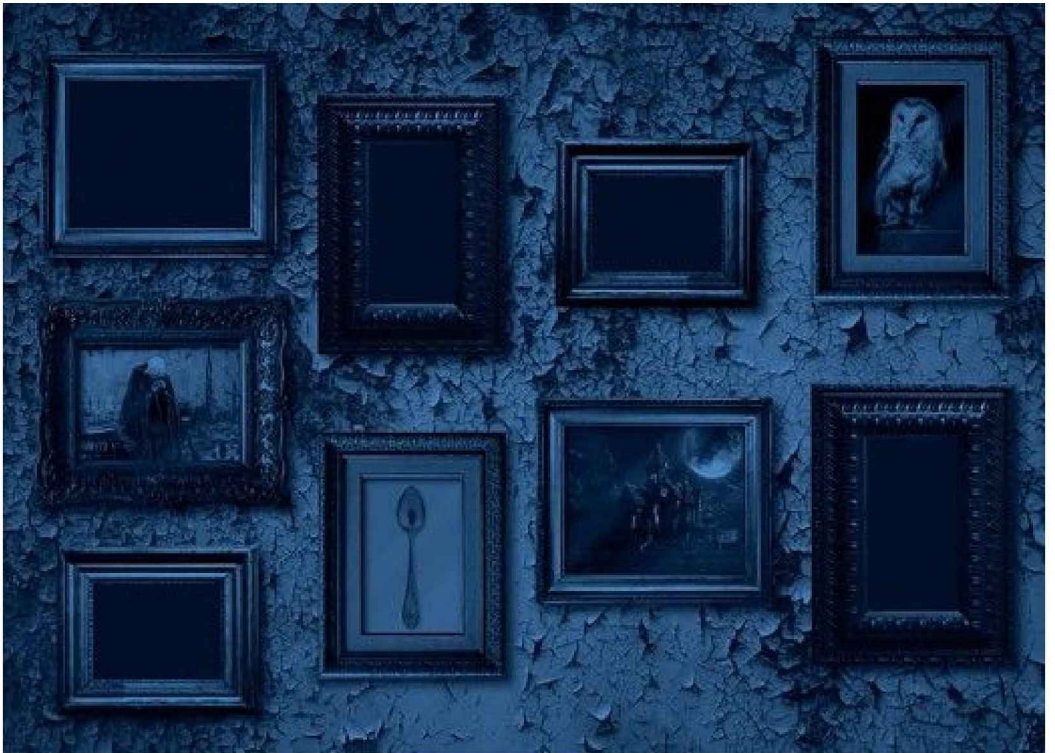


mi nombre es Louisa Rose Ditton. Trabajo y vivo en la Coldthistle House, una residencia para huéspedes y viajeros. Una residencia cuyo dueño es el Diablo.

La reacción habitual de la gente (y la mía un tiempo atrás) es sentir ira si eres del tipo moral, o dar una carcajada de escepticismo si no lo eres. Pero te aseguro (te prometo) que es la verdad. El Diablo es el dueño de esta mansión y de cada una de las personas que aquí viven. Las paredes son suyas, los jardines, también. La comida que nos mantiene con vida y los dulces que comemos por placer; todo le pertenece a él y nos lo presta solo para su propio disfrute.

No es una vida dura cuando eres alguien como yo. Una extraña, una foránea y, algunos se atreverían a decir, una Sustituta. Todos somos extraños y estamos malditos en la Coldthistle House y, con el pasar de los días, nos volvemos más extraños y malditos. El único requisito para obtener un empleo aquí es realizar bien tus tareas, sin ninguna queja. Mi puesto en particular es el de anfitriona y criada. Les doy la bienvenida a los huéspedes, limpio sus habitaciones y, cuando llega el momento de sus inevitables e inoportunas muertes, ordeno el desastre que queda.

Él cuida de nosotros (el Diablo) y, a cambio, hacemos todo lo que nos ordena. Cocinar, limpiar, barrer, reparar y asustar hasta la muerte a los canallas, villanos y ladrones que se acercan a la puerta de la Coldthistle House.





# Capítulo Uno

Malton, Inglaterra  
Otoño, 1809

**E**l camino a la Coldthistle House era oscuro y peligroso. Así lo describía la mujer que me llevó hasta allí. La lluvia inglesa caía tan lenta y firmemente como la carreta.

Me encontró en el mercado de Malton, donde yo solía leer el futuro y las manos por solo unos centavos. Ese trabajo me hizo ganar muchos insultos y miradas de repudio por parte de los transeúntes que pasaban caminando cerca de mí, quienes, en su mayoría, eran personas muy religiosas capaces de advertirle al pastor de mi presencia y quedarse observado cómo me echaban de su pueblo. Pero los centavos, incluso esos que gané de manera deshonesto, servían para alimentarme.

Leer el futuro no es algo fácil. Por el contrario, parece sencillo, pero para predecir la fortuna de una persona y ser convincente, uno debe hacer que todo el asunto fluya con tanta naturalidad como un río sinuoso. En verdad, es cuestión de leer lo que se oculta en los ojos de las personas, en su respiración, en sus desvíos de miradas, en su forma de vestir y de caminar, y en la manera en que entregan sus monedas.

Me encontraba en mi última sesión de la mañana, cuando la anciana se topó conmigo. El día que hay mercado siempre habrá vendedores, no importa si llueve o está soleado. Este en particular era otro día gris y húmedo en una temporada depresiva de largos días lluviosos. Nadie se quedaba cerca. Nadie, excepto yo, al parecer, y yo no tenía las razones honestas de los granjeros y artesanos que allí vendían sus mercancías.

La chica frente a mí se sonrojó y mantuvo su cabeza bajo una densa bufanda de

lana. Combinaba con su vestido liso y amplio, y con el abrigo que llevaba sobre este. Pequeños tramados de lana amarilla y gris se asomaban a través del tejido. La muchacha tenía una expresión elegante. Soñadora. Sus mejillas adquirirían un tinte cada vez más rojizo mientras le hablaba sobre su futuro.

–Ah, ya veo. Hay amor en tu vida –le dije con suavidad, imitando su expresión. Un viejo truco, barato pero eficaz. Cerró los ojos y asintió. Los maestros de la escuela Pitney habían logrado eliminar por completo el acento de mi voz, pero en ese momento, lo dejé salir, dejé que el suave tinte del acento irlandés iluminara las palabras de la forma en la que esta chica quería que sonaran. Rosas y púrpuras, tan vívidas como sus mejillas–. Pero no es nada seguro, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabes? –susurró y sus ojos se abrieron asombrados.

*No lo sabía.*

Soñadora. Buscadora.

Las chicas de esa edad (mi edad) son como un mapa abierto. En Pitney, intercambiaba estas predicciones por dulces o libros, corriendo el riesgo de ser castigada con la vara o algo peor.

–Su familia no aprueba la relación –agregué, estudiándola detenidamente.

La expresión de la joven se tornó triste, y sus manos con guantes se tensaron sobre las mías, con una nueva sensación de desesperación.

–Dicen que no soy digna por tener un criadero de cerdos. ¡Pero nunca pasamos hambre! Son demasiado pretenciosos y, encima, ¡todo por unos cerdos!

–Pero él es tu verdadero amor, ¿no es así? –no pude evitarlo. Tanto como necesitaba los centavos para comer, y comer para seguir con vida, también necesitaba esto. Tener el poder. ¿Funcionaba siempre? No. Pero cuando funcionaba...

La chica asintió, remojando sus labios y tratando de encontrar mi mirada.

–Haría cualquier cosa por él. Cualquier cosa. Ah, si tan solo pudieras ver a Peter. ¡Si tan solo pudieras vernos juntos! Me trae manzanas para el almuerzo; manzanas que compra con su propio dinero. Incluso, me escribió un poema, el

poema más dulce.

–¿Un poema? –bueno, entonces estaban prácticamente casados. Le esboqué una sonrisa con reserva—. Siento que hay futuro para ambos, pero no será fácil de alcanzar.

–¿No?

–No. Hay un camino muy difícil por delante, pero si te arriesgas, tendrás la mejor de las recompensas –su boca se abrió un poco, la pobre estaba desesperada, y dejé que mi sonrisa se desvaneciera lentamente para decirle su destino—. Darse a la fuga es su única esperanza.

Escapar. Una elección que probablemente terminara con los dos amantes rechazados por sus familias y la sociedad. Él posiblemente tendría más oportunidades en su vida y conseguiría otra esposa, pero ella, no. Las palabras me quemaban la garganta al pensar eso. *¿Por qué le dirías eso a la chica, Louisa?* En ese momento, se sentía diferente, incluso me provocaba malestar haberme sentido victoriosa cuando lograba engañar a mis pretensivos compañeros en Pitney.

Los ojos de la joven se abrieron, alarmados.

–¿Fu...? ¿Fuga?

A juzgar por la forma en que lo preguntó, sonaba como si lo que había dicho fuera una maldición.

–O buscar otro amor –agregué inmediatamente. Así es. Bastante bien. Le ofrecí una alternativa, y eso me hizo sentir menos culpable por tomar sus centavos. La forma casual con la que le ofrecí esa opción provocó que hiciera una mueca de dolor. Al parecer, la joven no creía que el verdadero amor fuera algo para desperdiciar, al igual que yo—. Pero eso ya lo sabías.

–Claro que sí –murmuró la joven—. Solo necesitaba oírlo de ti.

Tomó dos monedas de su bolsillo y las colocó sobre mi mano. Luego, levantó la mirada hacia las grises y siniestras nubes.

–Tienes el don, ¿verdad? Puedes ver el futuro, predecir el destino. Lo veo en tus ojos. Tan oscuros. Nunca antes había visto ojos tan oscuros y sabios.

–No eres la primera que lo dice.

–Espero ser la última –dijo la muchacha, amenazante–. Deberías encontrar un camino mejor. Un camino de devoción a Dios. Tal vez, así puedas iluminar esa mirada –afirmó. Cómo es que el miedo a un dios podría iluminar mis ojos, no lo sabía. Y dudaba de que ella lo supiera. Cerré mi puño con las monedas y di un paso hacia atrás.

–Me gustan mis ojos así como son, muchas gracias.

La joven se encogió de hombros y el rubor sobre sus mejillas se desvaneció. Suspirando, se envolvió en su bufanda y se marchó del mercado, salpicando a su alrededor cuando pisaba con sus botas los pequeños charcos de agua que se formaban entre los adoquines.

–No te olvidará por un buen tiempo, eso es seguro.

La voz de la anciana, bastante aguda, no parecía buscar un efecto en especial. Ya la había visto merodear en otras ocasiones y esperaba que en cualquier momento apareciera para hablar. Volteé lentamente para ver cómo la vieja bruja emergía por detrás de los adornos mojados que colgaban en uno de los puestos del mercado. Menos de una docena de dientes y unas encías amarillas aparecieron frente a mí, en la sonrisa de la vagabunda. Su cabello se asomaba por debajo de su sombrero harapiento de ala ancha, como si fuera un manojo de ramas secas y hubiera sido chamuscado por el fuego.

Aun así, bajo esa carne deteriorada, aún se percibía la sombra de su belleza: un eco de la salvaje dulzura que el tiempo o la desgracia habían apagado. Una tez tan oscura como la suya evidenciaba una larga vida como trabajadora bajo el sol o un origen extranjero. Fuera donde fuera que hubiera nacido, dudaba de que hubiese sido cerca del norte de Yorkshire.

–¿Tiene por costumbre seguir a muchachas jóvenes? –le pregunté educadamente. Mi verdadero acento se desvaneció, quedó perdido entre las voces de los maestros en el salón de clase, dispuestos a eliminar todo rastro de mis raíces

irlandesas.

–Pensé que, tal vez, necesitarías ayuda –me dijo bajando la cabeza hacia un lado–. Un poco de alegría en este día tan triste.

Debo haber pensado que se acercaría a mi mano para quitarme el dinero; ver ladrones era tan común como ver comerciantes durante los días del mercado. Cerré la mano rápidamente y la coloqué detrás de mi falda para ocultarla en la tela húmeda.

La anciana comenzó a reír disimuladamente mientras se acercaba, mirándome con su único ojo bueno. El otro nadaba en un mar blanco de lagañas. Su ropa, o lo que fuera, apestaba a madera quemada.

–No tengo intenciones de robarte.

–Déjeme en paz –susurré, ansiosa de deshacerme de esta molestia. Cuando volteé, su mano esquelética se movió tan rápido hacia mí que pensé que había sido producto de mi imaginación. Cuando me sujetó por la muñeca, sentí la presión tan fuerte como si me hubieran colocado herraduras.

–¿No sería mejor si esa insignificante suma de dinero tuviera más valor? No me refiero a más monedas para seguir juntando chatarra y conseguir una cama pulgosa, sino una ganancia de verdad, todos los días... –con la misma fuerza sobrenatural, abrió los dedos de mi mano y colocó su palma sobre la mía. De pronto, nuestra piel comenzó a sentirse caliente y un halo de fuego nos rodeó. Cuando retiró la mano, ya no había monedas sobre mi palma, sino oro.

¿Cómo era posible?

Respiré profundo en señal de sorpresa y luego recordé que todavía seguíamos allí. Si llevaba una vida de predecir la fortuna en las calles, no debería haberme asombrado que tuviera tanta destreza con las manos. No había dudas de que tenía la moneda oculta en su manga, lista para ese truco deslumbrante.

–Debe querer algo a cambio –le dije, entrecerrando los ojos–. Si no, no se explica que sea tan generosa con una extraña.

–Es solo un regalo –me contestó, encogiéndose de hombros, y comenzó a

alejarse. Ese momento de suerte nunca me sentó tan bien (seguramente, esas riquezas tenían un precio)–. Mantente abrigada, jovencita. Y cuídate.

La anciana se marchó a paso lento, caminando con dificultad.

Se perdió detrás de un estante de pescados alegremente pintado, las puntas andrajosas de su abrigo se arrastraban detrás de ella, como si fuera un velo. No había razón alguna para esperar tanto. Si esta tonta mujer estaba tan interesada en regalar su dinero, yo no me negaría a darle el placer de aceptarlo. Enseguida, me marché brincando hacia el puesto de comida que estaba en la entrada al pueblo.

Pasteles de carne. El olor era horrible, húmedo, y no por causa de la lluvia. Cordero, pescado, hígado, ternera... Con la moneda en mi mano, podría comprar uno de cada uno y ahorrarme la molestia de tener que elegir. Sería un banquete de los que nunca antes había probado. Bueno... a decir verdad, nunca tuve oportunidad de estar frente a tanta abundancia.

El hombre que atendía la tienda desenvolvía el toldo para la lluvia mientras me acercaba. Su cuerpo sobresalía de la ventana y hacía que sus brazos lucieran como dos trozos de jamón reposando sobre el marco. *Jamón*. Sí, también opté por llevar un poco de eso. Sus pequeños y brillantes ojos me observaban por debajo de su gorro. Su trabajo debe haber sido uno de los que más dinero dejaban, ya que su ropa era nueva y no estaba enmendada.

–Uno de cada uno, por favor –le dije, incapaz de ocultar la felicidad de mi voz.

Los ojos que me miraban desde arriba con desprecio, giraron hacia un lado. Luego, volvieron hacia mí, y recorrieron mi cabello desalineado y mi vestido lleno de lodo. Sus dedos repiqueteaban sobre el marco de la ventana.

–¿Perdón, jovencita?

–Uno de cada uno –insistí.

–Son cinco centavos por pastel.

–Puedo leer el cartel, señor. Uno de cada uno.

La única respuesta que me dio fue un gruñido antes de marcharse. Unos segundos más tarde, regresó y se paró frente a mí y mi hambriento estómago. Me

entregó seis pasteles muy calientes con forma de riñón, en un paquete. Me los entregó lentamente, como si estuviera dándome suficiente tiempo para que reconsiderara mi momento de locura y me largara de allí.

Pero recibí el primer pastel, luego el siguiente, y le entregué la moneda de oro, algo que me hizo sentir muy satisfecha.

La satisfacción no duró mucho. En el instante en que sus ojos vieron el oro, su comportamiento pasó de ser de cooperación reacia a ira. Me arrebató la moneda de la mano y se quedó con el resto de mi comida, la cual empujó por detrás del mostrador hacia el negocio.

—¿Qué es esto? No te creas que una rata como tú andaría con este tipo de dinero. ¿Dónde la conseguiste? —gritó, moviendo la moneda de un lado a otro mientras comprobaba su autenticidad.

—Me la gané —le grité—. ¡Devuélvamela! ¡No tiene derecho a quitármela!

—¿Dónde la conseguiste? —la sostenía en alto, fuera de mi alcance, y yo, como una idiota, intentaba recuperarla. Parecía una niña pobre desesperada.

—¡Devuélvamela! ¡Puede quedarse con sus malditos pasteles! ¡Ya no los quiero!

—¡Ladrona! —gritó. Desde adentro del almacén, tomó una campana plateada tan grande como su puño y la empezó a sacudir, gritando a la par con gran volumen—. ¡Oh, amigos, tenemos una ladrona aquí! ¡Rápido, vengan!

Comencé a correr, dejando caer los pasteles y abandonando el oro. La campana sonaba fuerte en mis oídos mientras me alejaba a toda prisa por la calle del mercado, saltando sobre los charcos de agua. Mi falda se llenaba aún más de lodo y se volvía cada vez más pesada en mi intento de perderme entre la multitud. Pero todos los ojos volteaban hacia mí. Allí parada, sentía que no había forma de escapar de esas personas furiosas o de aquellos que venían a buscarme para meterme en la prisión, o hacerme algo peor.

Más adelante, divisé que las construcciones se separaban, dando lugar a un angosto callejón que se dirigía a las afueras del pueblo. Tenía tiempo pero solo un poco, y comprendí que esa podía ser mi única oportunidad de escapar. Quizás

también me llevaría hacia otra multitud que hubiera oído los gritos de “¡ladrona!”, pero, de todas formas, me animé a correr el riesgo, deseando lo mejor. Una vez que estuve cerca, deslicé el pie por el callejón resbaladizo, lleno de lodo.

Choqué contra una pared de ladrillos y me detuve para recuperar el aliento. De pronto, una mano se apoyó sobre mi hombro y me jaló hacia atrás, lo que me hizo gritar del susto.

Al voltear, me encontré frente a frente con la anciana del ojo infectado y la sonrisa amarillenta.

–Ojos de una chica Sustituta, eso es lo que la muchacha vio –dijo con voz quebradiza, como si nuestra conversación previa no hubiera terminado–. Pero también, un gran vestido y botas que solo fueron enmendadas una vez. Manos suaves, y no las manos de una sirvienta.

Su único ojo se centró en una rasgadura.

–¿Una fugitiva, eh? Una huérfana fugitiva. Puedo verlo. La vida de una institutriz no te sentaría bien.

–¿Qué importa todo eso? –solté, casi sin aliento. No había tiempo para ese tipo de charla sin sentido–. Entonces, hace lo mismo que yo, es una viajera. Predice el futuro de las personas y ese tipo de cosas, ¿qué tiene?

–Claro, y con mucha más discreción que tú, muchacha –la anciana comenzó a reír con su voz quebradiza. La risa provocó que lo que quedaba de su belleza perdida se iluminara, que casi se volviera visible. Aún con la mano sobre mi hombro, me arrastró hacia el otro extremo del callejón y levantó la mano para señalarme en una dirección. Pude ver una iglesia y una multitud dispuesta a atrapar a la ladrona. A mí. Una muchedumbre furiosa. Para ese entonces, la muchacha a la que le predije la fortuna seguramente ya había esparcido la historia por todos lados y no solo estarían cazando a una ratera, sino a una bruja. Serían su padre junto con sus hermanos, el cura y cualquiera que se le antojase expulsar a una muchacha hambrienta fuera del pueblo, hacia el frío amenazante.

Ya había sufrido este tipo de prohibiciones antes y pude sobrevivir. Pero,



quizás, esta vez deseaban un castigo mucho más severo.

–Arrepentimiento –susurró la anciana.

–¿Disculpe?

–Eso es lo que quieren de ti, sin duda alguna. Ah, te atraparán –dijo riendo otra vez con un sonido sibilante entre sus dientes rotos–. Muestra un poco de remordimiento. Sirve, ¿sabías?

La muchedumbre furiosa se agrandó. No faltaba mucho tiempo para que tomaran el valor suficiente para enfrentarme. *Ladrona. Bruja.* No, no faltaba mucho.

La anciana había creado oro con un hechizo y, si me lo entregó con tanta facilidad, entonces había mucho más de donde ese provenía. Podía ser astuta, pero yo sería mucho más inteligente. Podía hacer que todo ese oro fuera mío.

–Conozco un lugar, jovencita –dijo la anciana. No se molestó en lo más mínimo por los disturbios que se estaban generando en la calle. Solo tenía sus ojos (su ojo) puesto en mí–. Esa suavidad en tus manos pronto podría convertirse en aspereza. Puedo encontrarte un trabajo. Seco. Seguro. Con mucha comida. Tengo un poco de estofado y uno o dos trozos de cerdo en mi carreta. Nos durará todo el camino, eso sí, si estás dispuesta a hacerlo.

No era la decisión que deseaba tomar ese día. Yo solo quería decidir dónde gastar las pocas monedas que tendría para una comida caliente y una cama por la noche. Pero ese sueño se había desvanecido. Uno nuevo apareció en su lugar: yo con los bolsillos llenos de oro, camino a empezar una nueva vida.

La multitud furiosa que salía de la iglesia era una historia completamente distinta.

–La horca no será el destino de este bello y pálido cuello –dijo al notar mi inquietud.

–¿Qué tan lejos queda? –le pregunté, aunque ya había volteado hacia ella y me estaba guiando lejos de la iglesia, hacia otro callejón lleno de lodo, entre la cantina y la carnicería–. ¿Cómo será el trabajo? ¿Hay algún niño para enseñarle cosas? Mi

francés es aceptable. Mi latín... bueno, digamos que sé hablar un poco de latín.

–Nada de eso, jovencita. Solo fregar, barrer y atender a algunos huéspedes. Puede ser un trabajo duro, pero mucho más honesto, y nunca te faltará nada.

Supongo que no era lo ideal, pero mucho mejor que mendigar o robar, o que pasar toda la mañana trabajando solo para ganar unos miserables centavos.

O mejor que estar colgada con una cuerda atada al cuello.

*Y el oro*, recordé; podría haber más oro.

–¿Dónde queda ese lugar? –le pregunté y, de pronto, percibí el olor amargo de la muerte fresca en algún lugar dentro de la carnicería.

–Al norte, solo al norte. La llaman la Coldthistle House, un lugar para viajeros errantes, jovencita, un lugar para los desamparados y los perdidos.

## Capítulo Dos

**S**eguimos el camino al norte mientras aún había luz del día. Mis posaderas me dolían a causa de los saltos que daba la carreta al pasar por encima de algunos adoquines rotos. La anciana hablaba de la comodidad de la Coldthistle House, pero definitivamente no había ningún tipo de comodidad en el viaje.

Los caballos comenzaron a avanzar lentamente a medida que el último halo de luz naranja se desvanecía en el horizonte. Me senté junto a la anciana en el asiento del conductor, que estaba mojado por una gotera en la lona del techo. Temblando, la escuché cantar una canción sin sentido; solo palabras sueltas pero con una melodía que me resultaba familiar.

–Mi mamá solía cantar una canción como esa, pero la letra era distinta –le dije con los labios temblorosos–. ¿Usted también es de la isla?

–A veces –me contestó. El frío y la lluvia no servían de nada para que su único ojo bueno dejara de tener ese extraño temblor al mirarme.

–¿Qué rayos significa eso? Uno es de un lugar o no.

–Siempre tan segura –susurró y dejó salir su pequeña risa burlona–. Te gusta estar segura de todo, ¿cierto? ¿En qué otra cosa eres así, jovencita? ¿En que hay un Dios en los cielos y un Diablo por debajo?

Volteo y me quedo mirando el camino, que nos lleva cada vez más alto, sobre una empinada colina, como si estuviéramos a punto de alcanzar esos últimos rayos dorados de la luz del día.

–Claro, sí.

–Para ser vidente, no mientes tan bien.

–Me hicieron leer la Biblia –le contesté sin más vueltas–. Esa respuesta debería ser suficiente.

–No es tan simple como eso. Nada lo es. Pensé que eras más inteligente, chiquilla. Ahora solo llevo muchachos inteligentes a la Coldthistle House.

–¿Ahora?

Rio de nuevo, pero esta vez no era una risa alegre.

–Los torpes nunca duran mucho.

–¿Qué tiene que ver con Dios y todo eso? No, mejor olvídelo. Solo me dirá más acertijos y habladurías –comentar eso trajo otra ronda de risas por parte de la anciana.

–Entonces, hablaré menos para hacer el viaje menos amargo y oscuro –afirmó.

Un graznido repentino se escuchó por detrás de nosotras y me hizo olvidar el frío por un momento. Luego, otro más, pero este fue más fuerte. Inmediatamente, otro pájaro se unió y así sucesivamente, hasta que un coro completo de aves surgió desde la parte trasera de la carreta.

–Son... –volteé y levanté una de las esquinas de la lona, tirando con fuerza hasta que los ganchos en la madera cedieron. Detrás del cobertor empapado había una docena, o más, de jaulas, todas atadas entre sí y con un ave distinta dentro de ellas, pendientes y alertas, mientras acompañaban el viaje con una canción–. ¿Aves? ¿Qué hará con todas ellas?

–Pues, comerlas. ¿Para qué otra cosa servirían?

Reconocí un pinzón y un pequeño y agradable reyzeuelo rechoncho, entre otras criaturas exóticas con plumas que nunca había visto.

–Monstruoso. ¿Cómo puede comer a estas adorables criaturas?

–Hay pura carne y cartílago debajo de aquel fino plumaje –me contestó–. No somos diferentes.

–Entonces, ¿también planea comerme a mí?

Arrugó su nariz al oír eso y sacudió su cabeza de lado a lado, riendo.

–Son mascotas, jovencita. Se las llevo a su nuevo amo, quien, te aseguro, no tiene ninguna intención de hacerles daño.

Crédula. Ingenua. Me sonrojé y volví a poner el cobertor en su lugar mientras el

canto de las aves se desvanecía gradualmente hasta transformarse en silencio. La anciana retomó sus cantos, y, tal vez, eso era lo que mantenía a las criaturas tan tranquilas y calladas durante el agitado viaje.

Llegamos a la cima de la colina ni bien comenzó a oscurecer; la lluvia se detenía y nos daba un momento de alivio. Los dos pesados y encorvados caballos comenzaron a descender por la colina lentamente con la cabeza baja y sus cascos golpeando ya sin ritmo alguno, mientras intentaban mantenerse estables en el suelo resbaladizo. Podía sentir la tensión en sus cuerpos y ver las riendas moverse de un lado a otro en las manos de la anciana, a quien las bestias ignoraban por completo cada vez que daba algún tirón o silbaba para calmarlos.

—¡Vamos, quietos, matungos! —les gritó, sacudiendo las riendas.

Tuvo el efecto buscado, pero mucho más de lo deseado. Los caballos se echaron a galopar, intentando usar la energía que les quedaba para mandarnos a volar colina abajo. La carreta se movía con demasiada fuerza de un lado a otro y las aves parecían volver a la vida. Eso hizo que los caballos comenzaran a andar aún más rápido, como si quisieran escapar de los penetrantes graznidos de las aves, alarmadas. A toda prisa y con las ruedas rara vez tocando el suelo, nos precipitamos colina abajo, hacia el final, en donde el repugnante clima había dejado una enorme fosa llena de agua.

—¡Deténgalos! —grité, apenas más fuerte que las aves—. ¡Deténganse!

La anciana hizo un ruido como una gallina y tiró las riendas hacia atrás con fuerza, pero los caballos la ignoraron y siguieron arrastrándonos a una velocidad enfermiza y mortal. De pronto, sentí que la carreta se inclinaba hacia un lado y al instante oí el sonido de una rueda quebrarse. En ese momento, la rueda salió despedida hacia la oscuridad y desapareció sobre la ladera de la colina. Me moví rápidamente para sujetarme con firmeza del borde de madera del asiento, cerca de las rodillas de la anciana.

Los caballos disminuyeron la marcha al sentir que la rueda se había salido, pero ya era demasiado tarde; el impulso de la pesada carreta era muy fuerte y nos

llevaba a toda velocidad directo a la poza de agua, unos diez metros adelante.

Cerré los ojos y presioné los dientes con fuerza, comprimiendo cada músculo a medida que el impacto se hacía más evidente. De pronto, la anciana soltó dos pequeños chillidos y un emocionante y vibrante sonido parecido a *¡Alalu!* que provocó que nuestros cuerpos ya no pesaran nada y flotaran en el aire por encima de la poza, hacia la superficie escarpada y segura al otro lado. La carreta se detuvo repentinamente, y los caballos relincharon y pisaron con firmeza sobre el suelo, negándose a avanzar otro centímetro. Me quedé mirando la tierra debajo de mí, tierra que debería haber destrozado la carreta en pedazos. Lentamente, los caballos se acercaron hacia la hierba a la derecha del camino, alejándonos de la poza y llevándonos hacia un valle repleto de flores silvestres.

—¿Cómo hizo eso? —pregunté temblando. Los trozos restantes de la rueda estaban cubiertos de lodo y agua de lluvia. Lo único que había sido capaz de hacer en ese momento fue alternar la mirada entre los restos y la anciana. Ella se encogió de hombros y acomodó su despeinado cabello seco detrás de sus orejas.

—Cuando ya has recorrido este camino por suficiente tiempo, uno aprende a dominar sus males.

La mujer soltó las riendas y saltó con sorprendente vigor desde el asiento de la carreta hacia el suelo. Sus botas se hundieron en el lodo y se acercó dando zancadas hacia mi lado, suspirando y sacudiendo la cabeza al inspeccionar el daño.

—Nada de repuestos en este viaje —agregó más para ella que para mí—. Tal vez, no he dominado *cada* mal.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —le pregunté, aún temblando a causa del impacto al aterrizar. Teniendo en cuenta lo vieja que era la carreta, lo vieja que era la mujer y lo viejos que eran los caballos, no podía entender cómo habíamos saltado esa poza y terminado del otro lado en una pieza. A juzgar por la tranquilidad y el silencio con el que los caballos pastaban, eso era algo normal para ellos.

–Cocinemos una de las aves –me contestó la anciana sin dudarlo.

Antes de que pudiera protestar, suspiró y me hizo señas para que me acercara.

–Solo bromeo. Haremos un fuego y comeremos un poco de crema de avena y luego, jovencita, esperaremos a que suceda un milagro.

## Capítulo Tres

La anciana encendió una oportuna fogata sobre la grava y el lodo al otro lado de la fosa. Trabajó rápido y con eficacia, sus manos arrugadas no le impidieron desenrollar un manojo de leña que tenía en la parte trasera de la carreta y ordenar las ramas, una sobre otra, para formar una pirámide.

–¿Te quedarás allí parada mirando? –me gruñó la mujer.

–Estoy a punto de congelarme, a menos que me dé algo para hacer –le contesté, caminando de un lado a otro para demostrárselo. Comencé a golpear los pies contra el suelo, así les devolvía la sensibilidad a mis pies y tobillos. Las mantas que me había prestado la anciana hacían poco para eliminar el frío, a pesar de que ella dejó de usarlas para colocarlas sobre mis hombros.

–Allí atrás –me dijo apresurada–. Toma la vajilla y la avena. También tendría que haber una lata de grasa y un par de cucharas de madera.

Una parte de mí se irritó con la idea de recibir órdenes de una extraña. Sí, me había ofrecido escapar de una multitud furiosa en Malton, pero ¿qué poder le daba eso? En la escuela Pitney me enseñaron que respetar y obedecer a los mayores era responsabilidad de toda joven educada. La idea sonaba tan graciosa en ese entonces como ahora. ¿Qué habían aprendido los maestros de la escuela Pitney a lo largo de su vida? ¿Cómo abofetear y regañar a los estudiantes? ¿Cómo hacer que un niño se quede parado en medio del frío como castigo por tener las uñas sucias? ¿Cómo negarle pan, agua y horas de sueño cuando se les antojaba?

*Malditos niños, no complacen a nadie más que al Diablo.* Había oído eso cientos de veces de la Srta. Jane Henslow en Pitney y, al recordar la frase, me hizo sentir un escalofrío sobre mi espalda. La Srta. Henslow, fría, callada y frágil, daba golpes como nadie más en la escuela. Podía sentir el fantasma de su vara golpeándome sobre los hombros mientras me dirigía a toda prisa hacia la parte



trasera de la carreta. Los ojos de la anciana me seguían. No necesitaba mirarla para sentirlo; era tan real como un pellizco.

–Viaja seguido por aquí –le señalé, ansiosa por obtener algo para distraerme.

–Eso creo. ¿Qué tiene?

–Encendió ese fuego bastante rápido. El clima está más húmedo que trasero de pato y aun así no tuvo ningún tipo de problema para encenderlo. ¿Está acostumbrada a cocinar en la lluvia?

Al tocar la lona de la carreta, sentí un pinchazo en la punta de mis dedos debido a la escarcha que la recubría. Tal como había dicho, en la parte trasera había algunas canastas repletas de provisiones. Lucían como si las hubieran colocado allí a último momento, ya que las numerosas jaulas de aves claramente eran la carga principal. En ese momento, las aves estaban tranquilas en las jaulas (las suaves mantas colocadas sobre ellas enmascaraban el estruendo que hacían, pero no su penetrante olor). Los resbaladizos tablones de madera de la carreta brillaban con destellos blancos a causa de la humedad del ambiente.

–Tendría que haber sabido que resultarías demasiado entrometida –dijo la anciana, suspirando–. ¿Te fue útil en el pasado? ¿Esa mirada penetrante?

–En algunas ocasiones, sí –respondí con honestidad, juntando los ingredientes para preparar la cena–. En otras, no.

Desde luego, mis maestros en Pitney se cansaron de mi mirada curiosa. También lo hicieron mis abuelos. Ellos fueron quienes me enviaron a la escuela, felices de pagar por ella siempre y cuando yo no fuera su responsabilidad. Pasé de mi madre a mis abuelos, y de ellos a la escuela; a todos les gustaba darme una dura y dolorosa lección cuando hacía las cosas mal o daba la respuesta incorrecta. Era mejor recibir la golpiza y olvidar el dolor y la humillación de una vez. Pero nunca pude olvidar ese desprecio. Toda la miseria acumulada me hizo ser tímida, como un caballo que solo conoce el látigo y ni una mínima muestra de afecto.

–No puedo cambiar tu naturaleza, jovencita –me dijo la anciana. Se acurrucó

junto al fuego mientras yo regresaba con los brazos cargados—. Pero puedo recomendar que guardes todo lo que esa mirada penetrante ve en esa penetrante mente y no lo dejes salir por esa lengua tan cortante. El amo de la Coldthistle House no tiene tiempo para metiches y chismosos. Lo único que pide es trabajo duro, tu opinión no es bienvenida.

Otra vez, tuve una gran sensación de duda. Un techo de verdad y comida todos los días sonaban atractivos, obviamente, pero comenzaba a preguntarme qué costo tendrían.

—Nunca disfruté mucho recibir órdenes.

—Entonces, es un milagro que aún estés con vida —dijo la mujer, riendo fuerte—. Ahora, rápido, coloca la grasa en la olla. Creo que otra carreta se avecina y no tengo intenciones de compartir.

Me alejé del fuego y eché un vistazo a la distancia en ambas direcciones. Solo veía nubes entre la oscuridad y algunas copas de los árboles a lo lejos, pero ninguna señal de viajeros.

—No la oigo.

—Como tú dijiste, viajo por este camino muy a menudo y he aprendido a adiestrar mi oído de una manera muy particular.

Parecía muy improbable que esta mujer de edad tan avanzada tuviera sentidos más sensibles que los míos pero, de todas formas, me incliné, acomodándome la falda con cuidado, y solté un trozo de grasa dentro de la olla. Cuando se encontraba lo suficientemente caliente, casi salpicando, agregué los cereales secos y un poco de lo que parecía ser leche de oveja. La anciana tomó un pequeño paquete con un polvillo color café por debajo de su abrigo y lo esparció sobre la comida. En ese momento, la gloriosa esencia de la canela nos rodeó y mi estómago rugió en señal de aprobación.

Ni bien la anciana sirvió una porción de los cereales cocidos en mi tazón, se comenzó a oír un estruendo grave que provenía del camino detrás de nosotras. Me paré masticando lentamente y pude ver sobre la colina una carreta mucho más

elegante que la de la anciana. Los caballos aminoraron la marcha, y el carruaje (porque, en verdad era eso y no una simple carreta, con una pareja idéntica de caballos castaños) descendió la ladera sin ningún problema. El conductor vestido de negro estaba encogido por debajo de su abrigo, cuyo cuello le golpeaba el rostro a medida que el viento y la lluvia volvían a aparecer.

–Come todo lo que quieras ahora. Si se detienen, no tendré otra opción más que compartir con ellos –balbuceó la anciana. Su porción ya había desaparecido–. Con un carruaje tan fino, seguramente tengan lo que necesitamos para reparar nuestra carreta.

Tal como lo había predicho, el conductor divisó nuestro pequeño y pobre campamento y se detuvo. Levantó su farol salpicado por el agua y lo apuntó hacia nosotras.

–Saludos en esta adorable y particular noche –la anciana le dijo con un tono amable que nunca antes había oído en ella. De pronto, mientras se movía con dificultad, la cabeza gacha y los hombros encogidos hacia el camino, parecía mucho menos temible y más apacible.

–¿Qué es todo ese lío? –oí decir a alguien desde el interior del carruaje. Era la voz de un hombre mayor que no tenía acento de una persona rica, pero, con certeza, tampoco de una persona pobre. Un acento del centro de Inglaterra con mucha menos dureza.

–Dos mujeres, señor –contestó el conductor. Tenía altura promedio y era un poco rechoncho, ni siquiera su pesado abrigo podía ocultar su figura muscular. La anciana tenía razón, podíamos usar su ayuda para arreglar la carreta. Miró a la anciana de pies a cabeza y luego a mí–. Una anciana y una muchacha, señor.

–Se nos rompió una rueda y hemos quedado varadas aquí –le explicó–. Podríamos convidarles nuestra humilde comida si nos brindan ayuda.

La puerta del carruaje se abrió. Dentro estaba oscuro. No podía ver los ojos de quienquiera que hubiera estado estudiándonos desde el interior.

–Odio tener que mendigar –agregó la anciana con voz temblorosa. Incluso yo

estaba convencida de su desesperación—. No serían capaces de dejar a dos mujeres indefensas en medio del camino frío y lluvioso, ¿no?


—Está bien, detente, Foster. Déjennos ver la rueda rota.

El conductor obedeció y golpeó con su látigo en el aire para que los caballos levantaran su cabeza y se apartaran del camino. Los animales lucían tan empapados y exhaustos como yo.

Cuando se detuvieron, el conductor saltó al suelo y balbuceó algo mientras se dirigía a abrir la puerta del carruaje. Con su pie, accionó la plataforma para que pudieran descender y abrió la puerta tal como se lo ordenaron. Tomó su farol y dos hombres bajaron, con el cuello de sus abrigos hacia arriba, para protegerse del mal clima.

El primero era un hombre grande con cabello gris tupido y una frente muy amplia. Detrás de él, bajó un joven con el rostro tan brillante, curioso y dorado que me hizo olvidar del hambre y de la lluvia que empapaba mi cabello.

# Capítulo Cuatro

—  e te ha caído la cuchara.

—¿Perdón?

—No hace falta pedir perdón, solo...

—Oh, sí. Allí está, ¿verdad? —la cuchara había caído sobre el lodo con la cara hacia abajo, justo a un lado de mi pie. Una pequeña gota de avena había manchado el zapato de cuero, como si estuviera dándole un poco de luz a este encuentro tan sombrío. Me incliné para tomar la cuchara, sin anticipar que el muchacho haría lo mismo. Al cerrar su larga mano sobre el mango, nos paramos en el mismo instante. Tomó un pañuelo de su bolsillo para limpiar el lodo y la crema de avena de la madera.

—Rawleigh Brimble —dijo, entregándome la cuchara—, es mi nombre. Un poco difícil de pronunciar. Por lo general, me llaman Lee.

—Louisa —le contesté. Mi apellido tiene tan poco valor que casi nunca lo digo en ese tipo de situaciones. La expresión de asombro se había borrado de su rostro y me las arreglé para tomar la cuchara y colocarla a salvo en el tazón. Volteé para dejarlo cerca del fuego, donde la anciana estaba sirviendo una mezquina porción de comida para el hombre más grande. El conductor comenzó a caminar apresuradamente con su farol, interesado por el estado de nuestra carreta.

»¿Suelen rescatar damas y a sus cucharas muy seguido? —pregunté.

Su sonrisa se ensanchó al escuchar eso, una hazaña que parecía imposible de lograr debido a la enorme sonrisa radiante que ya había esbozado.

—Me temo que no, pero ¡debería! Ahora, me siento realmente un caballero —sus ojos turquesas apuntaban hacia la oscuridad—. ¿Has estado mucho tiempo varada aquí, Louisa?

—No mucho. Con mucha suerte, llegaremos a la Coldthistle House pronto. ¿La

conoce? –pregunté. Esos mismos ojos turquesas se abrieron sorprendidos y, quizás, con un dejo de placer.

–Qué gracioso. Sí, de hecho, ese también es nuestro destino. ¡Qué oportunidad es esta! Tío, ¿has oído? Estas damas también se dirigen a Coldthistle –colocó un puño sobre su cadera y rio, volteando hacia mí. Llevaba puesto un traje muy fino debajo de su sobretodo, pero la lana se había dañado en algunas partes y la habían enmendado ingeniosamente–. ¿Pasarás la noche allí también? Con mi tío estamos haciendo negocios por esa zona.

–¡Ah! No... –podía sentir los ojos de la anciana sobre mí. Tan penetrantes. Lo único correcto sería decirle la verdad, pero se sentía extremadamente embarazoso. De alguna forma, mi pobreza, mi anonimato, se sentían más duros–. Comenzaré a trabajar allí.

–En el fregadero –agregó la anciana oportunamente.

No la miré. No tenía idea de si yo estaría a cargo de ella o no, y tal vez ya la había molestado lo suficiente durante el viaje.

–Exacto –dije suavemente.

Lee Brimble no se veía ofendido; su sonrisa no se apagó en ningún momento.

–Entonces, podrás saber todos los secretos del lugar –susurró con un tono de voz que parecía insinuar conspiraciones–. Y estás honorablemente invitada a compartirlos conmigo, ¿no? Ahora que he rescatado tu cuchara con tanta valentía.

–Qué noble es usted –respondí con ironía, sin vacilar–. De cualquier modo, siento que gano la mejor parte del trato.

–Sin ninguna duda –afirmó, alejándose un poco del fuego–. ¡Ey! Foster, ¿qué ves?

–Un trabajo simple –aseguró el conductor. Regresó hacia donde estábamos nosotros, como si fuera una figura fantasmagórica amarilla por la luz del farol–. Deberíamos volver al camino en una hora, quizás dos. ¿Qué rayos hacen todas esas aves en su carreta, señora?

–Foster, los modales –lo retó con firmeza Rawleigh Brimble. Luego, se sintió

avergonzado—. Y parece que también he olvidado los míos. Los presento, él es mi tío, George Bremerton, y, como habrán visto, él es Foster. Nunca lo llamamos de otra forma.

El conductor resopló.

—¿Y cómo se llama usted? —el tío le preguntó a la anciana, mirándola con desconfianza. Los botones dorados de su abrigo brillaron cuando la luz del farol les dio de lleno y pude ver un patrón celta labrado sobre la superficie de metal.

—¿Quién? ¿Yo? —su voz, aún suave, adquirió un tono quebradizo, como el golpe de una cuerda de arpa en la oscuridad—. Simplemente, pueden llamarme abuela. Ahora, coman y pónganse a trabajar. Todavía queda un largo camino hacia la Coldthistle House.

—¿Yo también debo llamarla “abuela”? —le pregunté mientras la ayudaba a servir lo que había quedado de la crema de avena para los hombres. Mientras revolvía la olla, tenía las mangas de su abrigo levantadas hasta la muñeca y, a pesar de que solo eran unos pocos centímetros, pude ver varias marcas extrañas. Tatuajes, quizás; símbolos que nunca antes había visto. Se acomodó el abrigo rápidamente, pero ya había notado mi mirada curiosa.

—No con esa actitud —balbuceó—. Hay viajeros hambrientos que alimentar y una carreta que arreglar. Hablar mal de mí debería ser una de tus últimas prioridades esta noche.

—Está bien, abuela —le contesté, aún con una sonrisa de satisfacción. *Deja que guarde sus secretos para ella misma*, pensé. Siempre y cuando cumpla con su promesa de darme un trabajo y refugio, la consideraré una amiga. O una aliada, al menos.

El viento hizo mover los espinos cervales y los abedules a un lado del camino. Cada vez que un árbol se sacudía en medio de la noche me hacía sentir temor, era un sonido que me hacía desear estar durmiendo en una cama cálida entre paredes gruesas. Los demás también lo sintieron y provocó que se encogieran más en sus abrigos. Foster se había marchado de la segura y amarilla luz del fuego sin haber

comido nada, para buscar las herramientas en su carruaje.

–Fue un golpe de suerte haberlas encontrado –dijo Lee, tomando el tazón de avena que le ofreció la anciana. Su manera de comer era precisa, con la meticulosidad de un caballero. A pesar de ser un extraño, se paró cerca de nosotras, como una muestra de confianza. Su tío, en cambio, comió aparte. El muchacho no protegía muy bien sus bolsillos y daba lugar a que incluso un ladrón con menos destreza que yo no tuviera problema en robarle las monedas en un abrir y cerrar de ojos.

–Un golpe de suerte –se quejó su tío, sacudiendo la cabeza–. Esto nos retrasará por horas. Es un disparate quedarse detenido a la vera del camino en medio de la total oscuridad. Somos carnada fácil para cualquier bandido.

Al decir eso, me lanzó una fría y severa mirada.

Que Dios me ayude, él no estaba equivocado. La anciana y yo, nosotras éramos las ladronas, la amenaza.

–Todo el asunto del carruaje lo hizo ponerse fastidioso –añadió Lee, riéndose entre dientes–. Me disculpo en su nombre y no por última vez, de eso estoy seguro.

–El frío provoca que cualquiera se ponga cascarrabias –reconoció la anciana, bastante amable–. No se alarmen tanto. Viajo por este camino muy seguido y es mucho más seguro que otros.

Terminó de servir lo último que quedaba de la avena y juntó su ropa harapienta. En ese momento, se levantó y se alejó del fuego hacia la desolación del campo frío y oscuro, con los bosques a lo lejos. La observé mientras se marchaba, apenas escuchando a los hombres discutir sobre el estado de la carreta y cuál sería la mejor manera de repararla. Al parecer, había una extraña y deliberada razón en la forma en que la anciana se alejó de nosotros a toda prisa, como si de repente hubiera oído algo allí afuera.

Al principio creí que era un truco de la vista cuando vi esas pequeñas luces bailar en la oscuridad. Pero no, continuaron allí y crecieron en número y



luminosidad.

Los demás no lo notaron, solo yo, y vi lo que parecían centenares de ojos brillantes reunidos frente a la anciana, como si les estuviera preguntando algo a un grupo secreto de criaturas de ojos amarillos. Un único graznido penetrante de un búho vino de esa dirección, lo que me hizo pensar que, tal vez, el resto de las luces también eran más aves, búhos, muchos de los cuales se estaban reuniendo en ese lugar en particular, cerca de la anciana.

No los había oído llegar, pero sí marcharse.

Sin dirigirme la mirada, la anciana asintió con la cabeza solitariamente. No se podía decir si había hablado con las aves o no, pero, de pronto, todas se elevaron en el cielo al mismo tiempo y comprendí que no se trataba de una alucinación; sentí la brisa de sus alas al levantar vuelo y vi algunas plumas caer suavemente como si fueran nieve sobre el dobladillo rasgado de su abrigo.

## Capítulo Cinco

**E**ra tonto, por supuesto, buscar rastros de búhos en medio de la oscuridad. Todavía estaba intentando superar el cansancio mientras observaba por la ventana del carruaje de George Bremerton.

La carreta resonaba por delante, conducida por la anciana, mientras nosotros la seguíamos por detrás, muy de cerca. El conductor del carruaje, Foster, había sugerido iluminar tanto como fuera posible la carga de la carreta y dejar la parte trasera sin tanto peso para evitar mayores daños en la rueda. La anciana no les había dejado tocar nada de lo que se encontraba debajo de la lona, pero me ordenó que viajara con ellos en su carruaje. No lograba entender cómo deshacerse de mi peso tan insignificante sería suficiente para disminuir la tensión sobre la carreta, pero los hombres estaban tan enfadados, mojados y cansados que no estaban dispuestos a discutir con ella.

–Puedes dormir, tú sabes –me dijo Lee suavemente. Su tío roncaba en el asiento frente a nosotros. El carruaje olía a tabaco y whisky, una reconfortante y cálida esencia que no había sentido en muchos años. Me recordaba a la vez que me marché de Irlanda, a los trabajadores en el muelle, reunidos frente al puerto, tomando y fumando; nos silbaban y gritaban a mí y a mi madre mientras abordábamos el barco hacia Inglaterra.

–Nadie te lastimará aquí –agregó Lee.

*No es a usted a quien le temo, por más extraño que suene.*

No aparté los ojos de la ventana ni de lo que fuera que pudiera estar en el cielo sobre el bosque.

–¿No ha visto una bandada de búhos?

–¿Búhos? –preguntó riendo un poco-. ¿Cuándo?

–Antes de marcharnos –le contesté. *O siempre.* Qué pregunta más estúpida.

Pero había visto las plumas. Había sentido el poder de esas alas al batirse por el aire—. En el campo, no muy lejos de la fogata... creí haber visto una docena de ellos.

—Debí estar muy concentrado en la avena —me respondió. Levanté la mirada hacia él, y su piel adquirió un tono rojizo debido a la tenue luz del farol de afuera, el cual se movía arriba y abajo, creando juegos de luz sobre nuestros rostros con las sombras—. Me hubiera gustado poder ver eso que me cuentas.

*Me cree.*

Era una sensación extraña. Él me *creía*. La Srta. Henslow me habría golpeado por decir pequeñas mentiras. Siempre creyó que me gustaba contar historias salvajes, incluso cuando estaba segura de haber visto u oído algo. Tal vez, pasaba muy seguido para su gusto. Tal vez notaba que, de algún modo, yo era diferente, que tenía un don o estaba maldita con la habilidad de poder percibir extraños reflejos en los espejos o pisadas en el ático por la noche. A menudo, sentía que las demás personas se alejaban de mí, incluso los extraños, como si percibieran algo que ni siquiera yo comprendía.

Pero ¿que alguien me creyera? Decidí olvidar lo de los búhos. Ya era suficiente que este casi extraño no cuestionara el suceso.

—¿De dónde es? —le pregunté, sintiendo mucha más curiosidad por la mirada deslumbrante de este noble y joven muchacho.

—Canterbury, aunque debería estar en Londres ahora mismo —me dijo con tristeza en su voz. Fue su turno de voltear hacia la ventana y desviar su mirada hacia afuera, sus ojos estaban mucho menos brillantes y más indescifrables—. Mi tío cree que algo extraño ocurrió con mi herencia. Verás, cuando John Bremerton, mi protector, murió, todo fue a parar a manos de mi primo. Era un hombre muy correcto, él fue quien me crio, pero solo como su protegido.

Se inclinó hacia mí y bajó la voz, con la vista puesta en dirección a su tío.

—El tío George cree que soy un Bremerton, un bastardo, pero aun así...

—Entonces, el dinero podría ser suyo —finalicé la frase. Cuánta intriga—. O, al

menos, una parte. Alguna especie de legado.

–Precisamente. Quería mucho a mi protector. Siempre fue amable, justo, y el dinero no era algo que significara mucho para mí. De hecho, la parte que me dejó fue bastante buena.

–Entonces, ¿por qué viene hasta Malton y estos lugares?

–Supongo que por dos razones. Mi tío quiere estar cerca de Coldthistle durante la primavera por sus propiedades curativas. Tiene una vieja herida en su tobillo que todavía le causa molestias. Eso, y cree que mi mamá está trabajando cerca de este lugar, así podría obtener más pruebas sobre mi linaje –se encogió de hombros y los dejó caer con gran pesadez–. Una riqueza mucho más grande tiene cierto atractivo.

–¿Cierta atractivo? –le pregunté con un tono bastante molesto. *Cierta atractivo.* Al prestarle mucha más atención a este muchacho, me comencé a cuestionar las primeras impresiones que tuve de él. ¿Me habrá atontado su hermoso cabello dorado y sus ojos brillantes? Tal vez era insulso y superficial.

Tuvo la delicadeza de lucir asombrado y, luego, avergonzado. Claro que no había razón alguna para levantarle la voz a alguien que estuviera tan por encima de mi clase social, pero eso apenas importaba. Una vez que se marchara de la residencia, cada uno continuaría su camino, y dudaba mucho de que a la anciana le importara si él le contaba algo sobre mi falta de respeto. Ella sabía lo que estaba ganando al dejarme acompañarla, una ladrona y una fugitiva.

–Dios, estoy seguro de que eso sonó muy mal –respondió. Uno podía prácticamente ver el cuello de su traje apretándole la garganta y ahogando su voz–. Nunca me interesó tener tanto dinero y, seguramente, eso fue lo que me hizo ser descuidado. Lord Bremerton estaría furioso. Él no crio a un canalla.

Un poco más tranquila, coloqué las manos sobre mi regazo y miré a su tío roncar. Tenía la apariencia de un hombre que, en algún momento de su vida, había sido atractivo, pero la edad o la bebida, o una combinación de ambas, lo habían vuelto débil y gruñón. Su cabello lucía fino. Un color rosado perpetuo manchaba

sus mejillas y nariz, y su boca me recordaba mucho a una berenjena.

Había algo en él que no me gustaba, y meter las manos en su bolsillo y robarle en la primera oportunidad que se presentara era muy tentador, como si fuera un momento de emoción repentina. Incluso si estuviera sola, lo pensaría mucho mejor. Debajo de su asiento, detrás de sus espinillas, había varios sables guardados en sus finas vainas de cuero.

Estaban preparados para los robos.

–¿Te he ofendido? –me preguntó Rawleigh–. Sería muy típico de mí haberlo hecho. ¡Y tan rápido! Realmente debería aprender a cerrar la boca algunas veces. Les tengo mucho respeto a los sirvientes. Es un puesto ingrato, de verdad. ¡Yo no duraría ni medio segundo!

*Deje de hablar.*

–Por favor, di que no te he ofendido –agregó con una sonrisa de vergüenza.

–Lo ha hecho, pero lo perdono –no tenía sentido consentirlo. Era obvio que alguien ya había hecho eso gran cantidad de veces–. Nunca espero nada a cambio. Es la forma más fácil de evitar decepcionarse.

–Qué manera más triste de enfrentar las cosas...

Un suave y revoltoso sonido por fuera de la ventana llamó mi atención.

–Aun así, me mantiene con vida –sentí el vidrio congelado cuando presioné mi nariz contra este, mirando asombrada cómo una bandada de búhos volaba a la altura del carruaje, tan bajo que prácticamente tocaban el techo–. ¡Ahí! ¿Ha visto eso?

Lee se acercó con dificultad y bajó la cabeza para mirar hacia donde le señalaba con mi dedo.

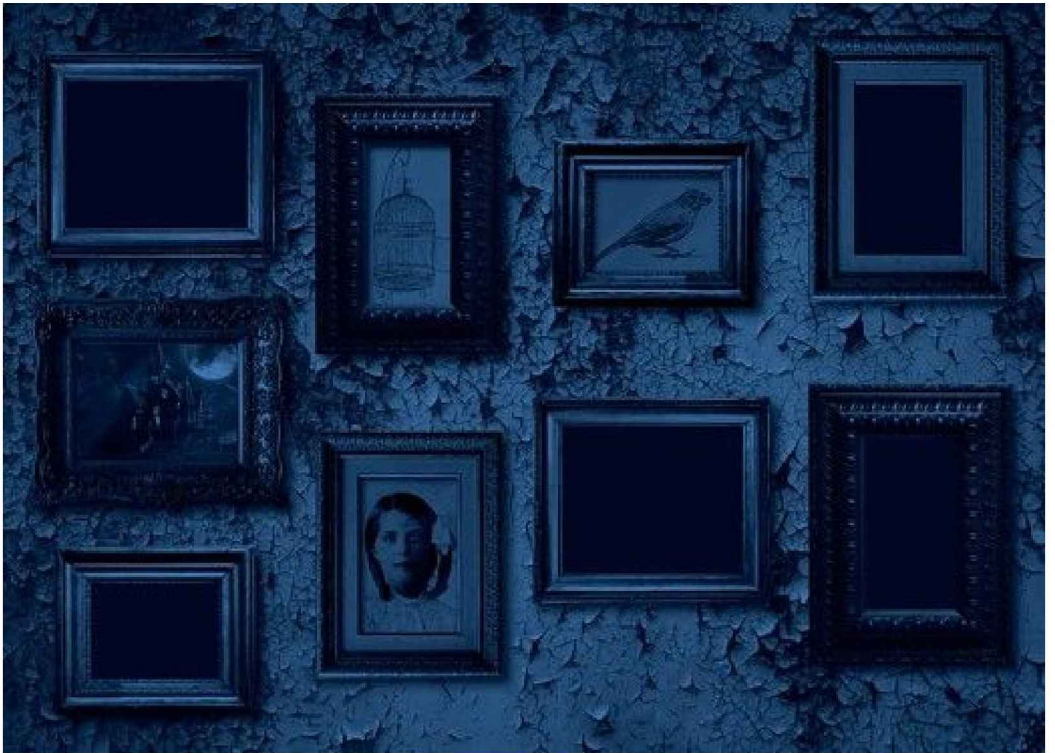
–¡Asombroso! ¡Uno de tus legendarios búhos!

Volaba por delante de nosotros, aunque lo más importante era que planeaba en torno a una colina. El amanecer comenzaba a dibujarse en el horizonte como tenues pinceladas azules, que esclarecían el momento. Una inmensa mansión de dos torres se elevó por detrás de la colina, como si estuviera emergiendo desde su

interior. La silueta oscura y siniestra se hacía cada vez más grande mientras nos acercábamos. No había ningún bosque rodeando la mansión; los abedules y los serbales se encontraban mucho más lejos, como si se negaran a permanecer en las cercanías de aquella residencia.

En ese entonces, ya había perdido la sensibilidad en la nariz y el frío de la ventana se había propagado hasta la punta de los dedos de mis manos y pies. *La fría Coldthistle House*. Una descripción muy acertada. Parecía estar repleta de advertencias, con altura esplendorosa y precaria, y con el sol por detrás, no parecía tratarse de un lugar hecho con rocas y argamasa, sino un lugar hecho con puras sombras.

–Mejor regresemos –susurré, pero mi voz se perdió y ya era demasiado tarde. Estábamos subiendo la colina y la sensibilidad había regresado a mis dedos por un instante. Bajé la mirada y vi que temblaba; Lee se había quedado pálido y completamente inmóvil, y me sujetó la mano con firmeza, como si le temiera a algo.



# Capítulo Seis



ansada, trastabillé fuera de la carreta para adentrarme en los alrededores desolados de la mansión. Incluso con la ayuda de Foster al bajar, me sentía inestable y torpe, no muy segura de si quizás la falta de sueño era la responsable de la horrible sensación en mi estómago.

–Qué agradable –el joven Lee aterrizó con mucha más firmeza detrás de mí y comenzó a inspeccionar el camino con una tonta sonrisa–. Oh, mmm...

Yo también luchaba por encontrar algunas palabras. Coldthistle me recordaba, lamentablemente, a la residencia de Pitney. Mi vieja escuela se parecía más a un calabozo que a un lugar de estudio. El recuerdo provocó que la sensación en mi estómago se intensificara, haciéndome retorcer del dolor. De inmediato, comencé a sentir alivio por haber abandonado ese lugar, aunque también me sentía un poco culpable por haber abandonado a la única compañera que toleraba. Está bien, *amiga*. Era más fácil no pensar en ella como una persona que me agradaba porque, si bien yo me había librado de las garras de Pitney, ella tuvo que quedarse allí.

Jenny. La pobre, dulce y confiable Jenny.

Bueno, ella estaba mucho más lejos de mí y no había nada que pudiera hacer para ayudarla.

*Quizás esté mucho mejor*, reflexioné al observar las altas y angostas torres que se elevaban como dos gemelos de piedra sobre el techo de Coldthistle. Era una de las construcciones más viejas y grandiosas de toda Inglaterra, estoica y angular, con gran cantidad de enormes ventanas que se veían oscuras y vacías a la luz del amanecer. Algunos arbustos ornamentales bordeaban el camino hacia la puerta; sus formas se asemejaban mucho más a gárgolas que a esferas o cubos. En la parte trasera de la Coldthistle House se podía ver un granero, que parecía ser mucho



más nuevo y menos siniestro, pero la mirada de cualquiera siempre se dirigía hacia la mansión.

*Mi nuevo hogar.*

No, me corregí con una mueca de rechazo mientras caminaba hacia la carreta para ver qué era lo que la anciana quería de mí. *Hogar no, solo un lugar de trabajo. Un simple trabajo. Será solo una parada, un sitio para pasar la noche mientras decido qué hacer con mi vida.* Si pudiera ahorrar un poco de dinero, entonces podría irme al norte y tomar un barco de regreso a Irlanda. O a las Américas. Ambas opciones se sentían igual de distantes y soñadas, especialmente con la Coldthistle House cerniéndose frente a mí. Sin una familia con la cual reencontrarme, o un verdadero hogar al que regresar, nunca le di importancia a mi futuro. Luego de Pitney, la mayoría de mis compañeras fueron contratadas por la misma escuela para educar a la próxima generación o para trabajar con algunas familias en busca de institutrices que se hicieran cargo de sus hijos.

Incluso trabajar en el fregadero sonaba mucho mejor que tener que enseñarle cosas al mocoso de algún señor adinerado.

El camino de grava crujía bajo mis pies y, ni bien me acerqué a la carreta, la anciana descendió del asiento del conductor. Volteé para mirar a Lee y a su tío, quienes esperaban a que el conductor recogiera su modesta cantidad de equipaje. Lee me hizo un pequeño saludo con su mano y se dirigió hacia la residencia; su tío, claramente, no estaba de humor como para perder el tiempo.

Ellos tendrían habitaciones cálidas esperándolos allí dentro, incluso baños. A juzgar por la expresión amarga de la anciana, dudaba que hubiera algo más que trabajo duro en mi futuro cercano.

–No te enamores de ese muchacho –murmuró, atravesándome con su único ojo sano.

La frase, inesperada, me atrapó con la guardia baja.

–Claro que no –le respondí–. Él es el huésped y yo soy la criada. No soy estúpida.

Se quedó pensando en eso por un segundo, moviendo la mandíbula de un lado a otro, concentrada.

–Mmm... Eso está por verse. Su tío nunca permitiría que haya algo entre ustedes. A ese solo le importa el dinero.

–¿Cómo lo sabe? –le pregunté, aunque yo había sospechado lo mismo.

Se dirigió cojeando hacia la parte trasera de la carreta y se restregó la cadera.

–Una vez que conoces a un miserable, los conoces a todos. Ahora, ¿qué haces siguiéndome?

–Creí que necesitaría mi ayuda con... ehm... el cargamento.

–No me sirves de nada si estás hambrienta y cansada –respondió la anciana, bufando–. Y, además, Chijioke pasará una vez que la residencia entre en movimiento. Ve adentro. Sube las escaleras hasta el segundo piso y dobla a la derecha. Tu cuarto está al final del pasillo.

¿*Mi cuarto*? Nunca imaginé que tendría una habitación para mí sola. Eso no había sucedido por años, y me hacía preguntar si se sentiría solitario dormir solo con el sonido de mi propia respiración.

–Enviaré a alguien para que te despierte en unas horas –agregó la anciana, haciéndome una seña con la mano para que me marchara.

–Gracias –le dije sin pensarlo, aunque en verdad le debía mucho.

–No me lo agradezcas todavía, muchachita; el día es joven.

Me negué a satisfacerla ante tal cinismo. Era verdad que el lugar estaba un poco desgastado y esas monstruosas figuras de la entrada no te hacían sentir muy bienvenido cuando pasabas entre ellas, pero al menos tenía un lugar para descansar y ganar algo de dinero. Eso era mucho más que lo que la mayoría de los fugitivos podrían desear. A medida que me acercaba con cautela al umbral de la puerta, comencé a tener una sensación de escalofríos en todo mi cuerpo. Las enormes puertas se abrieron justo por la mitad, lo suficiente como para que pudiera entrar. Había alternativas mucho peores a trabajar en el fregadero... Fácilmente podría haber terminado en una prisión para mujeres o trabajando en un

burdel, lo cual era precisamente lo que mi padre habría imaginado justo antes de que mi madre me sacara de la casa.

Las expectativas eran bajas, muy bajas, para una chica irlandesa sin amigos, sin dinero y sin ningún medio para conseguir esas dos cosas.

El vestíbulo de la Coldthistle House estaba realmente caluroso. Por la izquierda, un gran arco de color rosado brillante permitía el ingreso a una sala de estar en la cual había una chimenea calentando la planta baja. No había ningún rastro de Lee ni de su tío, seguramente ya se habían asentado en sus habitaciones. Aunque, a decir verdad, no había nadie cerca y en el lugar reinaba un silencio poco natural.

*Recién acaba de amanecer, idiota, es obvio que estará silencioso.*

Caminé sobre el descuidado tapete para dirigirme a la escalera en el lado derecho del vestíbulo. Era lujosa pero sin ningún tipo de ornamentos; las paredes del lugar estaban repletas de cuadros de aves. Estudios ornitológicos y bocetos, aunque el pintor definitivamente no tenía mucha destreza para el arte. Esas extrañas y delgadas criaturas me observaban desde todos los ángulos. Pero no era suficiente para hacerme perder de vista el objeto más extraño de toda la habitación: una enorme puerta verde justo frente a la entrada principal. De ninguna manera era auténtica de la mansión; ninguna familia adinerada podría haber querido una puerta en esa posición tan extraña. Tal vez, la agregaron más tarde; quizás fuera una especie de depósito o bodega.

El cansancio se esfumó por un momento, como si la nueva vida me hubiera lanzado una ráfaga de aire fresco. Entonces la puerta verde comenzó a llamarme.

*Cantaba.*

Estaba segura de que no era una canción que todos podían oír, sino algo parecido a pequeñas enredaderas que salían por debajo de la puerta y avanzaban lentamente hacia mí para introducirse en mis oídos y, así, persuadirme con el susurro de una melodía. Incluso la letra de la canción era completamente irreconocible, parecía una suerte de lenguaje extraño y gutural sin sentido. Un sinsentido que se transformó en mi guía. Provocó que mi cabeza estallara del

dolor, como una jaqueca, pero mucho más fuerte, y bloqueó cada pensamiento que acudía a mí para hacerme recobrar la razón.

Y yo, como una tonta, la escuché con atención, dejándome llevar hacia la brillante puerta verde para girar la ornamental manija dorada...

–Si fuera tú, no abriría esa puerta.

Una voz aguda y pequeña sonó detrás de mí. Me quedé congelada por un segundo y, cuando volteé, vi a una niña de unos once años quizás, que me miraba desde el umbral de una puerta. Detrás de ella, podía ver la cocina. La muchacha llevaba puesto un sencillito vestido blanco deslumbrantemente limpio. Su cabello estaba dividido a la mitad en dos coletas que caían sobre sus hombros. La mitad de su rostro tenía una mancha violeta, una marca horrible en una niña tan adorable.

A su lado, un perro movía la cola. Era un pequeño cachorro color café con orejas grandes y arrugas por todo el cuerpo. Al verme, me lanzó un ladrido suave, ya fuera para darme una advertencia o saludarme. No sabría decirlo.

–Nadie pasa por la puerta verde a menos que haya sido invitado –agregó. Su actitud directa había interrumpido la canción en mi cabeza y me sentí, por suerte, como yo misma otra vez. Pero también, cansada–. Soy Poppy. Él es Bartolomé. ¿Quién eres tú? No eres una huésped.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunté, molesta.

–Simplemente lo sé –contestó–. ¿La abuela te encontró?

–Sí –le respondí–. Me trajo desde Malton. Comenzaré a trabajar aquí. Me llamo Louisa.

–Hola, Louisa –dijo, arrodillándose y levantándole la pata al cachorro para moverla de un lado a otro como si me estuviera saludando–. Bartolomé también te saluda. Le agradas. Por lo general, nunca le agrada nadie.

–Es muy generoso de su parte –y muy *inmaduro*–. ¿Tú también trabajas aquí?

Poppy asintió y sus coletas se movieron de lado a lado sobre sus hombros.

–Ayudo a la abuela con lo que necesita. Algunos días es cocinar, otros asear o limpiar las chimeneas, o llevarles comida a los huéspedes. Mis días favoritos son

cuando tengo que ayudar a Chijioke.

–¿Él también trabaja aquí?

–En el granero, se ocupa de los animales y de los cultivos. Luces cansada, deberías dormir un poco. La abuela querrá que comiences a trabajar lo antes posible. Y no la llamamos abuela frente a los huéspedes, sino Sra. Haylam.

Tenía sentido. Mis ojos cansados se cerraban y estaba segura de que lucía terrible.

–Entonces, así la llamaré. ¿Puedes indicarme el camino?

Poppy se acercó brincando, obviamente disfrutándolo, y me tomó de la mano para llevarme lejos de la puerta, hacia la escalera. El perro la seguía a sus pies, moviendo la cola de un lado a otro y mirándome con sus grandes ojos negros. Era una criatura atractiva, de una raza indistinguible.

*Un poco como yo, entonces.*

La suave mano de la niña estaba fría y, cada vez que volteaba para mirar la puerta, me apretaba con más fuerza.

–No, a menos que te inviten –me recordó–. Y créeme que *no* quieres que te inviten. Odio ir a ver al Sr. Morningside. Es un viejo gruñón con muchas aves.

Me reí entre dientes y la seguí obedientemente a subir la escalera.

–Entonces, espero que olviden presentármelo.

Nos detuvimos en el segundo piso y, al doblar a la derecha, comencé a tener una sensación penetrante en la nuca. Al haber vivido bajo la mirada vigilante de los maestros en Pitney, conocía muy bien esa sensación. Alguien nos estaba mirando. Bajé la barbilla y moví los ojos de lado a lado, intentando encontrar de dónde provenía, sin hacerle saber que había notado su presencia. Una sombra osciló en la esquina de mi visión, alta, muy alta.

Inhumanamente alta.

–No pierdas el tiempo –me dijo Poppy, guiándome por el corredor–. Y no levantes la voz en los pasillos.

–Hay muchas reglas aquí –respondí, tratando de ignorar la fría incomodidad de

ser observada.

Poppy se detuvo repentinamente frente a una puerta gris y asintió al soltarme la mano.

—Sí, claro que sí, Louisa, y debes obedecerlas.

# Capítulo Siete

**U**n fuerte estruendo, como un trueno, estalló en mi puerta. El suelo y la cama temblaron, despertándome de mi profundo y oscuro sueño. *No, un trueno no. Un puño.*

—¡Estoy despierta! ¡Un momento! —grité, revisándome con prisa para asegurarme de lucir decente y quitar todo rastro de sueño de mis ojos. Había pasado mucho tiempo (demasiado tiempo) desde que dormía tan bien. Al principio, me preocupaba al pensar que estar sola sería intimidante, pero la soledad terminó siendo una bendición. No había nadie moviéndose a cada rato en una cama chirriante a mi lado; no había nadie roncando durante toda la noche ni ningún maestro vigilando cada travesura que hiciéramos.

Una vez que los golpes en la puerta se detuvieron, me las arreglé para colocarme el sucio vestido de lana sobre mi cabeza y recogerme el cabello enredado con las manos. La puerta se abrió y apareció un muchacho alto de ascendencia africana con brillantes ojos verde oliva y el ceño fruncido.

Él, o alguien más, había preparado una vasija repleta de agua caliente y una barra de jabón. Esta se encontraba del otro lado de la puerta y mi alivio ya era palpable. Luego de un viaje tan húmedo, seguramente apestaba como la planta de un pie.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Un nuevo cordero para el matadero!

—¿Perdón? —no era mucho mayor que yo y se lo veía saludable y fuerte. En una de sus enormes manos llevaba un paquete envuelto en un papel suave.

—Solo bromeaba. Eres la nueva encargada del fregadero, ¿cierto? —me preguntó—. La Sra. Haylam me envió a buscarte. Ah, y me dijo que te entregara esto.

El paquete estaba un poco caliente y el calor traspasaba hasta mis manos. Ropa.

Recién lavada, probablemente, debido a su tenue calor. Tenía sentido. No podía comenzar a trabajar usando el mismo atuendo del viaje.

–Gracias –respondí–. Estoy segura de que ya te lo dijo, pero me llamo Louisa.

–Chijioke –su voz era grave y placentera, recubierta con lo que parecía ser un leve acento escocés. Me recordaba a uno de los estudiantes de Pitney–. Me encargo de los cultivos.

Asentí, eliminando por completo la expresión de cansancio de mis ojos.

–Poppy ya me contó algo.

–Ah, sí. Habló de ti. Muchas veces, en realidad. Creo que está bastante enamorada –lanzó una pequeña risa y apuntó con su mano hacia la habitación detrás de mí–. ¿Por qué no te preparas para comenzar el día? Luego, puedo mostrarte la cocina.

–Eres muy amable, gracias –regresé a mi cuarto y desarrollé el paquete. Chijioke empujó la vasija con agua y el jabón por detrás de mí y cerró la puerta.

El paquete no era muy elegante, obviamente, pero tampoco esperaba más que una vestimenta simple y limpia. Y eso fue precisamente con lo que me encontré: una larga falda color carbón, una blusa tejida color hueso, una cofia, un delantal y un corsé para llevar debajo de todo eso.

No era de buena educación hablar por detrás de una puerta, pero quería un poco de distracción mientras me las arreglaba y luchaba para hacer que el corsé quedara bien sujeto a mi cuerpo escuálido. Quería dar una buena impresión por una vez en mi vida y quizás mantener un trato amable con mis compañeros de trabajo en la residencia. Era un nuevo comienzo, después de todo, y como no tenía idea de lo que la anciana... *la abuela* había pensado para mí, al menos podría hablar educadamente con este joven muchacho y con Poppy.

–Las Islas Orkney –le dije lo suficientemente fuerte para que me escuchara desde el pasillo.

–¿Qué tiene?



–Tu acento. En mi vieja escuela había una chica de ese lugar, las Islas Orkney – claro, los maestros hicieron que la muchacha suprimiera su acento natural y lo reemplazara por un dialecto inglés más general que sería de mayor agrado para los futuros empleadores. La nobleza no tenía interés en que una institutriz les contagiara ese acento “de clase baja” a sus hijos–. Es bastante distintivo.

Volví a escuchar su risa.

–Es donde mi padre se asentó luego de retirarse de la marina.

–¿Y qué haces tú aquí? –una vez que mi cuerpo tenía un aroma más dulce luego del baño, tomé el corsé y me lo coloqué. Después, la falda y, por último, la blusa.

–Estás llena de preguntas.

–No quise ser irrespetuosa –le respondí–. Quizás podríamos hablar sobre la residencia. ¿Te gusta trabajar aquí?

Era muy difícil entender su respuesta sin verle el rostro, pero, luego de una pausa, me contestó.

–No me gustaba la marina. Los barcos me marean. El solo hecho de pensar en ello me hace sentir enfermo. Prefiero el aire fresco, cuando mis pies están sobre tierra firme.

Bien, *eso* sí lo entendía por completo. Viajar en barco siempre me mareó. Cuando viajé desde Irlanda hasta Inglaterra, había pasado la mayor parte del viaje recostada sobre la barandilla, arrojando mis entrañas hacia las olas.

Mi cabello, fino y negro, nunca se llevó bien con las trenzas, pero lo trencé de todas formas y lo amarré lo mejor que pude para poder cubrirlo con la simple cofia blanca. Sobre la mesa, en una de las esquinas, había un pequeño espejo circular, al que me acerqué para revisar mi apariencia. No era un aspecto que me haría recibir elogios durante la temporada londinense, pero era suficiente para trabajar en el fregadero. No me convertí en una gran belleza al crecer, como mi madre lo hizo, pero sí heredé sus enormes ojos oscuros y su cabello negro. Si ella tuviera este atuendo, se habría visto voluptuosa, incluso tentadora; pero en mí, ni siquiera el

corsé más elegante podría haber sacado una figura atractiva de mi cuerpo, tan parecido al mango de una cuchara.

Al abrir la puerta, me encontré con que Chijioke esbozaba una radiante sonrisa. Lucía como si acabaran de contarle una broma tremendamente graciosa.

–¡Dublín!

–¿Puedes oír el acento irlandés en mi voz? –le pregunté, cerrando la puerta detrás de mí–. Mis tutores estarían muy decepcionados.

–Ah, deberías adoptarlo. Aquí nadie te castigará por tu ascendencia –me dijo. Lo seguí a medio paso de distancia a través del pasillo, ya que el lugar se sentía bastante angosto como para caminar a su lado. Era obvio que cuidar la tierra era un trabajo extenuante; tenía la misma complexión de otros hombres que había conocido antes de marcharme de Irlanda.

–Yo no oculto mi acento de Orkney ni siquiera un poquito. A veces, causa mucha confusión. “¿Qué hace un chico nigeriano hablando con ese acento? ¿De dónde viene?”. Deberías ver las expresiones confusas en sus ojos.

–A mí me parece encantador –le confesé. Bajo la tenue luz del día, el pasillo lucía menos tenebroso, pero esas extrañas aves todavía nos rodeaban–. ¿Tu padre era nigeriano?

–Así es, y él tampoco lo ocultaba –me contestó. Llegamos a la escalera y comenzamos a descender. Podía oír las voces de los huéspedes en sus habitaciones y algunas suaves voces provenientes de la cocina, abajo–. Por eso es que me gusta estar aquí. Sin importar lo que fuiste o lo que eres, el amo no espera que seas otra persona más que tú mismo. “Cuanto más duro es el trabajo, más honesto es el hombre”; me dijo eso una vez.

–Qué alivio –no quería que sonara sarcástico, pero tenía mis dudas. La vida con mamá en Dublín había empezado bastante bien, pero cuando ya no pudo cuidar más de mí, me llevó a lo de mis abuelos, quienes parecieron amables a primera vista, pero más tarde decidieron rendirse y allí fue cuando Pitney llegó a mi vida, como una bendición.

Había aprendido que todos los nuevos comienzos eran brillantes al principio, pero terminaban en las sombras. Si algo se sentía tan bien para ser cierto, sin duda no lo era.

–La Sra. Haylam tendrá un té listo para ti en la cocina –me dijo, guiándome por una puerta cerca de la entrada principal.

–¿Cuánto tiempo dormí?

–Todo el día y la noche, y la mañana siguiente –me contestó.

–¿*Qué*? –era imposible. ¿Había dormido un día *entero*? ¿En verdad había estado tan cansada?–. ¿Por qué nadie vino a despertarme antes?

Chijioke se encogió de hombros y sonrió.

–Ah, bueno, el trabajo aquí no es fácil. La Sra. Haylam tuvo piedad contigo.

–Estoy muy agradecida con ella, pero no era necesario. Estoy acostumbrada a llevar una vida dura. La abuela, quiero decir, la Sra. Haylam, me encontró mendigando por centavos bajo la lluvia con mis trucos de feria baratos –no había necesidad de mentirle, la verdad sobre mí se descubriría eventualmente. No mostró ninguna señal de repulsión–. Cualquier cosa sería mejor.

Se despidió de mí y abrió la puerta de la cocina con su cadera.

–De ahora en adelante, tendrás que levantarte al amanecer para ayudar en la cocina. Yo no estaría tan agradecido –el joven Chijioke se quedó quieto a mitad de camino de la puerta y bajó su voz, guiñándome el ojo–. Y ahora tendrás que enseñarme algunos de esos trucos de feria baratos.

–Claro –le respondí, riendo–. Ni siquiera te pediré tus centavos.

–Bien, porque ¡no tengo ninguno! –reímos a la par y me adentré en la cocina. Estaba completamente limpia y vacía, en perfecto contraste con el vestíbulo colorido y lleno de gente. Justo frente a mí había una cocina con un horno muy antiguo que llegaba hasta el techo de la habitación. Algunas ollas se encontraban ennegrecidas con marcas de burbujas a causa del calor. También había mesadas para preparar los ingredientes y un fregadero bastante profundo sobre la pared del lado opuesto. A la izquierda, había una puerta abierta que se dirigía hacia el

exterior. Una suave y fresca brisa se adentró desde los campos, cortando el intenso calor del horno.

En medio de la cocina, había una larga y alta mesa blanca de madera sin ninguna mancha, en donde una taza de té estaba esperando. El aroma de las galletas de naranja y cardamomo provocó que mi estómago se contrajera por el hambre. Había pasado un día desde la avena que comimos a un costado del camino. Me tomó un esfuerzo físico increíble no desviar la mirada hacia la comida a cada rato.

–Poppy, ve a buscar algo del jamón de anoche para la muchacha. Hazlo rápido si puedes, y no robes nada para ti o ese perro infernal.

Conocía la voz, incluso si sonaba con un acento poco familiar y salía de un rostro que nunca antes había visto. No, también conocía ese rostro, pero no podía ser...

–¿Abuela? –pregunté sorprendida, olvidando las órdenes de Poppy. Mis ojos se habían posado tan intensamente sobre la comida que no había notado al resto de las personas en la habitación: la pequeña niña y su perro; la persona que se parecía a la abuela, con dos o tres décadas menos que su supuesta edad. Su ojo todavía tenía esa infección blanca, pero estaba mucho más limpio que antes. Se había peinado y atado el cabello gris en un rodete debajo del gorro de ama de llaves. Llevaba puesta una elegante blusa limpia, una falda y un delantal salpicado con harina atado a su cintura. Su postura era muy rígida, como si llevara puesta una vara a lo largo de su columna, y podía percibir la misma inteligencia marchita en su mirada.

Era ella, la anciana, y el shock que me generó su nueva apariencia casi me hizo olvidar del hambre.

–Con “Sra. Haylam” bastará –me corrigió. Ahora, su voz ya no era elegante, pero ciertamente mucho menos quebradiza que como en el camino. Se acercó con rapidez a la mesa y al juego de té, y comenzó a servir con cuidado un poco en una de las tazas–. Confío en que has descansado bien, ¿no, Louisa?

–Más que bien –le respondí con honestidad–. Gracias. De... debo confesar que no dormía tan bien desde hacía años.

*O en toda mi vida.*

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de la anciana, es decir, la Sra. Haylam. Incluso su piel lucía menos curtida, aunque todavía guardaba un cierto color ocre.

–Los huéspedes y los empleados disfrutaban de la misma comodidad al dormir aquí. Debe ser la posición de las ventanas o la tranquila influencia de la primavera.

–Me ocuparé de esa vieja carreta –dijo Chijioke, pasando junto a mí y dirigiéndose a la puerta que llevaba afuera–. No soportaré otro viaje al pueblo.

La Sra. Haylam asintió y él volteó antes de marcharse. Me estudió detenidamente y luego me dedicó un breve saludo en la distancia. La chica de las coletas, Poppy, sacó de la despensa un plato de jamón cocido. Su cabeza apenas superaba la mesa y tuvo que ponerse de puntillas para poder deslizar la carne de cerdo a un lado del té.

Su perro, Bartolomé, la esperaba detrás de ella, sentado y moviendo la cola con entusiasmo, a la espera de algunos bocados que cayeran de la mesa.

–¿Bien? Adelante, come, Louisa –me dijo la Sra. Haylam e, inmediatamente, comenzó a realizar gran cantidad de actividades: revisar las ollas que tenía a su alcance, limpiarse las manos en su delantal, regresar a la mesa central para acomodar la tetera...

Me acerqué a las galletas con mucho interés, aún desconcertada por el repentino cambio de apariencia de la anciana. La comida me hizo caer en la tentación, obviamente, pero a la vez, sentía que todo era muy extraño, que todo estaba muy desbalanceado. Poppy esperó callada, moviendo sus brazos hacia atrás y adelante, obligándome con su dulce mirada a que me acercara a la mesa, aunque luego lo hizo de una manera mucho menos sutil.

–¡Adelante!

–Las galletas se ven deliciosas –le dije con poco entusiasmo.

–Una vieja receta familiar –me contestó el ama de llaves, y finalmente se quedó quieta. Todavía no había probado nada de la comida ni tomado un sorbo del té–. ¿Ocurre algo? ¿Tomas tu té con más azúcar?

¿Me animaba a mencionar ese tema? Chijioke y Poppy habían sido bastante amables. Me dejé a la suerte y levanté la taza de té con la mano temblorosa.

–Es obvio que luce diferente.

Se rio y el tono quebradizo regresó a su voz por un momento.

–Felicitaciones, jovencita, parece que tienes ojos en tu cabeza.

–Solo quise decir...

–Sé lo que has querido decir... –me interrumpió, limpiando sus manos otra vez en el delantal–. Algunas veces es mejor lucir de la peor manera. Si todo el tiempo todo fuera exactamente como es, viviríamos en un mundo horrible y aburrido, ¿no te parece? Ahora come, jovencita, y más vale que sea rápido. El amo está deseando hablar contigo.

A mi lado, Poppy tomó aire, sorprendida.

–El Sr. Morningside quiere darle la bienvenida a su empleada más nueva.

# Capítulo Ocho

Entonces, iba a cruzar la puerta verde. Tan pronto. Podía sentir los ojos de Poppy sobre mí mientras me marchaba de la cocina. El hecho de pensar que conocería a mi empleador (alguien de quien la pequeña me había advertido) provocó que la galleta se disolviera en mi boca. Las figuras de autoridad nunca me sentaron bien, por obvias razones. Me fastidiaba su superioridad y, al mismo tiempo, a ellos les fastidiaba mi actitud rebelde. Pero los adultos nunca la entendieron, ¿o sí? Estoy segura de que al menos mi madre no. Y a juzgar por mis abuelos, se podía decir que la sabiduría no venía con la edad; habían crecido para marchitarse en lugar de madurar mentalmente.

¿Los maestros en Pitney? Supongo que eran adultos en el sentido en que ellos eran versiones más grandes de nosotros mismos, exestudiantes frustrados que se regocijaban en el poder y en la arrogancia, desquitándose con muchachas más chicas que no podían hacer otra cosa más que encogerse y obedecer.

Incluso aunque no tuviera intenciones reales de respetar al Sr. Morningside, no me gustaba la incertidumbre que lo rodeaba. Poppy había mencionado que su compañía era fría, incluso tenebrosa...

*Es solo una pequeña niña.*

—¿Eres sorda? —me preguntó la Sra. Haylam, quien me seguía apresurada hacia el vestíbulo, sacudiendo su delantal—. Quiere verte. Ahora, jovencita, no más tarde.

—¡No será tan malo! —gritó Poppy desde la cocina. Podía oírla limpiar la taza de té y, seguramente, también robar algunos trocitos de jamón para su perro.

—No seas ridícula —me dijo el ama de llaves. Nos dirigimos rápidamente hasta la puerta verde y esta vez, al estar acompañada y bajo la cálida luz del día, la extraña canción no sonó en mi cabeza como antes—. Es solo una formalidad. Asegúrate de

que sea rápido, ¿está bien? Tenemos muchos huéspedes esta semana, no puedo imaginar cómo se supone que lidiaremos con todos ellos con tan poca gente.

La Sra. Haylam pasó por detrás de mí y abrió la puerta, apresurándome con su impaciencia familiar. Una brisa cálida y tropical llegó hasta donde me encontraba parada.

–Ve y muéstrale más respeto al amo, más del que me demuestras a mí, muchachita.

Al oír esa advertencia, asentí y comencé a bajar las escaleras. Esperaba ver una oficina al otro lado de la puerta, pero, en cambio, me encontré con una especie de pasadizo que llevaba hacia el sótano. *Seguramente esté frío*, pensé, ya que el vestíbulo estaba extremadamente cálido. La puerta verde se cerró detrás de mí y no logré distinguir si las velas sobre la pared ya estaban encendidas desde antes o se iluminaron ni bien se cerró la puerta. Llamas amarillas bailaban a cada lado, iluminando el leve descenso en espiral que me dirigía hacia una especie de antecámara alta.

Me detuve al pie de la escalera, admirando las pinturas sobre la grandiosa cámara de techo combado. Las paredes estaban recubiertas con un color menta y, al tocarlas, sentí una sensación cálida al tacto, como si, de alguna forma, estuvieran encendidas desde su interior. Con vida.

Las pinturas eran una serie de retratos, de hombres solitarios en diferentes etapas de su vida y en diferentes lugares. En una se mostraba a un chico de unos diez años posando orgulloso con un rifle de cazador y un faisán muerto a sus pies. En otra, aparecía un hombre de mediana edad con una barba negra bien tupida, una de sus botas apoyada sobre la barandilla de una goleta. Y en otra, un señor mayor reposando en su biblioteca.

En este nivel subterráneo, no podía oír nada de lo que ocurría arriba. Era como si la residencia hubiera dejado de existir.

No estaba equivocada, me estaba asfixiando. Una sensación de pánico que ya había experimentado antes se apoderó de mi garganta. La Sra. Canning, directora



de la escuela Pitney, me había llamado muchas veces como para recordar cada una. Las uñas de mis dedos nunca estaban lo suficientemente limpias; mi manera de caminar era demasiado arrogante y traviesa; mi escritura era dudosamente correcta. Siempre engañaba a los demás o perdía el tiempo, dormía hasta tarde o me levantaba muy temprano, era muy servicial o no los complacía lo suficiente. Me tomaba como su adversaria, su proyecto, y desde mi primer día en Pitney, ella y los maestros se aseguraron de hacer mi vida inestable. Nunca supe qué era precisamente lo que esperaban de mí. Como las reglas cambiaban constantemente, nunca hacía las cosas de manera adecuada.

Mi amiga Jenny siempre decía que solo estaban celosos porque ya sabía hablar algo de francés y latín, y porque me acoplaba a las clases de inmediato y tenía mucha facilidad para entender. Pero Jenny siempre fue muy inocente en ese sentido. La explicación más adecuada era que simplemente me odiaban.

Ella no creía en esas cosas. Cada mala reacción, cada acto de maldad necesitaba estar justificado. Pero yo era más sensata, sabía que, simplemente, algunas personas tenían ese espíritu de maldad. La palabra podía ser *crueledad* o *injusticia* y, ni bien uno acepta esta realidad, puede seguir con la vida, intentando sobrevivir. *Sobrevivir a este momento*, pensé suspirando, *significa hacer el papel de la buena y pequeña criada encargada del fregadero*.

No había duda de que me enfrentaría a la misma crueldad aleatoria por parte del Sr. Morningside. Intenté transformar mi rostro y mi postura en una combinación de obediencia y simpleza. Siempre era mejor ser subestimada, porque ¿quién no querría una empleada dócil, tonta, pero trabajadora?

La antecámara se tornaba cada vez más y más angosta a medida que me adentraba en otro vestíbulo con otra puerta verde. Mientras me acercaba para abrirla, acomodando mi delantal, podía escuchar solo el sonido de alguien escribiendo con una pluma al otro lado.

Respiré hondo, me quedé quieta y golpeé la puerta dos veces.

*Entra, sé agradable, sal de aquí, regresa a trabajar. Puedes hacer esto, Louisa.*

*Solo actúa normal. Puedes desaparecer.*

–Adelante.

No era la voz que esperaba oír, no era vieja ni áspera, sino suave. Quizás un poco nasal, pero no del todo. Abrí la puerta y me encontré con una habitación circular que me recordaba a una especie de cisterna. Aunque no había visto ninguna gotera, el lugar se sentía cálido y húmedo. Tal vez, el suelo de la primavera era el culpable

de ese clima tan húmedo. Me quedé impresionada por la cantidad de jaulas de aves que llenaban la inmensa oficina. Estaban ubicadas en un semicírculo rodeando un largo y alto escritorio. Las jaulas se encontraban a diferentes alturas, cada una con un ave diferente. Algunas eran típicas de Inglaterra y ya las había visto antes en el campo, pero el resto eran de una gran variedad de colores con grandiosas plumas sobre sus cabezas. Por más raro que pareciera, el lugar no apestaba a animal y, aún más extraño, cada ave estaba en completo silencio, como si... se lo hubieran ordenado. Como si estuvieran bajo control.

Algunas notaron mi presencia; otras se acicalaban con su pico o dormían con la cabeza entre sus alas. El amo, el Sr. Morningside, también había notado que yo estaba allí. Su figura alta y de buena postura estaba de pie detrás del escritorio, con su pluma recostada sobre una pila de papeles. Tenía la mano derecha dentro de su saco. Me recordaba un poco a algo que Jenny había dicho en Pitney: que su tía francesa le había mostrado una imagen de Napoleón Bonaparte en el periódico *The Times* y alardeaba sobre lo atractivo y majestuoso que se veía, parado allí con sus dedos ocultos entre el dobléz de su chaqueta. Un brillante broche dorado adornaba su corbata. Y era joven. Encantadoramente joven. Era más grande que Lee o que yo, eso era seguro, pero no por mucho.

–Té, por supuesto –dijo. Su voz era más grave al escucharla sin tener la puerta como barrera. Había un adorable juego de tazas preparadas sobre su escritorio. Al acercarme, pude ver que la porcelana albergaba dibujos de aves en vuelo.

*Claramente, le gustan mucho.*

Se movió con suavidad y agilidad para servir el aromático té con sofisticada elegancia. Su saco era uno de los más costosos que jamás había visto, las solapas del cuello estaban decoradas con pequeños tramados de viñedos y otras hojas. Su cabello tan negro como el mío estaba peinado hacia atrás desde su frente, con las puntas detrás de las orejas. Lo usaba mucho más largo de lo que estaba estrictamente a la moda, pero el estilo le sentaba bien. Su rostro tenía una forma alargada y delgada, con una barbilla prominente al igual que su nariz. Sus pequeños ojos dorados se elevaron por encima de las tazas, y quedé maravillada por la firmeza de sus pestañas, tan brillantes como pequeñas plumas de cuervo.

El silencio se tornó pesado e incómodo. Me quedé pensando en qué decir, pero no parecía apropiado atosigarlo con preguntas, aunque deseaba hacerlo.

–Confío en que ya has comido –dijo con su voz grave y tranquila. No estaba para nada apresurado, a pesar de moverse con suficiente agilidad, y deslizó el plato sobre el escritorio en mi dirección, indicándome que debería beberlo. A diferencia de lo que sucedió con Chijioke, no podía diferenciar su acento. No sonaba de clase baja, pero tampoco de clase alta, sino algo en el medio.

–Sí, señor, la Sra. Haylam se aseguró de eso –el té estaba mucho mejor que el de arriba, mucho más rico, y tenía una lujosa pizca de bergamota–. Me gustaría agradecerle por haberme ofrecido un lugar aquí.

–Sí, sí –movió las manos impacientemente ante mi agradecimiento. Luego, colocó las palmas de sus manos sobre el escritorio y me miró directamente a los ojos–. ¿Te gustan las aves, Louisa Ditton?

–¿Aves, señor? –solté un poco del té dentro de la taza.

–Pueden ser una *especie* de obsesión –dijo con una sonrisa irónica–. ¿Has notado las aves?

–No hay necesidad de ofenderme –le contesté. *Dios, otra vez siendo insolente. Necesito aprender a controlar eso*–. Quiero decir... Sí, he visto las aves, señor. Con la abu... Sra. Haylam ayer trajimos algunas más. ¿Llegaron a salvo?

Asintió, ignorando su propia taza de té. Un mechón de su cabello negro cayó sobre su frente, moviéndose con firmeza mientras continuaba hablando.

–El Pita Pechiverde africano sobrevivió, la cual era mi única pre-ocupación real. Plumas doradas, una máscara negra como bandido. Una criatura magnífica. Como tú, imagino.

¿Yo?

–Debe estar equivocado –le dije. No, mi única ambición aquí era trabajar sin ser notada. Simplemente necesitaba trabajar duro y guardar un poco de dinero para marcharme cuando decidiera hacia dónde ir. Irlanda. América. Cualquiera lado. *Desaparecer*–. Juro que nunca fui una bandida.

–¿No? –su sonrisa se profundizó–. Al parecer, colecciono delincuentes y desamparados. Lo que deberías comprender que no es un insulto.

Me encogí de hombros en señal de miedo.

–Antes de venir aquí, estaba en la escuela Pitney, en las afueras de Leeds, pero la abandoné por el maltrato que recibíamos. Disculpe, no quise sonar tan petulante, pero no estoy acostumbrada a recibir un buen trato.

–Un extraño momento de honestidad –asintió y sus ojos se iluminaron con interés–. Cualquiera haya sido la forma de mantenerte con vida antes de llegar aquí no es mi problema.

–¿Incluso si soy una fugitiva? ¿Qué tal si las autoridades me buscaran?

–¿Lo *hacen*? –demostró más interés. Apoyó todo su peso sobre sus manos, inclinándose hacia mí.

–No –le respondí sin dudar–. No soy nadie.

–Ves, ahí es dónde te equivocas. La Sra. Haylam siempre ha llenado este lugar con... *personalidades*. Sabe cómo ver la verdadera esencia de las personas, por lo que debe haber visto algo intrigante en ti, Louisa. Cuando me convertí en el dueño de la Coldthistle House, le encomendé una única tarea: “Contrate y despida bajo su propia voluntad, Sra. Haylam, pero nunca, ni por un instante, me aburra” –aseguró.

Tenía una forma especial de comenzar una frase con severidad, pero de terminarla de manera divertida. Y si por un lado Rawleigh Brimble demostró ser un libro abierto, percibía que el Sr. Morningside era alguien mucho más reservado. Puede que haya estado sonriendo en mi dirección, pero su mirada era imposible de penetrar.

—¿Cómo se convirtió en el amo de este lugar? —una de sus cejas se levantó en señal de sorpresa. Ya estaba haciendo un trabajo muy pobre para ser invisible y olvidada—. Creo que no fue correcto preguntar eso. Es solo que luce demasiado joven.

—¿Y, por lo tanto, incapaz de realizar el trabajo? —me miró intensamente, y sabía que estaba a punto de leerme como yo estaba tratando de hacerlo con él. Me hizo sentir nerviosa, con miedo; nunca me pareció cómodo conocer a alguien con los mismos, o mejores, dones que yo. Hizo una especie de cálculo mental mientras se mordía el labio inferior y me interrumpió, y no pude pedirle disculpas—. Antes de que preguntes, porque ya sé que lo harás, no me has ofendido. Basta decir que la familia que una vez fue dueña de esta grandiosa residencia murió inesperadamente, de manera trágica. El lugar quedó vacío, y yo tenía los medios para adquirirlo. La Sra. Haylam es quien hace el verdadero trabajo para que yo pueda estar tranquilo con mis libros y aves.

Intenté echarle un vistazo a la habitación y noté que las bibliotecas estaban saturadas de manuscritos atados con tiras de cuero. La pila de papeles sobre su escritorio era impresionantemente alta.

—Es escritor.

Esto lo divirtió o le gustó, por lo que se encogió de hombros, colocando de nuevo la mano entre el dobladillo de su saco. Cuando se alejó de mí, el aire de la habitación se sintió mucho menos viciado.

—Ocasionalmente. No un escritor de verdad, sino más bien un aficionado. Un naturalista. Un historiador. Nunca me interesaron los pequeños detalles domésticos de llevar adelante una residencia para huéspedes. Y quizás sea una

lástima. Como el dicho, las manos ociosas son los juguetes del Diablo.

–Claro que sí. Creo que también son el privilegio y la procedencia de los ricos –  
agregué.

*Desaparece, Louisa. Deja de hablar y quedar como una molestia.*

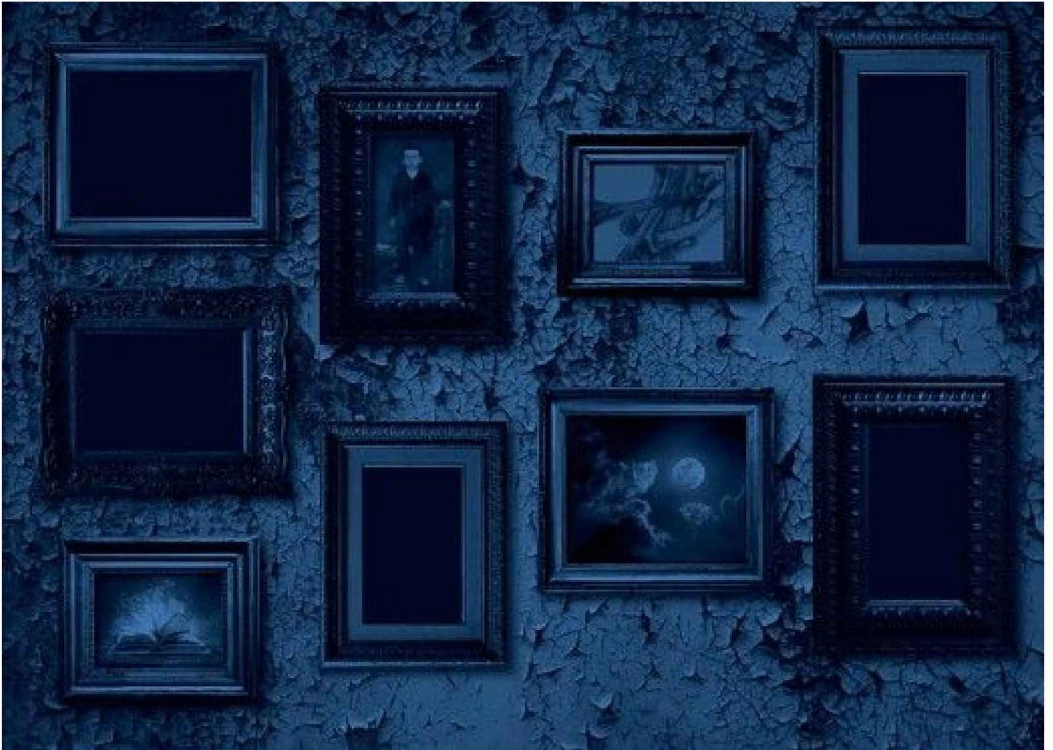
–Mi madre solía decir algo parecido, pero no había duda de que hablaba desde  
la envidia –me corregí de inmediato.

Pero el joven muchacho, mi amo, con su cabello negro salvaje y sus ojos  
dorados, inmediatamente comprendió la rápida corrección. Ya sentía que estaba a  
punto de que me censuraran o me despidieran. Aunque hubiera dicho que prefería  
“personalidades” para trabajar en

la Coldthistle House, quizás la mía había probado ser demasiado descarada.

En lugar de reprenderme, sacudió su cabeza lentamente y sonrió.

–Me agradas, Louisa Ditton. Una sensación dentro de mí dice que nos  
llevaremos bastante bien.



# Capítulo Nueve

—¿ué le dijiste?  
Maldición. Hasta aquí el día había ido tan bien.  
La Sra. Haylam estaba presionándome mu-

cho. Yo me encontraba arrodillada a un lado del horno mientras me encargaba de limpiar el suelo y de ordenar luego de que ella había preparado la cena para los huéspedes. Mis oídos ya habían sido bombardeados en el pasado muchas veces más de las que podía contar, pero recibir tanto durante el primer día era algo nuevo.

Me puse de pie antes de que pudiera alcanzarme y bajé la cabeza.

—Lo lamento, Sra. Haylam. Pensé... Él no parecía del todo enfadado conmigo cuando me marché de su recámara.

—Claro.

Había un mundo entero de promesas dolorosas en esa única palabra susurrada.

Mis hombros se encogieron instintivamente, anticipando el golpe. Pero nunca llegó. Se quedó mirándome y pude notar que su rodete gris estaba un poco desalineado con mechones de cabello plateado cayendo sobre su rostro.

—Dice que te encargarás de servirles el té por la noche a los huéspedes que así lo pidan —me ordenó. Esas palabras no encajaban con su tono furioso—. Servir el té. Tú. Eso solo. Asombroso.

Se había reducido a palabras sueltas.

—Tal vez, logré darle una buena impresión —murmuré rápidamente, dirigiendo mi mirada al suelo.

—Definitivamente dejaste una buena impresión, muchachita —la Sra. Haylam soltó un largo suspiro que movió la cofia de mi cabeza. Incluso sin mirar, sentía su penetrante mirada—. Y él ciertamente también lo hizo contigo, te lo garantizo. Me

pregunto qué fue todo eso.

Volteé. Ella no se estaba moviendo. Era una pregunta, al parecer. Curiosamente, la honestidad me había llevado mucho más lejos con ella y el Sr. Morningside, por lo que decidí atenerme a mi plan original y decir lo que pensaba. Eso haría que mi madre y mis maestros se marcharan espantados si supieran que les estaba hablando así a mis superiores.

–Era más joven de lo que esperaba. Y... más inteligente.

Volvió a quedarse en silencio. La Sra. Haylam se relajó de a poco, llevándose las manos hacia su cintura.

–Ya veo. Joven e inteligente –otra vez se calló, como si estuviera digiriendo lo que debía ser información evidente. ¿Pensaba alguna otra cosa de él?–. Joven e inteligente. ¿Y qué más? ¿Atractivo? –agregó.

Sin quererlo, levanté la cabeza y la miré a los ojos. ¿Era un truco? ¿Una trampa? Tenía que ser algo así, si no ambos.

–Algunos también dirían eso, estoy segura.

–Pero tú no.

–¿Lo he hecho?

–Menos insolencia, muchacha, y más información –me dijo la Sra. Haylam, y otra vez bajé la vista a mis pies–. Joven, inteligente y atractivo. Bueno, tú también eres inteligente. Estoy segura de que no tienes ninguna idea extraña en tu cabeza. Él es el amo. Puede parecer joven y atractivo, pequeña Louisa, pero Henry Ingram Morningside

es bastante peligroso. Más peligroso de lo que puedes imaginar. Ahora, sujeta esa charola, sirve el té, y no hagas que me digan que trabajaste lento.



El tercer piso de la mansión estaba tan tranquilo como una tumba mientras llevaba



la pesada bandeja plateada con el té hacia la sala. Cada piso tenía su propio pequeño espacio para entretenimiento y tentempiés, a pesar de que había un comedor principal en el primer piso, en el ala sur de la residencia.

Esas espantosas pinturas de las aves me observaban mientras caminaba por allí; la gran cantidad de cuadros sobre las paredes hacían que el corredor se sintiera sofocante y angosto. Había pensado que el día sería uno bueno... Un largo descanso, una comida decente y lo que asumí que había sido una primera reunión positiva con mi amo había terminado en un duro, pero honesto, trabajo: fregar los pisos, lavar la vajilla, cortar patatas y hervirlas, aprender dónde se encontraba la lavandería y las vasijas para bañarse.

*Las manos ociosas son los juguetes del diablo.*

Mis manos ya no serían ociosas aquí; les di la bienvenida a las interminables tareas domésticas y quehaceres. Hasta ahora, siempre que hiciera lo que me ordenaran con pocos errores, era libre con mis pensamientos. Esos pensamientos curiosos iban desde el Sr. Morningside y su obsesión con las aves, Lee Brimble o Poppy y su perro, hasta la pregunta más importante de todas: ¿por cuánto tiempo me quedaría allí? ¿Qué podría hacer de mi vida una vez que me marchara?

La Sra. Haylam todavía no había mencionado nada sobre el pago, aunque Chijioke dijo que tenía algunas monedas ahorradas. Esos primeros días podrían ser una prueba, solo para asegurarse de que podía lidiar con el trabajo y seguir órdenes.

Los maestros de Pitney se ahogarían con sus galletas si me vieran ahora, con mis perspectivas de futuro cayendo en picada, de ser una institutriz a convertirme en una simple criada. *¡Qué predecible!*, habrían gritado. *¡Con todo ese orgullo y arrogancia, Louisa Ditton no hizo nada con su vida, después de todo!*

No, no podía quedarme en la Coldthistle House por siempre. La buena fortuna me tenía que estar esperando en algún lugar, y yo iría allí a buscarla. Pensé otra vez en la moneda de oro que había conseguido que me echaran del mercado de Malton, y me hizo considerar el valor de la bandeja de plata que tenía en mis

manos. Comencé a calcular el costo del juego de té de porcelana china y las pinturas en la pared, los tapetes turcos, las jaulas doradas de las aves... Había muchas riquezas en este lugar, y tan pocas personas para cuidarlas. Podría robar pequeños objetos y venderlos en algún otro sitio, y ver si eso me sentaba mejor que estar inclinándome ante los huéspedes o discutiendo con ellos.

De todos modos, era un simple pensamiento, y uno que parecía acoplarse muy bien a un nuevo plan. El Sr. Morningside apenas podría notar la falta de esos pequeños objetos, y valía la pena correr el riesgo si con lo que robaba podía pagarme un viaje a América. A una nueva vida.

Pero hasta ese entonces, *té*.

La Sra. Haylam llamaba a la sala del tercer piso “La habitación roja”, y realmente le hacía honor a su nombre. La puerta estaba entreabierta y la luz que salía hacia el pasillo era de un tinte escarlata. El tapizado tenía un tramado de hojas rojas y oscuras que se había desvanecido con el tiempo, aunque aún conservaba casi todo su brillo. Allí, más pinturas adornaban las paredes teñidas de diferentes matices

de rojo carmesí. Mis ojos se desviaron hacia un set de escritura en una de las esquinas. Esas plumas parecían ser de plata real.

Lee y su tío se encontraban sentados en un sofá bajo, las ventanas decoradas detrás suyo, recogidas como si fueran inmensas cortinas de teatro. Su tío mantenía una conversación animada con una mujer vestida de negro. No la había visto en la residencia antes, pero lucía lo suficientemente cómoda en un asiento todo rasgado. Una inmensa esmeralda brillaba en uno de sus dedos, el único rastro de color en su sobrio vestido de luto. Su cabello negro, con algunos mechones grises, estaba recogido en un elegante moño francés a la altura de la nuca.

—Realmente debo protestar, Sra. Eames —estaba diciendo George Bremerton, con el rostro sonrojado, sentado en el borde del sofá, enfurecido como si fuera un puercoespín que eleva sus púas. Sus largas patillas definían su barbilla como si

fuera un perro mastín—. ¿Una mujer como usted viajando sin chaperón? Absurdo. Insisto en que permanezca aquí hasta que podamos acompañarla por lo menos hasta Ripon.

La bandeja con el té temblaba en mis manos mientras luchaba por atravesar la puerta con cuidado, cerrarla detrás de mí y apresurarme hasta la mesa. Lee notó el temblor en mis manos y se puso de pie para ayudarme a llevar la bandeja hasta la mesa sin volcar nada. Luego, me dedicó una sonrisa y regresó rápidamente a su asiento. George Bremerton y esa tal Sra. Eames ignoraron por completo mi presencia.

—Me las arreglo bien por mi cuenta —dijo la mujer—. Una viuda lo debe hacer. El agua primaveral de aquí calma mis nervios y disminuye el calvario del luto. Debería probarlo; es el secreto mejor guardado de toda Inglaterra. ¿Por qué lidiar con la *marmaglia* en Bath cuando se puede disfrutar de un pequeño centro de relajación aquí?

Tenía una voz hermosa de cantante, melodiosa y acentuada. Italiana, quizás, o francesa. Desde este lado, podía ver mejor su rostro, que también era hermoso. Estaba sentada elegantemente con las manos juntas sobre su regazo y con la barbilla un poco hacia atrás; era como estar observando un retrato viviente. Aparté mi mirada de ella y la dirigí hacia Lee, quien sutilmente movió sus ojos hacia su tío y suspiró.

Ah. Entonces, George Bremerton también había notado su distintivo encanto.

—Estoy seguro de que el agua está bien, pero ese no es el punto. Una viuda debe aceptar ayuda cuando es necesario —le contestó George—. ¿Qué hay de sus hijos? ¿No pueden acompañarla?

—Ellos están ocupados en este momento. Saben que su *mamma* es muy capaz de manejarse por su propia cuenta. Y ahora es mi turno de protestar, Sr. Bremerton. Este interrogatorio me tiene agotada —por fin notó que me encontraba en la mesa sirviendo las tazas de té y acomodando las vajillas—. Me imagino que será un buen caballero y me dejará tomar un poco de té tranquila.

La paz parecía ser lo último en la mente de George Bremerton. Había comenzado a sudar y a remangarse.

–Sra. Eames, por Dios santo, por favor...

Ella lo calló con una sola mano, como si fuera el director de una orquesta que acababa de terminar una canción con un movimiento ostentoso.

–No debe contrariarse a sí mismo, *mio caro*. No es bueno para el corazón de un hombre, algo que conozco muy bien. Vaya al manantial ni bien esté libre; lo tranquilizará.

–Mis condolencias, otra vez –le contestó–, por haber perdido a un esposo tan temprano. Es simplemente devastador.

*Mio caro*. Italiana, entonces. La observé tocarse la esquina totalmente seca de su ojo.

Tomó un sorbo del té y comió con elegancia el borde de una galleta, siempre evitando la mirada de George Bremerton.

–Perder a alguien puede ser muy agobiante –dijo finalmente. Le tomó varios segundos encontrar una razón para escapar de su mirada lujuriosa–. ¡Y esta habitación también! Una dama debe respirar. Es hora de tomar un poco de aire; una caminata por los alrededores bastará. Luego, seguro, beberé un poco de las aguas del manantial.

Cuando la Sra. Eames se puso de pie, resultó ser mucho más alta que yo y me miraba desde lo alto por sobre su nariz. Se dirigía de manera ostentosa y con velocidad hacia la puerta. Su plan no funcionó tan bien cuando George Bremerton también se puso de pie para acompañarla, dándole a su sobrino un saludo apresurado con su cabeza e intentando alcanzar a la viuda.

–Por favor, permítame escoltarla, *madame*. Los jardines son laberintos con túneles de ratas de campo. Ayer me torcí el tobillo al pisar uno. La guiaré por un camino seguro.

Su respuesta, positiva o con cualquier otra intención, se perdió bajo el efecto silenciador del pasillo.

–Gracias a Dios que eso terminó –soltó Lee, levantándose del sofá a toda prisa–. A veces, cuando coquetea, mi tío es un poco molesto. Hará que esa mujer se vuelva loca con todo lo que le dice para persuadirla. Es como si hubiera olvidado por completo la razón por la que vinimos hasta aquí.

Apenas habían tocado el té y me urgía la necesidad de abalanzarme sobre las sobras. Qué desperdicio. Desde luego, la Sra. Haylam no lo aprobaría, por lo que me arrodillé otra vez y junté las tazas y platos usados, y los coloqué de nuevo en la bandeja. De inmediato, sentí la tensión entre el joven y yo. Allí estaba él, quieto, mientras yo hacía mi trabajo. Me encargué de limpiar todo y Lee levantó una mano.

–No te marches todavía.

–Tengo una larga lista de tareas para hacer –le respondí mordiéndome la parte interior de mi mejilla, nerviosa. *Quizás no tenga nada que hacer, chico elegante, pero algunos tenemos que cantar para obtener nuestra comida.* Él sería una molestia si tuviera que robar algo de aquí. No necesitaba que estuviera mirando cada movimiento que hacía–. Mi trabajo aquí es muy nuevo, no me gustaría dar la impresión de que soy holgazana.

–¿Solo uno o dos minutos? –insistió–. Asumiré la culpa si te metes en problemas.

–¿Y bien? Aquí estoy –me alejé de la bandeja. El equipo de escritura brillaba en la esquina–. ¿No tiene que ir en busca de su gran aventura? Pensé que estaba aquí para descubrir el misterio de su origen.

Lee se sonrojó de un color oscuro que combinaba perfectamente con la habitación, y se encaminó hacia la biblioteca en la otra punta del lugar. De allí, tomó un jarrón que tenía algunos huesos de aves posados sobre musgo, y fingió estudiarlos.

–Así es, pero el tío George se ha distraído. ¿Puedo ser completamente honesto contigo, Louisa?

–Sí –como si pudiera detenerlo.

–Debes satisfacerme. ¡Yo *rescaté* tu cuchará!

Mi sarcasmo perdió vigor en el rostro de tanto entusiasmo.

–Mmm... Sí, le debo mi vida por eso.

–¡Precisamente! ¡Ja! –sus mejillas se tornaron de un color más rosado y esbozó una sonrisa encantadora, poco conveniente para el momento–. Verás, la verdad de todo esto es que estoy increíble e insoportablemente aburrido.

–¿Aburrido? –tenía que reírme al escuchar eso mientras me acercaba hacia la biblioteca. Me dirigí a la ventana más cercana y corrí las pesadas cortinas para mirar a George Bremerton acompañar a la viuda italiana hacia el jardín y cómo los dos tropezaban con los hoyos en el suelo–. No ha estado ni siquiera dos días aquí...

–¡Sí! Sí, lo sé, pero no tengo nada para hacer. No me puede importar menos el estúpido manantial con sus aguas apesadas. Todo esto fue idea de mi tío; además, hay pocos libros que me interesen en la biblioteca, y no hay ningún otro huésped de mi edad –dejó caer su cabeza, resoplando con suavidad–. Bueno, tal vez no sea mejor que él, buscando en los alrededores, desesperado por obtener un poco de diversión.

Lee tenía un punto. Antes de la hora del té, la Sra. Haylam me dio una pequeña lista de los huéspedes que se encontraban en Coldthistle. Además de Lee y su tío, estaban la Sra. Eames; un físico de Londres llamado Dr. Rory Merriman; y un militar retirado que hacía poco había regresado de la India. Compañía muy poco estimulante para un joven de la edad de Lee. En ese momento, su tío y la Sra. Eames llegaron a una zona del jardín menos escabrosa. Cerré la cortina.

–¿No puede realizar toda esta investigación por su cuenta? De seguro su tío trajo algún tipo de prueba de sus antepasados. Puede encontrar esta supuesta amante de su protector... Incluso si falla, no se habrá aburrido.

El rostro de Lee se tiñó de tanto entusiasmo que llegó hasta tal punto que me tomó de la mano y la apretó. Luego volteó y se dirigió hacia el corredor a toda prisa.

–¡Yo *sabía* que tendrías la respuesta, Louisa! Tendré que revisar los papeles de mi tío y ver qué hay, y luego podremos comenzar a resolver el misterio juntos.

Pensé que había escuchado mal lo que había dicho. ¿Qué podría ofrecerle y cómo, en el nombre de Dios, podría encontrar el tiempo para hacerlo? Me acerqué lentamente hacia la bandeja que todavía necesitaba limpieza. Él ya estaba en la puerta, demasiado lejos como para que pudiera escuchar mi único susurro.

–¿*Juntos*?

–Claro, ¿quién más me ayudaría?

Nuestro desacuerdo (bueno, en realidad, mis quejas y la negación para entretenerlo) se desparramó por todo el pasillo. Inmediatamente, ambos bajamos nuestras voces, como si todas las aves que nos miraban nos hubieran callado.

La bandeja de té no se alivió ni un poco con el minúsculo mordisco que la Sra. Eames le dio a la galleta. Me detuve en el descanso de la escalera antes de bajar, cuando Lee, con paso firme, pasó a toda prisa por allí para dirigirse a su habitación en busca de las pertenencias de su tío.

–Tengo demasiado trabajo que hacer –dije, lo cual era verdad–. ¡Confío en que lo podrá hacer por su cuenta! –eso era mentira–. No es... *apropiado* que yo lo ayude de esa forma. Sería algo tan peligroso como la amistad.

–¡Oh, *al diablo* con lo que es apropiado! ¡Listo, lo he dicho!

–Sr. Brimble...

–No, nunca me llames de esa forma –me dijo acercándose a mí. Se tiñó de rojo de pies a cabeza por el enojo–. Está bien, fui muy rudo y permíteme disculparme, pero las expectativas de la sociedad me resultan demasiado confusas. ¿Por qué no podríamos ser amigos?

–Toda vida tiene reglas. ¿Por qué cree que estoy aquí? Abandoné un grupo de reglas a las que no podía adaptarme por otras a las que sí. ¿Acaso no es esa la verdadera esencia de la vida?

No podía ni imaginar por qué este joven tenía tanta necesidad de agradarme ni por qué el hecho de que me agradara tenía alguna importancia para él. Sonaba a

que tenía una familia con clase, incluso si era demasiado complicado. Tenía a su tío y al conductor, y probablemente un costal de seres amados en su mansión.

¿Yo a quién tenía?

Mi pequeño discurso lo intimidó o avergonzó, pero aun así asintió, cerrando sus dedos en un puño.

–Tienes razón.

De alguna forma, hacer lo correcto no se sentía tan bien.

–Simplemente, soy una criada aquí –le dije con voz débil–. Que tenga un buen día, Sr. Brimble.

Volteó y se marchó justo antes de que pudiera ofrecerle una reverencia respetuosa. La Sra. Haylam me echaría de la mansión si se enteraba de que estaba hablando con los huéspedes de esa forma. Mi única esperanza era que Lee lograra comprender realmente mis palabras y le dedicara atención a su tío y su herencia.

Levanté la bandeja de té un poco más y volteé para bajar las escaleras. Una muchacha había estado mirándonos desde el piso de abajo; una muchacha de mi edad. Era alguien que ya había visto muchas veces en mi vida, pero hacía muchos años que no la cruzaba, y solo en mi imaginación.

La bandeja se me cayó al suelo, provocando un ruido ensordecedor.



# Capítulo Diez



# Sobre el Maestro de las Sombras de Babilonia y el escurridizo Da'mbaeru

*Los Maestros de las Sombras de Babilonia desarrollaron una técnica para capturar y controlar espíritus inusualmente peligrosos. Emplear fuerzas sobrenaturales que pueden interactuar con el mundo físico haría al hombre incomprensiblemente poderoso. Sombras que alguna vez fueron consideradas incontrolables podrían ser persuadidas para servir a un amo que consideraran valioso. Arduos rituales de fortaleza e inteligencia fueron impuestos por las sombras, rituales que solo un puñado de Maestros han logrado completar.*

*Existe un Maestro de las Sombras llamado Aralu, que se dice que ha destrozado la cabeza de su hijo, cuando era tan solo un bebé, contra la pared y cortado su propia lengua con tal de satisfacer a una de estas sombras. Aun así, existe la posibilidad de que estas sombras tan incontrolables, apodadas Da'mbaeru<sup>1</sup> por los estudiosos de Babilonia, solo puedan ser encontradas por medio de rituales y pruebas.*

*La colección de extraños mitos y leyendas de*

*H. I. Morningside, página 66.*

1. Cabe mencionar que se trata de un término reconocido solo por hechiceros específicos de Babilonia. La combinación de las palabras *oscuridad* y *cazador* no aparece en ningún otro documento acadiano conocido. El nombre *Da'mbaeru* solo aparece una docena de veces en el *Elbion Negro* y, según mi propia investigación, en ningún otro lugar.



**E**n toda mi vida, solo había tenido una verdadera amiga. Su nombre era Maggie, y una muchacha exactamente igual a ella me miraba con sus grandes y curiosos ojos verdes.

Luego se acercó a mí rápidamente para ayudarme a levantar la bandeja del suelo.

Por suerte, la tetera había caído parada y solo había derramado unas pocas gotas sobre la alfombra. Cuando levantó la cuchara del azúcar y dos platillos, la muchacha demostró no ser una alucinación ni tampoco mi amiga imaginaria.

—¡Oh, Dios mío! —tenía una voz dulce y aguda (a diferencia de mí) y con un leve acento irlandés (al igual que yo). Justo como la recordaba—. Estos tapetes son demasiado resbaladizos y traicioneros. Yo también me he tropezado algunas veces.

Permaneció en silencio con la cuchara y los platillos apoyados sobre su delantal y esbozó una radiante sonrisa.

–Soy Mary. He oído que, quizás, necesitarías algo de ayuda con el trabajo, por lo que la Sra. Haylam me envió a buscarte.

Mary. Maggie era el nombre de mi amiga. Amiga imaginaria. Aun así, no se podía negar el parecido: las mismas mechas del cabello castaño oscuro amarradas con una cinta, la misma cantidad de pecas sobre su nariz, tantas que parecía que tenía una mancha de pintura roja sobre su rostro.

Tenía que dejar de mirarla.

–Lo siento –susurré, inclinándome para ayudarla a limpiar el desastre y volver a poner todo sobre la bandeja–. Es que... Es que te pareces mucho a una chica que conocía.

–¿De verdad? –se rio mientras me entregaba la cuchara.

–Es... es un parecido muy sorprendente –le dije, aún boquiabierta–. No quise parecer grosera.

–No te preocupes; espero que tengas recuerdos agradables de ella.

Terminamos de juntar el juego de té y lo levantamos del suelo; luego me acompañó mientras descendíamos con cuidado por la escalera.

–De hecho, así es. La apreciaba mucho. Era muy buena amiga.

–¿Era de Irlanda?

Era obvio que podría percibir los remanentes de aquel viejo país en mi voz. Asentí, bajando lentamente por la escalera y mirando de reojo a esta sorprendente criatura que podría ser la escultura viviente de una muchacha que sabía que no existía. Pero podía sentir su calidez al rozarme con su manga. Era real.

–La tuve que abandonar cuando vine a Inglaterra. Fue un día muy difícil. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

–Mi madre le hizo un trabajo de costurera al amo, y le gustó tanto el resultado que nos trajo hasta aquí desde Londres. Fue algo bueno. Ella era una mujer muy orgullosa y odiaba que le pagaran unos pocos céntimos por su trabajo. Me enseñó

a coser y tomé su lugar cuando falleció el año pasado.

–Es una lástima oír eso –le dije, sintiéndome un poco desconcertada, como si estuviera confiando otra vez en mi amiga imaginaria. Era fácil hablar con ella, quizás por lo mucho que se parecían o porque su tristeza se sentía familiar–. Lo siento.

–Le gustaba estar aquí, creo, por lo que murió bastante feliz. El amo prometió cuidarme cuando ella falleció y, hasta ahora, ha cumplido con su promesa.

–Lo conocí hace poco, solo hablé unos minutos –nos detuvimos en la puerta trasera de la cocina y podía jurar que ella no quería entrar allí, ya que nos encontraríamos con nuevas tareas que nos separarían. ¿Cómo podía ser que tuviera tanta afinidad con alguien que acababa de conocer? Me sentía una mala persona por haber tratado mal a Lee por haber querido forzar una amistad. Pero esto era diferente, ¿no? Mary estaba igual que yo, abandonada y sola, lejos de casa...

O este era su hogar, y el extraño Sr. Morningside se convirtió en una especie de familia. Se la veía cómoda. Sentía que encajaba. Me comenzó a doler algo en la parte trasera de mi garganta. Pertenecer a algún sitio sería algo bueno. No sabía si este sería el lugar, pero, si así lo fuera, mi vida sería mucho más sencilla.

–Siempre es muy amable –agregó Mary con una sonrisa triste–. Y le debo demasiado. Nos sacó de la peor parte de Shoreditch. Creo que es ese tipo de deuda que nunca puedes saldar.

–Claro que no. Todas las deudas se pueden saldar. Puedes ganar tus ahorros, ¿no es así? Él entenderá la difícil situación en la que te dejó tu madre –Mary se encogió de hombros y abrió la puerta de la cocina para mí. De pronto, sus ojos verdes se quedaron fríos. Distantes.

–No –dijo simplemente–. Verás, le debo mi vida misma.

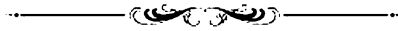
–¿Tanto? –le pregunté, inclinando la cabeza hacia atrás, sorprendida–. No tenía idea de que fuera tan heroico.

Una pequeña calidez regresó a sus ojos mientras sacudía la cabeza.

–Tampoco es una historia tan impresionante, pero él hizo realidad mi sueño de

que yo pudiera tener un lugar adonde ir y un propósito en el que centrar mi mente. No podía sobrevivir sin un lugar y una familia que pudiera sentir como propia.

Y en cambio, mi nuevo propósito era robar cosas de la mansión para mi propio beneficio. Casi me hacía sentir vergüenza de mí misma. Mi vieja amiga imaginaria Maggie lo entendería, de eso estaba segura. Pero esta chica, Mary, ¿haría lo mismo?



Era grandioso regresar a mi pequeña habitación al final del día. Los demás podían pensar que era un sitio solitario, pero yo disfrutaba de ese refugio en el que solo estaba en compañía de mi mente.

Alrededor de una hora después de la cena, la Sra. Haylam me liberó de mis deberes y dio por finalizada mi jornada laboral. Luego de caminar a toda prisa bajo la mirada vigilante de las aves colgadas en los pasillos, me bañé y me coloqué un simple camisón para irme agradecida a la cama. A pesar de encontrarme muy cansada luego de un largo día de trabajo, tuve problemas para dormir.

La comida de la noche había sido tranquila, incluso agradable. Nos encontrábamos todos sentados en la larga mesa de la cocina, la Sra. Haylam, Chijioke, Poppy, Mary y yo, y el perro Bartolomé esperando impacientemente a nuestros pies para devorar las sobras.

Hablé muy poco, pero la conversación había sido bastante animada. Chijioke había cazado una liebre para que la Sra. Haylam la cocinara y nos contó cómo fue que la capturó. Recibió aplausos y risas por parte nuestra. Aparentemente, la criatura había asustado tanto a Bartolomé y Chijioke cuando salió corriendo a toda prisa por debajo de la mesa de trabajo, que el hombre y el perro cayeron al suelo sobre sus posaderas.

Incluso la Sra. Haylam había esbozado una enorme sonrisa.

Cuando la cena llegaba a su fin, deseé que el Sr. Morningside se hubiera unido a nosotros. Quería saber más de ese peculiar joven que rescataba costureras de lugares pobres y coleccionaba cientos de aves por diversión y, paralelamente, era el dueño de una residencia para viajeros de la cual, al parecer, nunca vio la parte superior. Era triste y fácil imaginarlo comiendo solo en su cuarto.

¿Alguna vez tuvo compañía? ¿Alguna vez se dirigió hacia el pueblo?

Cuanto más pensaba en ello, más extraño se volvía. En base a mis experiencias, había aprendido que los amos suelen vivir en las plantas superiores; no solo por encima del suelo, sino también por encima de sus sirvientes. Por encima de todo. Los ricos y terratenientes son fanáticos de las cosas altas. De altos deseos. De estar cada vez más cerca de Dios.

Seguramente, tenía alguna habitación para él solo en los pisos superiores. Después de todo, incluso los hombres más excéntricos necesitan un lugar para dormir.

Me senté en la cama, pensando que aún no había subido al cuarto piso. Debía haber alguna razón por la que la Sra. Haylam aún no me había enviado allí, y se me ocurrió pensar que era porque, probablemente, allí es donde el amo tenía sus aposentos. De pronto, se me ocurrió la idea de ir a verlo con mis propios ojos. Estaba llena de preguntas y, además, dolorosamente despierta.

Tan solo le daría una mirada rápida, me decía a mí misma; un vistazo desde alguna esquina para verificar que todo estuviera funcionando tal como se esperaba en la Coldthistle House. Habría una enorme e intimidante habitación con un guardia esperando en la puerta. Fingiría ignorancia sobre la disposición de las habitaciones y luego regresaría a mi propio cuarto. Con la curiosidad satisfecha, dormir sería mucho más fácil.

Y si tenía suerte, no habría nadie en la puerta ni en los alrededores. Solo habitaciones repletas de pequeños adornos para llevarme y esconder debajo de mi cama hasta que la colección fuera lo suficientemente grande como para poder

pagar un escape.

Los ricos pueden darse el lujo de acumular posesiones de las cuales no llevan la cuenta. Y ahí estaba yo, con nada más que los dedos de mis manos y pies.

Al abrir la puerta, el corredor estaba frío, silencioso y tan oscuro que solo podía oír un pequeño zumbido en mis oídos. Parecía un túnel completamente negro delante de mí, por lo que regresé a mi habitación para buscar una vela que había dejado derritiéndose.

Protegí la llama con la palma de mi mano y salí de la habitación en puntillas de pie, sucumbiendo ante las miradas vigilantes de las aves. Incluso en el segundo piso, podía sentir la fuerza atractiva de la gran puerta verde en el vestíbulo. No tardó en comenzar a cantarme otra vez.

Las palabras de la canción llenaron mi cabeza con pensamientos inquietantes y mis manos comenzaron a temblar, amenazando con apagar la llama. ¿Qué idioma extraño había en mi cabeza? Gutural y penetrante, siniestro y seductor... Me tomó gran cantidad de esfuerzo apartar mi atención de la puerta de abajo y encaminarme hacia el final del pasillo para subir a los pisos de arriba. Por detrás de la canción, podía escuchar pisadas suaves, unos simples pasos ligeros que sonaban como si vinieran de encima de mi cabeza, quizás del piso de arriba. ¿El perro de Poppy estaba suelto y deambulando por aquí?

No, no eran las ligeras pisadas de un cachorro, sino de algo más pesado. Arrastrándose. Aun así, me encaminé hacia la escalera, mirando hacia atrás y adelante para asegurarme de que nadie me estuviera siguiendo.

El tercer piso era silencioso. Me asomé desde una esquina para descubrir qué era lo que ocasionaba el sonido. No vi otra cosa más que sombras. Más oscuridad. Bien. Eran las condiciones perfectas para un pequeño robo.

Mientras subía las escaleras, el aire se volvía cada vez más frío. Mi vestido de noche hacía poco para protegerme. Más arriba, más alto y frío, más frío, hasta que me convencí de que no había forma de que alguien quisiera vivir en condiciones tan extremas. Y estaba en lo cierto, al doblar la esquina del piso más alto de la



residencia, no encontré nada.

*Nada.*

No era un ático ni un corredor, sino algo que parecía ser un inmenso salón de baile. No había muebles ni nada colgado de las paredes. Las ventanas que daban al exterior estaban cubiertas con una tela polvorienta y la poca luz de luna que atravesaba esa suciedad hacía que la habitación pareciera estar recubierta con un azul sobrenatural.

La llama de la vela se apagó. La cera se había agotado muy rápido. Me adentré rápidamente hacia la habitación que parecía una cueva, mirando a sus alrededores, desesperada por encontrar alguna pista de lo que este lugar alguna vez había sido o todavía era. Las pisadas volvieron a sonar, distantes, pero allí estaban, y no había forma de decir si provenían de abajo, arriba o de justo frente a mí.

Luego, noté un pequeño bulto en el suelo. Se encontraba solo y apartado, alrededor de él no había nada de polvo. A lo lejos, me pareció haber visto una suerte de alhajero. El pensamiento llamó mi atención. De nuevo, esa canción siniestra sonó en mi cabeza y sabía que me estaba guiando hacia aquel objeto. Estaba cerca, cada vez más cerca, y de pronto, comencé a sentirme mal. Era algo parecido al mareo que experimento cuando me encuentro en un barco, pero ocurrió tan rápido que me dejó sin aliento. Mi visión se nubló y mis pensamientos se mezclaron, enredándose. Aun así, no podía detenerme.

La vela se apagó por completo y solo me pude valer de la luz de la luna para ver. No se trataba de un bulto en el suelo ni de una caja de joyas, sino de un libro... Un gran libro negro. Un simple dibujo de un ojo rojo con una cruz atravesada brillaba levemente en la cubierta. Pero no podía confiar en mi vista, ya que del libro parecía emanar un hilillo de humo púrpura, como si fuera una especie de humo. Me arrodillé y, con suavidad, toqué el libro. No era cálido al tacto, sino muy caliente. *Ardiente.*

Saqué la mano quemada enseguida, soltando un pequeño grito, y comencé a sacudirla. Me levanté, lista para marcharme; el control del libro sobre mí

desapareció poco después de la quemadura. Pero antes de voltear y de echarme a correr, una enorme mano se cerró sobre mi muñeca. No sentí nada, a pesar de que me presionaba lo suficientemente fuerte como para romper mis huesos.

Era una mano negra inhumana; muy delgada, pero demasiado fuerte y *para nada real*.

Me había atrapado algo que no era una criatura de carne y hueso.

# Capítulo Once



tónita, caminé hacia atrás, tratando de espantar a mi atacante, pero eso solo logró que me encontrara cara a cara con la cosa. *Una cosa.* Mi mente divagaba. No tenía palabras para describirlo, nunca había experimentado algo como lo que me estaba presionando en ese momento. Una criatura de las sombras, de dos metros de alto como mínimo, y no podía decir dónde que terminaba su cuerpo y comenzaba el humo negro. ¡Aun así, me tocó! Todo era real, no había imaginado eso ni tampoco el dolor que se apoderaba de mi brazo.

Su cabeza redonda se acercó hacia mí y, de pronto, se abrió por la mitad, revelando una gran cantidad de enormes dientes. Colmillos. Cada uno de ellos más largo y filoso que el otro.

–No es para tiiiiiii –dijo con voz gutural y el sonido frío característico de una voz que parecía haber salido desde las mismas profundidades del Infierno.

La criatura no estaba sola. La habitación ahora se encontraba repleta de esas cosas.

Grité con todas mis fuerzas, espantada, en busca de ayuda, retorciéndome de todas las formas posibles hasta que, por fin, la criatura demoníaca me soltó. Si solo hubiera podido despertar a alguien para que me ayudara... *Esto es lo que mereces por tratar de robar.* Mi corazón se detenía con cada paso que daba entre las figuras sombrías que solo parecían sonreír, burlonas, mientras me alejaba a toda prisa. ¡Las escaleras! ¡Tenía que llegar a las escaleras! Una vez que lo hice, comencé a bajar de a dos o tres escalones a la vez, sujetándome de la barandilla para no volar por los aires y romperme el cuello.

Estaban detrás de mí. Arañando el suelo. Arrastrándose. *Persiguiéndome.*

Sentía una palpitación en los dedos, justo en donde el libro me había quemado,

y la muñeca me dolía donde la sombría criatura me había apretado, pero el terror me hizo seguir adelante. No tenía idea de hacia dónde ir... ¿Esas cosas estaban por todo el hotel? ¿Cómo podían ser reales? ¿Cómo era posible que una pesadilla no solo pudiera tocarme, sino *lastimarme*?

Presa del pánico y tratando de recobrar el aliento, descendí a toda prisa hacia el corredor de abajo, y golpeé todas las puertas para que alguien contestara. Continué corriendo con tanta desesperación que en los últimos escalones de la escalera, antes de llegar al segundo piso, tropecé y caí, dándome un golpe seco contra la alfombra. Estaba recostada en el suelo y había perdido la vela; intenté ponerme de pie, mientras volvía a sentir el dolor en la muñeca.

No necesitaba voltear para ver si las criaturas se estaban acercando. Podía sentir su presencia a medida que arrastraban sus pesados pies cada vez más cerca de mí. El terror hizo que me levantara y comenzara a correr a toda prisa hacia la puerta abierta al final del pasillo. Una vez dentro, giré y la cerré de un golpe; rápidamente, apoyé todo mi peso sobre ella, para mantenerla cerrada.

No es que fuera a servir de algo. Esas cosas eran increíblemente grandes y fuertes. Sabía que derribar la puerta no les costaría demasiado, si es que eran obstáculo alguno. Quizás, simplemente la atravesarían caminando para atraparme y desmembrarme. Pedazo a pedazo...

Mi rostro, apoyado contra la madera, se llenó de lágrimas. Nada volvería a ser como antes, no luego de lo que había visto. Aproveché la luz de la luna que bañaba el cuarto y revisé mi muñeca. No había ninguna marca. Sin embargo, al girar la mano, noté dos quemaduras rojas exactamente en el lugar en donde había tocado el libro.

Y luego... pisadas. Eran suaves y livianas, pero definitivamente intentaban engañarme. Contuve la respiración, y un temblor me atravesó cuando oí un golpecito en la puerta.

—¿Louisa? Louisa, ¿te encuentras bien? Bartolomé y yo escuchamos muchos

ruidos extraños.

Poppy. Apenas podía reconocer su voz chillona a través de la robusta puerta.

–Abre, por favor. No hay razón para esconderse.

Me deslicé hacia abajo, aún apoyada sobre la puerta, para mirar por el ojo de la cerradura. Tal solo estaba la niña allí, esperándome, con su largo camisón con volados.

¿Había sido una pesadilla después de todo? ¿Por qué razón esas criaturas no atacaban a la niña? Despacio y con cautela, abrí la puerta. Detrás de ella, el corredor se encontraba vacío. Al parecer, había encontrado mi vela. La llama se movía de un lado a otro, iluminando su rostro marcado y su sonrisa simpática. Sus ojos pasearon desde mi rostro bañado en lágrimas hasta mi mano quemada.

–¿Estabas deambulando por aquí? No debes hacer eso. La Sra. Haylam debe haberte dicho que no es bueno salir por la noche.

No tenía sentido mentirle: no luego de notar que había visto mi mano. ¿Sabía de la extraña habitación con el libro ardiente? ¿Había percibido mis verdaderas intenciones?

–Fui al piso de arriba. Había u... un libro y estos... Vi... vi algo horroroso y me marché a toda prisa. Y entonces me tropecé con los escalones.

Eso fue todo lo que pude susurrarle.

Poppy asintió sabiamente, como si todo tuviera sentido y no hubiera nada raro en mi historia. ¿En qué diablos me había metido? Debido a todo mi griterío, la Sra. Haylam apareció en el pasillo, caminando con paso firme hacia nosotras. Llevaba su cabello gris peinado en una larga trenza, que la hacía parecerse mucho más a la anciana que había conocido en Malton.

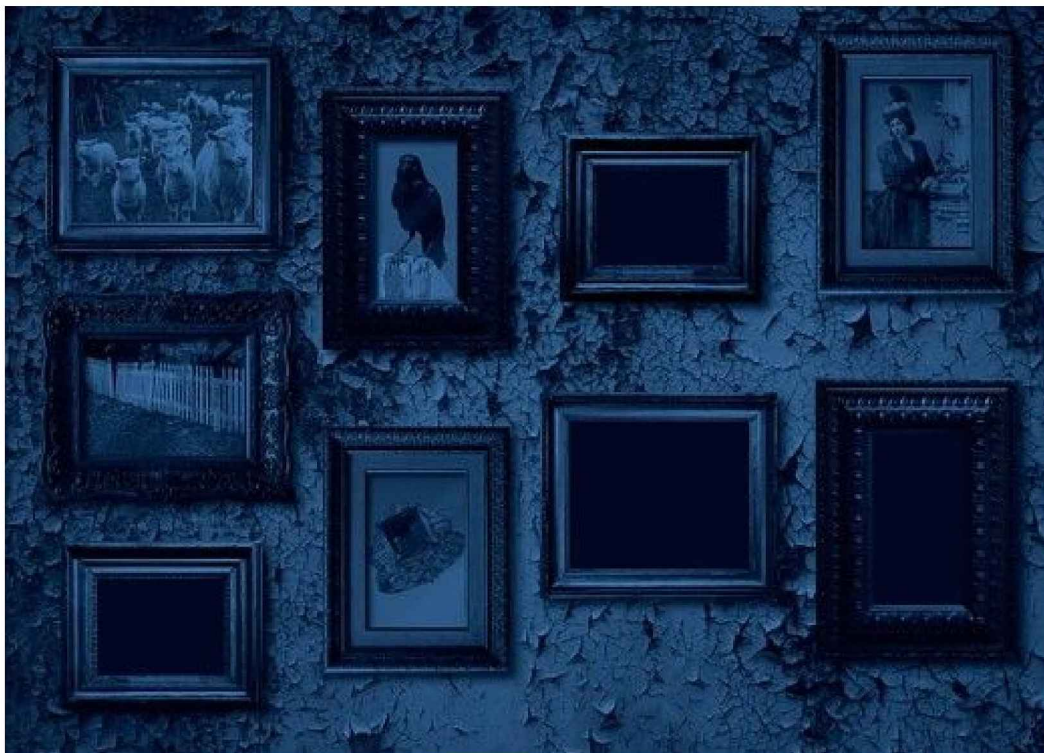
Se detuvo detrás de Poppy, y soltó un suspiro mientras me inspeccionaba.

–Louisa vio el libro y conoció a los Residentes. La asustaron y se tropezó con los escalones.

Hacía mucho frío en el corredor. Lo único que quería hacer era marcharme y acurrucarme en mi cama, colocar las sábanas sobre mi cabeza y fingir que todo lo

sucedido no era más que una pesadilla. Pero la Sra. Haylam presionó sus labios y me hizo una señal para que la siguiera.

–Ya veo. Muy bien –dijo–. Entonces, necesitará hablar con el Sr. Morningside. Parece que es hora de explicárselo.



# Capítulo Doce



ómo puede ser que esté tan tranquila con todo esto? ¡Una inmensa criatura casi me rompe la muñeca! Además, hablaba. ¡Es una completa locura!

La Sra. Haylam levantó su mano, demandando silencio.

–Baja la voz, jovencita. ¿O no has aprendido la lección esta noche?

La amenaza de volver a ver a esas cosas horribles era suficiente para hacerme callar. Por eso, la seguí, entre dormida y atontada, con miedo de que, de alguna manera, ella controlara a esas bestias de las sombras y las usara en mi contra. Pero la Sra. Haylam sonaba tranquila y se mantuvo en silencio durante todo el trayecto a la puerta verde. Quizás, también temía despertar a esas cosas otra vez.

A juzgar por su forma rápida de caminar y el hecho de que me estaba ignorando por completo, podía asegurar que ya había perdido la paciencia conmigo. Y tal vez, era entendible. No llevaba ni una semana trabajando en esa mansión y ya me había atrapado deambulando en medio de la noche. Un ama de llaves lógica podría asumir que estaba escabulléndome con el perverso propósito de robarles a los huéspedes. Especialmente, si esa misma persona había oído que me habían llamado “ladrona” en Malton hacía unos pocos días. Pero yo no era tan estúpida como para hacerle saber que esas suposiciones eran completamente ciertas.

–Imagino que tendrás muchas preguntas para él, pero intenta no hablar mucho. Solo escucha –me dijo visiblemente irritada. Abrió la puerta verde delante de mí y esperó, fulminándome con sus ojos fríos entrecerrados–. Escucha. Escúchalo con atención y toma tus decisiones con mucho más cuidado.

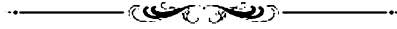
Me sequé las lágrimas de mis mejillas. No necesitaba ningún espejo para saber que estaba hecha un desastre.

–¿Mis decisiones? –le pregunté. Entonces, *sí* sospechaba de mí. Si no me

descubrieron esa noche, entonces tendría que ser más cuidadosa para llevar adelante el plan.

La señora Haylam asintió con un único movimiento de cabeza.

—Espero verte de nuevo, Louisa Ditton. Creo que estás comenzando a agradarme un poco.



El Sr. Morningside se encontraba de pie detrás de su escritorio, de espaldas, con una elegante ave de cabeza azul y pico rojo posada sobre su brazo.

Mi muñeca aún palpitaba. La sangre ardiente fluía por detrás de las quemaduras en la punta de mis dedos y, al estar allí parada, observando cómo el Sr. Morningside admiraba su ave exótica, me sentía totalmente miserable. Si había algún castigo, entonces quería enfrentarlo ahora mismo y acabar con ello de una vez por todas. Si tenía suerte, entonces quizás me dejaría regresar a mi habitación y dormir por el resto de la noche, para luego echarme por la mañana. Comencé a temblar: la idea de dormir una noche más en la mansión, en donde esas sombras merodeaban, me hacía sentir escalofríos hasta en la médula.

Por lo menos, su estudio se encontraba cálido, percibía el aroma de las semillas de girasoles y de la suciedad de las plumas.

—Los pericos son criaturas extraordinarias —dijo al fin. La colorida y bulliciosa ave en su mano volteó para picotearle la manga. El Sr. Morningside estaba muy bien vestido a pesar de que era bien entrada la noche; supuse que se había visto forzado a hacerlo para conversar conmigo—. Tan bello. Mira su plumaje: índigo y escarlata, amarillo y verde, tan brillante como los campos en el verano. Pero esa belleza puede ser engañosa.

El Sr. Morningside volteó hacia mí sin quitar la vista de su perico.



–¿Sabía, Srta. Louisa, que los pericos son capaces de comerse a otros animales? Oh, sí. No solo disfrutaban de semillas y frutas todo el día. También son capaces de comer carne y he escuchado varias historias de algunos que atacaron a una oveja adulta. Todo ese salvajismo oculto detrás de tanto encanto –finalmente me miró.

Sus ojos dorados lucían inesperadamente amables. Dulces, incluso.

No me gustaba eso.

–Me atacaron en su residencia esta noche –le dije con la voz temblorosa. El miedo de esa experiencia escalofriante todavía me atravesaba como un rayo. La Sra. Haylam me había ordenado que lo escuchara, pero ya no podía continuar callada–. ¿Qué clase de criaturas esconde en este lugar? Obviamente, no solo las aves.

Sonriendo, acarició el pecho del perico con su dedo.

–Escuché que se ha encontrado con los Residentes. Lo admito, pueden ser un poco perturbadores para alguien que todavía no fue iniciado.

Comencé a tartamudear. A balbucear. La muñeca me dolía tanto que bajé los ojos para mirarla. Aún podía sentir la monstruosa sombra sujetándome con toda su fuerza.

–Entiendo qué significa cada palabra, pero no comprendo qué quiere decir con eso.

–Intente seguirme el ritmo, Srta. Louisa.

Eso me desgarró por dentro, al igual que su tono despreocupado.

–Me han quemado, perseguido y aterrorizado, y ahora tengo que soportar esta condescendencia.

–Relájese –me dijo. Acercó el perico hacia un poste de madera y lo hizo salir de su mano. Luego, regresó al escritorio y sirvió una taza de té para cada uno–. Siéntese.

No deseaba quedarme por mucho tiempo, pero, para mi gusto, había demasiadas preguntas sin responder. Quería saber qué había visto: las criaturas, el libro, incluso el canto proveniente de la puerta... Por otro lado, el té ayudaba.

Usualmente lo hacía. Tomaba pequeños sorbos y hacía una mueca cada vez que mis dedos quemados tocaban la porcelana china.

El Sr. Morningside lo notó y bajó la taza junto con el plato. Frunció el ceño al mirar mi mano lastimada.

–Encontró el libro.

–Sí.

–¿Y se sintió obligada a tocarlo?

–Mmm... sé que suena ridículo, pero no tenía ningún tipo de control sobre mi cuerpo. Entonces, sí, supongo que me sentí obligada.

Asintió al oír mi respuesta, abrió una de las gavetas de su escritorio, y tomó un pequeño frasco de vidrio con una crema blanca como la nieve que parecía ser una especie de ungüento. Al abrirla, una esencia penetrante inundó el ambiente.

–Su mano, por favor. No quitará las marcas, pero, por lo menos, calmará el dolor.

Vacilé por un momento y él se dio cuenta de ello, razón por la cual cerró los ojos, como si estuviera tomándose un instante para elegir cuidadosamente las palabras correctas. Estaba claro que mi vacilación lo había ofendido. Lucía *herido*. Probablemente, ninguna mujer joven había rechazado darle la mano antes.

–Por favor.

Obstinadamente, esperé un poco más de tiempo, hasta que, al final, estiré el brazo sobre la mesa hacia donde él se encontraba. Observaba cómo sujetaba mi muñeca derecha con sutileza y untaba un poco del ungüento sobre las marcas de las quemaduras. Una sensación cálida floreció en mí al sentir el contacto. Me esforcé para que mis mejillas no se sonrojaran. Ese hombre era el amo de un extraño circo de criaturas siniestras. No me importaba que tuviera un brillante cabello negro y ojos dorados: no le daría el gusto de verme ruborizada. Eso me ayudó a recordar que quería robarle. Para mí, solo era un blanco desprevenido y nada más.

El dolor en mis dedos había desaparecido.

–Muy bien –dijo, rompiendo el hechizo. Cerró el frasco con el ungüento y lo guardó en la gaveta. Luego, juntó sus dedos y me estudió con detenimiento, como si fuera una de sus aves recién adquiridas–. ¿Vio algo dentro del libro?

Moví la cabeza de lado a lado, arrastrando una mano hacia mi regazo y usando la otra para tomar un sorbo del té.

–Me quemó. Lo cerré enseguida. ¿Qué hay dentro?

–Hablaemos de eso más tarde. Tal vez.

–Pero...

–¿Cuál fue su primera impresión de nuestra querida condesa italiana, la Sra. Eames?

*¿La Sra. Eames? ¿Por qué diablos ella era relevante?*

–¿Dis... disculpe?

Reaccionó ante mi confusión con una sonrisa dudosa y benevolente.

–Solo confíe en mí, por favor. Estoy tratando de llegar a la respuesta que busca, ¿está bien? ¿Qué piensa de la Sra. Eames?

Nunca había pensado en ella. Después de todo, haber escapado de una sombra viviente y un libro maldito había hecho que los demás pensamientos no tuvieran importancia. Pero me esforcé por recordar mi único encuentro con ella, cuando le serví el té, la observé mordisquear la galleta y hacer sus mejores acrobacias sociales para escapar de George Bremerton.

–Enviudó –le dije con voz temblorosa–. Y es extremadamente hermosa. Está aquí por el manantial. George Bremerton se enamoró de ella y la escoltó hacia los jardines. Creo que mencionó tener hijos.

–Todo cierto –volvió a tomar su té, recostándose en su cómoda silla–. ¿Sabía que la mantis religiosa hembra por lo general decapita a su compañero justo antes o después del apareamiento?

Ahora sí me sonrojé. Nunca antes un hombre tan joven había discutido algo tan vulgar como rituales de apareamiento en mi presencia. Pero tenía que haber alguna razón para que me dijera eso; no me había parecido el tipo de persona que echaba

por la borda todos sus buenos modales de un momento a otro.

La Sra. Eames. Claro.

–¿Sugiere que la Sra. Eames se comió a su difunto esposo?

El Sr. Morningside lanzó una pequeña risa con la taza aún apoyada en sus labios.

–En realidad, no, pero *sí* que lo decapitó. Creo que lo hizo pasar por un accidente de campo en su viñedo. Es increíble cómo una guadaña puede simplemente... –levantó la mano de lado e hizo un movimiento cortante a lo largo de su garganta–, caer del cielo.

Di unos pasos hacia atrás, derramando el té por todas partes.

–Es una acusación bastante seria. ¿Cómo lo sabe?

–No todos mis empleados trabajan en la residencia, Srta. Louisa. Criadas, sirvientes, niños huérfanos, incluso el cura ocasional...

Estaba actuando condescendiente otra vez, lo cual me hacía sentir muy joven y a él, en contraste, muy viejo. Pero ¿cuántos años me llevaría realmente?

–Uno de sus hijos también murió –dijo el Sr. Morningside suavemente–. El barco en el que se dirigía a Italia se hundió...

Permaneció en silencio un segundo y consultó un pequeño diario atado con una tira de cuero que se encontraba sobre su escritorio.

–... hace dos días –agregó.

–Dios mío –murmuré–. No creerá que también fue responsable de eso, ¿no? ¿Un barco entero?

–Cuando una fortuna está en juego, los más codiciosos son capaces de hacer cualquier cosa –terminó de tomar el té e inclinó la cabeza hacia un lado–. El mundo estaría mucho mejor sin esta plaga, ¿no lo cree?

Claro que sí, pero sentía que estaba a punto de caer estúpidamente en una trampa.

–Eso creo.

–Por eso le ordené a Poppy que se deshiciera de la *adorable* Sra. Eames por la

mañana.

Asesinato. Descarado y cruel homicidio. *De una mujer que mató a su esposo e hijo para obtener algo de dinero de ello.* ¿Acaso no odiaba a las mujeres ricas y arrogantes como la Sra. Eames? ¿Acaso no despreciaba a las mujeres que asistían a Pitney en busca de institutrices? A mujeres que nos trataban como animales de granja. A mujeres que elegían a un ser humano de la misma manera en que elegirían un par de aretes o zapatos. ¿Por qué me importaría que alguien como ella pudiera morir?

Pero importaba porque era Poppy quien llevaba a cabo el acto. Para mí, era simplemente una muchachita. Una niña. ¿Realmente era capaz de asesinar a alguien?

–Poppy... Pero ella es muy... muy...

–¿Dulce? –el Sr. Morningside señaló con la cabeza el perico de plumaje brillante.

*Todo ese salvajismo oculto detrás de ese encanto.*

–¿Siempre decide así de rápido asesinar a sus huéspedes? ¡Es monstruoso! –me levanté, lista para marcharme por la puerta, salir de la residencia y adentrarme en el crudo frío. No podía tolerar estar allí ni un minuto más.

El Sr. Morningside también se levantó, pero no parecía ser una amenaza.

–¿Monstruoso? Matar a dos personas inocentes es monstruoso. Simplemente soy práctico. Sí, la seduje para que viniera. Puede que ella piense que vino por su propia cuenta para visitar el manantial, pero eso no es del todo cierto. Mencionaste que el libro te obligó a que lo toques. No hay duda alguna de que te sentiste atraída hacia él y ni la lógica, la razón ni la fortuna evitarían que lo hicieras, ¿correcto?

Asentí, tratando de poder entender todo frenéticamente. Todo eso era una locura. No pertenecía allí. Era hora de marcharse.

–Ah. Bien. Así es cómo las ratas como la Sra. Eames se sienten, Louisa, cuando están cerca de este lugar. La mansión las atrae. Las doblega –se inclinó hacia mí y

colocó sus palmas sobre el escritorio, esbozando una sonrisa deshonesto y arrogante—. Ellos no saben por qué vienen, pero de todas formas lo hacen, y una vez que atraviesan esa puerta, su destino está sellado. Vienen aquí por su maldad. No hay vuelta atrás. Vienen aquí a morir.

# Capítulo Trece

— **D**éjeme salir de aquí. Quiero irme. *Ya mismo* —podía sentir el pánico ardiente y agobiante en mi garganta. Me di vuelta para encaminarme hacia la puerta con la muñeca palpitando a la misma velocidad errática de mi corazón.

El Sr. Morningside suspiró.

—Me temo que eso no es posible —dijo, pero no me siguió—. No puede marcharse.

Al final, resultó que ese encuentro no fue para recibir un castigo, sino para darme una sentencia de muerte. Tenía que salir de esa mansión. Si había desarrollado alguna habilidad en todos esos años, era la de la supervivencia.

Abrí grandes los ojos y lo miré con inocencia, rogándole con mis manos como si estuviera rezando.

—No le diré a nadie lo que hace aquí. Solo quiero marcharme...

—No lo entiende. No es posible —a su favor puedo decir que en verdad lucía triste—. Tocó el libro, Srta. Louisa.

¿Esa era la razón por la que debía quedarme en este lugar? ¿El libro? ¿Qué tenía que ver con todo lo demás? ¿Cómo podía un maldito libro impedirme salir? ¿Acaso le daba órdenes a la carreta? ¿A los caballos? ¿Al camino?

—Solo cálmese y permítame explicárselo.

—¡No! Usted es un asesino.

—Un asesino de asesinos: el granjero que sacrifica al animal enfermo; el trabajador que arroja el fósforo a la pila de residuos. ¿Cuál es la diferencia? —dijo con mucha seguridad—. De todas formas, no puedo discutir con usted allí.

Di un gran paso hacia la puerta y volteé, lista para salir corriendo.

–Yo tampoco deseo discutir. Solo quiero marcharme de este lugar y olvidarme de todo.

Esta vez no esperé su respuesta. La puerta del estudio se encontraba abierta, por lo que la empujé y me marché de la sala, sintiendo su mirada sobre mí, segura de que solo sería cuestión de segundos para que me alcanzara y me impidiera irme.

Pero no se movió.

Ya me encontraba al pie de las escaleras, a punto de encontrar la libertad, cuando habló una vez más.

Su voz resonó en mis oídos.

–*Tendría que estar muerta.*

Mis manos se aferraron a la barandilla de la escalera y volteé, escuchándolo y mirándolo a los ojos con miedo pero sin dejar que él lo notara. No había nada para decir. *¿Tendría que estar muerta?* ¿Se suponía que esas criaturas me tendrían que haber matado?

–Por eso es que sé que pertenece aquí y no puede marcharse. Los Residentes, esas sombras, están allí para vigilar la mansión, pero también para proteger el libro. Nunca podría haber llegado tan cerca y, con más seguridad, nunca podría haberlo tocado de no ser especial. Pero lo hizo, y ese simple contacto tendría que haberla matado.

–Ton... tonterías –tartamudeé. Era una locura. Mentiras sin sentido–. Es solo un tonto libro. ¿Cómo puede matar a alguien?

–Ese *tonto libro* es capaz de persuadir a una viuda para que venga hasta aquí desde cientos de kilómetros de distancia –de pronto, comenzó a acercarse, caminando lentamente alrededor de su escritorio.

Su mirada, sus ojos dorados, ya no lucía amigable, sino focalizada e intensa; pero no había malicia en ella, sino concentración. No existía forma de escapar de esa mirada, no importaba cuánto deseara marcharme de allí–. Ese *tonto libro* es capaz de llamar y tentar a todo tipo de criminales y asesinos para que vengan desde cualquier parte del mundo, y puede persuadirlos para que ignoren pequeñas cosas



como la distancia y sus problemas. Y vienen. Vienen porque no lo pueden evitar. Con todo ese poder, ¿piensa que sería difícil para el libro llevarse una simple vida humana?

–Déjeme ir –susurré. Estaba atónita, con los nervios y huesos rígidos, y la mano sobre la barandilla, quieta. Alguna fuerza me mantenía prisionera y suprimía, bloqueaba incluso, mi temblor. Pero tenía que haber una forma de escapar, algún truco para liberarme a pesar de estar atrapada en una telaraña invisible–. Por favor, simplemente, déjeme ir.

–Es medianoche –señaló el Sr. Morningside–. No es seguro.

Podía controlar mis extremidades lo suficiente como para marcharme mientras él se alejaba de su escritorio, pasaba la silla...

–Tampoco es seguro estar aquí –susurré.

–Verá, eso no es verdad. *Aquí* está a salvo –al escuchar eso, hice un sonido similar a un sollozo y una risa sofocada. Era absurdo escuchar esa frase cuando hacía unos minutos había confesado llevar a cabo asesinatos y usar algún tipo de práctica ocultista para atraer a las personas a la mansión de la muerte–. *Está* a salvo. Nadie la sedujo para que viniera hasta aquí, Louisa. La Sra. Haylam fue quien la trajo. No es malvada, es una de nosotros.

Dentro de mí, estaba sacudiendo la cabeza, sacudiendo cada parte de mi cuerpo y tratando de romper ese hechizo infernal que me atrapaba, mientras él se acercaba.

–No –le dije–. No soy como usted.

Había algo mal en él, o en mis ojos. Mientras caminaba hacia mí, detecté algo perturbador en su forma de caminar, algo sobrenatural para un ser humano, algo que no había notado al verlo quieto detrás del escritorio. Paseé la mirada de su cabeza a sus pies, y el mundo giró en mi mente. Sus pies eran como los de cualquier hombre, pero estaban al revés, los talones apuntaban hacia el frente y los dedos hacia atrás.

–No –la palabra reapareció. La calidez de la habitación, la amenaza de esa *cosa*

acercándose a mí sin poder hacer nada... Mi vista dio vueltas, como si estuviera mareada—. ¿Qué...? ¿Qué es? No soy como usted. No soy...

De pronto, todo se oscureció, y lo último que sentí fueron sus brazos atrapándome, su aliento sobre mi frente.

—Claro que sí, Louisa. Ya lo verá.



# Sobre las Niñas de los Lamentos de Ben Griam Mor

*Decir que le tengo mucho respeto al honorable Zachary Moorhouser es una*

sutileza; sin embargo, nuestras opiniones respecto de la naturaleza de las bien llamadas subclases gritonas difieren notablemente. Su trabajo en los derviches de las naciones del Lejano Oriente ha de ser elogiado pero, en su *Demonología seminal*, falla al no mencionar siquiera, y mucho menos describir, a las pequeñas y casi minúsculas criaturas encontradas en los alrededores del monte Ben Griam Mor.

No debería sorprender a nadie que la cima perdida en la niebla de ese amado monte escocés sea el hogar de los descendientes de las hadas. Sin embargo, sí debería ser una sorpresa saber que estas criaturas no han sido el centro de atención de casi todos los estudiosos modernos de esta mitología. En mi humilde opinión, ningún estudio de lo sobrenatural, mágico o demoníaco estaría completo sin mencionar a las Niñas de los Lamentos de Ben Griam Mor. Cuando me encontraba persiguiendo a estas extrañas criaturas, me alojé principalmente en Garvault. Allí, luego de varios días preguntando inútilmente a los lugareños, me topé con un sujeto realmente ebrio en la taberna local.

Se encontraba, como el cantinero oportunamente dijo, más ebrio que lo usual. Cuando me acerqué a él, estaba dispuesto a entretenerme con su historia, por lo que luego, por supuesto, lo invité a tomar una cerveza fresca. En un momento de locura, me comenzó a hablar sobre un evento macabro que había presenciado no muy lejos del mismo monte que estaba buscando. En una ocasión, cuando se encontraba juntando hongos en una pequeña arbolada, se topó con una cabaña. Como había estado allí durante horas, sus raciones de comida eran escasas, por lo que decidió acercarse a la cabaña para pedirles a los dueños algunas provisiones para regresar a Garvault. Podía ver bastante bien dentro de la casa, ya que se encontraba bien iluminada. Al asomarse, vio una gran familia sentada a la mesa, a punto de cenar. La imagen le dio más esperanzas de poder emprender su regreso con el estómago lleno.

Sin embargo, sus esperanzas de pronto se desvanecieron cuando la familia comenzó a discutir en la mesa. Los padres intentaban calmar a su hija, una

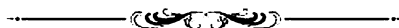
*muchacha extraña y larguirucha, alta, que al ebrio le pareció increíblemente pálida. Luego, la niña se paró sobre la mesa con sus pies firmes, y llevó su cabeza hacia atrás, soltando un grito penetrante. Dijo que lo había oído con tanta claridad, incluso con las ventanas cerradas, que le causó mucho dolor y cayó hacia atrás. Al levantarse y recuperar los sentidos, vio la imagen más horrible: toda la familia, excepto la muchachita, había muerto; sus cabezas habían desaparecido por completo, como si hubieran estallado en un baño de sangre y sus cráneos hubieran sido apretados hasta estallar, cual forúnculo.*

*La niña notó que él estaba mirando por la ventana y echó a correr. Él, presa del pánico, se dio cuenta de que corría para atraparlo. Así que escapó a toda prisa.*

*Al haber confirmado un avistamiento de estas criaturas, entusiasmado, tomé mi cuaderno y comencé a escribir su historia. Cuando le pedí que me diera más detalles de la niña, comenzó a vacilar. Tal vez ella no era tan joven, tenía aproximadamente unos quince años. ¡No! ¡Diecisiete! ¡Mayor! Una joven mujer, prácticamente adulta, me dijo. En su ebriedad, hacía estas correcciones con torpeza y rápidamente descubrí que le avergonzaba saber que él, un hombre adulto, había sido asustado por una niña pequeña.*

*Concluí que la mayoría de los avistamientos de estas criaturas son diferentes en algún aspecto. Todos aquellos que relatan una experiencia, se encuentran avergonzados al expresar miedo por un niño. Es como si confundieran a estas criaturas con las más comunes almas en pena o arpías, y no les asignaran un lugar adecuado en el orden de criaturas mágicas.*

*La colección de extraños mitos y leyendas de  
H. I. Morningside, página 6.*





ómo pude haber dormido llena de miedo y sospechas, tal como me encontraba en ese momento?

Pero así fue, dormí profundamente y desperté con la luz del amanecer, que se filtraba a través de las cortinas. La más pesada se encontraba corrida hacia un lado. Suspiré al darme cuenta de que no estaba sola. La niña, Poppy, y su perro estaban sentados, viéndome dormir.

Enseguida, me llevé las sábanas a mi rostro, asustada.

–No me toques –murmuré. No parecía sorprendida ante mi miedo.

–*Demasiadas emociones juntas*, eso es lo que el Sr. Morningside dijo. Siempre ocurre de esta manera, sabes, cuando una persona nueva se une a nosotros. Incluso Chijioke se desmayó cuando vio a un Residente por primera vez –comentó la niña con una sonrisita.

Su perro resopló en señal de aprobación. Gentilmente, recostó su hocico color café sobre mi brazo, como si estuviera consolándome. Bartolomé, al menos, parecía normal, pero en ese momento sabía que no podía confiar en nadie en este lugar.

*Sus pies. Sus pies estaban al revés.*

–¿Estoy soñando? –pregunté, más para mí misma que para Poppy–. ¿Es una pesadilla?

–Me explicó que dirías eso.

Por debajo de las sábanas, me pellizqué. No, definitivamente estaba despierta. Solté un pequeño quejido.

–Quiero irme –afirmé, agradecida de poder mover mis brazos y piernas otra vez–. Ya mismo. No tienes que detenerme.

–También dijo que dirías eso –Poppy sonrió, corriéndose el cabello sedoso del rostro. Nunca había sido supersticiosa, nunca había rechazado a una persona a quien la vida la maldijo con una mancha violeta en su rostro. Pero ¿esas no eran las marcas del Diablo? Qué apropiado sonaba ahora–. Nadie te impedirá que lo hagas, pero no podrás hacerlo. El libro lo dice, y así tiene que ser. Todo resuelto,

como el amo suele decir.

*No si tengo algo que decir al respecto.*

Poppy se acercó para acariciar las orejas del perro y este levantó la mirada hacia ella con sus ojos chocolates, que expresaban incomprensión, y luego volteó de nuevo hacia mí. Tenía que admitirlo, sentir su pequeña cabeza cálida sobre mi brazo era reconfortante. Fue entonces que noté que alguien me había vendado la mano. El dolor era distante, un simple eco. Todo (el miedo, la urgencia) era distante. Pero solo por ahora. Había mucho en qué pensar y necesitaría estar sola por mucho tiempo antes de poder digerir todo lo ocurrido.

Y Lee. Dios, me había olvidado de él. ¿Estaban aquí porque él y su tío merecían morir? Eso no era posible.

La niña no parecía estar apurada en irse y tarareaba suavemente para dentro suyo mientras paseaba su dedo meñique por las sábanas, haciendo patrones en forma de ocho. Esta pequeña, indefensa y pálida niña podría ser en realidad una asesina. Atraje las sábanas con más fuerza hacia mí.

–¿De verdad lastimarás a la Sra. Eames? –le pregunté, un poco avergonzada.

De pronto, los ojos de Poppy se clavaron en mi rostro.

–¡Oh, no! –dijo con una risa nerviosa–. No solo la lastimaré, sino que la mataré.

–¿Cómo? ¿Cómo puedes hacer semejante cosa?

Se encogió de hombros y acarició la cabeza de su perro.

–De la misma manera en que lo hago con los otros.

–¿Y cuál es esa manera? –¿quería saberlo? Mi curiosidad ya me había costado mucho, pero la necesidad de saber más todavía permanecía.

–¡Con mi voz! –me dijo con un sonido chirriante. Sonrió y abrió muy grande la boca. No había nada fuera de lo normal allí, solo dientes y la lengua de una niña–. Puedo gritar más fuerte que cualquier otra persona, tan fuerte que puedo lastimarte seriamente si te encuentras cerca.

–Pero ¿eso no nos lastimaría a todos nosotros?

–No, ni un poco; Mary te protegerá –me dijo con simpleza–. Es bastante buena

protegiendo a las personas.

*Mary.* Justo la noche anterior había compartido una cena agradable con estas personas, me había encariñado mucho con ellos, al punto de considerarlos mis pares. Incluso, posibles amigos. Pero ahora, mi cerebro comenzó a sentirse confundido por todo eso; claro, ya había notado algunas señales de que la mansión era un poco extraña, pero esto era algo completamente distinto.

Y tenía que huir de allí lo antes posible.

–Me gustaría seguir durmiendo, Poppy –le dije esbozando una pequeña sonrisa. En realidad, necesitaba tiempo para pensar y planificar mi huida. Después de todo, era tan solo un libro, ¿verdad? Más allá de los grandilocuentes discursos del Sr. Morningside, era simplemente un libro, y los libros pueden moverse o perderse.

*O quemarse.*

Esas sombras vivientes sobre las paredes de los pasillos harían difícil robarlo sin que me descubrieran, pero eso también me provocaba más ganas de hacerlo. Este era un lugar horrible y no sentiría culpa de llevarme lo que quisiera, con tal de asegurar mi libertad. América, tan lejos, un océano nos separaba; era justo lo que necesitaba.

–¡Entendido! –gritó, bajándose de la cama y alzando en brazos a Bartolomé–. Vamos, perrito, la Srta. Louisa ha tenido una mala noche, pero todos vamos a ayudarla, ¿no es así? Todos nos llevamos tan bien aquí. Pronto será nuestra verdadera mejor amiga.

# Capítulo Catorce



Al salir de mi habitación una hora más tarde, esperaba encontrarme con una de esas criaturas de las sombras. Residentes, como el Sr. Morningside los había llamado. *Residentes*, entonces.

El corredor estaba vacío, pero eso apenas me hacía sentir segura. Me sentía observada, marcada, como una brillante amapola roja en un campo de margaritas blancas. Cada opción disponible se tornó igual de urgente. Si me quedaba encerrada aquí, entonces lo menos que podría hacer era advertirle a Lee antes de que él también terminara atrapado, o peor, muerto. El dolor en mi muñeca había desaparecido casi por completo, se notaba que la robusta venda a su alrededor estaba aplicada con experticia. Me preguntaba quién lo había hecho y por qué los asesinos me trataban con tanta ternura a mí, una extraña.

A fin de cuentas, no importaba. Solo un tonto se quedaría en la Coldthistle House una vez que hubiera descubierto sus secretos. Y yo no era ninguna tonta. Decidí enfrentarme al problema de la manera más simple: conseguir comida sería fácil, por lo que me abrí camino lentamente hacia el vestíbulo y luego hacia la cocina, atenta a alguna señal de los Residentes.

Nadie me interrumpió. Pude escuchar el eco de algunas voces durante el té de la mañana, y logré diferenciar la risa de Lee al contar alguna anécdota o algo muy divertido. No necesariamente me agradaba su tío, pero me esforzaba demasiado para intentar comprender cuál podría haber sido la razón por la que Lee vino atraído por el libro hasta este lugar. Parecía amable, con buenas intenciones... Pero luego, otra vez, también lo eran mis compañeros de trabajo. Quizás, también tenía algún siniestro secreto.

Obviamente, yo tenía algunos pocos (horas de ausencia en la escuela, trucos de magia, robos, entre otros), pero esos vicios ahora me parecían insulsos, incluso



tontos.

Los hornos todavía se encontraban cálidos, pero el lugar estaba silencioso y desierto. ¿A dónde se habían ido todos? ¿Se estaban escondiendo a propósito? Me dirigí hacia la despensa a toda prisa y tomé un trozo de pan y algunas rodajas de una manzana seca. Cuando escapé de Pitney, lo había hecho con el estómago vacío. La vida allí no había logrado que sentir hambre fuera algo extraño para mí. A veces, el castigo que recibíamos allí involucraba pasar días comiendo solamente migas y tomando agua.

Devoré enseguida el pan, pero me tomé más tiempo para terminar la manzana, y me guardé una o dos para casos de emergencia futuros. Por el momento, Lee tendría que esperar, no tenía ni la más mínima idea de cómo decirle todo lo que sabía. Solo éramos conocidos y no había ninguna razón para que confiara en mí y en las extravagantes historias que podría contarle. Tomé la salida trasera de la cocina y me adentré en la fresca brisa de la mañana. Mi ropa era lo suficientemente pesada como para resguardarme del frío y, si en verdad lograba escapar, necesitaría llevarme las sábanas de mi cama para mantenerme cálida. Había escapado de Pitney con la ayuda de mi especie de amiga Jenny, quien provocó una distracción mientras yo me deslizaba por la ventana hacia la noche. A menos que pudiera convencer a Lee de que mis historias eran ciertas y no simplemente locuras, podría escapar por mi propia cuenta.

Esta salida serviría solo como un reconocimiento de campo. Si, con suerte, el conductor de Lee estaba cerca y se dirigía al pueblo en su carruaje cuando se presentara el momento, aprovecharía la oportunidad.

Pero primero, necesitaba probar la palabra del Sr. Morningside.

Fuera, el césped era escaso. Los árboles crecían a los alrededores del terreno, como si incluso dudaran de hacerlo. La mansión era lo único que tenía permitido ser alto e imponente. El granero se encontraba a mi izquierda y los cultivos mucho más lejos, apartados del edificio. Caminé en línea recta hacia afuera, sintiéndome completamente expuesta. No había ningún arbusto ni árbol para esconderse y todo

aquel que mirara por la ventana me vería escapando hacia la cerca, lejos de la propiedad.

Yo la llamaba cerca, pero en realidad eran unas pocas tablas en mal estado que parecían mantenerse en pie solo por un milagro. Pensar en eso provocó que mi corazón se tensara. Si el Sr. Morningside y su grupo de asesinos realmente se preocupaban por quienes escapaban, se molestarían en hacer una cerca mejor, lo suficientemente alta para mantener a las personas dentro e impedir que ingresaran intrusos. En cambio, parecía como si una ráfaga de viento fuerte pudiera derribar toda la estructura y cualquier persona en condiciones físicas saludables podría escalar las vigas y cruzar hacia el otro lado.

Seis cuervos se encontraban sentados en la cerca, observándome. Luego, se dispersaron y reagruparon en el tejado de la residencia, detrás de mí.

Una mejor barrera que la cerca era la increíble cantidad de hoyos que había en el suelo. Eran más grandes que lo que cualquier otro animal de campo podría hacer y estaban por todas partes; cada uno con diferentes profundidades. Uno, oculto por el césped, casi provocó que estrellara mi rostro contra el suelo. Me abrí paso por el camino, atenta a cada uno de los agujeros. ¿Qué diablos había hecho trizas el suelo? Era como si alguien hubiera cavado algunos centímetros frenéticamente en busca de algo...

Al final, llegué a la cerca, pero cada vez que me acercaba a ella, las heridas en mis dedos comenzaban a doler. En principio, no le di importancia, atribuyéndolo a alguna especie de dolor invisible, pero la incomodidad persistió y se intensificó. Era como si pudiera oír una voz en una habitación muy lejana y luego oyera a esa persona acercarse hacia mí, cada vez más cerca, amplificando el sonido de su voz. Mientras el dolor se intensificaba, también lo hacía la voz.

Al principio, era un simple susurro, en ese mismo idioma desconocido que había oído cuando pasé cerca de la puerta verde y cuando encontré el libro. Sin embargo, esta vez sabía que no era la cerca quien me llamaba; ni tampoco la puerta o el libro.

Esta voz, este susurro, venía de mi *interior*.

El dolor y la voz alcanzaron su punto máximo cuando acerqué mi mano hacia las desteñidas tablas de madera. Presioné mis dientes para contrarrestar el malestar, determinada a sobrevivir. Si esto era lo único que me apartaba de la libertad, intentaría ser más fuerte. Pero la fuerza no sirvió de nada, ya que cuando estiré la mano un poco más allá, pasando la cerca, sentí un inmenso calor subiendo desde la punta de mis dedos hasta el centro de mi cabeza. Provocó que me arrodillara y gritara, aún con la voz dentro de mí, mucho más dolorosa que las llamas ardientes en mi brazo.

Dos manos se cerraron sobre mis hombros y me empujaron hacia atrás.

–Tranquila –era Chijioke, quien me ayudaba a mantenerme en pie hasta que pude hacerlo por mí misma. Me solté con fuerza de sus manos y di un gran paso hacia atrás para alejarme de la cerca. El dolor en mi cabeza y en mi cuerpo se atenuaron rápidamente. Él frunció el ceño y agregó–: Ah, ven aquí. No tengo nada planeado para ti. No te lastimaré, solo parecía que estabas en peligro.

–Lo estaba –susurré–. Lo estoy.

Una vez que nos apartamos de la cerca, tropecé con uno de los cientos de hoyos en el terreno. Quejándome en voz baja, me dirigí hacia tierra más firme. Chijioke se recostó sobre la cerca, aparentemente, sin haber sufrido el mismo efecto que yo había experimentado. Dejó a un lado una gran pala y se pasó la mano por el rostro. A pesar del frío, estaba sudando y tenía el frente de su camisa blanca empapado de sudor. Por lo general, usaba simple vestimenta de trabajador: un par de tirantes negros y un pantalón de montura colocado dentro de unas botas llenas de lodo.

–El perro de Poppy es una maldita amenaza. Intenté llenar los hoyos lo mejor que pude, pero el pequeñín hace otros seis por cada uno que relleno.

–Tal vez deberías cavar una tumba en cambio –le dije con un tono de amenaza–. ¿No habrá un cuerpo para enterrar pronto?

Su expresión cambió sutilmente, pero podía ver algo de tensión en su mandíbula.

–Entonces, lo sabes. Al menos, sabes lo suficiente. La Sra. Haylam mencionó que te llevaste un susto anoche. Lo estás tomando sorprendentemente bien. La primera vez que me topé con un Residente, salí corriendo de la mansión gritando como un hada llorona.

¿Tomándolo bien? No creía haberlo hecho.

–¿Y por qué te quedas?

Era una pregunta honesta.

Chijioke siempre había sido amable conmigo y, con sus ojos dulces y amigables mirándome directo, no era posible imaginar que él participara en los crímenes de Coldthistle. Estaba un poco nerviosa y delirante, como si hubiera escapado de la realidad y me encontrara en alguna especie de velo hacia otro mundo paralelo, uno en donde arriba era abajo y malo era bueno.

–Simplemente, no me molesta –contestó, encogiendo sus enormes hombros–. No tengo ningún gran discurso para ti. Vine aquí y no quise marcharme. No creía que los huéspedes pudieran ser tan malos como decía el Sr. Morningside; pero luego, conocí a algunos y cambié de parecer enseguida. Lo único que sé es que la vida no es justa para algunos de nosotros y él trata de hacer que sí lo sea.

Moví la cabeza de lado a lado y volteé para mirar los campos más allá de la cerca. Pequeños puntos blancos se movían en el horizonte, acercándose. Ovejas. Si había ovejas, entonces el pastor no tendría que estar muy lejos. Si así fuera, ¿creería mi historia? ¿Qué pastor oiría las locuras que saldrían de mi boca y movería un dedo para ayudarme?

–Creo que será mejor que me largue –le dije suavemente. *Luego de recolectar algunos pequeños objetos brillantes para vender*–. Si es que es posible.

Chijioke me estudió con la mirada y luego volteó hacia los campos. Descansó su brazo sobre la madera, y colocó un pie sobre una de las tablas inferiores.

–¿Lees la Biblia?

–Soy irlandesa –le contesté, bufando.

–Entonces, conoces a Levítico –dijo–. “Si un hombre toma la vida de otro ser

humano, entonces posiblemente sea condenado a muerte”. Verás, es ese “posiblemente” lo que trae el problema. ¿Cuántos hombres realmente reciben lo que merecen en esta vida? Particularmente, los más desagradables...

–¿Y qué hay de Romanos? –le pregunté–. “No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos”.

Suspiró y bajó la mirada, y la volvió a dirigir hacia las nubes.

–Tengo otras cosas que hacer en lugar de estar hablando de la Biblia con una irlandesa –dijo–. Pero te diré una más, también de Romanos: “Dejen el castigo en las manos de Dios”, ¿sí? ¿“Mía es la venganza, yo pagaré” y todo eso?

Bastante cerca. Asentí, convencida de que simplemente él lo había dejado en claro por mí.

–Yo pagaré –susurró, mirando de reojo el rebaño de ovejas–. Pero cuándo, te pregunto. ¿Cuándo?

–Supongo que no lo tenemos que saber. No es nuestro deber hacer el trabajo de Dios en su nombre, ¿no es así? –repuse lentamente.

Ambos nos quedamos en silencio por un momento, el viento se tornaba cada vez más fuerte y provocaba que el césped del campo se meciera como si se tratara de una sábana de terciopelo verde, acariciada por los dedos de una gran mano. Las ovejas se acercaban lentamente hacia nosotros, pero aún se encontraban bastante lejos. ¿Era en vano esperar para pedir ayuda?

–Una de las chicas en Pitney disfrutaba robarme el desayuno. Era mucho más grande que yo, de edad y estatura, y tenía unos dientes enormes, como los de un caballo. Cuando la acusé, esperó a que nadie estuviera mirando y me estampó la cabeza contra el pupitre. Planeé por meses vengarme de ella, y luego, una mañana, me las ingenié para colocarle tinta pura en su té. Los dientes de Catherine estuvieron negros por casi dos semanas.

Chijioke comenzó a reír con mucha fuerza, golpeando su mano sobre la cerca. Esta se tambaleó, parecía estar a punto de destrozarse.

–¿Lo ves? ¿Cómo puede ser que hacer el bien sea algo malo?

–Tiene que haber una mejor forma –respondí–. Solo puse tinta en su té.

–Sí, y ella solo te robaba el desayuno –se quedó en silencio, sujetando la pala y moviendo su pulgar pensativamente sobre la madera del mango–. Deberías quedarte. Aunque sea por un tiempo, solo para ver si cambias de idea.

Comencé a oír pisadas suaves sobre el césped detrás de mí que me hicieron voltear. Pude ver a Mary corriendo a toda prisa hacia nosotros por el campo lleno de hoyos. Los esquivaba con pequeños y adorables saltos, llevando un mayal en su mano.

*¿Cómo pueden lucir todos tan normales?*

–¿Qué pasa si las cosas salen mal? –le pregunté, tomando nota de volver aquí en algún otro momento para buscar al pastor del rebaño. De hecho, mi ventana daba hacia este lado de la cerca. Quizás podría escapar si en algún momento me encontrara desocupada en esa parte de la mansión.

–No, el amo nunca se equivoca –me respondió Chijioke con solemnidad–. Nunca.

Pensé en Lee, en su mano rozándose con la mía mientras levantaba mi cuchara del suelo.

–Lo veremos.

Mary llegó hasta nosotros, con su falda limpia moviéndose por el viento y desprendiendo un aroma a pan recién horneado. Sus manos y muñecas estaban llenas de harina, así como también su nariz y mejillas.

–¡Aquí están! Chi, que vergüenza que estés retrasándote aquí con ella. ¡Somos solo cinco para limpiar esta enorme mansión! –respiró hondo y se inclinó hacia atrás, llevándose las manos a la cintura.

Chijioke se escabulló de regreso a la residencia, torpe, encogiéndose de hombros y esbozando una pequeña sonrisa a medida que se marchaba.

–La Sra. Haylam te quiere en la biblioteca –me dijo–. Necesita limpieza. Yo me iba a encargar de eso, pero como es una de las tareas más fáciles, tú estarás a cargo, ya que puede que todavía no estés lista para cosas más abrumadoras.

Al parecer, tenía problemas para mirarme directo a los ojos, y era obvio por qué. –No sé si quiero limpiar la biblioteca –le respondí. Luego de mi intento de huida, mis dedos y cabeza me dolían de a ratos–. Realmente, no planeo quedarme aquí.

Mary asintió, sacudiendo las manos sobre su delantal.

–Fue aterrador; incluso, preocupante se podría decir. Haz lo que quieras, entonces, Louisa. Yo solo soy la mensajera. Pero si decides quedarte, tendrás que trabajar como el resto de nosotros –se llevó la mano a la boca y agregó, apresuradamente–: No me refiero a los... a ese tipo de trabajo, ah, ¡maldición!

El insulto sonó ridículo al venir de ella. Parecía el tipo de persona que se sonrojaría luego de siquiera *pensar* en esa palabra. El viento cambió de dirección, ahora soplaba por detrás de mí, desde donde las ovejas pastaban a lo lejos, en la pradera. Comencé a percibir el dulce aroma del césped y la esencia del pan en su delantal, que embebió profundamente el aire. Sabía que el amo no estaba mintiendo. Él o ese libro infernal tenían alguna especie de poder sobre mí.

Necesitaba más tiempo. Y la biblioteca tendría algunos libros extraños. Libros que me ayudarían a escapar de este lugar en un bote hacia América.

–Limpiaré la biblioteca –le dije, conteniendo un bufido–. Adelante.

## Capítulo Quince

**E**l lugar, más que una biblioteca, parecía un amontonamiento de libros, apilados en estantes deteriorados, y polvo, lo que convertía al recinto en un sitio estrecho y laberíntico. ¿Cómo era posible que Lee no encontrara nada que valiera la pena para leer cuando nunca en mi vida había visto tantos libros apilados en un solo lugar?

En sus mejores días, la luz del sol, que entraba por la ventana del tercer piso, podría haber bañado el lugar con luz limpia y pura; pero ahora, una capa de polvo sobre los ventanales había ensombrecido todo.

Me quedé perpleja y agobiada en el umbral de la puerta, mientras Mary se movía inquieta detrás de mí como si fuera una ladrona culpable. Sentía que, si alguien debía sentirse así, esa era yo.

–Lo más fácil –murmuré, sarcásticamente.

–Quizás... olvidé cómo estaban las cosas aquí –se defendió–. Puedo quedarme a ayudarte si quieres, pero solo hasta que la Sra. Haylam me necesite de nuevo.

–No, está bien –estar sola por un momento era más que bienvenido. Era crucial. No había criaturas de las sombras aquí como para notar que faltara algo–. No se ve tan complicado, creo.

–No te molestes en ordenar los libros. El Sr. Morningside continúa arrojándolos aquí, a pesar de las quejas de la Sra. Haylam. Una vez, ella regaló algunos libros viejos a una escuela por caridad, y el Sr. Morningside se enfureció. Le *levantó la voz*. Fue algo horrible, simplemente, espantoso.

–¿Levantó la voz? –le pregunté. Mary lucía horrorizada por el recuerdo–. Uno tiembla de solo pensarlo.

–Pero no tienes que juzgarlo por eso. A ella no le correspondía donar sus pertenencias de esa manera –comenzó a retorcer sus manos y resoplaba cada vez



que inspeccionaba la habitación desordenada delante de mí-. *Puedo quedarme...*

Ignoré su pedido.

–¿El Sr. Morningside sale alguna vez del sótano? –sus ojos se pusieron como platos.

–Oh. Oh no, no, es muy raro que eso suceda. De hecho, nunca lo he visto con mis propios ojos. Dice que el aire aquí arriba le molesta. El polen o algo de eso.

–Entiendo –en realidad, no, pero era otro pequeño dato para archivar. Necesitaría información y mucha suerte para escapar de una vez por todas de Coldthistle House–. Bien, será mejor que empiece. Las manos ociosas y todo eso.

Dios, ahora lo estaba citando a *él*. Pero Mary se encontraba tranquila, por lo que apartó sus ojos verdes de mí por un segundo y luego me volvió a mirar por detrás de sus pestañas.

–Si necesitas ayuda, no dudes en venir a buscarme. ¡Debes sentirte terrible! Tan confundida, quiero decir. Solo... no pienses en mí, ni en ninguno de nosotros, de esa manera tan injusta antes de terminar de conocernos. Por favor.

Aparté la mirada de ella y comencé a sentirme enferma. Su forma de hablar, sus modos, eran exactamente los mismos que tenía mi amiga imaginaria, y me afectaba tanto...

–Todavía no decidí qué es lo que haré.

–Deberías quedarte –me dijo en voz baja, mientras se marchaba–. Quiero que lo hagas, pero solo si *tú* lo deseas. Lo que quiero decir es que realmente espero que te quedes.

Salió al corredor y me dejó sumergida en el denso silencio, entre el polvo y la oscuridad. Unos inquietantes rayos de luz penetraban las ventanas sucias en algunas partes; entraban en el lugar como si fueran lanzas y tenían un color entre plateado y amarillo, con pequeñas partículas de polvo flotando en su interior. Tenía que reír ante la idea de que podría limpiar todo eso solo con un plumero y un paño. Seguí adelante, intentando fregar y desempolvar el lugar sin arruinar la venda en mi muñeca.

La biblioteca estaba situada en el ala este de la residencia, posicionada en una esquina del edificio que tenía forma de torreta. Era circular y bastante grande; incluso, algún ebanista travieso había decorado los estantes para que avanzaran en una espiral hacia el fondo de la habitación, casi como los rayos de una rueda. Esto generaba una serie de rincones privados de lectura, cada uno amueblado con un diván tapizado al estilo brocado. En sus mejores y más limpios días, la biblioteca probablemente había sido un lugar encantador, un retiro pacífico. Pero ahora, con los libros apilados y caídos en el suelo, al borde de la ruina, parecía más un cuarto de cacharros.

Y resultó imposible limpiar alrededor de esas pilas de enciclopedias, novelas y crónicas. Junté todos los libros al final de cada estante, para poder limpiar. Era hora de ver qué tesoros escondidos tenía para ofrecer la Coldthistle House. Si podía encontrar una forma de atravesar la barrera generada por el libro, necesitaría algunas cosas valiosas para vender una vez que me marchara. La mayoría de los tomos los reconocía de la biblioteca de Pitney. Eran colecciones bastante conocidas de poesía, historia y cuentos populares. Luego de un rato, me topé con un pequeño libro de poesía de Cowper. Estaba en buenas condiciones, a pesar del estado desastroso de la biblioteca y, cuando lo abrí, me encontré con una firma apenas visible en la primera página.

Esto me haría ganar algunos centavos. Mi suerte había cambiado para mejor, al menos un poco. Esta edición era lo suficientemente pequeña como para esconderla debajo de los dobles de mi falda y el delantal que la cubría.

El suelo y los estantes comenzaron a verse con mayor claridad como resultado de mi búsqueda meticulosa. Luego de haber tomado lo que parecía ser una guía de estudios naturalistas firmada por su dueño, Lord Byron, me encaminé hacia las ventanas, donde fregué con tanta fuerza la suciedad impregnada que mis dientes repiqueteaban a la par del movimiento.

Claro, el escaso personal aquí no podría soportar tanto trabajo para mantener la mansión en estas condiciones, pero comenzaba a sospechar que esto era a

propósito. No había duda de que era mucho más fácil mantener el oscuro secreto de este lugar con un pequeño puñado de criados. Me incliné y sumergí el trapo en el agua. En esta posición, mientras me encontraba escurriendo el paño, pude notar algunos libros desparramados por debajo de uno de los estantes, por lo que me acerqué para tomarlos, con una actitud egoísta al desear que fueran de gran valor. Suspiré y me quedé congelada, sabía que a medida que mis dedos se cerraban sobre el más pequeño de los libros, una figura me observaba detrás de mí.

Oh Dios. Las sombras habían regresado por mí.

–¡Hola de nuevo!

–*Jesús, María y todos los santos* –maldije. El paño salió despedido de mi mano y cayó fuera del balde. En ese momento, me recosté sobre una pared, cerrando una mano sobre mi pecho, aliviada. Los libros quedaron allí, olvidados, en el mismo lugar en donde los había visto.

Lee.

Lee, quien estaba contaminado con algún pasado o preferencia horrible, porque de otra forma, no estaría en Coldthistle. Lee, quien tal vez pudiera escapar de las garras de la mansión y me podría llevar a salvo también, o enviaría a alguien para que me recogiera.

Muy a mi pesar, lo primero que pensé al verlo fue en correr a abrazarlo. Considerando que no hacía mucho había rechazado su propuesta de ser amigos, un abrazo era lo último que tenía que suceder. Él era bastante rico y yo no tenía ni un solo centavo a mi nombre. Además, podríamos estar muertos en cuestión de días o, incluso, de minutos. Esas bestias de las sombras podrían estar mirándonos. Observándonos. Nos podrían atrapar mientras conspirábamos para escapar.

Me enderecé, sacudiendo las manos en el delantal y haciéndole un gesto para que se acercara. La necesidad de abrazarlo se desvaneció y recobré la voz, pero la mantuve baja. No había forma de asegurarme quién más estaba escuchando. ¿Había agujeros en todas las paredes del hotel? ¿Esas sombras tenían oídos? ¿Los

necesitaban?

–Justo la persona que quería ver.

–¡Oh! –iluminó su ya radiante sonrisa e ingresó a la biblioteca–. Me gusta oír eso. Me estaba comenzando a preocupar cuando no te vi durante la hora del té esta mañana, por lo que pensé que tal vez debía salir a buscarte. Mi tío está siendo muy fastidioso y estaba bastante seguro de que esa mujer italiana estaba a punto de dejarlo inconsciente con su... Espera un momento, tu muñeca. ¿Qué diablos le ocurrió? ¿Te encuentras bien?

Se acercó rápidamente hacia mí, con sus rizos moviéndose de lado a lado, preocupado, mientras se acercaba para inspeccionar mi muñeca. Luego cambió de opinión, y mantuvo su mano en el aire de manera extraña, como si fuera un marionetista.

–Solo fue un accidente –le mentí, tranquila–. Me resbalé. Ya no duele más.

–Nunca creí que trabajar en el fregadero pudiera ser tan peligroso.

Comencé a reírme a carcajadas. Eso, al igual que mi torpe caída en las escaleras, era un accidente. Generalmente, no solía reír de esa forma, y Lee lo notó enseguida por la forma violenta en la que el sonido salió de mi boca.

–Esta tos me mata –esa mentira era mucho más actuada que la anterior–, hay mucho polvo aquí. Debería ser un crimen tratar a los libros de esta manera.

*Y un crimen asesinar. Un crimen tener las piernas al revés. Un crimen emplear criaturas de las sombras, guardar libros oscuros y mágicos...*

–No –dijo suavemente, presionando sus labios–. Está sucediendo algo de verdad. Disculpa por lo que dije, Louisa, pero luces... Es decir, soy un caballero, y por eso no creo que pueda expresar adecuadamente...

–Luzco horrenda –terminé por él–. Ya lo sé.

–En realidad, iba a decir “desalineada”, pero está bien –eso solo provocó que tensara su expresión. Se movió para recostarse sobre la pared de la biblioteca a mi lado, cruzando los brazos y bajando levemente la cabeza–. Bien, estoy aquí, ya sabes, si quieres hablar de eso.

–¿De mi apariencia?

–Louisa...

Tenía que decir las palabras exactas, o me arriesgaría a perder a un posible aliado. Pero el peso de lo que necesitaba comunicar me presionaba con mucha fuerza. ¿Cómo podía decirle todo lo que había visto? ¿O siquiera un poco de todo eso? Ninguna persona en su sano juicio me creería. Yo apenas lo creía. Y, sin embargo, aún lo necesitaba a él, necesitaba sus recursos, su ayuda, su conductor, su carruaje, tal vez incluso los sables que había visto debajo del asiento de pasajeros. No habría escapado de Pitney sin la ayuda de Jenny, y las probabilidades de marcharme de la Coldthistle House se incrementaban mucho más si tenía algo de ayuda.

De pie a su lado, podía decir que me sentía segura. Aquí, al menos, había un elemento neutral. Estaba destinada a quedarme, él estaba destinado a morir, y mientras siguiéramos con vida, lucharía para enfrentar esos destinos.

*Entonces, ¿cómo le digo...?*

–Husmeé entre las pertenencias de mi tío –me dijo. Al notar que no lo interrumpía (para asegurarme mi oportunidad de hablar), respiró profundo y comenzó a contarme–: Tenía algunas cosas muy extrañas en su equipaje. Una gran cantidad de cuchillos ¡y una pistola! Siempre supe que era un poco nervioso, pero, aun así, me parecía demasiado. También había algunas cosas comunes: un peine, algunos guantes, plumas y otras cosas más. Es muy sorprendente. Realmente pensé que tendría más información sobre mi supuesta madre, más allá de una simple nota. Una dirección, quizás. Qué extraño haber hecho este largo viaje contando con tan pocas pruebas.

–Tal vez, lleva esos papeles consigo todo el tiempo –murmuré–. Si son valiosos o confidenciales, quizás no considera adecuado dejarlos en cualquier sitio.

Lee asintió, observándome quieto mientras su cabeza se movía de arriba abajo.

–Eso era todo lo que venía a decirte, por lo que ahora es tu turno.

Grandioso. Mis manos se habían puesto como pasas de uva por sostener el paño

húmedo durante tanto tiempo. Así que las limpié nerviosamente sobre mi delantal, con cuidado de no hacer caer los libros que había robado y que estaban allí escondidos. No había forma de quitar las heridas de la punta de mis dedos, por lo que trataba de mantenerlas fuera de vista, presionando las palmas sobre la falda.

–Creo que estamos en peligro –le dije, susurrando–. Pero no levantes la voz ni muestres señales de miedo. Si estoy en lo cierto, debemos mantener todo en completo secreto.

–¿Peligro? –sus cejas se dispararon hacia arriba y se acercó a mí–. Tu muñeca; ¿alguien te hirió?

–No, no –le aseguré, y eso era técnicamente cierto. Después de todo, *algo* me había lastimado–. El Sr. Morningside dijo cosas horribles sobre la Sra. Eames; asegura que solo está viuda porque mató a su esposo y que también hizo lo mismo con su hijo. Creo que quiere... vengarse. Vengarse *gravemente*.

Las cejas de Lee continuaban subiendo, hasta que alcanzaron su punto más alto cuando terminé de decir las dos últimas palabras.

–Dios mío.

–Creo que se cree una especie de justiciero que se encuentra por encima de la ley. Si él sabe que has hecho algo malo, te castigará por eso.

–Insólito –susurró. Separó los brazos y comenzó a frotarse la barbilla, y enseguida noté que estaba comenzando a lucir pálido. Culpable–. ¿Qué sabes de eso? ¿Será verdad?

De eso no estaba muy segura, pero la sensación de dolor en mi estómago persistió. Una repugnante y culpable sensación. Por alguna razón, no podía sacar de mi mente la imagen del enorme anillo verde que llevaba. Tanto exceso, desencadenando tanta decadencia, cuando se

suponía que era una viuda en pleno luto... Y si estaba a punto de heredar una enorme fortuna, ¿por qué viajar hasta la desastrosa y ventosa

Coldthistle House?

*¿Por qué vendría aquí de cualquier forma? A menos que, claro, la hayan*

*atraído.*

–Puede ser que sea un poco...

–Extraña –agregó–. Entonces, ¿crees que sea posible que haya hecho eso? ¿Haber asesinado a su propio hijo?

–Realmente no lo sé. De lo único que estoy segura es de que el Sr. Morningside no tiene buenas intenciones con ella –le dije.

De pronto, mi mirada volteó y se centró en la puerta, en donde podía jurar haber visto una figura oscura por un momento, pero luego, se desvaneció. Con las manos sudando, sujeté a Lee por la muñeca y lo guie más adentro de la biblioteca, hasta encontrarnos detrás de un estante en uno de los rincones polvorientos de la habitación.

–Puede que suene desconcertante –susurré–. Pero te aconsejo que tomes una de las armas de tu tío y te cuides. Solo... solo por si acaso. El amo está bastante demente, verás, y no sé si nos encontramos a salvo. Debemos ser cuidadosos, rápidos y silenciosos, y debes prometerme que no le dirás nada a tu tío sobre esto.

–Pero si estamos todos en peligro...

–Promételo.

–Cla... claro, Louisa, tienes mi palabra –expresó. Luego, esbozó una sonrisa nerviosa, volteando tímidamente hacia un lado–. Dios, en verdad te había hecho prometer que me contarías todos los secretos de este lugar, ¿verdad? Esto es mucho más de lo que pedí.

*Oh, querido mío, todavía no sabes ni la mitad de todo.*

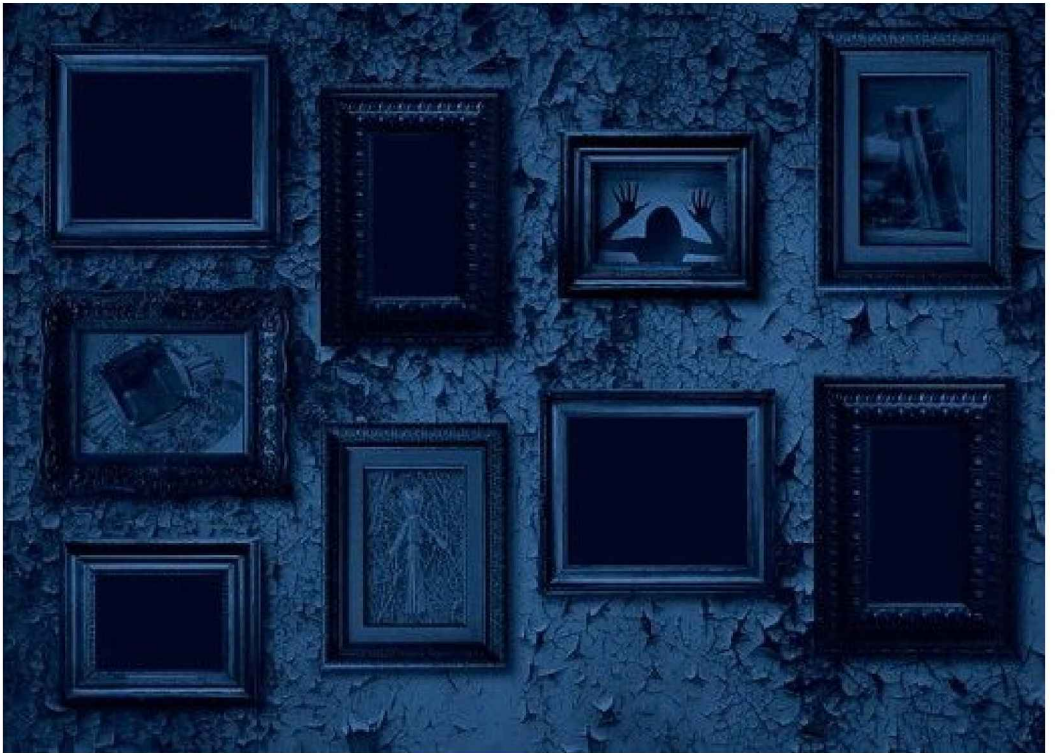
–Precisamente –le contesté. No estaba segura de si lo estaba protegiendo o condenando al decirle solo parte de la verdad, pero, luego, podría revelarle algo más con prudencia–. Pero necesito que me digas algo que es mucho más importante que cualquier cosa, Lee. Tienes que ser honesto, ¿sí? No te guardes nada...

–¿Qué? –preguntó, mirándome a los ojos–. ¿Qué es?

–Tienes que decírmelo –le expliqué, aún sosteniendo su muñeca con fuerza–.

¿Existe algún tipo de secreto que no se pueda contar sobre tu pasado? ¿Alguna vez has pecado gravemente? ¿Alguna vez *asesinaste* a alguien? –le pregunté.





# Capítulo Dieciséis

Una de las cosas más peligrosas de todas son las esperanzas ocultas. Este tipo de esperanzas siempre se encuentran muy en tu interior, como una enfermedad, una que no tienes ni idea de que está esperando brotar. Siempre está allí, lista para lastimarte y, si tienes algún leve indicio de su existencia, alguna intuición o presentimiento, lista para sorprenderte. La peor esperanza oculta que puedo recordar estaba relacionada a mi madre. Su nombre era Alice. Alice Ditton. Mantuvo el apellido de mi padre para lastimarlo, porque, al fin y al cabo, su odio era tan inmenso que incluso me robó a mí de su casa por la noche.

En realidad, no estoy segura de si la palabra *robar* sea la más adecuada. ¿Puede uno robar algo que la otra persona no quiere?

No es algo lindo de admitir, pero siempre supe, incluso cuando era una niña, que mi madre no era una persona muy equilibrada. Había mucho de Irlanda en ella, de la vieja y supersticiosa Irlanda, esa repleta de leyendas de hadas salvajes que mi padre y abuelos, habitantes de la ciudad, detestaban. Una vez, luego de mudarnos de Waterford a Dublín, un niño de mi pueblo fue mordido por un perro rabioso. Mi madre lo convenció de que la única cura era que un séptimo hijo varón le tocara la mano.

Lo decía en serio. Entonces, desequilibrada. Y creo que eso es ser bastante buena.

Puedo recordar sus ojos abriéndose grandes al escucharla decirle al pobre y enfermo Danny Burton: “Ah, ¿y si ese séptimo hijo nació de otro séptimo hijo? Bien, en ese caso jovencito, no solo te traerá buena salud, sino también ¡buena suerte por el resto de tu vida!”.

Danny Burton murió esa misma semana; no sabría decir si alguna vez encontró

a ese séptimo hijo.

El punto es que a mí siempre me agradó la rareza de mi madre. Y, si bien solo había hablado sobre ese tema con mi amiga imaginaria, Maggie, solo así, entre susurros culposos, finalmente pude comprender que mi madre era extraña. Y que por parentesco y sangre, yo también lo era. Los hombres rara vez querían relacionarse con ella, y la tolerancia era su mejor cualidad. La maldición también pasó a mí. Sin contar a Lee y a los empleados curiosos de la Coldthistle House, la mayoría de las personas decidían que no valía la pena conocerme. Juro que algunas veces los vi alejarse de mí con repulsión, incluso si no era intencional, como si hubieran leído un letrero negro invisible sobre mí que decía: cuidado.

Era la broma más cruel del mundo entero, y yo no podía participar en ella.

Pero mi deseo oculto siempre fue, incluso en las profundidades de mi duro inconsciente, que mi mamá algún día fuera diferente. Ella cambiaría. Los vestigios de la vieja Irlanda desaparecerían de ella y, como un árbol que sacude sus ramas para contrarrestar el frío del invierno, florecería una mujer agradable y sensata que tendría una risa que te haría emocionar y no solo hacerte sentir miedo. Mantuve esa esperanza guardada tan, tan dentro de mí, que no fue sino hasta que ella en verdad desapareció por completo de mi vida que comprendí ese deseo.

Allí, en la biblioteca, encontré otro deseo secreto, por más que también pudiera resultar imposible, pero esta vez sabía que la espera dolería.

—Oh Dios —el joven Lee se estaba derrumbando justo frente a mis ojos. Se deslizó hacia abajo sobre la ventana hasta terminar acurrucado en el suelo y, luego, se tapó el rostro con las manos. A juzgar por la tensión en sus hombros, estaba segura de que estaba aguantando el llanto—. Maté a mi protector. También soy una de esas malas personas. Yo hice algo malo. Yo lo *maté*.

—¿Qué?

Ahí estaba esa esperanza secreta que había emergido desde mis entrañas para abofetearme en el rostro. Se suponía que Lee sería uno de los buenos. Él sería diferente. Esa vez, alguien, un muchacho, gustaría de mí y querría estar conmigo,

y no sería mentira. Finalmente podría estar del otro lado. Una persona buena y honesta disfrutaría de mi compañía y me haría comprender que el letrero negro sobre mí había sido una mentira. El resto del mundo estaría equivocado y Lee tendría razón.

Pero no, no pudo quitar ese letrero. Él también estaba en ruinas por dentro.

*Dios los cría*

–Louisa, por favor, lo juro, no tienes que pensar tan mal de mí. Fue un accidente. Lo juro por mi vida, fue... –sollozando, llevó las manos hacia su rostro–. Tenía esta horrible alergia a las nueces. Cualquier tipo de nuez en su comida lo haría sentirse enfermo y casi al borde de la muerte. Estaba seguro de haberles dicho a los proveedores que no trajeran nueces, pero le llevé una hogaza de pan que nos dieron como regalo y la comió, y...

No podía seguir.

–Lee –bueno, quizás mi esperanza oculta podía volver a ocultarse en mi corazón y esperar un poco más para salir–. A eso se lo conoce como accidente. No es tu culpa.

–Claro que sí, ¿no lo ves? Tendría que haber revisado el pan. Fui demasiado tonto, tan imprudente. Torpe. El hombre más agradable que jamás había conocido, asesinado por unas *nueces*.

–Él también podría haberlo revisado –le indiqué, sentándome a su lado sobre una inmensa pila de mapas–. Siendo un hombre tan maduro.

–Como digas; aun así, me siento culpable –murmuró. Su rostro se había ruborizado completamente y estaba lleno de manchas, pero ya no parecía encontrarse al borde del llanto. Me miró y esbozó una pequeña sonrisa–. Me preguntaste si alguna vez había matado. Sin tener en cuenta algunos ciervos, peces y conejos, eso es lo peor que he hecho. Verás, me confesé ante un cura. Dios nunca me ayudó en tiempos de miseria, pero pensé que quizás podría hacerme sentir menos culpable. Sin embargo, solo hizo que la culpa se sintiera más real, de alguna forma.

–Tú no lo mataste, Lee. Si pudieras hablar con él ahora mismo, sabrías que diría lo mismo.

–Porque es bueno y compasivo –respondió, desviando la mirada–. Como tú. Moví la cabeza de lado a lado, rechazando su exagerado cumplido.

–Tú no me conoces, Lee. No soy tan buena como tú. No he tenido una vida que me permita ser buena.

–Razón por la cual es mucho más impresionante –nos quedamos en silencio por unos momentos mientras el polvo del ambiente se asentaba despacio sobre nuestros pies–. ¿Realmente crees que necesito un arma? ¿No deberíamos intentar proteger a la Sra. Eames, o, santo cielo, al menos intentar advertirle?

Yo no era buena ni compasiva como él decía, y en ese momento lo aprendería de una vez por todas.

–Por más frío que suene, creo que quizás no deberíamos entrometernos en eso. Si lo que el Sr. Morningside dice es verdad, lo último que ella merece es nuestra ayuda.

–Pero ¿y qué tal si está equivocado? No podemos hacernos a un lado mientras lastiman a una mujer inocente –se quedó en silencio mientras mordía su labio inferior–. Mi tío se ha vuelto muy cercano a ella. Pasan la mayor parte del tiempo bebiendo esa agua asquerosa del manantial. Tal vez, él podría encontrar algún tipo de evidencia que pruebe que en verdad es una asesina.

–Es muy arriesgado –le advertí–. No tenemos ningún tipo de relación con ella, Lee. No deberíamos entrometernos en sus asuntos.

Tomé el trapo y lo escurrí en el agua sucia antes de comenzar a limpiar la ventana detrás de Lee. Así resultaba más fácil mentirle sin que me viera el rostro.

–Si tu tío está con ella todo el tiempo, entonces quizás ya se encuentra a salvo, de cierto modo. Tú mismo dijiste que él siempre lleva un arma consigo. Podría ser suficiente para protegerla.

–Pero ¿no debería advertirle? También se podría convertir en la víctima.

Al dejar la mano quieta, el agua desagradable y tibia se deslizó hacia la palma

de mi mano, goteando lentamente sobre mi manga. Habíamos acordado que ya no discutiríamos más si debíamos advertirle a la viuda o no, pero ¿qué había de su tío? Estábamos decidiendo sobre la vida de las personas, vidas reales, algo que hacía que todo esto se sintiera muy fuera de mi experiencia. No sentía ningún tipo de afecto hacia Bremerton,

pero eso no significaba que lo quisiera muerto. Lee me estaba mirando expectante, podía sentirlo, por lo que tomé mi decisión. Si Lee podía encontrarse aquí por error, sin ningún pasado que lo condenara, entonces también su tío podría ser una buena persona digna de salvar.

–Adviértele –le dije, con suavidad–. Pero no le expliques mucho. Ya me siento lo suficientemente demente contándote todas estas cosas a ti. Suena como si un puñado de suposiciones absurdas estuvieran saliendo de mi boca.

–Bueno, te creo –y ahí estaba otra vez: me creía. Se sentía tan bien como la primera vez, tanto que logró que sonriera–. Simplemente le diré que el dueño parece ser un poco extraño y le mencionaré que planeaba deshacerse de la viuda. La caballerosidad innata de mi tío hará el resto, o eso espero.

Asentí, soltando el trapo dentro de la cubeta, mientras lo observaba caminar nervioso hacia la puerta. No había nada más que me quisiera decir, eso era obvio, por lo que me senté en silencio ante su indecisión, tratando de lucir paciente y comprensiva. Era un milagro que me hubiera creído cada palabra que dije, e incluso más sorprendente que hubiera confesado haber envenenado accidentalmente a su protector. Lo menos que podía hacer era escuchar.

Se detuvo al final del estante que nos separaba de la puerta. Sus brillantes ojos turquesas lucían tristes pero sin lágrimas, y le tomó un momento juntar valor y erguirse.

–Solo... gracias. No hacía falta que me dijeras todas esas cosas. Podría haber seguido con mi bendita ignorancia aquí. Bueno, no quiero decir que saber todo esto sea una bendición, pero creo que la alternativa es peor, ¿no lo crees? Tú confiaste en mí y no había razón para que lo hicieras, no luego de haber sido tan

grosero contigo... Todo esto es demasiado complicado y aterrador, pero me alegra saber que al menos podemos contar el uno con el otro.

Lee esbozó una pequeña pero valiente sonrisa y me hizo una reverencia en señal de cortesía.

–¿Tu... tuvo sentido algo de todo eso?

–Todo –le respondí–. Gracias a ti también por creer en mí.

Él rio entre dientes con la mano sobre su cabello ondulado y volteó para marcharse.

–Creo que debería irme antes de que nos quedemos todo el día parados agradeciéndonos el uno al otro. Adiós por ahora, Louisa. Te veré pronto, lo prometo.

–Adiós.

Luego de que Lee quedó fuera de mi vista y sus pisadas se alejaron por la puerta, me recosté sobre la ventana y suspiré. Odiaba estar sola. Nunca me había dado cuenta de lo reconfortante que era tener un poco de compañía de alguien “normal” como yo.

Como ya había terminado todo lo relacionado a limpiar la biblioteca y buscar mis tesoros, solté el trapo y traté de enderezar de la mejor manera las pilas de libros que se habían derrumbado. Lee estaría en estado de alerta por él mismo y su tío, y quizás también por mí. Su tío se enteraría y sentía que, tal vez, había hecho una buena acción. En ese momento, no podía hacer otra cosa más que planear mi huida detalladamente, destruir el libro del ático y, luego, vender con cuidado los extraños libros que había encontrado.

La esquina más apartada de la puerta aún necesitaba limpieza, por lo que antes de comenzar, me sequé el sudor sucio que caía por mi frente tras haber acomodado libros tan grandes y pesados. Arrodillada, separé los tomos que se encontraban en una pila desordenada, quejándome por lo bajo ante el maltrato que recibían esos ejemplares tan antiguos. Era toda una fortuna en papel y cuero tratada como basura. Sin

embargo, la mayoría de los encuadernados todavía se encontraban en buenas condiciones, por lo que tomé el libro más grande para usarlo como base de la pirámide. Si aún tenía buena suerte, quizás encontraría una obra en esta biblioteca que funcionara como una especie de antídoto para el que había en el ático. Después de todo, si un libro causaba problemas, seguramente había otro que tuviera la solución. Era el momento de buscar atentamente cualquier volumen extraño o arcano.

Levanté el último libro de la pila, el más pequeño, y, cuando estaba a punto de colocarlo sobre los demás, el título, oscurecido por una densa capa de polvo, llamó mi atención.

No, el título no, sino el *autor*. Con el puño de mi vestido limpié la tierra, sintiendo una inmensa sensación de terror y entusiasmo que causaba un fuerte dolor en mi garganta.

Esta pequeña cosa olvidada que se parecía más a un diario que a un libro en sí había estado oculta en esta esquina de la biblioteca esperando a que yo la encontrara.

¿Era buena fortuna, o algo más? Algo como la suerte, pero siniestro... Podría serlo, dado que ya había presenciado el poder que ciertos libros, hombres y puertas tenían sobre uno para seducirlo y atraparlo. Pero lo levanté de todas formas para inspeccionarlo con atención, esperando a toda costa que me dijera lo que necesitaba saber.

Que sería mi salvación.

“La colección de extraños mitos y leyendas” susurré en voz alta. Bien, eso sonaba arcano y extraño. “De H. I. Morningside”.



# Capítulo Diecisiete



i bien salí de la biblioteca, allí estaba. Mirándome.

Esperándome.

Se movía como una gota de tinta suspendida en el aire, deslizándose hacia atrás y adelante, de lado a lado, observándome. La criatura de las sombras se acercó hacia mí con sus piernas sobrenaturales esfumadas en los bordes, como si su cuerpo de alguna manera estuviera siempre fuera de foco. Podía verla y no verla a la vez, su silueta se encontraba en constante cambio, incluso cuando nos mirábamos detenidamente.

Lo que tenía por ojos parecían pequeños huecos de luz, en perfecto contraste con su enorme boca, la cual parecía estar siempre esbozando una sonrisa burlona.

Cerca. Acechante. La criatura lucía mucho más amenazadora a la luz del día, ya que uno podía ver con mayor claridad que no pertenecía a este mundo. Tenía la esperanza de que estos monstruos no pudieran aparecer fuera de la oscuridad. Pero había sido en vano. Podía sentir su fuerza, su extraña y fluctuante temperatura, a medida que se acercaba a mí para atraparme bajo el umbral de la puerta. ¿Me había escuchado hablar con Lee? ¿Sabía lo que tenía escondido entre los dobles de mi delantal?

La sombra, aún con esa sonrisa despreciable, estiró sus extremadamente largos brazos, moviendo los dedos mientras me inspeccionaba con detenimiento. Sí, estaba buscando algo, me estaba buscando a mí... Seguramente sabía que tenía no solo uno, ni dos, sino *tres* libros debajo del delantal. A medida que se acercaba más podía sentir su congelado aliento sobre mi rostro. Me hizo dar escalofríos, por lo que me alejé al sentir ese frío tan intenso, tan concentrado, capaz de quemarme la piel.

—No te escondas de mí —dijo con voz gutural, cada palabra sonaba como el

crujir de la bisagra de una puerta oxidada, provocándome dentera.

El frío era insoportable. Mi muñeca comenzó a palpar, como si lo hiciera en respuesta a la criatura que casi la rompe. Al alcanzarme con sus largos dedos, en silencio me encogí del miedo, temblando, y solté un pequeño quejido, a la espera de que comenzara a sacudir mi falda para encontrar los libros ocultos. Si corría, me alcanzaría; si intentaba escabullirme, sus largos brazos serían imposibles de evadir.

Cerré los ojos con fuerza y un frío intenso descendió por mi cuerpo.

De repente, había desaparecido. Ni bien la criatura se desvaneció, comencé a oír unas pesadas botas acercarse. Lentamente, abrí un ojo y me quedé mirando a la nada. Pero no podía estar sola; algo o alguien la había espantado. Ese alguien se estaba acercando a toda prisa por el corredor hacia donde me encontraba yo. Era un hombre robusto de edad avanzada, con un mostacho tupido y puntiagudo que cubría la mitad de su rostro, el cual se asemejaba a dos palomas reposadas sobre su labio superior. Por mi estado de conmoción, no podía recordar su nombre, aunque la Sra. Haylam no había dicho mucho sobre este huésped. Solo que había un militar de alguna clase. Tenía que ser él, ya que estaba vestido con lo que parecía ser un uniforme que podría haberle quedado bien antes de haber engordado tanto. El turbante azul marino que llevaba en la cabeza se le estaba cayendo, por lo que lo colocó de vuelta en su lugar y se apresuró hacia donde me encontraba.

La Sra. Eames lo seguía, asomándose por detrás como una novia vestida de negro y con las manos levantadas con elegancia a cada uno de los lados. Llevaba puesto un vestido de día con una cinta en la cintura y las mangas tan abombadas y bellas que parecían hechas de un papel muy delicado. La esmeralda gigante relucía en su mano, un simple punto de color, un guiño de codicia en su cuerpo austero.

Quienquiera que fuera el hombre delante de ella, me encontraba mucho más que agradecida de verlo.

–Me pregunto, ¿este lugar está completamente abandonado? Es una vergüenza.

Debí haber estado tocando esa maldita campana por casi quince minutos solo para encontrarme contigo holgazaneando aquí, sucia y estupefacta. ¡No estoy pagando tantas libras para que me ignoren, jovencita! –se acercó a toda prisa por el corredor, con el rostro enrojecido y furioso, deteniéndose en el mismo lugar siniestro en el que la sombra había estado.

Su aliento, por el contrario, estaba caliente, con ciertos rastros de tabaco.

–¿Hola? ¡Hola! ¿Me estás escuchando? –dejó caer sus brazos, frustrado, y murmuró, lo suficientemente alto para que lo oyera–. Cabezas de chorlitos, todos ustedes.

Luego, siguió insultándome y provocó que transformara todo el temor que había sentido hacía un rato, en odio. *Una inmensa sombra acaba de desaparecer frente a mis ojos, y ahora esto. Insultos.* Sentí mis dedos cerrarse con fuerza formando un duro y furioso puño alrededor del trapo lleno de polvo y la manija de la cubeta.

–No regañes a la muchacha –dijo la Sra. Eames acercándose a nosotros mientras me miraba con aires de superioridad. La miré de una forma muy ruda, preguntándome si esos en verdad eran los ojos de una asesina descarada. Levantó una de las manos enguantadas y la llevó hacia su labio inferior, pensativa–. A un sirviente nunca se le debe dar una bofetada si primero no escupió en tu vino.

Sus ojos, fríos, parecían estudiarme.

Cuando la apariencia de calidez y belleza desapareció de su rostro, noté que lucía igual que esas criaturas de las sombras.

–El muchacho de George Bremerton dijo algo... Algo sobre que tú eras nueva aquí, jovencita; ¿es eso cierto?

Asentí.

La Sra. Eames se cruzó de brazos y sonrió, pero aún con esa mirada de superioridad. Un rosario levemente brillante adornaba su muñeca.

–Reza mucho para que puedas aprender la verdadera recompensa de ser obediente. “Antes del quebrantamiento se enaltece el corazón del hombre y antes de la honra se encuentra la humildad”.

–Su té –le dije con los dientes entrecerrados, volteando a propósito para observar a su compañero–. Sí, señor. Enseguida. ¿Me recuerda el número de su habitación?

–Tercer piso, habitación seis, té para el Coronel Mayweather, ¡santo cielo! ¿También debo explicarte cómo hervir el agua? ¿El Dr. Merriman también tiene que sufrir toda esta negligencia? ¿Qué me dices de Bremerton?

*Asiente con tu cabeza. Haz una reverencia. Bajo ninguna circunstancia vacíes la cubeta de agua sucia en su cabeza y te quedas observando cómo esa monstruosidad peluda sobre su rostro se marchita al igual que un perro mojado.*

Al escapar de ambos, me encaminé hacia las escaleras en dirección a la cocina, o eso era lo que el odioso Coronel Mayweather y la Sra. Eames creían. Quizás en algún momento recibieran su té, pero no sería de mi parte. No tenía intenciones de llevarle nada a ese hombre. ¿Qué gracia tenía? Como no tenía deseos de quedarme en Coldthistle, me parecía ridículo seguir cumpliendo con mis deberes allí. Podría aprovechar el tiempo para leer el libro que había escrito el Sr. Morningside y buscar la manera de romper la barrera que evitaba que pudiera vender todas las rarezas que encontraría aquí antes de marcharme. ¿Qué podrían hacerme si no cumplía con mis deberes? ¿Echarme?

*Es una pena. Me podría haber dado el gusto de escupir en sus bebidas.*

Cuando llegué al descanso de la escalera, me quedé quieta, pensando en dónde podría leer el libro del Sr. Morningside tranquila. Deseoso de ser leído, pidiendo a gritos ser estudiado, aunque fuera para para echarle un vistazo a su personalidad e intenciones, y averiguar cómo detener al libro del ático. Pero había quedado claro que los monstruos no querían que lo tuviera, y eso lo hacía mucho más valioso, claro, pero también mucho más peligroso. Leerlo dentro de la residencia quedaba completamente descartado.

Me encaminé hacia el exterior por segunda vez en el día y me encontré con que el clima seguía estando frío, pero no insoportable, recubierto con una densa capa de nubes en el cielo a punto de posarse sobre la mansión. Guardé el trapo y la

cubeta debajo del pequeño alero cerca de la puerta de la cocina. Ese lugar contaba con escaleras recostadas contra la pared que servían de estantes provisorios para almacenar otras herramientas y provisiones de la residencia. Vacíe la cubeta y escurrí el trapo justo antes de guardarlos para que otro empleado más devoto los encontrara y utilizara.

Dentro, podía escuchar a la Sra. Haylam cocinando la cena a la par del sonido de las ollas y cacerolas golpeándose entre sí. No había nadie en el campo entre la puerta y el granero, por lo que levanté mi falda y tomé el libro, y me encaminé rápidamente hacia el pequeño y oscuro edificio. El viento comenzó a soplar aún más fuerte a medida que me acercaba, y la pesadez habitual del ambiente dio lugar a una tormenta que provocó que se me erizara la piel. Esas nubes sobre mí ya no eran un simple producto de mi imaginación, sino una verdadera amenaza.

El aroma a heno y caballos flotó hacia mí conforme me acercaba al granero. Se trataba de una construcción robusta y bella hecha de maderas gruesas. Estaba pintada en un color negro y café oscuro brillante, y se la veía mucho más nueva y en mejores condiciones que la residencia en sí. Eché un vistazo adentro a través de una puerta entreabierta, deseando encontrarme con Chijioke o alguien más. Pero estaba sola. Bueno, sola sin contar a los cinco caballos en sus establos. Algunos de ellos voltearon hacia mí con interés, pero las bestias no parecían preocuparse por mi intromisión.

Siempre disfruté de la calidez de los graneros y usé más de uno como refugio cuando escapé de Pitney. Este en particular también se sentía muy acogedor, por lo que corrí entre los establos hacia una cuerda que colgaba del techo cerca de una de las paredes más alejadas. Una arcada abierta permitía el ingreso al depósito y al taller de Chijioke. Una vez junto a la cuerda, la sujeté con fuerza y la jalé para hacer aparecer una escalera del techo.

El henal se encontraba tal y como lo esperaba: vacío, cálido y silencioso. Volví a colocar la escalera en su lugar y me senté sobre un montículo de heno. Solo había dos ventanas allí: una que apuntaba hacia la casa y otra, hacia los campos

traseros. Me dirigí hacia la que tenía mayor entrada de luz para poder leer junto a una vista de inmensas nubes sobre la pradera.

El libro del Sr. Morningside no había recibido un buen trato en la biblioteca. Sus páginas amarillentas estaban dañadas por la humedad y se sentían tan frágiles que parecían que estuvieran a punto de deshacerse entre mis dedos. Con sutileza, abrí la deteriorada cubierta y me encontré con una inscripción en una letra sumamente elegante, una que asumí pertenecía a Morningside.

*Spicer:*

*Será mejor que esto nos deje a mano, bastardo miserable. Sé que te debo mucho por aquel desastre en Hungría, pero esto está fuera de control. Szilvássy nunca fue un gran amigo mío, sino tuyo, pero debo admitir que ambas partes cometimos errores. Debería quedar en el pasado, donde todo inevitablemente queda. Además, no puedes guardar todo ese resentimiento por tanto tiempo.*

*De cualquier manera, si quieres, puedes leer esto, o no, pero no digas que nunca hice nada por ti. Sparrow también podrá encontrar su propia copia; de todas formas, ella me odia.*

*Por siempre contigo (¡Ja!),*

*Henry*

Tuve que leer la inscripción unas tres veces. La segunda, porque resultaba difícil imaginar que el Sr. Morningside admitiera haberse equivocado. La tercera, porque me había llamado la atención la fecha escrita con cuidado debajo de su firma.

*Diciembre de 1799.*

O la fecha estaba mal, o Morningside era mucho más viejo de lo que había imaginado. Un niño de seis años no podría haber escrito un libro completo con una inscripción en su interior. Incluso, pensar en un niño de siete, ocho o nueve años era ridículo. Por lo que sé, una persona necesitaría al menos quince años para poder escribir un tomo de esta longitud y supuesta complejidad, lo cual lo pondría entre los seis y los veinte años. Era imposible. ¡Apenas lucía un día mayor que Lee o que yo!

Pero sus pies hacia atrás también eran algo imposible, al igual que una pequeña niña asesina o libros capaces de seducirte y atraparte, o criaturas sombrías que caminan y hablan. Nada de eso era posible, y aun así...

Y aun así...

Decidí que todo pensamiento racional y real tendría que ser dejado a un lado. El Sr. Morningside podía ser joven, o viejo, o cualquier cosa en el medio. Poppy lo había llamado viejo gruñón. Quizás había encontrado la Fuente de la Juventud o algo más que excedía mi conocimiento. El libro, desde luego, podría darme alguna pista. Por eso, comencé a leerlo. La introducción hablaba del mundo de los viajeros, de embarcaciones y travesías en carreta, de aventuras a caballo que duraban meses, con docenas de referencias a exploradores y crónicas de las que nunca había oído.

Me dijo muy poco. Solo que había viajado por muchos lugares lejanos, aunque todavía no podía entender cómo fue que lo hizo, considerando sus pies inusuales. Eso no era sorprendente, era un hombre joven (o no) que tenía una inmensa fortuna y una gran colección de aves exóticas. Los exploradores del mundo no se parecían en nada a este tipo de personas.

*Capítulo 1: Sobre mi encuentro con una descendiente de las Hadas  
Oscuras y mi pedido apasionado*

Y con eso, comprendí que estaba llegando a algo.

# Capítulo Dieciocho





# Sobre mi encuentro con una descendiente de las Hadas Oscuras y mi pedido apasionado

*La mayoría de mis viajes más recientes a Irlanda me hicieron llegar a una conclusión: las Hadas en general no eligen a sus víctimas al azar y las Hadas Oscuras son mucho más precisas al hacerlo.*

*Mientras me dirigía a Derry, hice una breve parada en la posada de Crosskeys, donde conocí a una joven muchacha, de quizás solo quince años, que se encontraba mendigando afuera bajo la fría lluvia. La invité a cenar conmigo, lo cual fue una enorme sorpresa para ella, pero no aceptó enseguida. Luego de un rato, apareció en la mesa y comió lo que solo puedo describir como una increíble cantidad de pasteles de hígado de pollo. Una vez terminado el angustiante festín y luego de varias pintas de cerveza negra, la invité a que me contara cómo fue que terminó mendigando por esos lugares. Su primera reacción fue vacilar, y eso quizás fue mi culpa; todo esto lo hacía mientras la estudiaba con mucho detenimiento, ya que la joven (a quien podríamos llamar Edna) tenía todos los rasgos que uno esperaría de una descendiente de las Hadas Oscuras.*

*El mismo cabello y ojos negros, la misma palidez en la piel, la pequeña estatura y las mejillas hundidas. Todos estos rasgos los había esbozado cuando me encontré con lo que los irlandeses simplemente llamaban “Sustitutos”.*

*–Mi madre me tuvo muy de joven y sin estar con un hombre –fue la explicación de Edna.*

*–Quieres decir de soltera –le dije intrigado.*

*–Si lo prefieres ver de esa manera –me contestó, visiblemente incómoda.*

*–No te juzgaré –le aclaré. Edna asintió y continuó hablando.*

*–Su familia solía decir que mamá nunca fue la misma desde un día que regresó de lavar la ropa en el río. Del río Bann quiero decir, y sus primos dijeron que se había marchado por dos días enteros solo para enjuagar unas prendas. ¡Dos días enteros! ¡No podía ser cierto! Pero todos los presentes lo juraron y, por mucho tiempo, mamá creyó que solo le estaban jugando una broma. Sin embargo, comenzó a creer mucho más cuando el bebé, quien te habla, nació.*

*Y al decir eso, se detuvo, ya que había comenzado a ponerse sensible.*

*Algunos hombres en la posada nos miraron con algo más que solo curiosidad respetuosa. Más pruebas para mi teoría cada vez más cierta.*

*–Se la llevaron –le dije con tranquilidad–. No es la primera vez que oigo una cosa como esa.*

*Sus ojos se abrieron enormes y asintió, tomándome de la mano con fuerza, seguramente aliviada o agradecida. Al igual que en mis otros encuentros con descendientes de las Hadas Oscuras, luchaba por suprimir una inquietante sensación en el pecho. Aquellos que no están relacionados con las criaturas míticas o mágicas, no comprenderán lo que uno siente cuando el cuerpo detecta, inconscientemente, elementos “oscuros” o pertenecientes al Inframundo. Esto por lo general se lo conoce como “instinto” o “presentimiento”, algo factible de terminar en una sensación de repulsión inmediata, pero uno puede aprender a controlar esta reacción.*

*No salí corriendo, y Edna lo notó.*

*–Eres diferente –me dijo–. Me crees.*

*–Sí, claro que sí, pero debo pedirle que me suelte la mano, señorita, ya que estamos recibiendo algunas miradas de desprecio.*

*Edna cumplió con lo que le pedí, pero su entusiasmo no cesó.*

*–“Maldita Sustituta” –susurró–, así es cómo me llamaban. Es por eso que no tengo familia, ni tampoco un hombre para mí. Las personas por aquí cerca lo saben, pueden sentirlo. Saben que algo está mal en mí, pero no es justo, ¿no lo crees? No hice nada para ser así, y mi pobre madre*

*–La nefasta realidad que todos tenemos que afrontar día a día es que los seres oscuros, diferentes y extraños que existen entre nosotros están enfrentando una especie de exilio. El hombre desea la comodidad por sobre todas las cosas. Comodidad, seguridad Tú naciste de una criatura del Inframundo y una desafortunada mortal, y si una mujer inocente puede ser llevada hacia el corazón del bosque sin que nadie lo note y obligada a concebir un Hada, entonces nadie está cómodo de verdad ni está*

completamente a salvo. Por lo que esa piedra en medio del camino podría venir por ellos, o por sus hermanas o hijos, y eso sería el caos. La ruina. Eres la ruina y el caos para ellos, pero adorable ante mis ojos.

–Entonces, eres muy valiente o demasiado estúpido –dijo, bastante segura–. Caos y ruina. ¿Dónde me deja eso a mí?

–En el medio, querida, donde todas las criaturas mágicas esperan.

Coloqué varias monedas sobre la mesa para pagar la comida y le entregué a Edna todo el dinero que tenía de sobra. Volvió a sujetarme la mano, impidiendo que me levantara de la mesa.

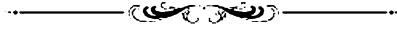
–¿Esperan? –preguntó–. ¿Qué esperan?

No le respondí en ese momento, y dudo poder hacerlo ahora. Desde hacía mucho tiempo que sospechaba que el creciente número de los llamados Sustrutitos entre nosotros era un indicio de la aceleración. Creo que avanzamos rápidamente hacia una renovación del mundo; la extensa proliferación de las criaturas mágicas y del Inframundo no solo es un indicio de ello, sino también sentencia con firmeza a los gritos: “Todo lo que fue creado en la oscuridad para servirle al mal al fin ascenderá, ¡al fin!”.

Es el profundo repiqueteo de un tambor lo que nos guía en esta época que nosotros, humildes exploradores e historiadores, solo podíamos imaginar en sueños. Apocalipsis, dirían algunos, pero discrepo. Ciertos colegas menos comprometidos llegan a la conclusión de que todo llegará a un final, es decir, la extinción. Pero es una completa tontería. Estas criaturas, estas personas, no son malas hierbas que se deben quitar y arrojar a un lado. Han sido cazadas, quemadas y exiliadas durante milenios. ¿Quiénes somos nosotros para negarles el ascenso?

¿Acaso Edna no merece un nuevo hogar y familia? ¿Solo está destinada a mendigar hasta la muerte en la puerta de aquellos que la rechazan y odian, y quienes la ignoran al verla arrastrándose en el lodo? ¿Todo por un poco de comodidad?

*Queridos hombres y mujeres de esta curiosa profesión, los invito en este primer capítulo y en todos los subsiguientes a que escuchen esto, a medida que llego a una hipótesis, y vean a estas criaturas (estos Sustitutos y redentores de las sombras y hadas lloronas y todo eso) no como curiosidades para ser estudiadas, sino como personas que necesitan comprensión.*



mente no lo podía creer, llena de intrigantes, ardientes y horribles preguntas. Pero aun así, pude dormir. Nunca había comenzado a soñar tan rápido como esa noche en el granero, sumamente inmersa en un recuerdo vívido de mi pueblo natal.

Waterford era un lugar de maravillas para mí, de magia, de viejos castillos en ruinas y casas con colores brillantes a la ribera de un río sinuoso. El lugar estaba repleto de hermosas casas decoradas con cristales Waterford brillantes, hogares en los que hasta una princesa viviría, hogares que yo nunca podría tener. Nuestra casa era una simple choza alejada de toda esa particular belleza irlandesa. En mi sueño era de noche y, desde lo alto del porche sobre una colina polvorienta, podía ver los botes moverse río abajo.

Era una niña otra vez, de no más de cinco años, y llevaba puesto un vestido pequeño que mi madre había enmendado muy discretamente y que antes podría haber sido un paño de cocina lleno de agujeros y con las costuras estiradas y desgastadas. En una de las manos llevaba mi muñeca favorita, un objeto rudimentario parecido a una efigie, hecha de tan solo unos palitos y paja envuelta en algunos trozos de un saco de patatas. En la otra mano, llevaba un trozo de madera que había tomado de la carnicería del pueblo. Solo que no era un viejo palo desagradable para mí, sino una espada con la cual combatía a los piratas.

Y, por supuesto, Maggie, mi amiga imaginaria, mi mejor amiga. Maggie. Mary. Eran lo mismo incluso en el sueño. Quizás, aún más parecidas. Su cabello estaba igual que el mío, sucio y descuidado, y con algunos restos de paja y hierbas entre sus mechas. Nuestras espadas chocaron y comenzamos a correr riendo por los alrededores de la casa. Mamá nos llamaba desde adentro, pero la ignorábamos. Estábamos en medio de una gran aventura en altamar. Éramos imparables.

En una ocasión, bajé la espada con fuerza y golpeé su muñeca, lo que hizo que comenzara a llorar, por lo que me acerqué a ella y le pedí disculpas una y otra vez. *Lo siento, Mary, lo siento, te necesito. Eres mi mejor y única amiga.*

Dejó de llorar y comenzó a reír despacito otra vez, dejando de lado el error. Desde ese momento es que somos mejores amigas; no en el sueño, sino en la vida real, cuando tenía cinco años. Fue también por ese entonces que papá se marchó furioso de nuestras vidas, dispuesto a tener otra familia. Seguramente, tenía algunos hermanastros dispersos por toda Irlanda. Todo esto ocurrió en una época en la que se gritaban noche y día, razón por la cual comencé a esconderme dentro del aparador, para intentar escapar de las peleas, tapándome los oídos con las manos con tanta fuerza que dolía.

*¡La pequeña bestia no es mía!*

*¡Ella también es tuya, Malachy Ditton, tiene tu demonio en su interior! ¡Tus ojos!*

*¡No tiene mis ojos, bruja! ¡Tiene los ojos del Infierno! ¡No me toques con esa escoba, tú fuiste quien se marchó y engendró un demonio!*

Incluso por más que supieran que yo estaba escondida en la despensa llorando y oyendo todo, no se detenían. Cuando él se marchó, mamá dijo que la bebida lo había hecho decir todas esas cosas. Pero yo estaba segura de que algo de verdad había en todo eso, y muy dentro de mí, donde los secretos se esconden para pudrirse, lo podía sentir. *Ojos del Infierno.* Mis ojos siempre fueron extraños y oscuros, muy diferentes a los del resto de los niños. Sentada en la despensa, deseaba tener un amigo a quien no le importara, alguien que no me golpeará en el

patio de la escuela por mi apariencia y forma de ser.

Mary me salvó. No, Maggie. Ella era Maggie. Ya no importaba. Corríamos persiguiéndonos alrededor de la casa y, en ese momento, era feliz. A ella no le importaba que mis ojos fueran oscuros o que mi madre fuera extraña.

Y así pasó el tiempo, entre risas y juegos con espadas de madera golpeando nuestros hombros. Pero un día, ella se marchó del pueblo y se adentró en el bosque, hacia la parte de la caleta adonde se suponía que nunca tendría que ir. Sin embargo, la seguí por detrás. Odiaba escuchar todas esas supersticiones que mi madre me contaba. Sus historias eran maravillosas pero imposibles de creer. Decía que hadas y demonios de todo tipo habitaban el bosque. Pero no había otra cosa más que arbustos, hierbas y árboles, nada aterrador más que un conejo dispuesto a asustarte.

Seguí a Mary hacia el bosque sobre la colina y me quedé sin aliento al hacerlo, pero disfrutando cada segundo de ello. Mamá seguramente me regañaría cuando viera lo sucios que se encontraban mis pies. Pero no importaba. Corrí tras ella, tratando de alcanzarla con mis pequeñas piernas y haciendo un gran esfuerzo. Una vez en la cima, nos detuvimos por un momento, asombradas y fascinadas ante el dulce anillo de hadas que se había formado alrededor de una especie de poza de agua natural. Levanté una piedra y la arrojé en su interior, riendo.

–¿Qué tal si hay un espíritu de agua allí dentro? –pregunté.

De pronto, ya era de noche. El sueño ya no se sentía divertido. Mary estaba allí, pero se la veía triste. Se sentó a un lado del anillo de hadas y movió su cabeza en señal de negación.

–No deberías arrojar rocas. Esa puede ser la casa de alguien.

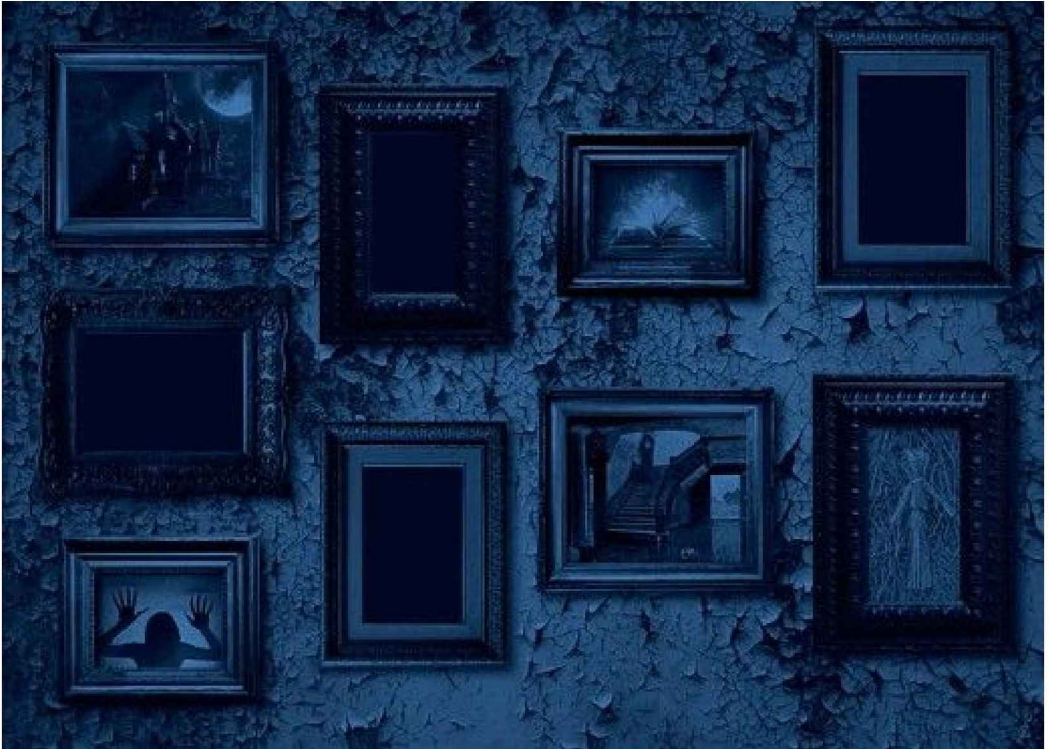
Era ridículo. ¿Qué otra cosa más que un pez o una rana podría vivir allí? Arrojé otra piedra, pero esa vez no se escuchó el ruido al caer al agua. Alguien la había atrapado. Alguien enojado. Una figura verde grisácea emergió de la poza con el rostro y los hombros recubiertos por una sustancia viscosa. Estaba desnuda, pero lo único que podía ver eran unos enormes ojos plateados.

–Pequeña niña arrogante –susurró, levantándose cada vez más alto hasta encontrarse casi sobre nosotras. De pronto, me encontré gritando–. Has perturbado el agua, por lo que tendré que llevar a ella de regreso a su hogar. Me pertenece de nuevo, pequeña niña arrogante, y tú te quedarás sola. Sola... sola...

La cosa sujetó a Mary del cabello y la jaló hacia su lado, arrastrándola hacia adentro del agua, hacia las profundidades, sus pequeñas piernas pataleaban con inquietud, salpicando el agua sucia en mi rostro. Me derrumbé al borde de la poza para intentar sujetarla pero... Pero ya había desaparecido. Me quedé anonadada mirando la superficie; solo veía el reflejo de mi rostro y de las estrellas.

Su voz sonó desde las profundidades, muy a lo lejos.

*No llores, Louisa, solo estoy yendo a casa.*





# Capítulo Diecinueve

Los primeros truenos de la noche me despertaron del sueño. Un estruendo, y luego otro. La imparable furia de la naturaleza azotaba el granero. Apenas me levanté del montículo de heno, el libro sobre mi pecho cayó al suelo a la par del sonido de la inmensa tormenta en el cielo. En mis sueños había visto mucha oscuridad, algunos entes desconcertantes y escuchado a alguien llorando en la distancia, oculto entre la cortina de niebla que me resultaba imposible atravesar con la mirada. En el sueño, era la voz de mi madre la que me llamaba, suplicándome algo, pero las palabras dejaron de sonar como historias de ensueño y comenzaron a sonar de verdad en mis oídos.

Fuertes vientos golpeaban las paredes del granero, y debajo escuchaba la inquietud de los caballos asustados. Podía sentir los truenos resonar dentro de mis huesos; provocaban que mis manos temblaran mientras intentaba sujetar el libro. Había caído abierto sobre la última página que había leído justo antes de dormirme. Página 98: “El eterno misterio de la Orden Perdida”.

La Orden Perdida tendría que esperar. Afuera, justo entre las fuertes ráfagas de viento y los truenos, podía oír unas voces. No tenía sentido, a menos que Chijioke se encontrara juntando sus herramientas de jardinería antes de que la tormenta empeorara. Pero no era su voz la que se quejaba entre los destellantes rayos, y me parecía muy tarde como para que estuviera ordenando sus herramientas. Al asomarme por la ventana, vi la luna en su punto más alto, brillando por detrás de las nubes tormentosas. Medianoche.

Al principio, pensé que quizás era una persona que se había extraviado y se había acercado a la propiedad en busca de ayuda. Pero cuando me dirigí hacia la ventana del otro extremo y apoyé el rostro sobre el frío vidrio, pude ver una figura solitaria con los brazos extendidos en el trayecto desde la residencia hasta los

jardines traseros. Era una mujer de complexión delgada y con manos pequeñas, y parecía no importarle en lo absoluto el temporal que se estaba desatando a su alrededor.

Sus palabras llegaban hasta el granero, pero resultaba imposible comprender algo de su significado. Sin más, tomé el libro del Sr. Morningside y lo escondí otra vez entre los pliegues de mi falda. Bajé del henal con suavidad y comencé a caminar apresurada entre los inquietos caballos. Allí estaba de nuevo mi maldita curiosidad. Podría regresar al henal y esperar a que pasara la tormenta durmiendo, pero no, en cambio, estaba abriendo las puertas del granero para adentrarme en los salvajes vientos, cubriéndome el rostro con las manos para evitar que alguna pequeña partícula de polvo entrara en mis ojos. Se sentía como si todo el peso del cielo hubiera caído justo sobre mí, mucho más que solo la tormenta, mucho más que solo el frío aire y los truenos.

Tambaleándome, caminé hacia afuera y me tropecé con uno de los tantos hoyos en el suelo. Desparramada en el césped, con las palmas mojadas y enlodadas, levanté la mirada hacia la tormenta, me apoyé en mis rodillas y me puse de pie, y al instante, comencé a acercarme con dificultad hacia la figura en el claro. ¿Quién era esta persona que no parecía importarle la furia del cielo y se encontraba parada firmemente con los brazos extendidos sin temor? Se sentía privado, como si me estuviera entrometiendo en su conversación íntima con las nubes. Su voz comenzó a sonar cada vez más fuerte y pude comprender que se trataba de una especie de cántico, cuyos fragmentos llegaban hasta mí entre las frías ráfagas de viento.

*Furain an t-aoigh a thig, greas an t-aoigh tha falbh.*

Era Mary. El viento había corrido la túnica que recubría su rostro, lo que provocaba que su cabello castaño y ondulado se sacudiera al viento como un arbusto salvaje, encuadrando su pálido rostro. En ese momento, las pecas alrededor de su nariz lucían más como una mancha de sangre. Reconocí que estaba hablando en gaélico, pero no pude comprender el significado de las palabras. Aun así, esa rareza no opacó la belleza inolvidable de su voz. Una

canción de cuna y un canto de guerra, todo a la vez. El refrán volvió a sonar, pero más fuerte esta vez, ya que me estaba acercando hacia ella a medida que la canción alcanzaba su *crescendo*.

*Furain an t-aoigh a thig, greas an t-aoigh tha falbh<sup>1</sup>.*

La lluvia no era una simple llovizna, sino un completo aguacero. Al notar que había quedado empapada en un instante, envolví el libro con mucho más cuidado debajo de mi falda, desesperada por protegerlo de la intensa lluvia. Un relámpago iluminó por completo la mansión y me cegó por varios segundos. Cuando recuperé la visión, tambaleando y jadeando un poco, el hotel se iluminó como si estuviera bajo la plena luz del día. En las ventanas, pude ver algunas sombras, cuyas siluetas acechantes parpadeaban en cada uno de los pisos, enormes y deseosas en todas direcciones.

La voz de Mary se abrió paso hacia mí a medida que me adentraba en la tormenta. De pronto, me quedé perpleja al notar que la lluvia no caía donde ella estaba parada, ni siquiera una gota de agua mojaba su túnica. Era como si una luz del cielo la estuviera protegiendo y manteniendo seca y a salvo.

Tropecé con uno de los hoyos y maldije, lo cual la hizo voltear hacia mí. Nunca podría haber imaginado una expresión tan poco amable en su rostro, pero se tranquilizó ni bien me reconoció. Bajó una de sus manos y la extendió para alcanzarme, haciendo algunos gestos... Logré recuperar el equilibrio y caminé con gran dificultad por el lodo, hasta que pude sujetarla de la mano mientras el escudo de fuerza a su alrededor continuaba impidiendo que la lluvia entrara.

–No me sueltes –susurró–. No me sueltes, Louisa, todo saldrá bien.

Pero me exalté, sorprendida por otro destello de luz en el cielo. Las sombras se encontraban en cada una de las ventanas y se me ocurrió pensar que tal vez no estaban haciendo nada adentro, sino que solo estaban mirando hacia afuera. A Mary. A *nosotras*.

Y luego, lo recordé. Esa noche se suponía que sería la noche de la muerte de la Sra. Eames.

Mary me sujetó la mano con más fuerza justo en el momento en que un grito irrumpió dentro de la residencia. No, no fue *un* solo grito, sino dos, aunque sonaron a la par. Uno era real y crudo, mucho más presente que el otro, el cual sonaba extrañamente apagado, como si de pronto me encontrara bajo el agua y el líquido aún estuviera embriagando mis sentidos, provocando que todo fuera borroso.

Me hizo sobresaltar y sentir un dolor de cabeza que iba y venía, sin poder comprender la razón del dolor.

Al detenerse los dos gritos, el viento resopló con más fuerza, por lo que me acurruqué bien cerca de Mary, por miedo de que algo nos levantara en el aire y estampara contra las paredes. Pero la lluvia cesó, y con ella el viento, y si bien estaba temblando a causa del frío húmedo, la lluvia ya no era un peligro para nosotras.

Mary volvió a presionar mi mano y su dulce rostro familiar sonrió tímidamente.

–¿Qué fue eso? –susurré, casi sin aliento.

–Solo un poco de protección –me contestó, como si fuera lo más normal del mundo–. El grito de Poppy podría matarnos a todos, pequeña diablilla. Nunca aprendió a controlarlo.

–Eso significa que la Sra. Eames está muerta –fue mucho menos violento de lo que esperaba. Mucho menos emotivo. No estaba segura de si creía esas historias sobre ella, pero sí sabía que no había nada más para hacer.

–Ah, sí –confirmó Mary, tomándome del brazo. Me guio con sutileza de regreso hacia la residencia–. Pero fue bastante rápido.

Sin sufrimiento más que el que ya carcomía su corazón.

–No –retiré el brazo de sus manos con un movimiento desesperado–. No regresaré allí.

–Pero no puedes dormir aquí –me dijo, frunciendo el ceño–. Morirías.

Haciendo una mueca, le señalé el granero con la cabeza.

–El granero está lo suficientemente cálido. Esas sombras... No podré dormir

tranquila sabiendo que están allí merodeando.

–Lleva algo de tiempo acostumbrarse –admitió–. ¿Al menos puedo llevarte el té por la mañana? Tienes que comer en algún momento, lo sabes.

Se la veía tan triste, tan... ofendida. Aunque supuse que, de cierto modo, tenía sentido. La estaba rechazando, al igual que al resto de las personas que vivían en esa casa de locos. Al disminuir el viento, su túnica se quedó quieta, haciendo que se viera más ajustada a su cuerpo, por lo que la tomó con sus manos a la espera de mi respuesta.

No podía encontrar sus cálidos ojos verdes. Ojos verdes que me habían acompañado por años durante mi niñez, ojos que habían brillado al escuchar mis bromas o que se habían llenado de lágrimas siempre que me veían llorar. Pero ella no era Maggie, ella era Mary, y Mary acababa de ayudar a una pequeña niña a matar a alguien. No me dejaría engañar, incluso aunque sus ojos dijeran “Confía en mí”; o si su sonrisa sentenciara “No tengo malas intenciones”.

–Puedo arreglármelas sola –le dije, volteando hacia el granero–. No necesito de tu ayuda, y tampoco la quiero.

1. N. del T.: “Agasaja a los huéspedes, acelera su partida”. Proverbio gaélico que transmite el sentido de que una persona le da la bienvenida a todo aquel que quiera estar en su casa, pero con la condición de que no se aproveche y permanezca por mucho más tiempo del debido, por lo cual, se “incita” a acelerar la despedida.

# Capítulo Veinte



## Ainsprid Choimhdeachta: ¿Angeles o Demonios guardianes? Una travesía

*Durante la primavera de 1798, llevé unos regalos a la caleta Kilmurrin Cove, al haber escuchado un rumor sobre un manantial sagrado de las Hadas Oscuras. También está el muy conocido Pozo Sagrado, el cual es bastante fácil de encontrar, pero este manantial en particular era uno de los secretos mejores guardados de Waterford. Mencionar este manantial secreto en las posadas y tabernas solo atraía rechazos y miradas de desagrado, al igual que precios muy elevados. Los locales no querían este tipo de preguntas y, por lo tanto, tampoco querían mi presencia.*

*Era una noche muy calurosa para esa época del año y, ni bien terminé de realizar mi campaña fallida de preguntas en la taberna, un joven se acercó justo cuando estaba por marcharme. Era de una complexión fornida y de rostro redondo, con cabello rojizo y una enorme sonrisa en su rostro. El nombre que me dio, Alec, seguramente no era suyo de verdad.*

*–Si lo que buscas un manantial es, conozco uno que satisfaría hasta a un rey –por más encantadora que había sonado su rima, no me encontraba de humor como para jugarretas. Pero sí logró encender mi interés, considerando que nadie más en ese pueblo irlandés parecía estar dispuesto a contestar alguna de mis preguntas. Por eso, lo complací al responderle de la misma manera.*

*–Si conoces el lugar, te pagaré por tu ayuda sin dudar; vamos, amigo mío, al lugar en donde oscuros secretos burbujan sin parar.*

*–Sí, hacia el manantial iremos, pero no sin antes rendir un tributo. Las Hadas son codiciosas, como tú y yo ya sabemos.*

*El muchacho pelirrojo comenzó a caminar por un camino sinuoso hacia el pueblo oculto entre las sombras, evitando entrar en callejones repletos de gatos y perros. El humo de la madera impregnaba el aire veraniego y el aroma de los brezos en los valles aledaños te hacía creer que se trataba de un día brillante y caluroso. Alec debía haber estado caminando por veinte minutos conmigo cuando comenzamos a acercarnos a las afueras de Waterford y a la caleta. El aire del puerto arrastraba consigo el olor a pescado, algo que provocó que arrugara la nariz a causa del fuerte hedor que impregnaba el ambiente. Allí, el viento soplaba mucho más fuerte, por lo que respiré hondo para llenar los pulmones con aire fresco proveniente de la ribera del río.*

*Caminamos a toda prisa por el borde de la caleta, a un lado del enorme acantilado que te haría sentir vértigo de solo caminar por allí. Un paso en falso llevaría a cualquier hombre a una muerte segura contra las rocas afiladas que esperaban abajo. Alec se movía con mucha destreza y, en mi mente, de una forma poco natural, algo que me hizo saber con más certeza*



*hacia dónde nos dirigíamos. Nos encaminamos tierra adentro por alrededor de diez kilómetros hacia un lugar en donde la hierba se sentía más suave y las piedras se erguían en una especie de círculo desalineado. Ese era el manantial; el agua burbujeaba cerca y un curioso anillo de hongos limpios crecía a su alrededor.*

*–El manantial allí está, pero el precio tendrás que pagar. Ya que tú, extraño, un acertijo deberás resolver y un objeto, entregar.*

*Asentí y le pedí que continuemos. La sonrisa de Alec resplandeció bajo las estrellas. Los hongos dispersos en los alrededores del manantial tenían un color rojizo brillante con puntos en sus partes superiores, como si les hubieran esparcido polvo de diamantes.*

*–Nuestros dedos tienen un sombrero, parecido a una colmena. Te protege piel y hueso, para que no sientas tristeza –se comenzó a reír a carcajadas, llevando su cabeza hacia atrás–. ¿Qué soy? –era un acertijo simple, uno que pude resolver lo suficientemente rápido.*

*–Un dedal –a juzgar por la expresión en su rostro, Alec lucía desilusionado por mi pronta respuesta. Pero luego, volvió a sonreír y juntó sus dos manos y señaló hacia el bolsillo derecho de mi chaqueta.*

*–La respuesta está allí dentro; ahora lánzalo al manantial. Quién sabe qué clase de bendiciones nos traerá ese dedal*

*Metí la mano en mi bolsillo y, como era de esperar, la cerré sobre un pequeño y frío dedal. El manantial burbujeaba con mayor intensidad a medida que me colocaba en posición y bajaba la mirada hacia el agua agitada, preguntándome qué ocurriría si hacía lo que el extraño joven decía. Pero, de todas formas, lo hice, cerré los ojos y arrojé el dedal al manantial.*

*Para cuando los abrí, noté que Alec había desaparecido.*

*Así fue cómo encontré el Manantial del Ainsprid Choimhdeachta, o también conocido como el Manantial del Demonio Guardián. Las palabras difuminadas se encontraban talladas sobre una roca a un lado del manantial. Había oído*

*algunas historias de estos seres antes, espíritus guardianes con forma de mujer que se pueden invocar para realizar todo tipo de hechizos, solicitar la protección de los espíritus y humanos, entre otras habilidades. Aún más curioso era que se decía que estos seres podían ser invocados por medio de pensamientos oscuros u oraciones, lo cual hacía pensar a los demonólogos que no eran ángeles guardianes, sino más bien una especie de seres malditos, algo con lo que debería cargar por el resto de su vida quien los invocaba. Aún debo encontrar evidencia sobre dicha maldición, por lo que participé en el juego de Alec con la esperanza de crear un Choimhdeachta para mí mismo.*

*Diablos, ningún tipo de deseo, oración o maldición crearía un espíritu. Ya sea que la leyenda estaba mal o un alma que necesitaba mucha ayuda logró encontrar la salida justo frente a mis narices. De todas formas, sí logré sentir una enorme cantidad de la energía proveniente de las Hadas en los alrededores del manantial; me llenó de temor y asombro, por lo que me tuve que sentar a un lado del agua y del anillo de hadas por un largo rato, esperando poder ver a los espíritus invisibles bailando alrededor de mí en plena oscuridad.*

*La colección de extraños mitos y leyendas  
de H. I. Morningside, página 210.*

**E**n toda mi vida, solo había visto a una persona muerta. Cuando mi madre y yo aún vivíamos en Dublín, observamos cómo sacaban a un hombre del río Liffey un día de mercado. Estaba completamente pálido e hinchado, recubierto con algunas plantas y lodo, nada parecido al cuerpo que estaba buscando en la residencia. Nada parecido a la bella Sra. Eames quien, con su cabeza sobre el tocador, podría haber parecido que dormía. Aún tenía la mano aferrada a su rosario, pero la esmeralda en su mano ya no brillaba, solo reflejaba las sombras de su cuerpo sin vida.

Un poco de sangre salía de su oído y se deslizaba por su mejilla, bordeando esos ojos que me miraban con muda sorpresa.

Me quedé de pie junto a la puerta mirando hacia el interior de la habitación: mirándola a ella, los baúles repletos de lujosos vestidos, sus zapatos alineados con cuidado a un lado de su tocador, los adornos de encaje en su camión, toda la vestimenta de quien alguna vez estuvo con vida, y una horrible sensación se apoderó de mi garganta. La habitación estaba impregnada con un aroma a rosas secas, tan dulce que me hacía recordar la putrefacción.

Si bien ya era el mediodía del día siguiente, nadie la había encontrado aún. Yo solo había entrado a la residencia para buscar algo para desayunar, pero luego me encontré subiendo las escaleras, preguntándome si todo lo que había ocurrido era real; si de verdad la Sra. Eames estaba muerta, asesinada por una niña y su agradable cómplice, Mary. Quizás también quería ver si había alguna habitación abierta o baratijas para robar, pero ese ya no era mi objetivo principal. Allí me encontraba, el sabor del pan tostado deshaciéndose en mi lengua seca. Todo era verdad. Su puerta estaba un poco entreabierta y, cuando me asomé para ver adentro, me congelé ante una imagen que parecía haber sido dejada allí a propósito para que yo la encontrara.

Quizás, pensar eso era egoísta. Tal vez, la respuesta era mucho más simple: esto no era un incidente de mucha urgencia o rareza. Si ella había sido la primera huésped asesinada en la propiedad, entonces habría algo de conmoción, pero con esta paz, este silencio, se sentía como si hubiera sido otro día más de trabajo en la Coldthistle House.

Aun así, para mí no era simplemente otro día más. Entré a la habitación con mucho cuidado, alerta de que mi mera presencia fuera sospechosa para ojos ajenos, y vi algo debajo de su cabeza en el tocador. Un tintero yacía abierto a su lado y la pluma había quedado atrapada entre los dobleces de su falda. El pergamino debajo de su mejilla se encontraba todo manchado. No me animaba a tocarlo, pero aguanté la respiración al inclinarme sobre ella y revisé la carta con

una expresión de disgusto...

*Mi querido Enzo:*

*Los hombres aquí son increíblemente ingenuos (morbido como pane caldo), uno o dos pronto vaciarán sus bolsillos por nosotros. Solo me quedaré aquí hasta que sus corazones estén completamente atrapados. Espérame en San Gimignano, conoces el lugar, yo*

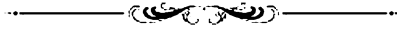
Terminaba así, abruptamente, con una enorme mancha de tinta.

Dios mío, era verdad. Todo lo que el Sr. Morningside había dicho sobre ella y todo lo que planeaba hacer. Todo era verdad.

Mi malestar se transformó en náuseas. Debía hacer algo, pero ¿qué? Volteé y salí rápidamente de la habitación, chocándome con George Bremerton.

Ya había internalizado todo, podía verlo en la expresión pálida de conmoción en su rostro.

–Ayuda –murmuré, mirándolo a los ojos, sintiéndome igual de pálida pero no tan conmocionada–. Algo horrible acaba de ocurrir.



Varios minutos más tarde, me encontré sentada mirando la pared de la Habitación Roja mientras un hombre que no conocía me tomaba el pulso.

Estaba atrapada entre esos dos grupos (el de los huéspedes ricos que se quedaron en la residencia y el de las extrañas criaturas listas para aniquilarlos) sin pertenecer a ninguno. El antiguo reloj ubicado en la pared más alejada hacía *tic-tac, tic-tac*, marcando el paso de los atroces segundos. Escuchar eso era mejor que cualquier otra cosa: el Coronel Mayweather se paseaba por la alfombra, dando un interminable discurso con las manos en la cintura mientras enumeraba los horrores no solo de la muerte de la viuda, sino de mi supuesta participación en ella.

Verán, George Bremerton no se quedó callado luego de haberme encontrado en

la habitación de la difunta, razón por la cual dos hombres mayores y uno un poco más joven me miraban como si en cualquier momento me estuviera por crecer una segunda cabeza y tratara de devorarlos a todos.

El doctor me sostenía la muñeca con mucha firmeza pero, aun así, no lograba detener el temblor en mis manos a medida que el sonido del reloj sonaba cada vez más y más fuerte en mi cabeza, hasta convertirse en lo único que podía oír.

–Yo digo que es sospechoso ¡Completamente sospechoso! Si estuviéramos en la India, puedo decirles lo que haría, oh sí, se enterarían de cómo nos encargamos de estas cosas en la milicia.

No. El reloj dejó de ser la única molestia.

–La muchacha está asustada –dijo el hombre que sostenía mi mano. Su voz era suave y melodiosa, una que obviamente utilizaba para lograr un efecto tranquilizador en sus pacientes nerviosos. Dr. Rory Merriman, ese era su nombre. Me acordé de él cuando se presentó, justo antes de sentarse a tomarme el pulso. Todo lo que había transcurrido desde el momento en el que encontré el cuerpo de la Sra. Eames y ese instante se veía completamente borroso. Solo recordaba algunas discusiones, griterío, acusaciones en todas direcciones, aunque la mayoría estaban dirigidas a mí–. Solo la pondrá aún más nerviosa.

Al escuchar lo que dijo el doctor, el Coronel Mayweather golpeó el diván expresando indignación.

–Está justificado, ¿eso es lo que dice? ¡La atraparon en la habitación de la pobre Cosima! ¡Prácticamente... prácticamente observándola con malas intenciones!

–Por lo que puedo recordar, el Sr. Bremerton no dijo nada de eso –lo corrigió el doctor.

–¡Oh, no! Cosima, ¿cierto? –en ese momento, George Bremerton se levantó de golpe, con los brazos cruzados–. Éramos muy allegados a la difunta, ¿no es así? No tenía idea de que ustedes dos también fueran tan cercanos, Coronel.

De pronto, los dos hombres comenzaron a gritar, moviéndose de la forma más ridícula posible, con amenazas y desafíos sonando entre ambas partes sin prestarle

atención al otro. Oí al doctor suspirar al soltar mi muñeca. Era un hombre muy joven como para ser médico, con cabello negro algo canoso en los lados, sobre un rostro cuadrado sin nada en especial y un pequeño bigote sobre sus delgados labios. Su complexión me hizo pensar que era español, o quizás de algún lugar de Sudamérica. Cuando era chico, al parecer tuvo viruela, a juzgar por las marcas y cicatrices que tenía sobre la piel.

–Estos dos –balbuceó, levantando los ojos detrás de sus gruesos lentes–. Si pudieran despertar a la muerta con la fuerza de sus argumentos...

–Me parece muy descortés que peleen por una mujer que no puede defenderse por sí sola –le contesté. Eso hizo que se riera entre dientes y se acercara hacia mí, estudiándome. Fue entonces cuando noté que su mano se encontraba sobre mi pierna, presionada con bastante fuerza como para ser de casualidad. Volteé pero no había ningún lugar para ir en este pequeño sofá, por lo que agregué débilmente–: No es mi culpa. Yo solo la encontré en ese estado.

–Por días, se estuvo quejando de sus dolores de cabeza –comentó–. No estaría sorprendido si simplemente se encontraba enferma con algún tipo de padecimiento desconocido del cerebro. Incluso las aguas curativas no pueden hacer nada para curar esas cosas.

*Como la avaricia, por ejemplo, o la maldad.*

–Entonces ¿hablará en mi defensa? –pregunté, aunque realmente no haría ninguna diferencia. ¿Con quién me denunciarían? ¿El amo de la residencia? Ni siquiera podría entregarme a las autoridades porque sabía que el asesinato recaería sobre sus hombros. Pero sí podrían revisar mi habitación y encontrar los libros robados que había escondido debajo de la cama. Entonces así descubrirían que tenía intenciones de robar. ¿Qué podría hacerle el Sr. Morningside a una persona que trataba de tomar cosas de su preciada colección sin permiso?

–Con mucho gusto, ni bien estos dos tontos se tranquilicen.

Me esbozó una sonrisa, bastante entusiasmada, demasiado para mi gusto. Su mano seguía apoyada sobre mi pierna y su calor me hacía sentir enferma. Nunca

nadie me había tocado de esta manera y, si bien por lo general confiaba en los médicos, este me hizo recordar que quizás había alguna razón por la que era un huésped en aquel lugar. ¿Qué había hecho para estar en esta maldita mansión? Me quedé mirándolo y comenzó a estremecerse, tomando gran interés por los patrones de los tapetes. ¿Qué había en su interior? Si lo miraba con detenimiento, ¿podría ver cuáles eran las marcas oscuras que teñían su personalidad?

La furiosa discusión que ocurría a nuestro lado de pronto llegó a su punto máximo, y el Dr. Merriman se levantó a toda prisa del sofá, entrometiéndose entre los dos hombres, quienes comenzaban a olvidar todo tipo de respeto hacia la viuda. No me sorprendería en lo más mínimo si la tarde terminaba con un duelo.

Aún con los tres hombres insultándose sin razón aparente, respiré hondo mientras los miraba, y enseguida entró Lee a toda prisa por la puerta, junto a la Sra. Haylam no muy lejos de él, con el té. Lee los miró rápidamente sin mucha importancia y se acercó al sofá en el que me encontraba. Lucía igual de pálido y cansado que yo. No necesitaba ningún espejo para saber que nos habíamos convertido en el mero reflejo del miedo que habitaba en nuestro interior.

—¿Te encuentras bien? —susurró, buscando mi rostro—. ¿Tú... tú fuiste quien la encontró?

—Todo ocurrió como dije —le contesté, poniéndole el mismo énfasis a cada palabra.

Inmediatamente, comprendió a qué me refería.

—Es espantosamente horrible, horrible —murmuró, perdiendo los últimos rastros de color en su rostro. Sus ojos deambularon entre los hombres que estaban peleando, pero no los miró a ellos realmente. Se quedó mirando por detrás de ellos, pensativo, al igual que yo. ¿Qué se suponía que debíamos hacer ahora que la advertencia que le había dado se había tornado realidad?

—¡Caballeros, debo insistir en que detengan esta barbarie de una vez por todas! —dijo la Sra. Haylam con severidad. Era una voz de maestra, de madre, con un tono

suave pero firme que provocó que todos los hombres se detuvieran como si fueran niños traviesos—. Aquí tienen el té, ¿sí? Tómenlo. Siéntense. Ha habido demasiada amargura en este hotel para una mañana.

Los hombres se dispersaron y se acomodaron en asientos separados, declarándolos como propios.

—Entonces —agregó, revisando la habitación y, finalmente, mirándome a mí. Obviamente, no se le pasó por alto la cercanía en la estábamos sentados Lee y yo. Su dura expresión solo se tornó mucho más tensa. Había olvidado el poder de una penetrante mirada. Por un momento, me recordó a la anciana que me encontré en Malton y, por la forma en que me miraba en ese momento, podía ver que ese espíritu volvía a aparecer dentro de ella. Solo había cambiado su vestimenta y peinado, pero nada podría enmascarar su naturaleza por completo—, decían que mi joven sirvienta fue la primera en presenciar la tragedia, ¿es correcto?

Los hombres comenzaron a hablar efusivamente, pero ella solo me miró a mí para confirmarlo y asentí.

—En ese sentido —agregó la Sra. Haylam, juntando las manos mientras se acercaba—, debo pedirle que venga conmigo y enviarle un informe al amo de la residencia. Él tratará el asunto personalmente con la policía local. Y, si no es mucha molestia, ¿podría usted, Dr. Merriman, examinar el cuerpo y confeccionar un reporte oficial de lo que encontró? Nos sería de mucha ayuda para poder enfrentar las dificultades de una manera más sencilla.

El doctor se puso de pie y sacudió su traje sobrio y simple. Estaba respirando hondo, a punto de aceptar la propuesta, cuando el Coronel Mayweather lo interrumpió como una comadreja saltando de su madriguera.

—Un momento —sentenció, doblando la punta de su bigote en un movimiento circular perfecto—. ¡No puede ser que espere que nos quedemos con los brazos cruzados mientras esta muchacha no recibe ningún tipo de castigo! No solo creo que es lo que deberíamos hacer, sino que sería mucho más lógico interrogarla exhaustivamente. ¡Muy exhaustivamente! ¿Por qué llegó primera a la recámara de



la Sra. Eames? ¿Por qué no buscó ayuda? El Sr. Bremerton dice haber encontrado a la mocosa con una actitud *sospechosa* y, de una vez por todas, alguien me explicará ese extraño comportamiento.

–Estoy de acuerdo –irrumpió en la conversación el Sr. Bremerton. Tenía apoyado un codo sobre su rodilla, señalándome con uno de sus dedos temblorosos–. ¿Por qué esperar a que las autoridades se encarguen del interrogatorio? Es inconcebible estar un segundo más en este lugar sabiendo que hay un asesino acechando en los corredores.

No podía sentir las manos. Se habían entumecido con la fría sensación del miedo. ¿Qué podría decir? ¿Que no estaban en peligro? Era una mentira, y como no tenían nada que temer de mí, sabía que incluso en ese momento la maquinaria de sus propias muertes era algo que ya había entrado en funcionamiento. Mentirles a estos hombres no me molestaba, pero en ese momento, confundida y asustada, no podía gesticular ni una simple palabra en mi defensa.

–No se encontró ningún tipo de arma en la habitación –señaló el doctor con sensatez, mientras se abrochaba y desabrochaba el traje–. Y, de nuevo, les recuerdo que la mujer se quejaba por unos dolores de cabeza intensos...

–¡Nunca me dijo nada de eso! –se apresuró a interrumpir el Coronel Mayweather, al caminar alrededor del doctor.

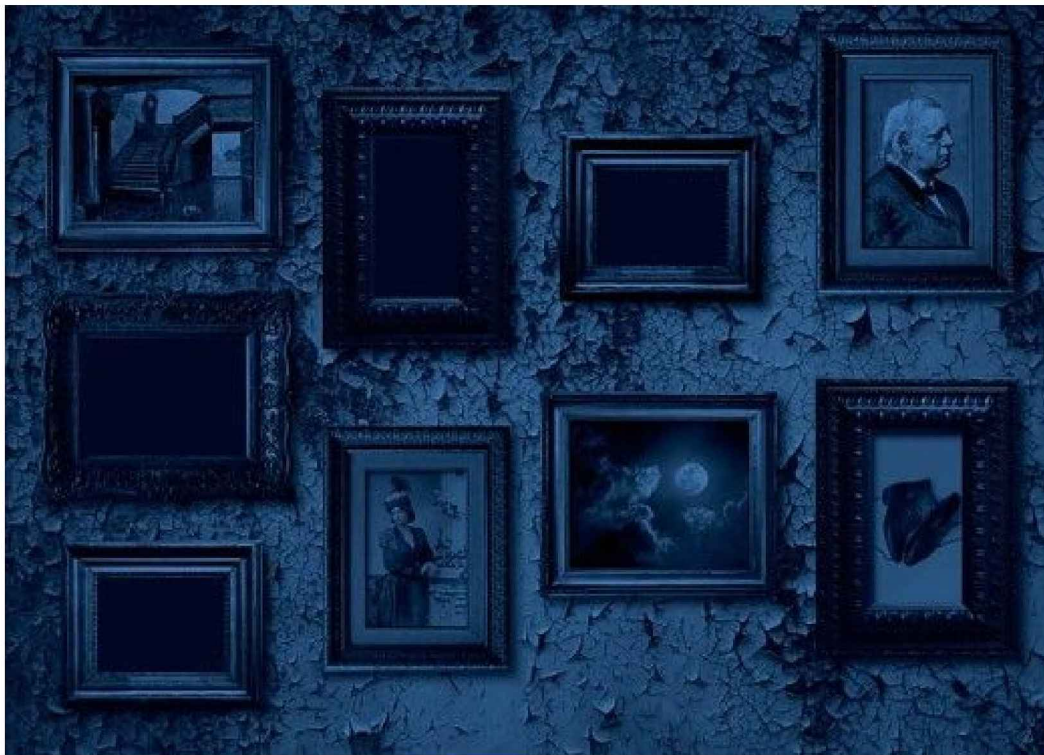
–Ni a mí –secundó Bremerton.

Podía sentir a Lee moverse inquietamente junto a mí. Incluso la Sra. Haylam lucía un poco nerviosa, solitaria en medio de la habitación con el Coronel a un lado y Bremerton en el otro. Sin importar cuánto le estuviera implorando en silencio al doctor para que hablara otra vez, se quedaba callado, alternando la vista entre los dos hombres mientras lidiaba con su traje.

–¡Allí! ¿Lo ve? No hay objeciones –el Coronel Mayweather frunció su nariz al mirarme, sonriendo victorioso, como si acusarme le diera cierto placer–. La muchacha debería ser entregada a la policía enseguida.

–Todavía no haremos eso.

La satisfacción vanidosa del Coronel desapareció de inmediato. Él y todos los demás voltearon ante la alta y atractiva figura de pie bajo el umbral de la puerta. El Sr. Morningside había llegado y no parecía estar para nada contento.



# Capítulo Veintiuno

— ¿En qué momento los asigné a ustedes dos, caballeros, como dueños de este establecimiento?

El Sr. Morningside estaba vestido impecable con un traje color índigo y una corbata verde clara en su cuello. La habitación parecía haber sucumbido ante su mera presencia, y mis ojos enseguida se posicionaron sobre sus pies; parecían normales, envueltos en unas brillantes botas negras.

—En verdad, señor, por favor, nadie sugiere...

—Nada digno, está muy en lo cierto, Coronel —el Sr. Morningside movía una hoja de papel doblada de lado a lado mientras deambulaba por la habitación—. Esta carta debería liberar a la joven Louisa de toda sospecha. La viuda Eames no fue víctima de un robo, y su correspondencia sugiere que tenía todas las intenciones de estafarlo a usted, Coronel Mayweather, y a usted, Sr. George Bremerton. Si se debe acusar a alguien, quiérase o no, no debe ser a ella.

Se quedó en silencio al llegar junto a la Sra. Haylam, desde donde me miró lentamente y me guiñó un ojo.

—A menos que, claro, la hayan contratado para que tome venganza en su nombre, ¿caballeros?

—¡Ridículo! —el Coronel Mayweather casi explota al gritar aquella respuesta. Parpadeó con mucha fuerza, retorciendo sus manos y, luego, su bigote—. Simplemente... indignante. Insultarnos a nosotros y a la viuda a la vez...

—El insulto, me temo, lo dijo ella —explicó el Sr. Morningside, entregándole la carta incompleta al Coronel—. Léalo usted mismo. Creo que encontrará suficiente evidencia para apagar la llama de la injusticia.

Antes de que el hombre pudiera terminar de leer la carta, el Sr. Morningside extendió una mano hacia mí con una expresión de certeza tranquila.

–Ahora, Louisa, creo que deberías marcharte de aquí. No hay necesidad de que sigas soportando todas estas acusaciones sin fundamento. Debes estar exhausta.

No fue un pedido, eso lo sabía. Me levanté sin pensar, mirando por última vez a Lee. Nunca antes había sentido cómo se desvanecían mis deseos. No tenía ninguna intención de quedarme en la habitación, pero tampoco estaba muy entusiasmada por escuchar lo que el Sr. Morningside me dijera en privado. ¿Sabía que tenía su libro? Al levantarme, me quedé pensando qué decisión tomar, sabiendo que si me quedaba allí seguiría siendo sospechosa. Podría haberles advertido a estos hombres que morirían si permanecían en ese lugar, que la viuda había sido solo el comienzo, pero luego pensé *¿qué compasión podría sentir por alguien que momentos atrás estaba listo para enviarme a prisión y, seguramente, a la horca?*

–Mi más sentido pésame para todos –dije suavemente, saludándolos con cortesía–. Ella parecía...

El Sr. Morningside se quedó mirándome fijo con sus ojos dorados.

–... una mujer muy decidida.

Al decir eso, el Sr. Morningside me escoltó fuera de la habitación, al igual que una boya arrastrada sin poder hacer nada para detenerse. La Sra. Haylam les dijo algo sobre que encontraran consuelo en sus tazas de té y luego nos siguió. Ninguno de ellos había puesto un dedo sobre mí, pero ya no importaba; podía sentir la fuerza combinada de su urgencia y algo más... euforia, quizás. Entusiasmo.

La puerta de la Habitación Roja se cerró detrás de mí de un golpe.

El Sr. Morningside se limpió las manos y se recostó sobre un espacio en la pared en el cual no había ningún ave pintada.

–Vaya problema en el que te viste enredada allí, Louisa –dijo el Sr. Morningside con sus brillantes ojos.

–¿Y qué? ¿Debo agradecerle por haberme rescatado? –se estaban formando lágrimas en mis ojos, amenazando con caer cálidas y humillantes sobre mis mejillas–. Usted la *dejó* allí para que yo la encontrara, ¿no es así? ¡Una mujer

murió y en lo único que se preocupa es en jugarme bromas crueles!

Su comportamiento cambió, ese entusiasmo que había sentido antes se evaporó como nieve en el fuego.

Lentamente, dejó de mirarme y observó a la Sra. Haylam, quien se encontraba detrás de mí.

–Por favor, traiga al médico. Tiene que confeccionar su parte médico. Quiero que todas las formalidades con la Sra. Eames terminen de inmediato.

Suspirando, volteó hacia la Habitación Roja, no sin antes quejarse.

–¿Cómo puede permitir que le hable de esa manera...?

El Sr. Morningside le indicó que se marchara con un movimiento de manos y colocó su ardiente mirada sobre uno de mis lados. No quería mirarlo a él, ni tampoco a ella. Simplemente deseaba alejarme de ambos. Ya estaba pensando hacia dónde iría luego (al henal, quizás, para seguir buscando más pistas en el libro y alguna forma de terminar con su control sobre mí).

–No es más que una mosca fastidiosa. Deje que siga con sus berrinches; no me molesta.

–Si fuera tan así, una mosca rara vez lograría que suba a esta parte del hotel. No lo he visto aquí desde hace muchos años –le contestó la Sra. Haylam sin mover mucho sus labios, con una expresión rígida de frustración. Cuando se marchó, volteé enseguida para correr hacia las escaleras.

–Prefiero ser una mosca y no una araña –le dije furiosa, marchándome a toda prisa. Si solo era un insecto para él, entonces no habría problema en que hiciera que mi presencia fuera ofensiva. Irrelevante. *Déjeme ir*, le rogué en silencio. *No soy nada ni nadie, solo déjeme ir.*

–¿Regresas al henal, pequeña mosca? –preguntó lentamente. Y siguió. *Maldición, ¡déjeme sola!* No le iba a dar el placer de verme enfadada. En cambio, permanecí igual, llegando al borde de la escalera cuando me llamó por detrás con voz más fuerte–. ¿Estás disfrutando el libro? Fíjate en la página ciento cincuenta y cinco. Creo que te será más útil.

Claro que lo sabía. No podía permitir que eso me detuviera.

Su voz profunda llegó hasta el vestíbulo y, mientras continuaba corriendo, me envolvió de la misma manera que la horrible magia seductora que me atraía hacia la puerta verde, hacia el ático. Sonaba tan clara, como si se encontrara justo detrás de mí, aunque cuando volteé, noté que aún estaba en la parte superior de la escalera.

–Cuanto más aprendas de mí y de este lugar, querrás tener más respuestas, solo más respuestas. La repulsión y la curiosidad son buenos compañeros.

Estaba equivocado. Tenía que estarlo. Yo podía superar la tentación de mi curiosidad; podía superar lo que fuera con tal de salir de ese lugar.

–No te quitaré el libro, pero debes saber que yo habría respondido todas tus inquietudes y más, sin embargo, no fuiste a buscarme... –la tristeza en su voz era inconfundible–. Hieres mis sentimientos.

Fuera la clase de hombre o criatura que fuera, me hacía dudar sobre si en verdad había un corazón que estuviera sufriendo.

Una vez que me encontré con las manos sobre la puerta principal, volvió a hablarme por última vez. Y esta vez no sonaba solo en mi cabeza.

–¡No encontrarás lo que buscas!

Me apoyé contra la puerta y volteé mirando hacia arriba, hacia donde se encontraba parado como si fuera un retrato colgado en el descanso de la escalera. Podría haber sido joven o más viejo de lo que aparentaba. Sin importar su edad, no había ninguna duda de que él era el dueño de la mansión, a juzgar por su postura con una mano sobre cada pasamano, la barbilla levantada y su mirada en dirección a mí como si fuera su humilde servidora.

–Entonces, ya no tiene sentido que me siga espionando y atormentando –le dije, apenas levantando la voz.

–Simplemente, me duele ver cómo pierdes el tiempo –tenía razón, claro. Sabía lo que ocurriría si lograba llegar al final del camino. Más dolor. Más frustración.

Descendió por las escaleras para observarme desde la mitad del vestíbulo. Me

deslicé por la escalera, cerrando los ojos con fuerza.

–¿Qué ocurrió con sus pies? –le pregunté, dejando salir una risa nerviosa–. ¿Había sido todo producto de mi imaginación la última vez que hablamos?

–Para nada –levantó uno de sus pies y lo movió de un lado a otro. Lo miré atenta, con repulsión, al ver cómo sus huesos se acomodaban solos para ubicarse de la misma forma en que habían estado antes... al revés. Igual que los de un demonio. Mi madre me había contado historias sobre estos seres malditos con los pies hacia atrás, quienes habían nacido con esas características para confundir a quienes seguían sus rastros, ya que siempre parecían ir en dirección contraria a la que en realidad iban. Toda la situación me hizo dar escalofríos. Parecía estar parado más como un fauno mitológico que como un hombre común. Sus pantorrillas apuntando hacia atrás y sus hermosos zapatos brillantes lo hacían verse ridículo por su posición incoherente.

–¿Mejor?

–No –le contesté sin fuerza, cerrando los ojos otra vez.

–Es un placer. Hechizos simples, en verdad, al menos para mí. Supongo que también lo serían para ti, si tienes intención de hacerlo.

–Es un mentiroso –no quería mirarlo. Presioné mi frente con mucha más fuerza contra la madera decorada de la puerta.

–Algunas veces, sí, pero no en este momento.

Mis manos se soltaron de la manija, pero enseguida la volví a sujetar para levantarme, indecisa sobre si debía salir corriendo lejos de esta cosa que hablaba con la misma elocuencia que un refinado caballero. Pero él no era ese tipo de persona. Él era... era...

–¿Qué es?

Abrí los ojos lentamente, pero él no se había movido de allí. Sus pies volvieron a estar normales. ¿Los había cambiado al notar mi repulsión tan obvia? El Sr. Morningside se peinó el cabello hacia atrás, aunque sus perfectos rizos negros no lo necesitaban.

–¿De verdad quieres saberlo?

–No lo sé –susurré con honestidad–. No lo sé.

–Está en el libro, Louisa, en caso de que te vuelva a surgir curiosidad –suspiró, y se adelantó un pequeño paso hacia mí–. Deja de encogerte de esa forma, es muy triste.

Me enderecé lentamente, negándome a llorar y a lucir mucho más patética que una pequeña mosca. Mis manos aún se encontraban presionadas con fuerza a la puerta y tenía todas las intenciones de marcharme en ese preciso momento, aunque fuera para refugiarme en el granero otra vez. Pero fue entonces cuando la Sra. Haylam y el doctor salieron de la Habitación Roja. Los oí hablar suavemente a medida que pasaban por la parte del corredor que daba al vestíbulo.

Se dirigían a buscar el cuerpo de la viuda; no sería el último.

–Rawleigh Brimble no tiene que estar aquí, ¿sabe? –le dije, logrando controlar de alguna manera el temblor de mi voz.

–¿Quién?

Mi mente se desconcertó al oír eso, y le respondí burlona.

–Rawleigh... Lee Brimble. El muchacho joven. Uno de sus *huéspedes*.

–Ah –contestó sorprendido el Sr. Morningside, encogiéndose de hombros y cruzando los brazos–. Bien, si es uno de mis huéspedes, entonces está destinado a estar aquí y a encontrar su fin en este lugar; eso es todo lo que se teje en el tapiz del destino.

–¡No ha hecho nada malo! Usted ha cometido un error.

Negó con la cabeza y entrecerró los ojos, estudiándome con mayor cuidado. Lentamente, comenzó a reír y agregó:

–Yo nunca cometo errores. Está aquí por alguna razón.

–No, no, es una buena persona. Estaría mal lastimarlo –claro, Lee me podría haber mentado, pero me parecía algo imposible. Lo había mirado a los ojos cuando me contó lo de su protector. Todo el asunto fue una confusión. Un accidente–. No tiene que estar en su retorcida lista.



–¿Por qué? ¿Porque te gusta? Louisa, por favor, te lo suplico... tienes que ser mejor que esto.

–¿Que qué? –le repliqué, sintiéndome audaz.

–Una niña crédula.

Oír eso provocó que me enfadara aún más.

–¿Tiene idea de cómo hablarle a alguien sin ser un cretino egoísta? –exclamé.

–No, en realidad no –se encogió de hombros, otra vez con elegancia, y se acercó un poco más a mí. Me hice hacia atrás, pero él no lo había notado, o pretendía no haberlo hecho. Una pequeña sonrisa traviesa apareció en su rostro y eso, más que su proximidad, me asustó más–. Pero consideraré tu teoría, Louisa, y en caso de que encuentres pruebas suficientes de que este muchacho Brimble es un alma inocente, entonces te escucharé con atención.

–Lo dice en serio. ¿En verdad... me *escuchará* si puedo probar que no es un asesino? –asintió con un único movimiento de cabeza, presionando sus labios con fuerza–. Pero ¿por qué? Creí... Creí que usted nunca cometía errores.

–Porque comienzas a agradarme, y me recuerdas a alguien que conocí una vez. Eres una persona muy dispuesta y obstinada. No es que quiera fomentar esa clase de comportamiento, pero todos tienen sus debilidades –estaba parado a tan solo unos centímetros de mí y tomó algo de su corbata. Era un broche de oro brillante, quizás del tamaño de un chelín, y me lo ofreció con su palma–. O, claro, puedes marcharte.

*¿Qué?*

–Pero ¡dijo que no podía! ¡Dijo que el libro era lo que me mantenía aquí! –mis dedos comenzaron a sentirse ansiosos por tener ese broche de cualquier manera. Incluso si se trataba de un truco, en ese momento valoraba mucho más la libertad que mi propia dignidad. Y si era verdad, si podía recuperar los libros que guardaba debajo de mi cama y llevármelos para venderlos... En ese momento, él era lo único que me separaba de mi habitación y esa pequeña fortuna escondida debajo del colchón.

–Eso también es verdad. Pero estos broches han sido usados durante mucho tiempo para romper el hechizo que te atrapa aquí. Incluso, aquellos que vienen por su cuenta a trabajar con nosotros, ocasionalmente necesitan dirigirse a algún otro lugar, y esto es lo que les permite hacerlo –cerró su mano y la alzó en el aire, esperando a que me levantara para tomarlo.

Y lo hice. Vaya Dios, lo hice. Quería creer que era cierto, que realmente no estaba destinada a estar para siempre en este lugar de muerte y oscuridad. Incluso sin los libros para vender, podría ser libre. El dinero llegaría después. El broche cayó sobre mi palma, emanando una sensación sobrenatural de calor y peso.

–Cuidado; ese broche protector le pertenecía a Kit Marlowe. Los católicos no se preocupaban mucho por su trabajo con el Inframundo.

Para mi sorpresa, lo apuñalaron en una pelea a la salida de una taberna. Le gustaba comer e insultar –añadió–. Mi modelo de caballero a seguir.

El Sr. Morningside comenzó a reír a carcajadas, como si algo hubiera tenido sentido en ese momento.

–La obra –aclaró, levantando una ceja–. ¿*Doctor Fausto*? ¿*Barrabás*? ¿*La masacre de París*? Dios mío, creí que te habían educado bien en la escuela para señoritas.

–Sé quién es Christopher Marlowe –le dije, mirando fijo el brillante broche en mi mano–. Simplemente, no le creo.

–¿Quieres que haga otra vez el truco del pie? –rio entre dientes, mirando cómo mi expresión se derrumbaba–. Créeme, Louisa, el broche le pertenecía a él. El hecho de que ahora yo sea su dueño y tú lo tengas en tus manos es la peor ridiculez y milagro del Inframundo.

–Inframundo... vi esa palabra en su libro –le dije, tomando el broche y observándolo más de cerca–. Usted pertenece allí, al igual que Poppy con sus gritos y Mary con sus hechizos.

–Así es.

–Y esto... –todavía se sentía ridículo, pero giré el broche y lo estudié

detenidamente, observando las pequeñas letras estampadas sobre el oro junto al emblema de una serpiente detrás de una frase—. *Soy la ira.*

La sonrisa del Sr. Morningside se agrandó y una mirada lejana se apoderó de sus ojos.

—Eso es de *Doctor Fausto*. Bastante orgulloso de ese discurso, incluso dejé que Marlowe lo usara a cambio de nada. Bueno, de una cerveza, pero a fin de cuentas, no es mucho.

—Se burla de mí —murmuré, guardando rápidamente el broche en mi delantal, sintiendo su peso con mayor intensidad—. Usted... seguro lo está haciendo, ¿no? ¿Cuántos años tiene?

—Todavía repleta de preguntas a pesar de haberte dado la llave de tu libertad —ignoró mi pregunta con un guiño de ojo, y la mirada fija en la puerta detrás de mí y todo lo que significaba. Luego, el Sr. Morningside se aproximó hacia mí, tan cerca que podía sentir su aliento caliente sobre mi barbilla—. Pero ¿qué harás? Creí que tu nuevo amigo era inocente. ¿Te quedarás para probármelo o tomarás este regalo y nunca regresarás?

# Capítulo Veintidós



orrí. Rápido. Con toda mi fuerza. Poniendo a prueba mis piernas. Mi resistencia. No es algo de lo que esté orgullosa, pero Dios mío que corrí.

En un instante, desaparecí. Desaparecí por la puerta, entre los arbustos ornamentales, sobre la grava de la entrada, cruzando los jardines. Libros olvidados, asesinato olvidado, Lee olvidado. Corrí lejos, fuerte y rápido, ignorando la punzada en mi estómago y el dolor en mi muñeca causado por el movimiento de mis brazos. Dejé atrás todo tipo de dignidad con tal de escapar. Mi entusiasmo me hizo llegar más lejos, más allá del camino y de la cerca. ¡La cerca! La atravesé sin sentir el más mínimo rastro de dolor.

Nada ni nadie me detuvo.

No fue sino hasta que me alejé por más de un kilómetro que me encontré sobre los mismos pasos que había hecho hacía tan solo unos días, cuando estaba camino a la Coldthistle House. Sentía que había pasado una vida entera allí y no solo eso, sino que también muchas cosas habían cambiado. Yo había cambiado. Cuando noté que la mansión solo era una simple silueta en la distancia detrás de mí, aminoré la marcha y comencé a caminar más despacio, respirando grandes bocanadas del frío aire que me rodeaba.

*Creí que tu nuevo amigo era inocente.*

No... tenía que quitar la voz de Henry Morningside de mi cabeza. En realidad, tenía que eliminar por completo todo recuerdo de su existencia. Mis dedos, aún heridos por haber tocado el libro del ático, se posaron sobre el broche que guardaba en el delantal. No me animaba a arrojarlo, temía que el dolor regresara si lo hacía. ¿Lo tenía que llevar para siempre conmigo? ¿Qué ocurriría si me lo robaban o lo perdía?

Esos pensamientos, esas dudas, debían desaparecer por completo de mi mente,

junto con todo lo que me recordara a la Coldthistle House. Todo lo que había visto, en realidad no lo había visto. Todo lo que había sentido, simplemente era producto de mi exagerada imaginación. Todo lo que había leído eran falsas tonterías, una colección de locuras siniestras escritas por un lunático. Nada de eso era real. No podía serlo. Y si lo era, lo recordaría y me lastimaría, provocando que me acordara de la expresión de Lee al decirme “Te creo”.

Las nubes flotaban sobre mí, el terrible viento del día anterior se había transformado en una suave brisa que agitaba mi falda y el largo césped a un costado del camino. No estaba dispuesta a regresar, no en ese momento, no cuando pude escapar. Estaría mejor. Estaría bien. Encontraría la forma de viajar a América y comenzar de nuevo, en un sitio donde las sombras de ese lugar no pudieran deambular en mi cabeza. La distancia haría todo eso posible.

Con eso en mente, seguí caminando. Con el pasar de las horas llegó el mediodía, con su cálida brisa sobre los campos desolados. Nadie viajaba por ese camino y la soledad se sentía maravillosa. Junté los brazos alrededor de mi cuerpo y marché como un prisionero que acababa de salir de su celda.

*está destinado a estar aquí y a encontrar su fin en este lugar; eso es todo lo que se teje en el tapiz del destino.*

Cerré los ojos con fuerza, regañándome a mí misma por haber dejado sonar las palabras de ese monstruo dentro de mi cabeza. ¿Y si tenía razón? ¿Si la muerte de Lee era algo inevitable? Entonces, ¿qué podría hacer? ¿Cómo podría probar que el culpable era uno de los proveedores, o qué clase de nuez utilizó con la intención de asesinarlo? En primer lugar, ese no era asunto mío y, en segundo lugar, estaba muy fuera de mis límites y capacidades.

*Y aun así, no le contaste todo. No le dijiste que él también estaba marcado para morir.*

No era asunto mío. No era una mancha que yo tuviera que limpiar. Seguí caminando con determinación, intentando pensar qué era lo que debía hacer luego de haber escapado. Buscar comida y refugio sería lo principal, pero aún me

quedaba un largo tramo hacia Malton. Giré para adentrarme en el campo, traspasé la cerca más próxima y bordeé la colina hasta que desembocó en un pequeño valle repleto de violetas. Si volteaba, vería la Coldthistle House, por lo que, obstinada, giré en dirección contraria. Seguí caminando en diagonal hacia otra elevación en la planicie y lo que parecía ser una pequeña cabaña en la cima.

A medida que me acercaba, podía ver un enorme rebaño de ovejas acercándose a un lado de la cabaña. Todas se amontonaron en esa casa formando un círculo perfecto, mientras un perro corría a su alrededor para asegurar el perímetro. Los ladridos y balidos eran muy suaves, un dulce sonido rural muy diferente al de la pesadilla en la que había estado viviendo.

Y luego, una nube.

Nunca había visto una nube tan oscura y densa, por lo que me quedé quieta mirándola a medida que ganaba velocidad y tamaño al acercarse a mí, tapando el cielo por completo. Sobrenatural y negra, y parecía venir desde Coldthistle directamente hacia mí. Al notar que esta estaba disminuyendo la velocidad y comenzaba a descender con mucha fuerza, soltando un enérgico estruendo y gran cantidad de plumas de su interior, comprendí que no se trataba de una nube, sino de una horrible bandada de cuervos. El ruido era insoportable, miles de chillidos, criaturas ruidosas descendiendo en picada directamente hacia mi cabeza. Sobrevolaron alrededor de la cabaña para ganar velocidad en un enorme círculo y se prepararon para atacarme por detrás.

Comencé a correr de nuevo, con mucha más fuerza esta vez, en dirección a la cabaña, rezando desesperadamente por lo bajo, rogando que algún tipo de poder más poderoso que estas bestias me diera la fuerza necesaria para lograr escapar de esta amenaza. Pequeñas plumas negras cayeron desde el cielo cuando realizaron otro descenso, esta vez, tan cerca que pude sentir el aleteo de sus alas justo sobre mi cabeza. Una me picoteó el cabello y logró desprender algunas mechas, lo cual me provocó un dolor inmenso. Otra, me clavó su pico en la oreja, algo que me

hizo gritar y levantar los brazos sobre mi cabeza, llorando, segura de que su próximo intento sería definitivo.

¿Cómo sería morir entre las garras de miles de cuervos? Picoteada y despedazada como carroña en medio del camino...

Estaban regresando hacia mí, pero ya me encontraba mucho más cerca de la cabaña. Las ovejas se dispersaron a toda prisa como si fuera una explosión que arrojaba perdigones de lana por doquier y sus balidos de pronto comenzaron a sonar más fuerte mientras pasaba corriendo entre ellas. El perro ladraba sin parar a un lado, pero luego desapareció. Corriendo a toda velocidad hacia la puerta de la cabaña, oí a la bestia voltear y ladrarles a las aves con furia.

Empujé la puerta con toda mi fuerza. Estaba hecha de una madera muy dura, y lo único que logré hacer fue rajarla con el impacto. Cerrada. Comencé a golpear con mis puños una y otra vez, con la frente y el cuello empapados en sudor al voltear una vez más para ver a los cuervos descendiendo, tomando la forma de una lanza negra lista para asesinar.

—¡Déjenme entrar!

Se acercaban, cada vez más cerca, más concentrados...

—¡Por favor, se los suplico! ¡Déjenme entrar!

Me arrodillé, lista para recibir el ataque de cientos de picos sobre mí. Las ovejas se habían dispersado y el perro se paró justo frente a mí, como si estuviera esperando recibir el impacto por mí. Y así fue cómo en ese preciso momento caí hacia atrás sobre una superficie suave y cálida, escuchando el sonido de la puerta al cerrarse rápidamente para protegerme.

Lo que ocurrió luego fue horrible. Conmocionada, escuché cómo las aves chocaban contra la madera sin haber podido cambiar de curso. Algunas parecían clavarse como si fueran flechas sobre un blanco; otras lanzaban un quejido justo antes de caer muertas en la tierra.

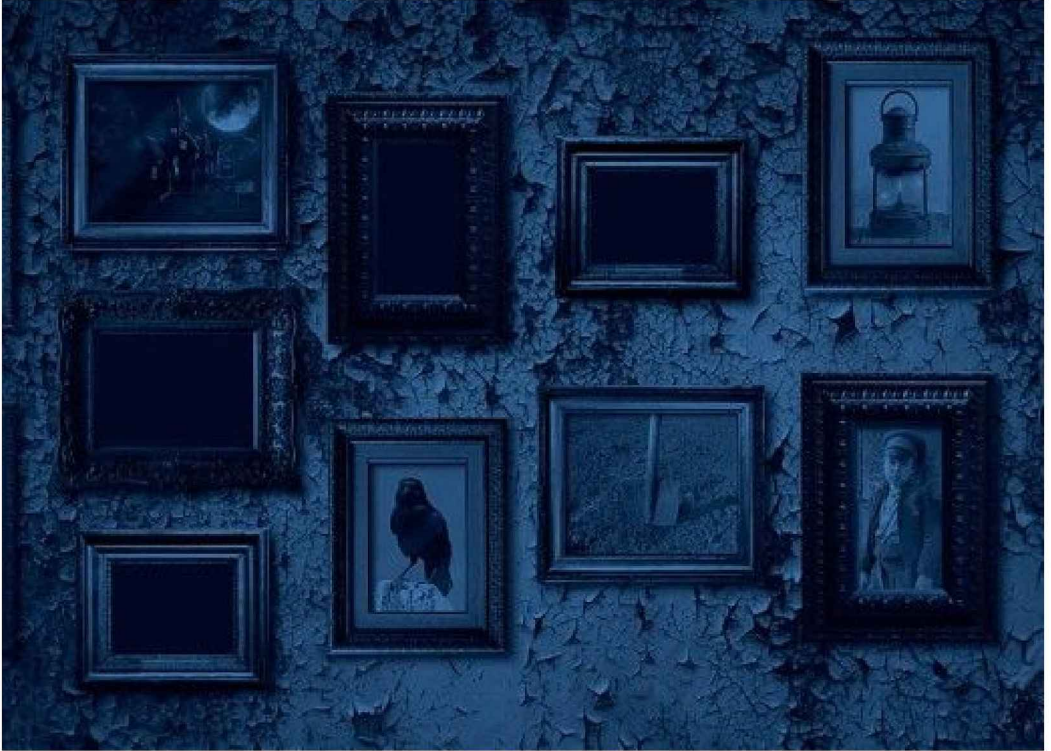
—Estimo que no son tus aves, ¿no?

Lentamente, me levanté del suelo, temblando y sin aliento. Un hombre con el

cabello blanco y una joven me miraban desde la seguridad de un fuego mientras su perro olfateaba la puerta y luego a mí con curiosidad.

–N... no. Me salvó la vida –susurré–. Gracias.

–Oh no, gracias a ti, querida. Ahora podremos comer todos esos pajarracos por una semana –dijo el anciano, soltando una risa oscura–. Siéntate, ¿quieres?, y toma un poco de cerveza. Sí, siéntate y cuéntanos quién eres y qué es lo que hizo que te siguieran estos pájaros de mal agüero hasta nuestra puerta.





# Capítulo Veintitrés

La cerveza estaba fuerte y amarga, algo que sin duda me ayudaría a recuperar fuerzas. Tomé todo de un solo trago, quizás un poco arrogante, con las dos manos sujetando con mucha fuerza la taza de cerámica. Mientras lo hacía, me retraje más hacia mi interior al sentir las atentas miradas de aquellas personas.

–Lamento haberlos molestado –era la tercera vez desde que estaba allí que me disculpaba–. Yo no... no sabía que eso ocurriría.

Ya les había dicho mi nombre, pero no les conté nada sobre los horrores de la Coldthistle House, no podía decirles la verdad y aun así esperar que me recibieran con buena hospitalidad.

–Ocurren cosas muy extrañas todo el tiempo por aquí –me explicó el anciano.

No me había dicho su nombre, pero había algo en su voz y comportamiento que me hacían confiar en él; tenía una mirada que todo abuelo agradable tendría: rostro redondo y suave, con algunas arrugas sobre el párpado de reír tan seguido. Y claro, no podía pensar mal de una persona que acababa de salvarme de un terrible destino. Fue entonces cuando su rostro se iluminó en un tono amarillento por la luz del fuego y pude ver una película blanca dentro de sus ojos. Ciego. El perro pastor Shetland se sentó junto a los pies de su amo y el hombre apoyó una mano sobre su cabeza para usarlo de guía.

–Una vez, el campo entero se llenó de estos malditos cuervos. No podía dormir por el ruido infernal que hacían. A la mañana siguiente solo había algunos pocos, ninguno de ellos con vida.

–Él dice que con el tiempo uno se acostumbra a todo eso –agregó la muchacha encogiéndose de hombros–. Pero no creo poder hacerlo.

Su nombre era Joanna. Ella me había entregado la cerveza y un trapo húmedo

para limpiar la sangre que salía de mi oreja justo en el lugar en donde el ave me había atravesado la piel. Estaba sentada a un lado del anciano, quien asumí que era su padre o abuelo, tapada con una manta de franela muy cómoda y una falda larga con unas botas gastadas. Sobre sus pequeños hombros tenía un chal grande del color de la avena. Su cabello rubio estaba envuelto en una trenza sobre uno de sus hombros.

—¿Has visto cosas como esas antes? —ya casi me había terminado la cerveza, por lo que comencé a tomar más lento para saborear hasta la última gota.

El anciano asintió. Llevaba puesta la típica ropa de pastor, con un sombrero que le cubría los ojos.

—Extraños augurios, aunque nos llevemos bien con...

—¡Se comenta que el Diablo mismo reside en la Coldthistle House! —soltó Joanna en un exabrupto. Se encogió cuando el anciano resopló—. ¿Qué? Desde Swinton a Wykeham se dice eso. Bandadas de cuervos en los campos del oeste, serpientes brotando por debajo de tus pies en los huertos y, el último otoño, ¡no había ni una sola planta en el campo, salvo belladonas!

El pastor ciego se aclaró la garganta y volteó su cabeza hacia la muchacha, quien se quedó en silencio y bajó la mirada hacia sus manos sobre sus piernas.

—Solo lo dije para protegerla, padre. Por ninguna otra razón.

—Ya lo sé, jovencita, pero ella ya está lo suficientemente asustada. Todavía no nos conocimos, ¿no es así? Quizás no necesita ningún tipo de protección.

—Ah... Ah, cierto, ya veo lo que quieres decir. ¿Vienes de allí? —la joven Joanna se levantó rápidamente y se dirigió hacia la despensa para buscar la jarra de cerveza. Llenó mi copa y luego se sirvió algo para ella, y se sentó cada vez más cerca de mí. No parecía hacer caso a los pequeños gruñidos de descontento que su padre le había dado. Colocó la barbilla sobre su palma y se inclinó más cerca para susurrarme—. ¿Lo viste a él?

Él. El Diablo. Era obvio que hablaba del Sr. Morningside. No pude tragar la cerveza con tanta facilidad ante eso. Claro que lo había visto, pero ¿era posible

que lo llamaran el Diablo? Y teniendo en cuenta toda su maldad y rareza, ¿me arriesgaría a asociarme con él frente a quienes me estaban dando acogida? Traté de esbozar una sonrisa nauseabunda, moviendo la copa de un lado a otro.

–Es... verdad, vengo de allí, pero no tengo ninguna relación con el propietario – ¿qué debía decir? ¿Y cuánto?–. Fui a trabajar como sirvienta, pero me encontré con condiciones inadecuadas.

–¿Te golpeaban? –preguntó el anciano. Algo de la tensión en su rostro había desaparecido, pero su hija seguía pareciendo la más amable de los dos.

–No, nada de eso –respondí. No podía ver la venda sobre mi muñeca, pero su hija seguramente sí. Quizás, podría ganarme su afecto y, luego, su ayuda. Nunca hace mal que te tengan lástima–. Ya había escapado de un lugar similar. Una escuela, Pitney; quizás han oído hablar de ella. Promovían el maltrato físico como una forma de castigo. Espero nunca tener que regresar, pero ahora estoy completamente perdida.

El hombre ciego se puso de pie y, aún con la mano sobre el pelaje de su perro, se dirigió hacia el fogón para avivar las llamas.

–¿Vendrán a buscarte?

–¿Quiénes? –le pregunté suavemente.

–Decídetes, querida –dijo con una risa profunda–. La escuela o las personas de Coldthistle. Puedes pasar la noche para recuperar fuerzas, pero no pondré en peligro a Joanna ni a mi rebaño.

–¡Padre, está casi muerta de miedo y herida! Yo te pondré en peligro si abandonas a este pobre cordero ahora –intervino la joven. Lo miró furiosa a sus espaldas.

–Puedo ser de ayuda –murmuré–. No hay necesidad de ningún acto de caridad.

–¡Tonterías! ¡Claro que sí hay necesidad! –la muchacha se levantó nuevamente y se dirigió con rapidez hacia donde se encontraba su padre, a quien le colocó una mano sobre el hombro–. Mi padre es un buen hombre, solo le preocupa que algunas personas se aprovechen de él cuando entramos en sus vidas.

De hecho, era más cari-

ñoso antes, pero puede volver a serlo; solo necesita un empujón o dos de mí.

–Suficientes empujones –se quejó, pero cuando comenzó a reír, sonaba más tranquilo. Más dulce. No podía distinguir sus acentos. Ciertamente, no eran locales. Una típica familia de campo tendría un acento de Yorkshire mucho más marcado–. Puedo hablar por mi cuenta, muchachita, y eso es lo que haré.

Suspiró, pero no tan serio, y volteó hacia mí. Por un momento, sentía como si realmente me estuviera observando allí sentada.

–Puedes quedarte, pero primero debo preguntarte algo... ¿en verdad te encuentras completamente sola en este mundo? ¿No tienes ningún lugar a dónde ir? ¿Ninguna familia? ¿Amigos?

El nombre de Lee apareció como un nudo en mi garganta.

Me quedé mirando la cerveza otra vez y Joanna se acercó desde la chimenea hacia mí, tomándome por la muñeca sana y apretándola suavemente.

–Vamos, no tienes que sentir vergüenza –añadió–. Fue una pregunta honesta y sin ninguna mala intención.

–Mis abuelos me enviaron a esa escuela infernal para deshacerse de mí. Había... una persona que era amable conmigo, no sé si podría llamarlo mi amigo... –*claro que sí, pero luego la culpa sería demasiado fuerte*–. Pero ya no hay mucho por hacer ahora; entonces, estoy sola. No busco dar lástima. Es un hecho del que no me asusto.

–Oh, pero deberías –el pastor me miró fijo a los ojos y me quedé congelada, pensando que quizás estaba confiando a ciegas en estas personas. Haber hecho esto en el pasado me habría costado mucho. ¿Acaso Coldthistle no parecía una bendición al principio también? Aparté la mano de la muchacha, pero el anciano simplemente nos sonrió–. Una oveja lejos de su rebaño es vulnerable. Debe ser llevada de regreso a donde se encuentra a salvo. Llevar una vida solitaria te convierte en una presa fácil para los lobos.

–Eso no es nuestro asunto, padre –intervino Joanna con suavidad–. Y no lo

puedes ver, pero ¡tiene un hermoso broche de oro! Seguramente, podría cambiarlo por un boleto o algo. Con seguridad podría llegar hasta Londres y alquilar una habitación modesta.

Instintivamente, sujeté el broche y cerré mi puño a su alrededor.

–No, este broche tiene... tiene... bueno, verán, tiene mucho valor sentimental. No puedo separarme de él.

–Joanna –el hombre soltó a su perro y volteó hacia nosotras directamente, enfrentándonos–. El Gran Earl necesita comer. Llévalo afuera, ¿quieres? Hay un codillo de cordero en el cobertizo para él.

Estaba enviándola afuera con alguna intención, por lo que me preparé, segura de que lo que estaría por venir no sería bueno. Miré hacia la puerta, lista para salir corriendo, y noté que la joven había presionado sus labios en señal de frustración y llamó al perro con un silbido para llamar su atención, quien la siguió hasta afuera. Cuando se cerró la puerta, podía escucharla patear los cuerpos sin vida de las aves.

–Será mejor que me marche –me comencé a despedir, poniéndome de pie–. Obviamente, me he aprovechado de su amabilidad.

–La oferta de pasar la noche todavía sigue en pie, querida –me recordó. Se acercó cuidadosamente hacia mí, buscando la mesa y sujetándose de ella para mantener el equilibrio–. Pero no tenemos el espacio o los medios para cuidar de otra joven aquí. Adopté a Joanna luego de que su madre se marchara con su Dios. Nunca diría que es una carga muy pesada para mí, pero tengo un trabajo humilde que no deja mucho dinero.

Luego se quedó en silencio y bajó la cabeza. Otra vez, se sentía como si pudiera observarme con claridad a pesar de su ceguera.

–Mencionó que traías un broche de oro...

–Así es.

–Descríbemelo –me pidió–. ¿Cuánto dices que vale? Podríamos llegar a un acuerdo.

–Es de oro, con algunas filigranas y el símbolo de una serpiente –le contesté. La

cerveza estaba adormeciéndome la lengua y nublando mi claridad. Incluso con la mente borrosa, la inscripción era demasiado extraña como para compartirla, ¿Qué pensaría este pastor anciano de una muchacha que deambulaba sola con la inscripción *Soy la ira* tallada sobre el único objeto de valor que llevaba?

–¿Eso es todo, Louisa?

–Así es, exactamente así –le mentí con firmeza–. Pero no puedo entregárselo.

El pastor dejó salir una corta risa.

–Me crees codicioso.

–No, para nada –le aclaré. Volví a tocar el broche y sentí su calor interno sobrenatural–. Puede que usted ame a Joanna, pero ella es un peso. Al igual que yo. Todas las jóvenes desafortunadas sin familia lo somos. Más aún si somos pobres y con un humor cambiante y enfermizo.

–Cielos, querida, eres demasiado dura contigo misma –señaló, tomando una silla y sentándose lentamente.

Moví la parte de debajo de la mandíbula para mostrar determinación, furiosa por su lástima.

–La dureza de algo no cambia su veracidad.

–Cargas con algo muy pesado sobre ti –dijo, cerrando los ojos. De nuevo, su rostro se veía suave y atractivo, como una manzana a la luz del sol. Con sorprendente habilidad, se sirvió un poco de cerveza para él y otro poco para mí. Lentamente, yo también me senté. La voz de Joanna y los balidos del rebaño llegaban a la casa por detrás de las paredes como un sonido agradable–. Una vez, tuve mente para ser un hombre del clero. Podía distinguir cuándo un alma necesitaba ayuda para levantarse. No es un don que cualquier ser humano pueda desear tener; ver tanto dolor acarrea un precio muy alto. Una oveja lejos de su rebaño es vulnerable, y es esa soledad lo que te ha vuelto fría.

Nos quedamos en silencio por un largo rato y podía sentir cómo la cerveza oscurecía mis pensamientos, provocando que mi lengua fuera mucho más atrevida que lo usual.

–Fueron mis padres descuidados y los insensibles maestros quienes me hicieron ser fría, y sería la Reina de Inglaterra antes de cargar con la culpa de su crueldad.

El pastor asintió, acomodando su sombrero de lana.

–Mencionaste que tenías un amigo. Además, alguien debió haberte dado ese refinado broche de oro. Valor sentimental. Supongo que tienes a alguien. Incluso si tú no los quieres a ellos, ¿puede ser que quizás ellos sí te quieran a ti?

Ser querida. No era un sentimiento con el que estuviera muy familiarizada. Sabía muy dentro de mí que no me interesaba ser querida por el Sr. Morningside, pero Lee había sido muy buena persona conmigo. Él me había creído. Mary también me había aceptado, al igual que todos en la residencia. *El solo hecho de que me quieran no significa que deba sentir lo mismo por ellos.*

Esperó con paciencia a que le contestara, lo cual era bueno, porque me tomó bastante tiempo poder encontrar una respuesta. Cuando escapé de Pitney, mi única amiga allí, Jenny, había sido quien provocó la distracción para que yo pudiera bajar por la ventana y escapara en la noche. Había fingido tener un espasmo, el cual hizo con la promesa de que regresaría para rescatarla a ella también.

No hubo ningún rescate. Pitney estaba muy lejos de aquí. Pero Coldthistle...

–Mi amigo... creo que puede estar en peligro. Necesita mi ayuda. No es la soledad lo que me fastidia, es saber que podría haberlo ayudado de alguna manera y, en cambio, no hice nada.

–Ah –tomó un sorbo de su cerveza y se llevó la mano a su sombrero otra vez–. Tener fe sin hacer nada es la muerte.

Enseguida, agregó.

–¿Pasarás la noche con nosotros, querida?

Bajé la taza, sintiendo cómo todas mis preocupaciones se destrozaban con fuerza y luego, inesperadamente, desaparecían.

–No, señor. Gracias por su hospitalidad y por haberme salvado, pero creo que me necesitan en otro lugar.

# Capítulo Veinticuatro





## La Barquera de Calabar

*Muy pocos han tenido el placer de observar un auténtico Barquero en acción. Bueno, muy pocos están dispuestos a pagar el exorbitante precio que estos sujetos cobran por solo presenciar su trabajo. Existen diferentes versiones del nombre, pero “Barquero” siempre fue la que consideré más descriptiva y poética.*

*El trabajo requiere tener habilidades completamente innatas, claro, aunque la mayoría de los charlatanes o chamanes presumidos siempre asegurarán que son capaces de hacer lo mismo. Un Barquero tiene que trabajar en la*

oscuridad y en secreto, y solo a la luz de una luna de sangre. Nunca me dijeron cuál era el nombre de la mujer. Pude dar con ella luego de una investigación discreta en los mercados a las afueras de Calabar, y luego, gracias a la ayuda de un joven aventurero nigeriano que había conocido hacía algunos años durante un viaje para estudiar los Canis Infernalis o Cancerberos en la distante Zanzibar. Olaseni pudo dar con nuestra Barquera mediante un riguroso sistema que incluía buscar símbolos en las puertas, deslizar papeles a algunos mensajeros del mercado y niños pobres. Hasta que finalmente, luego de dos semanas en Calabar sin saber nada, recibimos un mensaje directo de la Barquera. Debíamos ir hacia la orilla del río justo antes de la medianoche y seguir los llamados de los caprimúlgidos cuellirrojos.

Era una noche calurosa, la orilla estaba llena de insectos y decenas de murciélagos los cazaban. En el muelle, se podían ver enormes embarcaciones que se movían con el vaivén del agua, con las velas recogidas, dejando los mástiles desnudos semejantes a esqueletos de bestias gigantes que emergían del agua. La tierra arenosa se hundía debajo de nuestros pies mientras esperábamos el llamado de los caprimúlgidos. Al oír el primero, avanzamos y luego esperamos, solo para volver a avanzar momentos más tarde. En lo alto del cielo, una extraña luna roja teñía la arena y la bahía de un color bermellón oscuro y oxidado. Olaseni era un joven delgado que se movía a una increíble velocidad y en completo silencio. Yo luchaba por seguirle el paso, guiándome solo por los destellos de su brillante bufanda azul atada alrededor de su cintura. A nuestra izquierda, el agua; a nuestra derecha, los tenebrosos e inmensos árboles entretejiéndose entre sí. Debimos haber esperado por alrededor de una docena de llamados de las aves antes de toparnos con un camino de tierra que se adentraba hacia el inmenso bosque costero.

Su nombre era Idaramfon. Me felicitó por mi pronunciación del efik y yo hice lo mismo por su inglés. Trabajaba al aire libre, refugiada solo con unas pocas hojas que le servían de techo. Un pequeño fuego había sido encendido a

*un lado del claro y un niño se encargaba de avivarlo dándonos la espalda. Idaramfon vestía una simple túnica blanca, limpia y pura, y una faja roja y negra envuelta como una especie de cuerda que dejaba suelta alrededor de su cuello. Su cabeza rapada brillaba como un rubí debajo de la luna de sangre.*

*El cuerpo muerto de un muchacho yacía enfrente suyo, sobre una cama hecha de paja. Estaba mojado y desnudo, con una expresión pacífica en su rostro. No había marcas visibles sobre su cuerpo y podría asegurar que alguna enfermedad imprevista le había quitado la vida.*

*–Espero no temas a la muerte o los murciélagos, extraño –dijo con una sonrisa en el rostro.*

*–He presenciado muchas muertes, Barquera. ¿Y con respecto a los murciélagos? Fascinantes criaturas –fue mi respuesta. Revisé mis notas, las cuales se podían leer con increíble facilidad a la luz de la brillante luna–. No hay por qué temerles. ¿Ellos son los contenedores? ¿Esa es la palabra que prefieres que use?*

*Asintió y, al hacerlo, algunos de esos mismos murciélagos descendieron y comenzaron a volar entre nosotros. Se posaron sobre una de las hojas. Dos criaturas oscuras color café que, para ser franco, eran grotescamente feas. Sus rostros estaban arrugados y sus mandíbulas inferiores estaban levemente salidas hacia afuera, dándoles un aspecto hambriento y feroz. Aun así, sonreí. Después de todo, eran parte del ritual y eso era lo que había ido a presenciar. Quizás las bestias horribles eran una elección poética, dado que servirían como un vínculo entre la vida y la muerte para el alma, hasta que alguien o algo eligiera liberarlas.*

*De pronto, una densa y fría neblina nos envolvió, y podía notar que emanaba de la joven mujer. Susurros sonaron a nuestro alrededor en un suave remolino de voces que se desvanecían en el mismo instante en que intentaba descifrar las palabras. Frías gotas de sudor comenzaron a caer por mi frente y la transición tan repentina del aire caluroso a frío me dejó sin aliento y un*

*poco adormecido.*

*Sus ojos castaños centellearon en un color escarlata y luego, mucho más rojo que eso, brasas calientes que latían de blanco a la luz de la luna. A mi lado, Olaseni comenzó a llorar. Miré a Idaramfon directo a sus ardientes ojos y sentí como si cientos de almas perdidas me estuvieran mirando directo a mí, desafiándome y provocándome a que siga mirándolas fijo, a que permanezca quieto y muera en ese lugar para poder unirme a ellas. Más tarde, cuando regresamos a su hogar, le pregunté a Olaseni qué le había parecido la experiencia. Me la describió de la siguiente manera, con ojos hechizados: “Fue como si pudiera sentir el punto exacto en donde mi cuerpo y alma se encontraban, como si pudiera sentir la unión y cómo esa unión comenzaba a ceder y desgastarse”.*

*De vuelta en el claro, con sus ojos rojos teñidos de plata, la Barquera, Idaramfon, susurró “Cuando digo que cierras la boca y los ojos, extraño, hazlo. Solo tenía pensado dejar ir un alma esta noche y no debería ser la tuya”.*

*La colección de extraños mitos y leyendas  
de H. I. Morningside, página 233.*



hijioke y Mary se encontraban trabajando a la par en el campo, ambos rellenando los hoyos a la luz del atardecer que nos envolvía en unos matices anaranjados. Un gran número de cuervos aparentemente había sobrevivido a la persecución y se encontraban agrupados en el tejado de la mansión, acicalándose y moviéndose nerviosamente. Para cuando me marché de la choza del pastor, Joanna ya había quitado las aves muertas de la entrada, aunque sus plumas quedaron dispersas como nieve negra.

Chijioke fue quien me vio primero mientras clavaba su pala contra la suave

tierra con todo su peso. Colocó una mano por encima de sus ojos para cubrir el sol y me saludó desde lejos.

Había regresado a la Coldthistle por el camino, ya que seguramente era más seguro que el campo, en donde más de esos cuervos podrían estar esperándome. Dos carretas se encontraban sobre el camino circular en la entrada de la mansión. Una de ellas estaba siendo cargada por Foster y George Bremerton, quienes llevaban una larga tabla de madera con una figura recubierta entre ellos. La Sra. Eames. Me dio satisfacción pensar que no la enterrarían allí, en los terrenos de la mansión.

–¿Adónde la llevan? –pregunté, deteniéndome cerca y mirando a los hombres con expresiones sobrias guardar el cadáver en la carreta.

–Derridon –contestó Chijioke–. Es un poblado al norte. Espero que su familia pueda recibir el cuerpo en su país o, por lo menos, en Londres.

No parecía interesado en ver cómo la cargaban en la carreta, por lo que mantuvo su mirada fija en mí.

–Oí que se enojaron mucho por haberte encontrado junto a la fallecida. ¿Tenías pensado marcharte?

Alterné la mirada entre él y Mary, y noté que tenían los hombros caídos y ojos cansados, su vergüenza colectiva se tornó bastante evidente. Creían que había escapado porque me habían culpado de un asesinato. Sonaba ridículo y adorable a la vez, pero no estaba de humor como para burlarme.

Incluso por más que no confiara en ellos, no tenía ninguna intención de tratarlos como bufones.

–No, me marché porque este lugar me asusta. No quiero ser parte de su... lo que sea que hagan.

Miré a Mary y automáticamente puso la mirada sobre el broche en mi delantal.

–Entonces ¿por qué regresaste? Pasaron muchas horas, muchachita. Creímos que te habías ido para siempre.

–Una enorme bandada de cuervos me persiguió hasta la cabaña de un pastor –

respondí con amargura—. Allí me senté a pensar y decidí regresar por Rawleigh Brimble.

—De verdad parece un buen muchacho —dijo Mary, clavando la pala y recostándose sobre esta.

»Pero el Sr. Morningside no comete errores, Louisa; debe estar aquí por alguna razón. Sé que es difícil de aceptar, pero incluso las personas buenas pueden estar corrompidas en su interior. ¿Nunca mordiste una manzana que pensaste que se veía deliciosa solo para encontrarte con que tenía un sabor agrio y amargo? Es horrible, pero las personas también pueden engañarte de esa forma todo el tiempo.

—Rawleigh no es una manzana podrida —le dije, decisiva—. Simplemente está... confundido. Y además, es mi amigo.

Al oír eso, se miraron de un modo que no pude comprender por completo. Chijioke se llevó la mano a su pronunciada mandíbula y frunció el ceño, una expresión que anticipaba más regaños.

—Está bien.

—¿Disculpa? ¿En dónde quedó toda la devoción efusiva hacia las palabras del Sr. Morningside?

—Cosas extrañas han ocurrido —se encogió de hombros y continuó rellenando los hoyos—. Si tienes razón, estoy seguro de que el Sr.

Morningside hará lo correcto. ¿Qué se supone que hizo el muchacho?

—Matar a su protector —le contesté, esperando a que Mary dijera algo a favor de su amo. Pero se quedó mirando pensativa, incluso dispuesta a escuchar—. Todo fue un accidente. Una especie de alergia extrema a las nueces, o algo por el estilo. Lo importante es que Rawleigh no tenía ninguna intención de lastimarlo. Creo que en verdad quería y respetaba al hombre.

—Entonces, ¿quizás pertenece al Inframundo!

Al escuchar eso, casi provoca que mi alma saliera de mi cuerpo. Volteé y encontré a Poppy junto a su perro detrás de mí. Me saludó con la mano y luego señaló a Chijioke.

–¡Estás arruinando todo el duro trabajo de Bartolomé!

–Los hoyos quedan mal, Poppy –le murmuró, levantando la mirada hacia arriba–. Y son peligrosos. ¡Casi me rompo las piernas dos veces esta semana!

–¡Está practicando! –explicó.

–¿A qué te refieres? –le pregunté, inclinándome un poco para hablar con la pequeña niña de coletas.

Poppy hizo una mueca con su boca y cruzó los brazos por encima de su vestido azul.

–¡Es muy pequeño y necesita practicar ahora, o nunca mejorará, y no podrá regresar jamás al lugar caliente! No quiero que se vaya, pero es lo que tienen que hacer los de su especie. Por eso, necesita practicar, Chijioke –de inmediato, sacó la lengua y sopló con fuerza.

–No lo del perro –le dije, suspirando–. Sino lo del Inframundo. ¿A qué te refieres precisamente?

–¡Ah! –comenzó a reír con mucha fuerza y acarició la cabeza del cachorro–. Lee puede ser uno de nosotros. Nunca ha ocurrido antes, pero Mary y Chijioke son muy, muy inteligentes y si ellos te creen, entonces lo más probable es que haya un giro inesperado o algo de eso.

–Pero se lo ve perfectamente normal –le indiqué y, luego, hice una mueca de dolor–. Lo que significa... simplemente...

–No te preocupes –musitó Mary con cariño, pero sus mejillas se sonrojaron–. Sabemos a lo que te refieres.

–Normal es una palabra graciosa. Me gusta cómo suena –la joven Poppy volvió a reír y pateó la pala de Mary e, inmediatamente, la de Chijioke–. Él podría ser un descendiente de... un Hada Oscura o un espectro o un invocador de la muerte o un Barquero o eso que es Mary que aún estoy convencida de que no son palabras reales o un bebedor de las sombras o, o...

–Ya entendimos, Poppy –interrumpió Chijioke, moviendo su pala fuera de su alcance.

–Solo es un muchacho –eso era otra cosa absurda en una larga y creciente lista–. Un aburrido humano como yo, una aburrida humana –afirmé.

Se quedaron mirándome en un tenso silencio incómodo, silencio que se rompió cuando noté que la puerta principal de la mansión se encontraba abierta detrás de ellos y Lee salía de allí apresurado hacia su tío y la carreta. Luego se detuvo al vernos juntos, no muy lejos en el campo.

Nadie habló cuando se acercó. Llevaba puesto un traje para viajes enmendado, acompañado con un ribete gris claro y guantes de cuero. Al verme, sonrió, juntando sus manos mientras se acercaba hacia donde me encontraba.

–Qué placer. El ama de llaves me comentó que te habías marchado pero no especificó por cuánto tiempo. No esperaba verte aquí tan pronto.

–Hola, aburrido humano –dijo Poppy saludándolo con la mano.

–Oh, ehm, hola –le contestó, soltando una risita nerviosa–. Nos dirigimos hacia el pueblo. A un lugar llamado Derridon. Nunca oí hablar de él, pero aparentemente hay un muy buen sepulturero allí. Creí que quizás te gustaría venir con nosotros, Louisa. He estado deseoso de tu compañía.

Suavemente, Mary se aclaró la garganta, indicándoles a los demás que se marcharan para darnos privacidad. Me sonrojé, sabiendo exactamente lo tonta que seguramente me veía. *Deseoso de tu compañía*. Si aceptaba la forma en que eso sonaba, entonces tendría que aceptar que Lee no estaba solamente intentando ser mi amigo, sino que estaba intentando *cortejarme*.

–No puedo hacer eso –musité–. ¿Cómo crees que se vería? Soy una simple sirvienta aquí.

Se inclinó hacia delante y guiñó un ojo. Su proximidad me hizo parpadear aún más fuerte.

–¿Por mí? ¿No puedes inventar algo? ¡Ya sé! Que me tienes que ayudar con la entrega, o, no sé, tú eres más astuta.

Los otros nos estaban mirando y no podía decidir qué me ponía más incómoda, si él o la audiencia. En cualquier caso, sabía lo que tenía que hacer. ¿Acaso no



había regresado para ayudarlo a él? Tenía que advertirle. Y quizás podría ir. Quizás podríamos subir a la carreta y marcharnos para nunca regresar.

Lo tomé de la manga y lo jalé hacia mí, bajando la voz hasta que sonara como un susurro nervioso.

–Encontraré la forma de ir contigo, pero si no puedo o me detienen, prométeme que nunca regresarás a este lugar. Ve a Derridon si es lo que debes hacer, pero luego alquila un carruaje y escapa. Escapa, Lee, lo más lejos que puedas de la Coldthistle House.

# Capítulo Veinticinco



# El eterno misterio de la Orden Perdida

*En la gran vastedad de mis viajes, en Siria, Jerusalén, Venecia, Roma y las catacumbas de París, me he topado con una secta sin nombre que me perturbaba mucho más que las hadas lloronas o los Sabuesos del Infierno. Digo sin nombre, aunque sé que eso no es verdad. Claro que tienen un nombre y, ciertamente, debe ser algo de gran importancia, dado que en cada lugar de adoración había indicios de que este alguna vez había estado escrito. Si no se*

*encuentra quemado o tapado con alguna pintura, está laboriosamente borrado de las piedras, dejando solo visible el leve destello de una letra aquí y allá. Puede parecer una completa pérdida de tiempo y esfuerzo, tallar el nombre y las letras de tu orden en la pared o en el suelo, y destruirlo de inmediato sin haberlo terminado.*

*Tal como lo escribió el poeta: “¿Qué hay en un nombre?”.*

*Más allá de borrar el nombre, no se molestan en borrar ningún otro tipo de evidencia de su visita a esos lugares. Algunas calaveras usadas para los rituales, cadáveres de serpientes rayadas, rojas y blancas, en estado de putrefacción, atadas y mutiladas. Incluso dejan atrás fragmentos de sus hechizos, casi descaradamente, como si lo hicieran para burlarse. Adoran a Mixcoatl, Gurzil, Maahes, Laran Todos Dioses de la destrucción y de la guerra, pero ¿con qué propósito?*

*Otros demonólogos han sugerido que estos cultos son meros grupos de aficionados sin ningún tipo de organización y que solo juegan a conjurar hechizos; que no tienen ningún propósito digno de ser estudiado al mismo nivel que otros eventos más extraños. Pero debo discrepar. Hay orden en su locura, y ese orden significa que tienen un propósito. Tener un propósito significa tener un objetivo.*

*La colección de extraños mitos y leyendas de H. I. Morningside, página 98.*



**T**erminaron de cargar las carretas justo cuando el sol se escondió detrás del horizonte. Las farolas iluminaban el campo de Coldthistle, sus vidrios manchados y sombríos apagaban la luz que emanaba de su interior hasta no ser más que pequeños puntos en la creciente oscuridad.

Me aproveché de las sombras, ofreciéndome a ayudar a Mary y Chijioke a rellenar los hoyos hasta que las carretas tuvieran que partir. Luego, me ofrecí para llevar las palas hacia la parte trasera del granero, algo que aceptaron con mucho gusto. Chijioke también iría con los hombres hasta Derridon, pero Mary se quedaría para ayudar en la cocina. Simplemente podría subirme a la carreta con Lee para marcharme, pero la última vez que había escapado, una bandada de cuervos me persiguió, ya sea que hayan sido enviados por el Sr. Morningside o por alguien más, como una especie de advertencia o castigo. Por tal motivo, decidí que un acercamiento sutil y silencioso sería mucho mejor.

Necesitaba escapar de Coldthistle, pero no sin antes asegurarme de que Lee estuviera a salvo. Incluso si lograba llegar a América, un océano entero no sería suficiente para quitarme la culpa de su muerte.

Una vez en el granero, decidí guardar las palas y escabullirme hacia el henal para recuperar el libro del Sr. Morningside. Había considerado dejarlo allí, pero él había acertado en algo: yo era curiosa. Curiosa por saber si todo lo que había dicho sobre un mundo más grande y un Inframundo era cierto, curiosa por saber más sobre esas ridículas historias, incluso si no las creía del todo. Y sin haberlo terminado por completo, no tenía idea de si me sería de ayuda, ya fuera directamente o de cualquier otra forma, para contrarrestar el poder del libro del ático. Me resultaba tonto tener que depender de un broche por el resto de mi vida.

Jalé hacia abajo la escalera y subí al henal, apresurándome para ocultarme en el pequeño y acogedor escondite. Pero me quedé fría cuando noté que estaba ocupado.

El Sr. Morningside. Pasaba las hojas de su propio libro dándome la espalda y, luego, volteó lentamente, levantando una de sus cejas oscuras mientras me miraba por detrás de la desgastada portada.

—Sabes, es extremadamente grosero que Spicer ni siquiera se haya molestado en quedarse con esto. Sinvergüenza. Supongo que no podía esperar otra cosa de alguien del Supramundo —cerró el libro con fuerza y lo acercó hacia mí, con una

expresión de bondad casual.

No lo tomé. Se sentía, al igual que todo, como una de sus trampas.

–¿Cómo estuvo tu pequeña caminata por el campo? ¿Algo interesante?  
¿Avistamiento de aves, quizás?

–Usted envió esos cuervos –le dije, sintiendo que cada segundo pasaba a un ritmo alarmante. Las carretas estaban a punto de marcharse si no me daba prisa–. Me *atacaron*. Creí que había dicho que podía marcharme.

–Claro que puedes. Te entregué el broche, ¿no es así? De todas formas, ¿cómo sabes que las aves estaban tras de ti, eh? Quizás eran para el anciano de la cabaña.

–¿Conoce al pastor? –le pregunté, mirando de reojo la pequeña ventana del lugar. Afuera estaba completamente oscuro. Necesitaba apresurarme.

–Nuestro querido, queridísimo vecino. A menudo, alguna de sus estúpidas ovejas comienza a deambular dentro de la propiedad. Entonces, sí, ya he hablado con él. ¿No crees que luce como un budín sin cocinar?

–Fue amable conmigo –le contesté levantando mi barbilla, desafiante–. Además, él no está a cargo de un hotel lleno de asesinos.

–Entonces quizás debas irte a vivir a esa sucia pocilga con él. Seguro lo encontrarás completamente estimulante. ¡Ovejas! Qué divertido. Espero que tu pequeño corazón pueda soportar tanta emoción –esbozó una blanca y enorme sonrisa a medida que se acercaba con el libro en la mano, ofreciéndomelo hasta que tocó levemente mi brazo–. Tómallo. Tengo cientos de estas copias amontonadas en mi armario.

–¿Nadie quiso comprar una colección de historias de hadas para niños? –le dije, burlándome, ya que quizás podría hacerlo enojar lo suficiente para que se marchara. Si se quedaba, no habría forma de llegar a las carretas para asegurarme de que Lee se marchara completamente a salvo. De todas formas, el comentario solo hizo que riera. Le quité el libro de sus manos y lo presioné contra mi pecho.

–¿Ya llegaste al capítulo de los Sustitutos, Louisa? –me preguntó, entrecerrando los ojos.

–No. Suena insignificante.

–Yo diría apropiado, más bien –rio ante mi expresión de sorpresa y se inclinó desde la cintura para mirar por la ventana mientras hacía un sonido con su lengua–. Parece que tu viaje a Derridon está a punto de salir. Deberías apresurarte ahora mismo.

¿Mi viaje? No podía entenderlo; me quedé mirándolo tan perpleja que el libro casi se me cae de las manos.

–¿Por qué habría de ir a Derridon? –le pregunté, incluso cuando mi corazón había comenzado a latir con más fuerza al pensar en esa posibilidad.

–Hay algo que todavía no logro entender sobre el Sr. Bremerton –me explicó el Sr. Morningside, irguiéndose. Inclinó la cabeza un poco hacia un lado, con sus ojos dorados vagando por el techo–. Vino hasta aquí con su sobrino para investigar algo sobre una aburrida herencia, pero no ha hecho nada de eso más que coquetear con la recién difunta Sra. Eames y husmear en los alrededores de la residencia. Si está tan decidido a quitarle el dinero a ese muchacho, entonces ¿por qué no puso mayor esfuerzo para conseguirlo, en primer lugar? No, algo no huele bien, si sabes a qué me refiero. No hay ninguna razón para que Bremerton vaya a Derridon esta noche, por lo que quiero saber por qué de repente está tan entusiasmado por ir. Tú puedes ayudarme con eso.

Se movía muy rápido. Claro que era una posibilidad, y sí, la residencia parecía atraer a muchos villanos, pero parecía demasiado trabajo solo para estafar a su sobrino. Y además, no me había agradado desde el primer momento en que lo vi, ¿cierto? Me comenzó a doler la cabeza otra vez. No, no, no, simplemente me desagradaba porque era exactamente el típico rico bastardo a quien le podría robar con mucha facilidad. Esto debía ser una de sus estrategias... Una distracción. Una forma de ponernos a Lee y a mí en contra.

–No lo espiaré por usted –le dije, volteando hacia la escalera del granero.

–¿Quién dijo que debías hacerlo? –preguntó el Sr. Morningside. Levantó sus manos inocentemente, pero sabía que mentía–. Creí que tu amigo Lee Brimble era

inocente. Si su tío planea robarle toda la fortuna al joven muchacho, entonces seguramente tú estarás dispuesta a protegerlo. Solo quiero saber si mis sospechas sobre él son correctas. Tú siempre estuviste dispuesta a probar la inocencia de Brimble. ¿Has cambiado de parecer?

–Claro que no –le respondí, volteando–. Tal vez, él y yo nos podríamos marchar, ¿ha pensado en eso?

–No hay nada que pensar. Si su destino es estar en Coldthistle, allí estará. Ningún milagro evitará que así sea –el Sr. Morningside se encogió de hombros y se marchó hacia la escalera, pasando junto a mí. Su cercanía hacía que mi piel se erizara y aun así no dejaba que me moviera, su presencia tan repelente, también era irresistible. Lo odiaba, pero aún quería continuara hablando. Que me revelara más cosas. ¿Cómo podía ser que tuviera todo ese poder sobre las personas? ¿Cómo podía saber tanto sobre libros y maldiciones y un Inframundo que se movía como una sombra siniestra debajo de nuestro propio mundo?

Levanté la mirada hacia él y me perdí en sus ojos, similares a los de un felino.

–Entonces, quizás, yo soy ese milagro.

Al oír eso, estalló de la risa.

–¿Tú? –preguntó cuando retomó el aliento, limpiándose las lágrimas invisibles que caían por sus mejillas–. ¿Eres un milagro, pequeña Louisa, o una *maldición*?

Su voz se tornó más grave al momento en que bajó la cabeza y acercó sus labios muy cerca de mi oído para terminar sus pensamientos con un susurro rasposo.

–Creo que ambos sabemos la repuesta a eso.

–¿Señor? ¿Señor? ¿Sr. Morningside? –era Chijioke llamando desde abajo del granero, su voz retumbaba entre las maderas del lugar.

–Aquí arriba –el Sr. Morningside retrocedió hasta quedar a una distancia más segura y sonrió una vez más–. Creo que es tu viaje, Louisa, a menos que, claro, quieras quedarte y hablar un poco más...

–No –le respondí, desapareciendo por la escalera. Me negaba a mirarlo una vez más. Me negaba a ser atrapada–. Me voy, Sr.



Morningside, y nunca más regresaré.

# Capítulo Veintiséis



Chijioke me ayudó a subir en la parte trasera de la carreta que él se encargaría de conducir hacia Derridon. Me acomodé junto al asiento derecho fijado al suelo. En la otra parte de la carreta había otro asiento y, en el medio, yacía el cuerpo sin vida de la viuda, envuelto en unas pesadas sábanas. El suelo de la carreta estaba lleno de excremento de aves seco.

–Preferiría ir dentro del carruaje con los demás –dije suavemente, dejando que solo la punta de mis pies tocaran el suelo. Era prácticamente imposible convencer a Lee de que se marchara para siempre de Coldthistle, ya fuera que lo hiciera conmigo o no. Aun así, estar allí era mejor que nada. Debía asegurarme de que no regresara al hotel. Además, a esta altura, solo me encontraba a unos pocos centímetros por encima de la mirada de Chijioke, quien llevaba puesto un pesado abrigo de lana y una bufanda tejida muy gruesa.

–El Sr. Bremerton pidió privacidad para él y su sobrino –me contestó, también susurrando–. Por ahora, es un huésped y, como tal, debe recibir buen trato. No hay lugar para ti aquí adelante. Contigo y el cuerpo de la viuda allí atrás, apenas tengo lugar para esta caja de provisiones semanales aquí al frente. Solo mantente alerta, ¿sí? El doctor no es alguien en quien podamos confiar. Ninguno de ellos lo es.

–Yo confío en Lee –le respondí, molesta–. No es como los demás. Y, además, el doctor me defendió.

Chijioke negó con la cabeza y esperó hasta que el Dr. Merriman se subiera a la parte trasera de la carreta. La puerta se cerró de un golpe y Chijioke movió su mandíbula, tomándose un momento para hablar hasta que nuestras miradas se cruzaron.

–Cree lo que quieras, Louisa; solo recuerda lo que dije. Grita si necesitas ayuda. Caminó hacia la oscuridad y, por un momento, lo perdí de vista al salir de la

seguridad que brindaba la luz de nuestras farolas, y continuó alrededor de los caballos. En el asiento, había una manta añeja, la cual coloqué sobre mis piernas, tratando de contrarrestar el frío.

Foster les hizo una señal a los caballos que tiraban del carruaje delante de nosotros y, enseguida, oí el chasquido del látigo en medio de la noche. Nosotros los seguimos por detrás, y pensé con anhelo en lo cálido que debía estar dentro de su carruaje. Dios, cuánto había cambiado todo desde la vez que estuve allí dentro. Había pasado menos de una semana y, aun así, me sentía tan diferente, como si todo el mundo de pronto se hubiera tumbado. La inocencia podía desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos. Había estado tan ansiosa por llegar a

Coldthistle, y ahora no podía pasar otro minuto más sin desear poder escapar de allí y dejar todo atrás. Intentaría sobrevivir el ventoso camino solo por lo que me esperaba al otro lado.

*Pero con un amigo*, me recordaba. Era nuestra oportunidad de escapar del Sr. Morningside y sus maléficos planes. Probablemente, requeriría dejar al tío de Lee atrás. Por más de lo que hubiera dicho su sobrino, ¿cómo lograría que un hombre adulto creyera mi historia? Me llamaría histérica y tonta, y quizás manipulara a Lee para que estuviera en mi contra.

Si es que no lo estaba haciendo en ese mismo momento. *Privacidad*. Eso no sonaba bien. Estaba haciendo su mayor esfuerzo para separarnos, pero ¿por qué? ¿Acaso presentía que nos estábamos volviendo muy cercanos?

–Luce preocupada, señorita.

La carreta se salió del camino y las ruedas comenzaron a crujir y moverse de un lado a otro sobre rocas y grava, algo que provocaba que las farolas rechinaran sobre sus bisagras a medida que el movimiento las traía hacia atrás y adelante. Me encontraba acurrucada como una cosa muerta sobre el sucio asiento, cuando volteé mi cabeza hacia el doctor, esbozándole una sonrisa. Enseguida, el camino se tornó mucho más incómodo y duro, con la lluvia arruinando toda posibilidad de que

fuera un viaje suave.

–Viajar de noche siempre me hace sentir mal –le mentí. La noche no me asustaba, ya no más, no en ese momento en el que sabía que existían cosas mucho peores que simplemente la oscuridad.

–No tema. Soy muy habilidoso con las pistolas –me dijo con una leve sonrisa–, no *solo* con los bisturíes. Foster también debe tener alguna experiencia con las artes marciales, ya que el Sr. Bremerton mencionó durante la hora del té que es una persona muy habilidosa con las manos y los sables. Aparentemente, practicó boxeo durante su juventud y pasó mucho tiempo en el Levante y América.

Asentí, pretendiendo estar entusiasmada. Aún sentía el frío intenso debajo de la manta y mis ojos siempre se posaban sobre la carga envuelta entre el doctor y yo. Solo parecía una idea que una mujer muerta estuviera tan cerca de mí. El cadáver no emanaba ningún olor y, a juzgar por cómo estaba envuelto, parecía más una alfombra o un paquete que una persona que alguna vez estuvo viva.

–Qué rápido puede cambiar todo –musité.

Era sorprendente que el doctor me hubiera podido escuchar entre todo el ruido que provocaba la parte trasera de la carreta de provisiones.

–La belleza de la vida yace en su brevedad –afirmó con seriedad, llevándose una mano al corazón. Era un sujeto bastante ridículo, pero más agradable que el Coronel, al menos–. Espero que no estés muy molesta con nuestros... inusuales arreglos de viaje.

–Encontraré la forma de soportarlo –le respondí. Me preguntaba si siquiera podía oírme entre tanto estruendo de las ruedas repiqueteando contra el camino rocoso.

Cometí el error de mirarlo a los ojos, ya que solo me encontré con que me estaba mirando fijo intencionalmente. Intensamente. Su expresión denotaba gran afecto, como si estuviera observando a una vieja amiga y no solo a una muchacha que recién acababa de conocer. Volteé, presionando con más fuerza la manta sobre mí. Luego, aparenté recostar la cabeza hacia atrás y dormir, pero su mirada aún

seguía penetrante en mí.

–Sabes, luces como un ángel en esa posición. Tan pacífica. Tan inocente.

Abrí los ojos, alarmada.

–No soy un ángel, señor, solo una sirvienta cansada.

–No, es verdad, no eres un ángel –se rio levemente, acariciando su oscuro bigote con la punta de sus dedos, recorriéndolo lentamente–. Uno debe preguntarse si en verdad usted no guarda ninguna relación con la muerte de la viuda.

–¿Disculpe? –quería desaparecer debajo de la manta, o quizás empujarlo fuera de la carreta. El camino se había tornado más suave y Coldthistle se volvió solo un pequeño punto en la distancia detrás de nosotros. Aun así, podía ver las sombras deambulando por las ventanas, los Residentes regresando a la vida, fervientes, con el anochecer sobre ellos. Volteé a mi derecha, hacia la cortina que me separaba de Chijioke.

–Oh, los demás piensan que estabas celosa de ella, de su belleza y riqueza, pero dudo de que alguien como tú decida cometer un asesinato por algo tan insignificante –dijo, todavía acariciando su bigote–. Pareces una muchacha inteligente. ¿Simplemente encontraste su carta de casualidad? ¿Sabías que intentaba estafar a esos hombres a ciegas?

–La encontré así como todos la vieron –le contesté rápidamente–. Su estafa no tenía nada que ver conmigo. ¿Por qué me importaría?

El Dr. Merriman asintió lentamente, pero su mirada se intensificó.

–Entonces *eres* inocente de su muerte.

–¡Dios Santo, *claro* que lo soy!

La carreta se tambaleó con fuerza de lado a lado, sacudiéndose a causa del suelo desaparejo. Y justamente eso era lo que no tenía que decir. El doctor sonrió y se cambió de asiento en un instante, pasando por encima de la viuda con mucha facilidad, debido a sus largas piernas. Se sentó a mi lado. Cerca. Demasiado cerca. Luego, recordé su mano apoyada sobre mi pierna en la Habitación Roja y el frío

de la noche se tornó mucho más intenso y siniestro. ¿Cuánto faltaba para llegar a Derridon?

–La completa inocencia es muy extraña de encontrar –dijo, y me alejé de a poco al escuchar su tono de voz. Ya no solo me miraba con esa extraña pero tolerable amabilidad. Su intención se había vuelto más penetrante y su respiración más pesada y amarga sobre mi hombro–. Mi niña también era inocente. Me recuerdas a ella, a mi hija, con el mismo cabello negro, ojos oscuros...

Me quedé pensativa, buscando las palabras correctas para decir. La distracción correcta.

–¿Cómo es ella?

–No muy astuta, pero confiable y buena. Siempre escuchaba a su padre. Siempre hacía lo que le decía –suspiró con tristeza–. Hasta que un día lo dejó de hacer. Siempre me pregunté cómo fue que ocurrió... Cómo puede ser que una niña agradable y cariñosa se convirtiera en una mocosa demasiado importante para su padre, demasiado importante para el mundo entero.

El doctor suspiró nuevamente, pero ahora sonaba decepcionado.

–Quizás fue porque la inocencia es como una vela; puede apagarse con un soplo o puede quemarse durante un largo tiempo hasta desaparecer en la nada, pero de una forma u otra, siempre está destinada a morir –sacudió su cabeza sin poder aceptarlo y colocó su mano sobre mi pierna, algo que me hizo sentir que se apagaba mi alma ante la sensación. Dios, Chijioke tenía razón, y el maldito Sr. Morningside también. Todas las personas atraídas a la Coldthistle House estaban podridas en su interior–. Durante mucho tiempo culpé a su madre, pero no, Catarina eligió su propio destino. Eligió a otro hombre por sobre mí y nunca volvió a ser la misma.

–Por favor –le dije muy levemente–. ¿Puede quitar su mano...?

–No lo creo –presionó con más fuerza mi pierna y sus dedos comenzaron a atravesar, poco a poco, la manta y falda, clavándose en mi piel–. La enterré con mis propias manos, ¿sabes? Limpié el cuerpo. Lo vestí. Cavar la tumba me llevó

mucho más tiempo de lo que había imaginado, pero lo valió, todo lo valió. Así podría ser el único en su vida después de todo.

Tragué saliva con fuerza y levanté la vista hacia arriba. Quizás simplemente era un padre sin rumbo y aún de luto. Ese momento pasaría y se recuperaría. Yo sobreviviría.

–Debe extrañarla mucho.

–Cada segundo que pasa, sí.

–Si le molesta tanto, será mejor que no hablemos de...

–Me ayuda hablar de ella –me interrumpió. Sus ojos castaños se llenaron de lágrimas–. Hay tristeza, sí, al igual que amargura. Ira. Y culpa... mucha culpa.

–Estoy segura de que como padre hizo todo lo posible –le dije con debilidad. Una voz en mi cabeza me insistía en que no quería saber la forma en que la niña había muerto.

La aspereza del camino y la forma en que nos movíamos provocaban que sintiera un intenso dolor en mi mandíbula.

El Dr. Merriman se movía hacia atrás y adelante con la mano aún presionada contra mi pierna como una pinza. Su rostro se calmó luego de un momento y me dio una palmada sobre el muslo. Parecía como si estuviera a punto de olvidar la estresante conversación, pero de pronto, me miró una vez más y mi corazón se detuvo.

Una mirada feroz. Hambrienta. Ciega, hambrienta y de locura. Y si bien estaba sonriendo, no podía sentir ningún tipo de alegría en ella, solo obsesión.

–Tú puedes ser como ella. Como la buena Catarina. Puedes ser obediente y dulce, nunca poniendo a otro hombre por encima de tu padre.

–Yo... estoy segura de que su hija es irremplazable.

La risa que soltó no fue muy diferente a un sollozo.

–No tienes idea de lo que es. No podrías saber... lo que se siente crear una persona. ¡Crear una persona! Es el cielo y el infierno, todo en uno, porque el amor que sientes por ellos es doloroso. Cada mentira que dicen, cada golpe que sufren,

te lastima. Son tu carne, pero no se comportan como si lo fueran. No puedes controlarlos; yo no pude controlarla. No entiendes, joven Louisa, lo que se siente fallar de esa manera.

Mi rostro se transformó en una máscara de obediencia plana. *No sonrías. No hagas ninguna mueca.* Incluso, la más mínima señal de burla o desacuerdo parecía que la tomaría como una puntada profunda en su melancolía. Su mano comenzó a sudar, la humedad pasó a través de la manta y de la falda hasta llegar a mi piel, algo que me provocó temblar de repugnancia.

–Le fallé. Me fallé a mí. Creé un cuerpo con mi propio cuerpo y se convirtió en alguien extraño y salvaje. En sus últimos días, apenas podía reconocer a la dulce y suave niña que alguna vez sostuve sobre mi regazo para cantarle canciones de cuna. Mi padre me golpeaba, oh Dios, ¡vaya que lo hacía! Pero yo nunca le levanté un dedo a ella, nunca, hasta que se convirtió en una extraña. Tu propia carne y sangre nunca deberían convertirse en algo extraño para ti.

Coldthistle ya estaba fuera de vista, engullida por la noche, y una leve neblina se precipitaba sobre nosotros desde el páramo desolado. Ver la residencia desaparecer me asustaba más de lo que podía admitir; viajábamos en la noche dentro de lo que parecía ser un mar de neblina y sombras, y me sentía completamente a la deriva hasta que llegáramos a Derridon.

*Si es que llegaba a Derridon.*

Mi pierna comenzó a doler y un calambre se apoderó de la zona en la que él me presionaba con fuerza.

–Señor, me está lastimando la pierna.

El doctor siguió divagando, con el sudor provocando que su piel brillara. La carreta volvió a golpear contra otro pozo en medio del camino.

–Yo creé su carne y se arruinó. Solo había una cosa para hacer: volver a tener esa carne dentro de mí e intentarlo una vez más.

–Tener... su carne dentro –susurré, horrorizada.

–Te asustas, dulce muchacha, pero al igual que las tribus de Nueva Guinea, mi



deseo es transportar el alma de Catarina hacia una nueva generación. Yo soy el portador y la llevo conmigo ahora mismo, al igual que lo hice antes de traerla al mundo –llevó la mirada hacia atrás de mí, como si estuviera soñando. Esa sonrisa pensativa no duró mucho y, al desvanecerse, retomó su atención en mí, con la nariz brillando y la mandíbula tensa–. ¿Estuve mal en tomar su vida? No lo sé. ¿Estuve mal en consumirla? Quién puede decir... Lamento haberla criado tan pobremente. Lamento haber tomado las primeras señales de insolencia como simples caprichos de niño. Y ahora pienso en ello, comprendo que debo tomar a otra en su lugar. Su alma está contaminada. No era inocente cuando abandonó su cuerpo.

Unas marcas rojas comenzaron a aparecer debajo de sus uñas. Podía sentir cómo mi pierna palpitaba del dolor. Al sentir que su humor había cambiado tan repentinamente, grité, empujándolo a la altura de los hombros y corriéndome hacia el otro lado de la carreta.

“¡Chijiokel!”, intenté gritar, pero el sonido murió en mi garganta, seguido de un golpe en la parte trasera de mi cabeza que me hizo ahogar y escupir justo antes de caer al suelo. La visión se me nubló, las blancas gotas sobre las tablas debajo de mis dedos se llenaron de sangre hasta que la madera se tiñó de rojo. Arrastrándome, logré levantarme y sentarme para recuperar el aliento.

Me tomó por el tobillo y me empujó, vicioso, y comencé a sacudirme, arañando la madera del asiento mientras luchaba por mi vida. *¡Pateen!* Les ordenaba a mis piernas. *¡Pateen, maldita sea!* Pero mi cuerpo estaba débil y mis músculos respondían con lentitud.

“Chijiokel...”, intenté de nuevo, pero no sonó más fuerte que un susurro.

El doctor me golpeó nuevamente con sus puños y me hizo toser, cayéndome una vez más. Logré golpearlo con mi talón sobre el tórax y pude alejarlo, pero solo por un momento. Su sombrero se había caído por la puerta trasera de la carreta luego de toda la conmoción, quedando perdido entre la neblina de la noche. Merriman estaba sobre mí una vez más, sacudiéndome por todos lados y presionándome

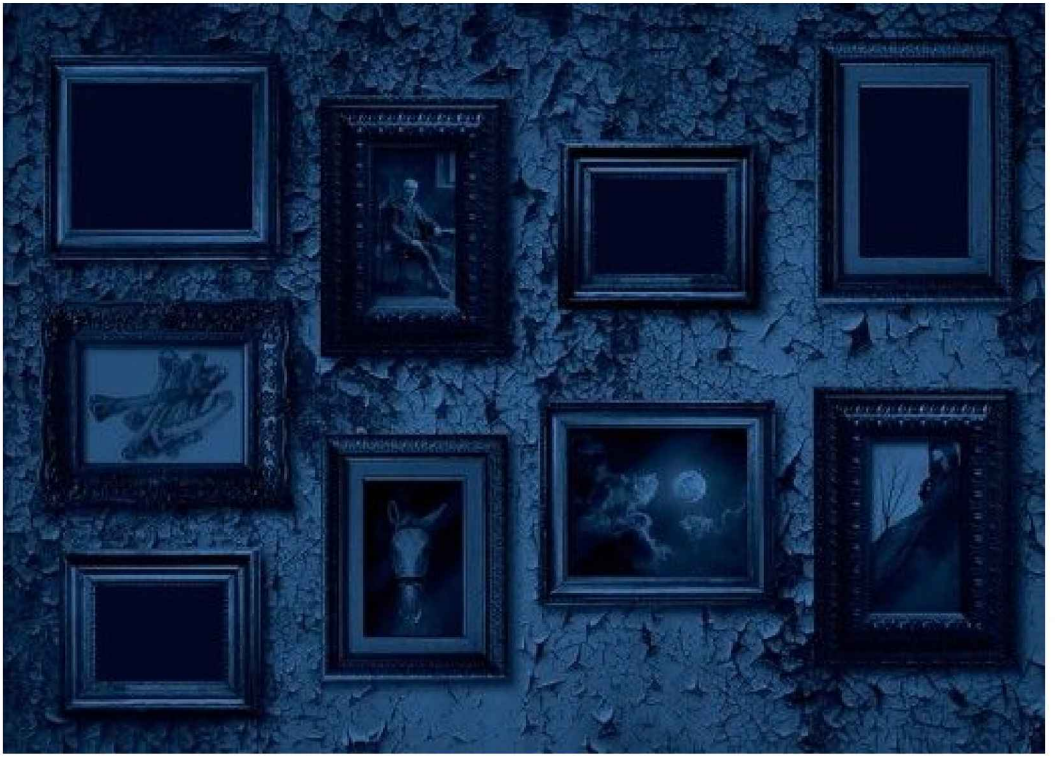
contra una de las paredes de la carreta. No importaba el lugar en donde cayera, siempre terminaba sobre mí, sacudiéndome de un lado a otro.

El cadáver de la Sra. Eames amortiguó mi caída, pero solo un poco, y volví a toser, sintiéndome enferma y con todo el cuerpo temblando. Apenas podía ver, los golpes en mi cabeza me habían hecho sentir mareada y distante, como si mis pensamientos y voluntad de pelear se hubieran marchado fuera de mi alcance, abandonándome, girando y llorando sola. Tenía que haber algo que pudiera hacer; simplemente tenía que respirar. Respirar y pelear. Me pude reponer con una respiración temblorosa, pero enseguida Merriman se arrodilló a mi lado y me sujetó las piernas a medida que se quitaba la corbata para usarla como una cuerda.

–Fue muy estimulante, debo admitir –susurró, con la lengua afuera mientras sujetaba mis tobillos con la corbata. Se me había cerrado la garganta del pánico, por lo que el nombre de Chijioke quedó simplemente como un pensamiento que no era capaz de transformar en un grito real. Los pozos en el camino de tierra hacían que nuestro forcejeo prácticamente no se sintiera por el movimiento de la carreta–. Cortar su carne, cocinarla, saborearla como nadie más...

Resoplaba a medida que hacía un nudo con su corbata alrededor de mis pies, provocando que mis dedos se entumecieran.

–Y confieso –me dijo, arrastrándose sobre mí con su mirada de completa locura a medida que su sudor caía sobre mis ojos–. Deseé ese sacramento profano. Lo deseé, querida, dulce e inocente Louisa, y *al fin lo tendré*.



# Capítulo Veintisiete

**S**u horrible rostro era una simple sombra castaña y negra sobre mí, pero con el siguiente golpe, ya no pude ver más nada. Estaba recostada de lado, casi inconsciente.

¿Cuándo rezaba? Solo en momentos desesperantes. Solo cuando necesitaba un milagro. Hace mucho tiempo fui una persona devota, tan devota como lo deseaban mis padres y abuelos, y solía dedicarle horas a un Dios que nunca me protegió. Hasta que me cansé de que me pusiera a prueba constantemente. Me cansé de las excusas. No puedo decir si en verdad dejé de creer, pero sí dejé de intentarlo. Sin embargo, en ese momento, cegada por el dolor en mi cabeza y con lágrimas deslizándose por mis mejillas a la par del suave sonido metálico del cuchillo al ser desenfundado, recé. Y luego, me levanté. Lo pateé con mis piernas y comencé a golpear a ciegas con mis manos, deseando que alguien apareciera para hacer que todo esto terminara.

Llamé una y otra vez a Chijioke, pero al tener sangre corriendo por mi garganta, mi voz era un simple balbuceo. Seguramente, mis dientes debían haber cortado algo cuando me golpeó la cabeza. Su aliento caliente impregnó mi rostro con su olor, pero aun así continué luchando, sacudiéndome de un lado a otro. Fue en vano, ya que se las arregló para oprimirme los dedos y sujetarme por la muñeca con una sola mano. Ya no podía hacer otra cosa más que retorcerme en vano, como un pez fuera del agua.

*Por favor. Alguien debe estar escuchándome. Algo. Cualquier cosa. Los seres buenos y celestiales de los que me hablaron, o los oscuros y peligrosos que caminan entre nosotros.*

Mi vista se estaba recuperando, pero eso solo hacía que todo fuera peor. No quería ver a este monstruo disfrazado de humano, ni tampoco esa sonrisa en su

rostro mientras me lastimaba. Un centelleo plateado resplandeció ante mis ojos. El cuchillo. Un gemido recubierto en sangre sonó en mi garganta, un gorjeo triste y perdido que me hizo sentir completamente en ruinas.

De pronto, un trueno resonó en la distancia. Él también lo había oído. Levantó su cabeza sorprendido a medida que se inclinaba sobre mí, y traté de escuchar con más atención, deseando que fuera algún pequeño rayo de esperanza. Cascos de un caballo. Sonaban cada vez más fuerte a medida que se acercaba a toda prisa hacia nosotros. Incliné mi cabeza hacia atrás y miré, al revés, cómo un jinete se aproximaba a la carreta por detrás, galopando con una túnica que le recubría la cabeza y de la cual se desprendían algunos cabellos rizados y castaños al viento.

Mary.

–¡Detén la carreta! –oí una voz gritar por detrás del doloroso chillido que sentía en mis oídos. Era la misma voz fuerte y decidida que había usado cuando me ayudó durante la tormenta. La misma voz que Maggie usaba cuando me escondía en la despensa y necesitaba tener a alguien para que me dijera: “No será siempre así”.

El chasquido de un látigo. Dos yeguas relinchando sin parar. La carreta se tambaleó y se detuvo tan abruptamente que la parte trasera se levantó por completo del suelo y se inclinó hacia un lado. Una lluvia de grava y tierra cayó sobre nosotros, segundos antes de que Mary saltara de su caballo. La bestia corrió a toda prisa y se marchó hacia un lado, pero no la pude ver más hasta que Mary aterrizó a unos pocos centímetros de mi cabeza, recuperándose con un pequeño salto antes de arrojarle con toda su fuerza sobre Merriman.

–¡Suéltame! –gritó, despavorido. Los dos cayeron sobre mí y sobre el cadáver de la viuda. Pelearon por lo que parecieron horas tortuosas, y, si bien ya tenía las manos libres, mis extremidades temblaban demasiado como para poder usarlas. Mi cabeza palpitaba con mucha fuerza, mientras que mi boca estaba impregnada con un fuerte sabor a sangre y, mis pies, entumecidos por lo fuerte que se encontraban atados entre sí.

Pero ya podía ver un poco mejor. De a poco recuperé la visión, por lo que me recosté sobre mis codos y observé cómo Mary daba un leve salto hacia atrás para esquivar el cuchillo del doctor. En un principio, estaba atrapado en una de las esquinas, pero luego comenzó a ganarle un poco de terreno. Pude sentir que Mary tropezaba con mis pies mientras luchaba por encontrar un mejor agarre, y lo encontró colocando sus piernas con las mías y las de la viuda en el medio. Los ojos del doctor se abrieron furiosos mientras se acercaba a toda prisa hacia ella, por lo que intenté sujetarla por detrás para asegurarme de que no cayera de la carreta y terminara en medio del camino.

Pero, al final, no tuve que hacer nada. La lona que separaba el asiento del conductor de la parte trasera de la carreta se abrió a la mitad, dando lugar a que apareciera Chijioke entre gritos. Merriman quedó sorprendido y volteó, solo para encontrarse con el furioso golpe de un bastón sobre su cabeza.

*¡Pam! ¡Pum!* El golpe resonó hasta en mis huesos, seco y definitivo, pero Chijioke continuó golpeándolo con el bastón varias veces más, tirando al doctor contra nuestro lado de la carreta.

–Cielos santos, Louisa, ¿te encuentras bien? –Mary volteó y se arrodillo junto a mí, desenlazando la corbata en mis tobillos. Moví los dedos de los pies lentamente hasta que recobré la sensibilidad.

–¿Puedes hablar? –Chijioke arrojó el bastón hacia un lado y se arrodilló al otro. Negué con la cabeza, aún mareada, llena de miedo y conmoción. Mary tomó la corbata y la pasó por mi rostro para limpiarme algo, sangre, sudor o lo que fuera. Se mordió el labio y miró a su amigo.

–¿Debemos regresar?

–Derridon está cerca –le contestó, alzándome en brazos y ayudándome a acomodarme en uno de los asientos. La sábana que recubría el cuerpo de la viuda se había movido y una mano pálida y sin vida se asomaba a nuestros pies. Mary

volvió a poner la mortaja en su lugar con el pie.

–Estás a salvo ahora –me aseguró–. ¿Cómo pudiste dejar que estuviera a solas con él?

–Sabía que era malvado, pero no... no de esa forma –le contestó Chijioke, susurrando. Volteó sobre su hombro para mirar al doctor, pero este se encontraba quieto, con la cabeza púrpura y destrozada–. Era un viaje corto, Mary. No lo sabía.

Levanté una mano para callarlos. Tosí y, si bien mi voz se sentía rasposa y dolorosa, pude decir unas palabras.

–No es su culpa –aclaré con voz ronca–. Intenté gritar. Ruedas muy ruidosas – apenas pude decir.

–¿Qué hacemos? –preguntó Mary, inspeccionando la carreta en busca de respuestas, mientras todavía sostenía el trapo sobre mi frente.

–Está muerto. Los llevaremos a él y a la viuda con el sepulturero. El Sr. Morningside lo entenderá. Sí, podremos atender a Louisa allí. Vamos, Mary, dame tu túnica.

Se quitó la cómoda capa gris y se la entregó. Chijioke me hizo una seña para que me inclinara hacia delante y, con cuidado, me envolvió en la prenda, levantando la capucha para ocultar mi rostro herido.

–¿Puedes resistir un poco más?

–Solo magullones –susurré con mucho esfuerzo.

–Necesitaremos deshacernos de estas cosas –decía Mary. Se levantó y tomó el maletín del doctor de abajo del asiento, justo donde lo había guardado él. Algunas manchas de excremento de las aves estaban impregnadas sobre el cuero. Abrió la traba y miró en su interior. De inmediato, cerró los ojos y suspiró aterrada. Luego, rápidamente, la cerró tal y como la había encontrado–. Sí, también necesitaremos deshacernos de esto.

–¿Qué hay dentro? –le pregunté.

Mary alejó el maletín fuera de mi alcance mirando a Chijioke preocupada.

–Nada importante, Louisa. Lo único que importa es que tú te encuentras a salvo.

–Quiero saber.

Cerró los ojos nuevamente y respiró hondo, abriendo el maletín y mostrándonos lo que había en su interior. Estaba muy oscuro para poder ver con claridad, pero definitivamente podía ver unas cosas blancas y lo que parecía ser una cinta roja.

–Huesos –musitó Mary–. Y un mechón de cabello con una cinta. No mires, Louisa, es horrible.

Me recosté contra Chijioke, llevándome las rodillas hacia el pecho y presionándolas con fuerza. Podría haber sido yo la que estaba allí dentro. *Podría haber sido yo.*



# Capítulo Veintiocho

**D**erridon apareció lentamente en mi vista desde la parte trasera de la carreta. Mary se quedó conmigo, su caballo atado a los demás a medida que nos encaminábamos hacia el pequeño poblado. Apenas era más grande que una aldea, con una capilla con techo de paja y paredes de yeso, junto a una pequeña hilera de pintorescos edificios a cada lado del camino principal. El lugar se encontraba tranquilo, salvo por algunos gritos de diversión provenientes de la taberna.

Mary me tomó de la mano, o más bien, ella dejó la palma abierta sobre el asiento y yo coloqué mis dedos encima, aún con un temblor ocasional sobre mi cuerpo.

–¿Cómo lo supiste? –le pregunté. Mi voz estaba mejor en ese momento, pero aún me dolía al hablar–. Estaba rezando... deseando... y luego, apareciste.

Soltó un largo y tembloroso suspiro. Como todo ya había pasado, parecía tan débil e insegura como yo. Escondieron el cuerpo del doctor debajo de las sábanas de la viuda, pero su sangre fresca manchó la mortaja, dejando una máscara siniestra en el lugar donde se encontraba su rostro.

–Es lo que soy –me contestó–. Ah, podría haberte cuidado desde mucho más lejos, pero el último ritual me dejó sin fuerzas. Pude escuchar que me llamabas en mis sueños. Desperté con un susto muy frío. Vine lo más rápido que pude, Louisa, espero que lo entiendas.

–Gracias.

–No me agradezcas, por favor –movió su cabeza hacia el hombro, mirando hacia arriba–. Nunca tendrías que haberte quedado a solas con él. Lo juro por mi vida, Louisa, no sabía lo que había hecho, y conozco a Chijioke bastante bien como saber que él jamás querría que estuvieras en peligro.

–Se la comió –susurré con un tono sombrío–. Se *comió* a su hija.

–El Diablo se lo llevó; Chi tendría que haberle pegado una docena de veces más con su bastón.

–¿Qué harás con los huesos?

–Enterrarlos, supongo. Dejar una pequeña marca. Ella no pertenece a ese maletín.

Asentí y masajé con cuidado mi dolorosa garganta.

–Su nombre era Catarina.

–Está bien. Puedes ayudarme a hacer la cruz –retiró su mano y la colocó sobre mi hombro, a medida que la carreta se detenía–. Pero ¿*tú* te encuentras bien?

–Lo estaré –le contesté. O eso *esperaba*.

La carreta se sacudió cuando Chijioke bajó del asiento del conductor. Apareció unos segundos más tarde bajo la luz anaranjada de la luna que se cernía sobre la carretera, iluminándola. Un farolero caminaba a nuestro lado con su larga vara de metal, revisando el estado de las farolas y encendiendo aquellas que parecían casi extintas. Dada la fuerte luz que emanaba la luna llena, su trabajo parecía completamente inútil. Era una luna de sangre tan brillante que se asemejaba a un rubí brillando en el cielo. En algún lugar por detrás de nosotros, escuché a Lee hablando con su tío. Aún con la mirada borrosa, observé las fachadas de las casas. Nos habíamos detenido en las afueras del pueblo, entre la posada El cuervo timador, con la silueta de un ave levantando a un hombre por su sombrero, y un sucio letrero descuidado con la inscripción *seputureo*. La l y la r se habían borrado con el tiempo, y solo eran pequeñas marcas de pintura en la madera.

–Giles debe estar dentro –comentó Chijioke, subiendo y destrabando la puerta de la parte trasera de la carreta–. Yo distraeré al Sr. Bremerton y al muchacho mientras llevas a Louisa dentro, luego nos encargaremos de la descarga.

*Oh Dios. Lee.* Sería imposible hacer que se marchara si me veía en ese estado. Era demasiado amable, demasiado bueno como para abandonarme justo cuando había estado al borde de la muerte. Como

me negaba a dejar que un par de magullones impidieran que fuéramos rescatados de Coldthistle, necesitaría tiempo para poder cubrir las marcas en mi piel. Quizás podría robar algo del maquillaje que el sepulturero usaba en los muertos para así poder tapar los golpes, o al menos un poco para que Lee creyera que me encontraba bien. Pero luego pensé... *el Sr. Morningside acertó sobre la viuda, y también lo hizo con el Dr. Merriman. ¿Qué tal si Lee de verdad está ocultando algo inimaginable?* No. El ataque me debió haber dejado mal, eso era todo. Sería mejor que me sentara en silencio por un momento, quizás tomara un té o un revitalizador, y luego encontraría la forma de escapar de Chijioke y Mary, y así podría reunirme con Lee.

–¿Aceptarían unos tragos en El cuervo timador? –oí a Chijioke decir por encima del sonido crujiente de la falda de Mary al deslizarse sobre el asiento y extenderle una mano.

Una vez que nos encontramos de pie sobre la grava, Mary cerró la puerta de la carreta; luego, me tomó del brazo y me guio hacia el otro lado del coche, dejándolo entre medio de nosotras y los hombres al otro lado. Deslicé la túnica sobre mis ojos y nos escabullimos entre los caballos hacia el sombrío toldo del negocio del sepulturero.

Al cerrarse la puerta, pude escuchar la voz de Lee a través del ventanal.

–¿Esa era Louisa? Se suponía que hablaría con ella aquí en el pueblo.

*Regresaré para buscarte pronto, lo prometo.*

–Bueno, dos bebidas calientes ya están en camino.

La joven Mary me guio por un angosto pasillo abarrotado de retratos familiares y plantas en macetas. El suelo se encontraba limpio y brillante, pero las tablas estaban muy desgastadas y rotas. Los hombres en los retratos podrían haber sido hermanos, ya que cada uno tenía el mismo rostro delgado y enorme nariz, junto con sus prominentes barbillas y mechones de cabello rubio peinado hacia atrás. El olor a vinagre era tan fuerte que provocaba que mi nariz se moviera

nerviosamente.

–¡Giles! ¿Giles? Oh, ¿en dónde se *encuentra* ese maldito hombre? –Mary revisó puerta tras puerta. Pude ver el velatorio y un baño, al igual que varias puertas cerradas con letreros amenazantes como herramientas funerarias y químicos y artículos diversos. Era un solo piso repleto de pasillos laberínticos y pequeñas habitaciones, cada una más cálida que la otra.

–Debes venir muy seguido aquí –le remarqué en voz baja, mirando hacia una de las esquinas repletas de trampas caseras para ratas. Una parecía haber tenido éxito, ya que en su interior yacía una rata casi rebanada al medio por dos enormes cuchillos sujetos a un resorte.

–Yo no –respondió Mary, llevándome a la vuelta de la esquina y directo hacia una puerta blanca con la inscripción privado–. Una sola vez ayudé a Chijioke, pero por lo general se encarga él solo.

Al llegar hasta la manija, la puerta se abrió hacia el interior de golpe y un hombre que parecía haber salido de uno de esos retratos nos miraba con sospecha con sus ojos castaños detrás de los lentes. Llevaba puesto un elegante traje negro con rayas púrpuras y una corbata de un rojo oscuro. Una pequeña calavera de un ave adornaba en un color plateado la seda del traje. Llevó una de sus largas manos hacia la corbata mientras con la otra acomodaba sus lentes.

–Dios mío. ¡Mary! ¿De dónde vienes?

–Giles –soltó un suspiro–. Estamos aquí con más trabajo del Sr. Morningside. Se suponía que sería un solo cuerpo, pero... Bueno, tuvimos algunos problemas.

–Siempre ocurre. Adelante, pasen –nos invitó a entrar en una sorprendentemente alegre sala de estar. Los tapetes eran de un color verde vivo y las cómodas sillas, con sus piernas de caoba repletas de nudos, estaban adornadas con un patrón de tejido de Toile de Jouy–. ¿Quién es esta extraña jovencita? ¿Una nueva recluta para la *armée du diable*?

–Trabaja en Coldthistle, sí –contestó Mary, impaciente–. Louisa Ditton, él es nuestro sepulturero favorito, Giles St. Giles. Aquel gato rechoncho que está junto

al fuego se llama Francis.

–Francis tiene prohibido comer galletas –nos informó el sepulturero con voz profunda–. Ya no puede subirse a la cama, pobrecito.

El felino lucía de todas formas menos pobre; de hecho, aparentaba ser un gato completamente gordo y feliz, ronroneando sobre el tapete junto a la chimenea.

Mary me guio hacia una de las sillas cerca de un pequeño pero saludable fuego y me quitó la túnica que tenía asegurada alrededor de mis hombros.

–¿Tiene té? Louisa tuvo una discusión con un tipo malo.

*Y ahí estaba el eufemismo más grande de toda la historia.*

–Continúa –contestó Giles, cautivado–. Necesito los rumores locales, como verás. El trabajo ha sido desastroso desde que ese idiota pretencioso de John Lewis se asentó en Malton. Les pone demasiado lápiz labial a sus cadáveres, los hace parecer un manojo de Colombinas con maquillaje exagerado.

–Estoy segura de que no se compara en nada a ti –le contestó Mary de manera agradable. Acercó la silla hacia mí y levantó mi cabello para inspeccionar los magullones que se estaban formando en mi cuello–. ¿Tienes algo para esto, Giles? En verdad desearía que la Sra. Haylam estuviera aquí. Sus remedios lo aliviarían de inmediato.

–Mis clientes ya se encuentran muertos y no se preocupan por los magullones, pero si quieres me fijaré en el taller. Por ahora, será mejor que hiervas el agua y comas una o dos galletas, pero ninguna para ti, Francis, codiciosa bolsa de patatas...

Francis maulló en señal de protesta y se recostó boca arriba, mostrándonos su barriga peluda a punto de estallar.

–Yo me encargo de la cocina –le contestó Mary, levantándose y dirigiéndose hacia una arcada blanca al otro lado de la chimenea–. Chijioke llegará en cualquier momento y dudo que quiera retrasarse mucho.

–No, siempre disfruta mucho realizar su trabajo y yo siempre disfruto mucho ver cómo lo hace –contestó Giles, restregándose las manos. Hizo pasar su alto

cuerpo parecido a una cigüeña por la puerta detrás de mí, y oí sus botas resonar contra los peldaños de una escalera que se dirigía hacia abajo.

–¿Cómo te sientes? –me preguntó Mary, ocupada con el fuego y la pesada tetera negra. La observé a través de la puerta, estirándome para acariciar el cuello del gato.

–Como una manzana que se acaba de caer de una carreta –le respondí con un suspiro–. Mi muñeca estaba comenzando a sentirse mejor y tuvo que suceder esto.

Las gavetas de la cocina se abrían y cerraban a toda prisa. Apenas podía escuchar a Mary a la vez que se movía juntando pequeños frascos y cajas de madera. Mientras estaba ocupada en la cocina, miré alrededor en busca de algún tipo de maquillaje. No había nada más que libros y un globo terráqueo, y algunos dibujos encuadrados.

–¡Ah! Podremos encargarnos de eso. Hombre tonto. Tiene prácticamente todo lo que necesito aquí... lunarias, hojas de guandú, incluso violetas bálticas. Y había pensado que Giles era un jardinero inútil.

–No creo conocer ninguna de las que acabas de nombrar.

–Ya lo creo. Algunas solo crecen en suelos muy específicos durante fases especiales de la luna y se marchitan al entrar en contacto con humanos y animales. Las lunarias solo crecen en lugares donde se encuentra el cadáver de un hada –me explicó. Abrió los pequeños frascos y los vertió en diferentes proporciones dentro de una olla, al fuego. Agregó el agua hirviendo y algunas gotas de algo que tenía dentro de una licorera. Enseguida, un delicioso aroma a flores emergió desde la cocina. Francis volteó y arqueó su espalda mientras olfateaba el ambiente.

–No soy muy talentosa con los revitalizadores, pero intento escuchar a la Sra. Haylam siempre que le ensaña a Poppy.

Me trajo una taza llena hasta el borde con un líquido caliente. Puse mi nariz sobre el vapor e inhalé profundo; mi estómago comenzó a rugir al sentir el aroma. Parecía mantequilla mezclada con violetas, o el perfume del pan horneándose

sobre un campo floreado.

Giles St. Giles entró a toda prisa por la puerta con un frasco de sanguijuelas negras bajo su brazo. Su rostro se derrumbó al sentir un poco del aroma de la mezcla que tenía en mis manos.

–Mary, diablilla, me engañaste. Creí que podría colocarle algunas sanguijuelas en la piel. Prácticamente cualquier tipo de mal se puede curar con unas buenas sanguijuelas. Excepto la anemia, claro –comenzó a reír como si hubiera dicho la broma más graciosa jamás contada.

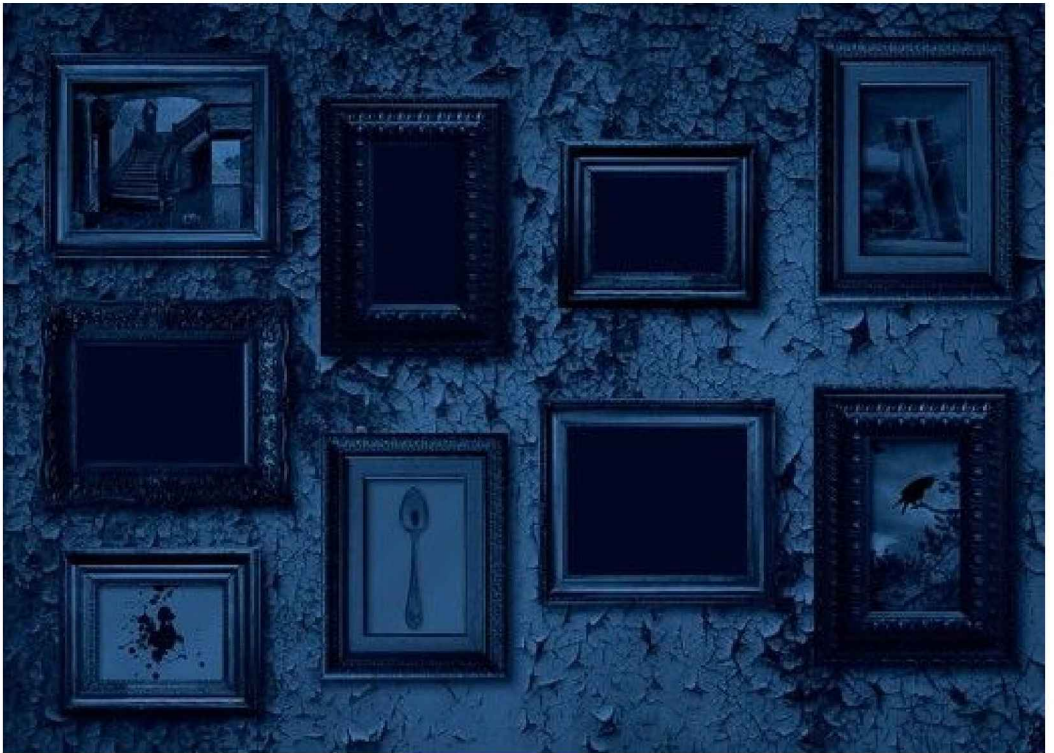
–Creo que podremos olvidarnos de las sanguijuelas, Giles. Ya ha pasado por mucho.

–Criaturas incomprendidas –se quejó, levantando el frasco y dándole un pequeño golpe–. Solo quieren ayudar.

Mientras hablaban, yo tomaba algunos sorbos del dulce y espeso revitalizador, sintiendo cómo el calor invadía mi cuerpo por completo hasta la punta de mis pies. El dolor en mi garganta y cabeza se habían detenido, como si los hubieran sacado al igual que se quita el veneno de una mordida. Podría haberme quedado dormida allí, en esa silla tan cómoda cerca del fuego, pero Chijioke ingresó a la sala de pronto, quitándose la bufanda y pisando fuerte.

–¿Alguno se molesta en golpear la puerta antes de entrar? –preguntó Giles con el ceño fruncido.

–Mis disculpas –Chijioke no lucía de humor como para iniciar una discusión, por lo que se acercó directamente hacia el fuego y colocó las manos sobre este. Francis se refregó contra la áspera tela de su pantalón, pero lo ignoró por completo a medida que se quitaba el abrigo y volteaba hacia el sepulturero con una expresión lúgubre. Quizás era un truco de la luz, pero sus ojos brillaban de un color rojo carmesí–. Los cuerpos están abajo, Giles. Deberíamos comenzar. La luna de sangre está llena y sus almas son mucho más siniestras que la mayoría. Quiero deshacerme de ellos de una vez por todas.





# Capítulo Veintinueve

**E**l sótano estaba frío y olía a rocas húmedas, y dos cuerpos sin vida yacían desnudos y limpios sobre una mesa.

La escena frente a mis ojos tenía la difusa apariencia de un sueño. Tomé otro sorbo del revitalizador caliente y me acurruqué debajo de la manta mientras miraba directo a los ojos al hombre que había intentado matarme. O bueno, lo que quedaba de su rostro.

Mis pies daban pequeños golpecitos de ansiedad bajo la manta. Necesitaba que Lee me escuchara sin preocuparse, y eso no ocurriría sin las cremas y tinturas ocultando hasta el último rastro visible del ataque de Merriman. A diferencia de las habitaciones de arriba, este cuarto estaba repleto de químicos de todos los tipos, por lo que miré el lugar con atención, intentando encontrar algunas latas que fueran prometedoras para mi objetivo. Algunas simplemente parecían ser perfumes para ocultar el olor de la putrefacción de los cuerpos. Chijioke hizo otro viaje hacia arriba y luego reapareció con el sepulturero, quien continuaba quejándose sobre su nueva competencia en Malton. Dos palomas ululaban suavemente en una jaula que traía Chijioke, aunque las aves se tranquilizaron en el instante en que las colocó sobre la mesa, junto a los cadáveres. A mi derecha, unos estantes de madera se alineaban contra la pared repleta de herramientas, cuchillos, palas y dispositivos médicos extraños que brillaban por su resplandor. Al igual que en el piso de arriba, la habitación entera se encontraba impregnada con un ligero olor a vinagre.

Había dos entradas al sótano, una desde la escalera que había tomado yo para bajar y otra desde unas puertas altas y anchas detrás de los cuerpos. Entre esas puertas y la mesa podía ver unas pequeñas marcas de lodo. Chijioke debía haber descargado los cuerpos por esa entrada.

Mary tarareaba algo mientras se encargaba de colocar algunas velas alrededor de la alta y robusta mesa con los cuerpos. Podía notar que me miraba mucho más de lo estrictamente necesario.

–Ya casi no siento los golpes ahora –le comenté, escondiéndome detrás de la bebida. Necesitaba salir de allí, pero escabullirme con los tres en el mismo lugar y en ese preciso momento, cuando su preocupación estaba completamente centrada en mí, hacía que se sintiera imposible.

–Eres fuerte –me contestó Mary, quedándose quieta con una vela encendida en una de sus manos. Un poco de la cera negra se derritió sobre su piel y la hizo dar un pequeño sobresalto, sacudiendo los dedos y soplándolos–. Yo no me habría recuperado tan pronto.

–En esta última semana fui atacada por unas sombras, una bandada de aves y un loco que se comió a su propia hija. Yo no lo llamaría fuerza, sino supervivencia. Si lo analizo muy en profundidad, terminaré como esos asesinos sobre la mesa.

Sonriendo, Mary colocó la última vela en su lugar y restregó las manos sobre su falda.

–Aun así.

El sepulturero caminó con grandes pasos alrededor de la habitación, apagando toda vela que no fuera negra. Las llamas que danzaban alrededor de los cuerpos sin vida brillaban en un color púrpura con algunos tintes escarlata en su interior. Chijioke se paró entre los dos cadáveres y abrió la jaula. Ninguna de las palomas aprovechó la oportunidad de ser libre. No las culpaba; la habitación estaba fría y no parecía muy amigable, iluminada solo por el destello púrpura y rojizo de las velas que ardían como ojos siniestros en la oscuridad. Giles St. Giles desapareció detrás del banco en el que me encontraba sentada, adentrándose en un pequeño cuarto separado del sótano principal solo por una cortina. Hubo silencio por un momento y, luego, se escuchó el ruido metálico de un engranaje que entraba en funcionamiento, un mecanismo antiguo regresando a la vida agitadamente. Podía escucharlo jadear, cansado, y toda la situación me hizo

imaginar que estaba girando una manivela gigante. Por encima de nuestras cabezas, uno podía ver casi por completo las tuberías y ejes que conformaban la maquinaria. Algunas ruedas giraron y, de pronto, una escotilla que no había visto antes se abrió justo sobre Chijioke y la mesa.

No llevaba a la sala de estar, sino directo al cielo, inundando el sótano con la luz escarlata de la luna de sangre.

Suspiré sorprendida y me acurruqué aún más debajo de la manta. Era hermoso y extraño estar allí junto a unos cadáveres que brillaban por completo con la intensidad de la luz. Los chillidos intensos de la maquinaria se detuvieron, seguidos de un fuerte ruido sordo que retumbó sobre nosotros justo al mismo tiempo que la luz nocturna se colocaba en posición. Giles St. Giles regresó y se sentó en una silla vacía a mi lado. Se desplomó sobre ella, resoplando entusiasmado y restregándose las manos entre sí.

–Muchachita, ¿alguna vez has visto una partida antes? –susurró, como si estuviéramos en una salida nocturna al teatro.

–Es muy nueva para todo esto –le explicó Mary–. Quizás sea demasiado.

*Sí, perfecto.* Asentí con vehemencia en señal de acuerdo, levantándome lentamente de mi asiento. Era mi oportunidad de escapar. Pero Giles colocó una mano sobre mi brazo, jalándome hacia abajo otra vez.

–¡Tonterías! No hay nada más bello, más asombroso que ver la partida de las almas. ¿Por qué? Debería sentirse honrada de presenciar esto. *Privilegiada.* ¡Con tan poco tiempo en Coldthistle! Yo, un sirviente confiable del Sr. Morningside, tuve que esperar diez años para poder presenciarlo. Considérate muy afortunada, jovencita...

–Oh, ya cállate, Giles; todo ese parloteo me distrae –le indicó Chijioke, levantando las mangas de su traje y rascándose la nariz.

Mary se levantó a mi otro lado, colocando con suavidad una mano sobre mi hombro mientras Chijioke tomaba una bocanada profunda de aire y levantaba su cabeza para mirar el techo.

–Cuando les diga que cierren los ojos y la boca –agregó con voz grave–, háganlo.

Cerró los ojos por un largo rato y, cuando los abrió, brillaron en un color rojo, igual que rubíes iluminados desde su interior. Enseguida, la atmósfera de la habitación se tornó más pesada; de pronto, sentí una fuerte y creciente puntada en mi pecho. Mary sostuvo mi hombro con firmeza, como si estuviera a punto de anclarme a la silla. En el aire comenzó a sonar un zumbido a medida que una neblina se arremolinaba alrededor de Chijioke hasta cubrirlo por completo.

El frío del sótano se disipó y lo reemplazó una sensación cálida y húmeda, como las primeras gotas de una lluvia de verano.

Enseguida, Chijioke comenzó a recitar una especie de cántico. No podía comprender bien las palabras, pero sentía que su poder crecía y crecía, hasta que el calor de la habitación se tornó completamente insoportable y la niebla que lo envolvía como un caparazón oscurecía todo, salvo sus ojos rojos.

Más calor, más calor y más fuerte; de alguna forma, un estruendo distante sonó como el latido de un corazón y nos envolvió. Las palomas en la jaula comenzaron a alborotarse y moverse de un lado a otro, como si les estuvieran quitando la vida de sus cuerpos. Se estaba tornando muy difícil respirar, por lo que sostuve la taza de té con una mano y me froté la garganta con la otra. Cuando era niña, me había caído y quedado sin aire varias veces, y esto se sentía parecido, solo que ocurría con mayor lentitud, una profunda exhalación de la cual no tenía ningún tipo de control.

Y de pronto, ya nada ocurría. Las palomas escaparon volando de su jaula, apenas visibles entre la neblina, y solo parecían dos pequeñas manchas blancas volando a toda velocidad alrededor de los cuerpos, que comenzaron a convulsionar. Sus pechos se levantaron, sus ojos se abrieron con fuerza y un horrible tono carmesí del color del fuego emanó de ellos.

Las palomas se posaron sobre la magullada carne en la barbilla del doctor y el rostro perfectamente pálido de la viuda, se inclinaron e introdujeron sus picos

dentro de la boca de los muertos, como si estuvieran quitándole el néctar a una flor. Algo dentro de mí me decía que mirara hacia otro lado, pero no era tan fuerte como mi curiosidad plena. Era horrible, enfermizo, y aun así, hermoso, tan perfectamente coreografiado, un ballet siniestro actuando justo frente a mis ojos.

Al encontrarme tan absorta con la escena, solo después de un tiempo me di cuenta de qué tan poco aire me quedaba. Mary y Giles también luchaban por respirar, tomando bocanadas de aire muy breves para contrarrestar la sofocante presión que nos exprimía cada segundo. Chijioke no se veía para nada afectado mientras pronunciaba los cánticos con suavidad, hasta que la neblina finalmente se dispersó y los ojos de los cadáveres dejaron de brillar, extinguiéndose en el mismo momento en el que los ojos de las aves se iluminaron del mismo color.

Me estaba asfixiando. Todos estábamos haciéndolo. Mis pulmones dolían, suplicaban por una gota de aire.

–¡Cierren los ojos y la boca! –la voz de Chijioke penetró la pesada atmósfera como si fuera acero. Hice tal cual lo ordenó y sentí que el dolor en mi pecho disminuía. Unos susurros llenaron la habitación; cientos de voces, miles, rogándome que abriera los ojos y tomara una enorme bocanada de aire. Presioné mis labios con mucha fuerza, tanto como para arrugar mi rostro, ignorando las voces seductoras, la coerción, las risitas fantasmales y arrullos a nuestro alrededor. ¿Los demás también las oían? ¿Se animaban a desobedecer a Chijioke?

Al pasar unos pocos minutos de su comienzo, el ritual finalizó. Una simple ráfaga de viento pasó junto a mí, agitando la manta y mi cabello. De pronto, la habitación quedó tranquila, envuelta en el frío silencio.

–Ya está. Pueden abrir los ojos.

Los entreabrí y me encontré con que las palomas habían regresado a la jaula. Se limpiaban las plumas como lo harían las aves normales, aunque me pareció ver un pequeño destello rojo desvaneciéndose en el interior de sus ojos.

–¿Qué... qué les has hecho? –susurré.

–Son capaces de aferrarse a un alma y mantenerla a salvo –explicó Mary–.

Como tumbas vivientes.

Las aves... De pronto, recordé que el Sr. Morningside guardaba cientos de ellas en la mansión. ¿Todas esas eran almas atrapadas o simplemente contenedores vacíos esperando llenarse?

¿Qué motivaba a un solo hombre a rellenar aves con almas humanas? Una sensación muy oscura se apoderó de mí, una de presagios y enfermedades. Esas aves sentadas con paz en su oficina ya no parecían encantadoras, sino una especie de presagio. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, provocando que sujetara la manta con más fuerza para contrarrestar el frío que otra vez me azotaba. Las velas se habían apagado. La neblina, dispersado. Miré hacia mi derecha y vi a Giles con las manos debajo de su barbilla, sonriendo de oreja a oreja.

–Espectacular –susurró, sonrojado–. Magnífico.

De cierto modo, era verdad. No estaba segura de *qué* había presenciado, pero sí que había sido cautivante. Estaba a punto de aplaudir cuando un ruido en la habitación de arriba nos interrumpió. Era la puerta, alguien la estaba golpeando frenéticamente. Salté de la silla, dejando mi taza sobre el banquillo y me dirigí hacia la escalera. Chijioke me ganó, subiendo primero.

–Por fin, *alguien* golpea –musitó Giles, siguiéndonos por detrás.

–Puede ser Lee –le dije. Era un trayecto muy corto hacia el primer piso y la cálida sala, en donde Francis aún se encontraba recostado junto al fuego, sin moverse ante nuestra presencia–. Sabe que vine.

–Mmm... –Chijioke nos guio con bastante confianza entre los corredores laberínticos que nos dejaban en la puerta principal, junto a los retratos familiares–. Es bueno saber que no apareció unos minutos antes.

–¿Qué hubiera sucedido si alguien te interrumpía? –pregunté, esperando detrás de la puerta a su lado. Los demás estaban abarrotados detrás de nosotros, Mary intentando espiar por arriba de mi hombro.

Chijioke volteó y me miró, sonriendo.

–No tengo idea. Tampoco tengo intenciones de averiguarlo, jovencita –se

recostó sobre la puerta, mirando a través de la mirilla de vidrio—. Parece que tenías razón. Es el joven Brimble.

—Déjame hablar con él —le pedí. El asombro de la partida y la conmoción de haber sido atacada se habían desvanecido. La fatiga todavía estaba presente, claro, debajo de mi piel, pero lo suficientemente lejos como para ignorarla. Y allí estaba con mi cómplice, lejos de la Coldthistle House. Era una buena oportunidad para preparar la huida. No había conseguido encontrar ningún tipo de maquillaje, pero lo único que debía hacer era un gran esfuerzo para poder marcharnos.

—Con Louisa nos quedaremos afuera —agregó Mary. Su tono fue lo suficientemente insistente como para poder contradecirlo—. Ustedes dos pueden terminar su trabajo, ¿sí?

Pero Chijioke no se alejó de la puerta. Los golpes persistieron. Me miró fijo, sospechoso, levantando una ceja.

—¿No ha tenido suficientes aventuras por una noche, Srta. Louisa?

—Solo quiero saludarlo —le contesté. La manta se había deslizado hasta mis codos, por lo que me la quité sutilmente y se la entregué a Giles—. Fue un placer conocerlo.

—Claro —respondió, con una reverencia ostentosa. Al ponerse de pie, levantó un dedo delante de sí—. La próxima vez probaremos con las sanguijuelas, ¿sí? Son excelentes para tapar las heridas.

—La próxima vez —repetí. Sí. Sanguijuelas. Un baile del Palo de Mayo. Una leve patada en la cabeza. Aceptaría cualquiera de todas esas cosas con tal de salir por esa puerta.

Chijioke se hizo a un lado, lentamente, suspirando con una frustración tan visible que me provocó escalofríos al pasar a su lado. Afuera, Lee había dejado de golpear y se había quedado de pie sobre sus talones inspeccionando el edificio, como si estuviera buscando una ventana para seguir llamando adentro. Estaba listo para hacerlo justo cuando nos vio en el interior y esbozó su recurrente sonrisa explosiva.

–Me parece que ya los vi allí dentro –gritó–. Saben, hubo una luz muy extraña saliendo de este lugar. ¿La vieron?

–Quizás fue el reflejo de un carruaje que pasaba por el callejón –contestó Mary–. Hay una entrada en la parte trasera para traer los... Bueno, hay una puerta atrás.

–Mm... –la respuesta no parecía complacerlo del todo, pero fue lo suficientemente rápido como para notar mi rostro lleno de golpes–. Cielos, Louisa, ¿qué ocurrió? Cada vez que te veo tienes un nuevo golpe o raspón.

Había tanto que quería decirle, pero, como siempre, nada que lo pusiera en peligro. ¡Dios santo, acababa de presenciar cómo un muchacho amable y gentil transfería un alma dentro de un ave! Nunca me creería. Estaba segura de que la crueldad más mundana del hombre era algo que Lee podría comprender, por lo que miré a Mary, tratando de hacerle la pregunta más obvia solo con la mirada. Asintió levemente.

–El Dr. Merriman me atacó durante el viaje –respondí–. Es una larga y horrible historia pero, por suerte, no logró hacerme nada grave. De todas formas, tenemos otras cosas que discutir, Lee.

–¿Te atacó?! ¿Ya lo tienen bajo control? Yo mismo debería... digo... Cientos de castigos se cruzan por mi mente. ¿Qué lo puede haber motivado a hacer eso? –Lee se acercó, cerrando un ojo y examinando el lado derecho de mi cabeza–. El maldito debería pudrirse en prisión para siempre.

–Se estará pudriendo para siempre bajo tierra –musité.

–¿Está muerto? –se quedó pensando por un momento, haciendo algunas muecas–. Justo cuando la Sra. Eames había...

Podía ver que trataba de comprender las implicaciones de todo esto. Saber que más huéspedes estaban muriendo solo significaba que él podría ser el próximo.

–Trata de no preocuparte mucho –le dije para calmarlo–. Era una persona malvada. Muy enferma. No como tú.

–Tendría que haber estado allí para ayudarte –me dijo Lee, bajando la mirada–.



Tendría que haber insistido para que vinieras en nuestro carruaje. No había necesidad de que sufieras de esa forma.

–Ya estoy bien –respondí, sin expresión. El Dr. Merriman estaba muerto, su alma siniestra encerrada en el cuerpo de una pobre paloma, y nosotros aún con vida. Me preguntaba si Mary se molestaría si le pidiera que nos dejara a solas. Podría aparentar conmoción por el ataque. Podría apoyarme en su obvia simpatía. ¿Entendería si quisiera marcharme? Se sentía mal preguntar, considerando que acababa de salvarme la vida.

–¿Adónde se supone que se dirige tu tío? –le preguntó Mary, señalando hacia el camino al alto y abrigado George Bremerton, quien marchaba a toda prisa hacia el oeste. Nos encontrábamos casi en las afueras del pueblo y parecía como si estuviera caminando directo hacia nada más que el horizonte.

–No puedo creerlo –dijo Lee y dio algunos pasos en dirección a su tío–. Quería que me quedara en la posada y amenazó con golpearme en la cabeza si me escapaba de allí. No creí que fuera para poder irse a algún lado sin mí. Esto es sobre *mis* padres; tengo derecho a saber qué está ocurriendo...

–¿No habías mencionado que la dirección en su maleta indicaba Derridon? –no podía dejar de mirar al igual que los otros. El Sr. Morningside había dicho que no sabía qué hacer con Bremerton, pero todas sus dudas me parecían tonterías. De todas formas, intentaría asesinar al hombre. ¿Por qué molestarme por su mal comportamiento?

–¡Claro, Louisa! –el joven Lee volteó hacia nosotros con una sonrisa tan amplia y brillante como nunca–. ¿Y bien? ¿No vienes?

Miré detenidamente hacia dónde se había marchado Bremerton. A las afueras del pueblo. Podríamos subirnos a una carreta o simplemente encontrar un buen lugar para escondernos y esperar a que Mary se aburriera de buscar. Aunque, si se unía a nosotros, podríamos alejarnos lo suficiente de Chijioke que no llegaría a tiempo de advertirle si nos escapábamos.

–¿No te golpeará? –preguntó Mary con una pequeña risita.

Pero Lee ya se estaba marchando de puntillas por la calle y nos hacía señas para que lo siguiéramos. La luz de la luna llena hacía que su piel brillara como un hueso pulido.

–Oh, pero sufriría todo lo necesario con tal de resolver este misterio.

Le creí, y eso me hizo sentir mucho más miedo en mi interior.

## Capítulo Treinta

— ¿Este es el lugar? —pregunté mientras me acercaba a un grupo de tres casas, a medio kilómetro del centro del pueblo. Estaban a un lado del camino principal. Una

angosta calle de tierra se adentraba hacia un pequeño grupo de árboles posicionados como una muralla alrededor de las casas. Nos juntamos mientras caminábamos, con la mano de Mary rozándome a medida que evitábamos pisar sobre la grava ruidosa en el camino y continuábamos por el alto césped del campo.

—Según tengo entendido, sí —susurró Lee—. Aunque estas casas en particular no estén bien señalizadas.

—¿Cómo sabes de este lugar? —preguntó Mary ralentizando el paso. Nos estábamos acercando a los árboles y podíamos notar que las cabañas a lo lejos se encontraban totalmente oscuras en su interior. Volteé para mirar hacia Derridon y noté que sus límites lo hacían parecer una patata recostada de lado. La posada aún se veía iluminada y acogedora, pero las casas ordenadas eran muy diferentes a estas otras, que parecían no tener ninguna relación con el pueblo.

—Mi tío y yo estamos buscando resolver unos problemas con mi herencia —explicó Lee. Quitó algunas ramas de un olmo y observó el camino por delante—. Encontré la dirección de este lugar entre sus pertenencias.

—¿Por qué no te lo mostró directo a ti?

—No lo sé —soltó la rama y esta recuperó su posición inicial, justo cuando él volteó hacia nosotras, rascándose la barbilla—. Su corazón no parece estar buscando nada. Apenas menciona el tema desde que llegamos. Tengo que saberlo...

Pensé de nuevo en las sospechas del Sr. Morningside, pero no dije nada. ¿Qué sentido tenía preocuparlo con todo eso? Si había algo que podíamos hacer primero

era espiar a George Bremerton y ver qué ocurría.

–Ya sea que no le interese o crea que es una causa perdida –concluyó Lee. Respiró hondo, moviéndose lentamente a través de los árboles–, ya estamos aquí ahora; supongo que podríamos simplemente ver qué trama.

–¿A esta hora? ¿No es muy irrespetuoso? –preguntó Mary, avergonzada.

–Mi tío ya está yendo, ¿no? Los debe conocer... Esperé mucho tiempo para este momento. Se trata de mis padres, ¿sí? Quiero saber qué es lo que encuentra.

Estaba muy confundida, al igual que Mary, quien tenía el ceño fruncido y los labios presionados con fuerza. Con lentitud, observé a Lee abrirse camino entre las ramas, haciéndolas a un lado a medida que avanzaba. Mary me sujetó de la mano y la presionó.

–Algo no está bien –me susurró.

–Solo ten cuidado –le respondí suavemente.

Asintió y siguió las pisadas de Lee con precisión. Un búho ululó por encima de nosotros, parado como un centinela sobre alguna de las ramas más altas. Había suficiente luz de luna como para ver el camino sin dificultad, pero ese brillo me hizo sentir muy expuesta y vulnerable al salir de la protección de los árboles y adentrarnos al campo cerca de las cabañas. No había luces. No salía humo de las chimeneas. No había ninguna señal de vida. Dos casas yacían una junto a la otra, y una tercera frente a ellas, al otro lado del camino de tierra. Esta última parecía estar recién pintada, ya que sus puertas brillaban con un fresco revestimiento de pintura blanca. Una carreta para un solo hombre se encontraba recostada contra la cabaña de la puerta blanca y unos arbustos de frambuesas cubrían un camino sobre el cual había marcas de pisadas.

Lee se apoyó contra la pared de la cabaña para poder mirar la que tenía la puerta blanca. Avanzamos y lo esperamos. Mary tenía razón, algo no se sentía bien. Ningún perro se acercó; cualquier granjero que se encontrara tan lejos del pueblo tendría al menos un perro alerta, por seguridad.

Y había algo más, algo más difícil de describir, como así también una completa

sensación de vacío. Era como saber que alguien nos estaba mirando desde lejos. Uno podía sentirlo, esa penetrante mirada detrás de nuestras cabezas, aunque también podrías sentir que no había nadie alrededor.

Si querías robar una rodaja de pan del mercado o robar algo de la cocina en Pitney, era mejor que tuvieras ojos en la espalda para estar alerta. Las casas se sentían sin vida. Vacías. Inseguras, y también inhabitadas.

Aun así, George Bremerton había ido hasta ese lugar. Esas cabañas tenían que ser importantes, sino esta dirección no estaría entre sus pertenencias. No sería lo correcto escapar con Lee justo cuando se encontraba tan cerca de descubrir algo sobre su origen.

—¿Cuál crees que sea? —murmuró Mary.

—La de la puerta blanca —le respondí sin pensar.

—Sí —contestó, muy bajo como para que Lee la escuchara—. Hay oscuridad detrás de esa puerta, eso es lo que sabemos.

—¿Sabemos?

Una ramita se rompió. Y sí, fue cerca de la puerta que mencionamos. Volteé hacia ella, pero Lee me sujetó por la muñeca y me jaló fuera del camino de tierra hacia la brillante puerta blanca.

—Sígueme, debe ser mi tío...

No había nadie allí, solo nosotros y el búho con su triste llamado. George Bremerton habría sido una imagen agradable para ver, de hecho, pero no había nadie oculto alrededor de la cabaña. Sin embargo, la puerta no estaba cerrada; la manija había sido derribada y colgaba sobre la madera astillada.

—Cuidado —susurré, tocando a Lee por detrás—. Mira, alguien forzó la cerradura —levantó una mano, quieto, y la colocó sobre la puerta para golpear con su puño. *Oh no.* Mary y yo nos balanceamos sobre él intentando impedirle que golpeará, pero ya era demasiado tarde. *Toc, toc, toc.*

—Ehm... ¿Hola? ¿Hay alguien...? Parece que le ocurrió algo a su puerta —me encogí de hombros, aguantando la respiración, pero la puerta no se abrió y no nos

encontramos con ningún granjero o ladrón furioso y armado. Silencio. Y, de alguna forma, eso era peor. Lee golpeó una y otra vez. Lo hacía por respeto, pero luego de la tercera o cuarta vez, había quedado claro que nadie respondería.

Mary me dio un empujón.

–Louisa... ¿hueles eso? –vaya que sí lo olía.

–Metálico, como cobre. Huele a...

–Sangre –agregó.

Lee no nos había oído. Volteó hacia un lado, pensando en las opciones.

–Entonces, supongo que solo queda entrar –dijo con voz ronca. Sus manos estaban temblando cuando sujetó la manija destrozada. Empujó la puerta y nos encontramos con una escena de horror inimaginable–. Dios –susurró, tapándose la nariz y boca con la manga de su traje–. Es... Dios mío, está en todos lados.

Sangre. Recubriendo todo el suelo. Salpicada en las paredes. Goteando desde las escaleras como pequeños ríos espesos y pegajosos. El olor era espantoso; tanto que apenas podía respirar. Y no solo había sangre, sino también pequeños trozos de carne humana; entrañas, piel y tendones, todo diseminado sobre las farolas, la barandilla, la cabeza de ciervo sobre el vestíbulo.

Entre la sangre en el suelo pude divisar unas pisadas. Unas pisadas bastante grandes.

–Deberíamos irnos –susurré, volteando para marcharme.

–¿Tío? –llamó Lee, adentrándose con valentía, o como un tonto, hacia el fondo de la cabaña. El vestíbulo tenía tres salidas en total: las escaleras hacia arriba, un pasaje a nuestra derecha a través de una arcada y la puerta por la que habíamos ingresado. Eligió dirigirse hacia la habitación a la derecha, aún con el rostro tapado, a medida que caminaba entre aquella carnicería–. Tío, ¿estás aquí? ¿Hay alguien aquí? ¿Estás herido, tío?

Mis pies chapoteaban en la sangre que aún recubría el suelo de la cabaña mientras ingresaba al lugar. Lo seguí hacia el interior de la casa, evitando tocar los trozos de carne inidentificables sobre

el suelo. Un globo ocular me miraba directo a los ojos desde abajo de una silla mecedora, y me provocó un intenso dolor de estómago, que amenazaba con vaciarse. Todo esto era demasiado para internalizar. Demasiado violento para comprender.

Lee dejó de llamar a su tío. Se había quedado congelado en la que parecía ser la sala de estar de la cabaña. Sobre la chimenea, suspendido de una cuerda atada sobre las muñecas, un esqueleto rosa goteaba sangre por todos lados, totalmente despellejado, con tiras de piel y carne colgando como hilos desde sus huesos.

Escuché a Lee vomitar, lo cual provocó que yo también sintiera ganas de hacerlo.

–Esto no es solo un asesinato –dijo Mary, parada a un lado de mí, con la voz apagada detrás de la manga de su vestido–. Creo que es una advertencia, ¿no les parece? Puedo ver un mensaje.

Señaló la pared salpicada detrás del cadáver colgado. Alguien había dibujado un símbolo con sangre, un cordero enroscado comiéndose su propia cola con un sol a su alrededor.

–No es tanto un mensaje si no se puede entender bien –dijo Lee tosiendo mientras se enderezaba y limpiaba discretamente su boca.

–Eso significa que no es para nosotros –le dije. Pero lo memoricé. Si el viaje de George Bremerton en esta dirección no era sospechoso, no sabía qué era. El Sr. Morningside tenía razón, algo no estaba bien con el tío de Lee. Incluso si no tuviera ninguna relación con la masacre dentro de la casa, esta dirección estaba escrita entre sus pertenencias. Me arriesgué a acercarme un poco más hacia la chimenea, junto al esqueleto. Parecía que alguien había encendido un fuego allí, ya que las brasas restantes aún emanaban un leve calor. Algo se movió y resplandeció en un tono blanco desde la pila de brasas negras, por lo que me incliné, cuidadosa de no tocar el delgado pie que colgaba sobre mi cabeza.

Tomé el pequeño trozo de papel con cuidado, soplándome las manos por el calor de las cenizas.

–¿Qué encontraste? –me preguntó Lee. Aún podía sentir las náuseas en su voz.

–No estoy segura –le dije. Y no lo estaba de verdad, hasta que comencé a leer la única línea escrita sobre el papel quemado. No tenía sentido, pero lo guardé de todas formas, escondiéndolo en mi palma y deslizándolo por debajo de mi manga. El viejo truco de todo estafador resultó ser útil.

Las únicas palabras que pude comprender fueron las últimas de una oración y las primeras de otra que decía:

*Traidor. El primer y último niño ascenderá con o sin tu*

–No es nada –les dije–. Solo basura que no se terminó de quemar.

–¡Shhh! –nos calló Mary, volteando rápidamente y presionando mi hombro con su mano–. Hay alguien aquí.

Una fuerte pisada sonó en el pasillo y, de inmediato, me quedé quieta, convencida de que estábamos a punto de toparnos con el monstruo profano que había descuartizado a esta persona. Volteé solo mi cabeza y observé cómo Mary se dirigía hacia la arcada, alejándose de la puerta. Fue Lee quien me asustó más al sujetarme de la mano y arrastrarme hacia una esquina oscura a un lado de la robusta chimenea de rocas. Me sujetó muy cerca de su pecho al apoyarnos contra la pared. Tanto, que podía sentir su corazón retumbando sobre mi espalda, al igual que su respiración cálida sobre mi cuello. Sus brazos se cruzaron sobre mi estómago para sujetarme con fuerza. Apretó una sola vez, pero se sintió tan intenso como una despedida.

Las pisadas avanzaron lentamente sobre las tablas de madera que crujían cada vez más fuerte. Ya estaban más cerca. Dejé mis ojos entreabiertos, preguntándome si Mary permanecería oculta y lista para atacar, o si teníamos alguna oportunidad de salir de esa maldita casa con vida.

Luego, el extraño habló y sentí nuestra profunda exhalación a la vez.

–¿Rawleigh? –era George Bremerton–. ¿Estás ahí, muchacho? ¿Estás vivo?

–¡Tío! –gritó Lee detrás de mí, entusiasmado, tambaleándose hacia el centro de



la habitación. El esqueleto los miraba con sus cuencas vacías, un público silencioso y horripilante—. Tenemos que marcharnos de este lugar; ¡el asesino puede estar en cualquier sitio!

Se abrazaron y, cuando George Bremerton me vio, su mandíbula se tensó con furia o desesperación, no sabría decir. Cerró sus ojos con fuerza y sostuvo con firmeza a su sobrino contra su cuerpo, volteando para que su espalda protegiera a Lee de la mirada del cadáver.

—Te dije que no vinieras —lo oí susurrarle ferozmente—. Te dije que no vinieras. Mira hacia otro lado, Rawleigh. Dios mío, esta no es la forma en que una madre debe conocer a su hijo.

## Capítulo Treinta y uno

El viaje de regreso a la Coldthistle House fue muy lento y silencioso. George Bremerton no protestó cuando Lee me propuso en silencio que viajara en su carruaje. Sabía que era porque había sido atacada por el doctor en el viaje anterior, pero también sabía que lo hacía porque quería que estuviera allí. Quería consuelo.

Y vaya Dios que se lo merecía.

Estaba agradecida de que no hubiera querido hablar en ningún momento, porque ¿qué era lo que uno se suponía que tenía que decirle a un joven muchacho que recién acababa de ver a su madre en un estado completamente de pesadilla? Era impensable. Devastador. Mi corazón dolía por él. Dolía de una forma que me había dejado completamente confundida. ¿Esto era lo que se sentía tener un amigo de verdad? ¿Preocuparse tanto por la felicidad y bienestar de la otra persona? Claro que no tenía la fuerza como para hablar sobre nuestra huida luego de ver esa impactante imagen... Ese sueño parecía de nuevo distante, oculto detrás de pesadas cortinas negras que no se podían atravesar de ninguna manera.

Aun así, algo tenía que hacer. Nunca había estado rodeada de tanta muerte desde que había llegado a la Coldthistle House.

El viaje ya estaba a punto de terminar cuando Lee separó su rostro de la ventana. Había estado con la frente presionada contra el duro vidrio durante todo el recorrido, por lo que al separarla, su piel dejó una mancha sobre la ventana empañada. Lentamente volteó hacia mí, con una expresión de completo dolor, y una sonrisa que no servía para otra cosa más que para hacer de sostén a todo el dolor que pudiera caer sobre él.

Empujó algo sobre el asiento hacia mi lado, un objeto pequeño y brillante con unas hojas grabadas en su mango.

Una cuchara.

–Creí que sería un regalo divertido –me dijo con una voz suave–. La robé de El cuervo timador. Pero luego me sentí muy mal por haberla robado y les dejé algunas monedas sobre la mesa. Creí que me sentiría mal por bastante tiempo, pero no es nada más que un pequeño objeto. Solo un estúpido objeto.

–No es estúpido –respondí. George Bremerton nos observaba con atención, pero ya no me importaba; su opinión era irrelevante. El mundo fuera del carruaje era irrelevante, porque esta persona que se había vuelto mi amigo sin que yo se lo pidiera estaba sufriendo–. Gracias, Lee. Creo que es perfecta. Y creo que cualquier lugar llamado El cuervo timador debería esperar que les roben algunas cosas.

Esbozó una muy leve sonrisa y bajó la cabeza, colocándola de nuevo contra la ventana. Frente a nosotros, George Bremerton nos miraba fijo. O más bien, me miraba amenazante debajo de sus cejas repletas de consternación, apenas parpadeando o moviéndose, solo comunicándonos su desagrado en silencio.

–¿Por qué estabas en la casa? –me preguntó, Lee aparentemente estaba inmerso en sus propios asuntos.

Eso sí podía hacer. Era mucho más fácil poner una máscara sobre mi rostro y responder tranquila, que lidiar con la tristeza de Lee.

–Lo seguimos a usted.

–Todo fue tu maldita idea, ¿no es así? –me respondió furioso, peinando su cabello como un caballo enfadado–. Mala influencia. Lo sabía. Puedo distinguir a una presumida como tú desde un kilómetro de distancia.

–Tío –dijo Lee suavemente, vacilante, levantándose como si hubiera estado durmiendo profundo.

–Aléjate de mi sobrino o haré que te despidan –amenazó sonriendo con superioridad.

–Vamos –le respondí con audacia–. Inténtelo.

–No le hables a Louisa de esa forma –se quejó Lee. Cruzó los brazos sobre su pecho y volteó acercándose muy poco hacia mí sobre el asiento acolchado. El

carruaje comenzó a sacudirse; debíamos estar cerca de nuestro destino—. No fue en absoluto su idea; fue mía. Si quieres culpar a alguien, entonces culpame a mí. No entiendo por qué lo tienes que hacer justo en este momento. ¡Ocurrió una tragedia, perdí a mi madre, y lo único que te interesa es comenzar a pelear con mi amiga!

—Este no es el momento o el lugar indicado para esta discusión —indicó Bremerton.

—¿Y por qué no? Di lo que quieras, tío, yo confío en ella.

—Rawleigh... —se pellizcó la frente con su dedo pulgar e índice, presionando los labios con fuerza hasta que estuvieran blancos—. Está bien. No fui antes a la casa porque mis contactos en Derridon me enviaron una nota a Coldthistle. Era sobre tu madre. Sobre sus nuevas... preferencias. Se involucró con prácticas ocultistas. Trabajos para el Diablo. Brujería. No quería que pensaras mal de ella. Quería protegerte de la horrorosa verdad.

Silencio. Yo no estaba en lugar para hablar, por lo que, en cambio, observé cómo el rostro de Lee se tornaba pálido. Su boca se abrió y cerró algunas veces, pero ninguna palabra salió de allí.

—Lo lamento, más de lo que te imaginas. Lamento que haya ocurrido de esta forma —añadió Bremerton—. Esa mujer no merecía morir.

Lee no hizo nada más que asentir una y otra vez, claramente aturdido.

—Entonces supongo que tendremos que marcharnos. Ya no nos podrá proporcionar información sobre mi origen.

—Haré que empaquen sus pertenencias y las revisen. Quizás dejó algo para respaldar tu demanda. Luego de que el velatorio finalice, será hora de que nos marchemos —le indicó—. A menos, claro, que prefieras regresar a la mansión sin mí, sobrino. No estás obligado a quedarte durante el velatorio.

—No —le contestó Lee con firmeza—. Quiero estar allí. No me importa en lo que se haya convertido al final; me quedaré aquí hasta que ella descanse en paz.

El carruaje giró para tomar el camino de regreso a la residencia a medida que el amanecer despertaba en el cielo. Una pequeña línea azul brillaba en el horizonte,

con los cuervos reunidos en los árboles sobre el campo y los tejados. No estaba feliz de volver a ver la Coldthistle House, pero al menos tenía una cama esperándome allí. Ya no aguantaba más el cansancio, mis ojos se cerraban con cada segundo que pasaba. De no haber sido por la tensa tristeza que nos rodeaba, el movimiento y la calidez del carruaje me habrían hecho dormir tranquila. Sentía que me estaba desplomando por el peso de mi fracaso; la noche había terminado siendo un completo desastre. No pudimos escapar. Me atacaron. La madre de Lee había sido asesinada, y de una manera brutal.

No importaba qué tanto lo intentara, todos los caminos conducían a la residencia.

La Sra. Haylam nos estaba esperando en la puerta, y Foster bajó bastante rápido para ayudarnos a salir. Me quedé quieta ante la amenazante sombra de la residencia y miré a la ama de llaves, quien nos observaba atentamente. En ese instante, pude ver el momento en el que se daba cuenta de que el Dr. Merriman ya no estaba con nosotros. No me miró a mí para buscar respuestas, sino a Chijioke, quien había detenido la carreta de suministros detrás de nosotros. Mary continuó avanzando con su caballo hacia el granero.

–¿El doctor prefirió quedarse en el pueblo? –preguntó con firmeza.

–Sí, prefirió la comodidad de la posada de allí –le respondió Chijioke con suavidad–. Ya no lo volveremos a ver. Empacaré estas cosas y se las enviaré de inmediato.

Era una mentira para los huéspedes, lo sabía, y Lee no intentó nada para corregir la historia. Yo misma no estaba segura aún de si había escuchado algo siquiera. Simplemente caminó hacia la residencia, con la lentitud y palidez de un fantasma.

Cuando los hombres se encontraron dentro, me acerqué a la Sra. Haylam, caminando despacio a su lado hacia el amplio vestíbulo.

–Se volvió loco luego de hablar sobre su hija muerta –le dije sin pensarlo–. Pensé que me mataría; estoy segura de que lo habría hecho de no ser por la ayuda

de Mary y Chijioke.

–Cómo murió no es asunto nuestro –me contestó. Nos quedamos en silencio y miramos a Lee subiendo las escaleras muy lentamente. Mary ya había regresado del granero y había aparecido desde la cocina con una bandeja de té en las manos, siguiendo a los huéspedes hacia arriba–. El amo me contó sobre lo que había hecho, pero no parecía alguien peligroso para nosotros más que para su propia familia. Nunca habríamos dejado que viajara a solas contigo de haberlo sabido.

Asentí una vez.

–No lamento que esté muerto.

–¿De verdad? –pude notar la sorpresa en su voz y el interés no tan disimulado. Llevaba un chal blanco de encaje sobre un vestido azul y un delantal, su cabello canoso atado en una trenza y recogido debajo de una cofia–. De verdad.

No me presionó para que le contara más y tampoco habría profundizado mucho si lo hubiera hecho.

–Necesito dormir. Urgentemente. En la mañana tengo algo para mostrarle al Sr. Morningside.

–Eso suena sospechosamente como si me estuvieras ordenando algo –dijo la Sra. Haylam con lentitud. Su ojo infectado resplandeció–. Pero supongo que puedo pedirselo luego de sus otros asuntos. Ahora, descansa jovencita, y no temas a ningún hombre. Los Residentes estarán alertas en tu puerta toda la noche.

–No es muy agradable –murmuré, pero no tenía energías para discutir. Subí las escaleras casi con la misma pesadez que Lee y me encaminé directo a mi habitación al final del corredor. Ni bien cerré la puerta, oí pisadas rayando el suelo al otro lado. Al mirar por una grieta en la madera, no vi otra cosa más que una figura oscura. Seguramente, un Residente ya se encontraba allí para protegerme. La herida debajo de la venda sobre mi muñeca comenzó a palpar en señal de reconocimiento, de saludo.

No tenía idea de cómo me hacía sentir eso. Quizás simplemente estaba muy cansada como para pensar en ese asunto. Pero más allá de miedo, lo único que

sentí fue sueño frío. Distancia. Los Residentes habían tratado de alejarme del libro del ático; ellos en ningún momento me causaron daño. Fue un hombre de carne y hueso quien intentó asesinarme. Finalmente, había presenciado las consecuencias de la verdadera violencia; cuando cerré los ojos, vi un esqueleto colgando con la boca completamente abierta en agonía.

Quizás quería que la criatura de las sombras estuviera siempre entre el resto del mundo y yo. Al menos por un tiempo. Al menos cuando me encontrara durmiendo. Solté una risa seca y me desvestí, recogí mi cabello y cuidadosamente escondí el trozo de papel que había tomado de la chimenea de la cabaña debajo de mi almohada.

Alguien, y ya podía saber quién, había dejado el libro del Sr. Morningside sobre esa misma almohada. Cuando miré más detenidamente, noté que no se trataba de la misma copia arruinada por la humedad que había dejado en el granero, sino una nueva.

Abrí la tapa y me encontré con una nueva inscripción.

*Louisa:*

*Tienes preguntas. Hay respuestas. Te esperan en este libro, pero solo si te animas a buscarlas.*

Me subí a la cama, suspirando y envolviéndome en la comodidad de las sábanas con el libro contra la almohada. Alguien había dejado encendida una vela sobre la mesilla, por lo que decidí dejarla encendida un rato más, echándole un vistazo al índice del libro. Pasando las páginas una y otra vez, llegué al capítulo que me había sugerido en más de una ocasión.

“Recursos prácticos: técnicas para identificar Sustitutos”.





## Capítulo Treinta y dos

**T**emprano por la mañana, me cambié y fui al baño como siempre, para luego dirigirme a la cocina. La residencia se sentía enorme y vacía (como debería) con dos de sus pocos huéspedes perdidos para siempre. En el vestíbulo, Chijioke le entregaba algunas instrucciones a Foster, quien se encontraba parado junto a una enorme pila de equipajes con las iniciales r. m.

Rory Merriman. Me preguntaba cuántos familiares suyos se enterarían de esto. El doctor había viajado al norte de Inglaterra para visitar las aguas curativas y nunca regresaría. ¿Acaso tenía algún familiar desafortunado que recibiría sus pertenencias o a quien se le comunicaría dónde se encontraba enterrado? Observé a Foster tomar las maletas con sus brazos justo antes de salir con dificultad por la puerta, una puerta que se asemejaba más a una boca: los huéspedes llegaban, sin saber nada, y se los tragaban enteros de inmediato.

–Ya está el desayuno –me dijo Chijioke entusiasmado, cerrando la puerta detrás de Foster. Luego agregó con una deslumbrante sonrisa–: Tocino. Y también algo de chuletas de cerdo en el estofado de la mañana, gracias al pastor vecino.

–Muy agradable de su parte –le remarqué. Chijioke me guio hacia la cocina donde, tal como había prometido, había una mesa repleta de comida esperándome. Poppy se encontraba sentada en la mesa alta, meciendo sus piernas debajo de su falda mientras hablaba con su perro y molía unas pequeñas semillas en un mortero.

–¡No muelas eso tan cerca de la comida, chiquilla! –gritó la Sra. Haylam desesperada, entrando a toda prisa y corriendo la bandeja hacia el otro lado de la mesa.

–Lo siento, lo siento –se disculpó, riendo. Luego, notó que me encontraba allí y me saludó desde lo lejos con su mano, desparramando algunas semillas por todos

lados, por lo que la Sra. Haylam rápidamente comenzó a limpiar el desastre—. Buenos días, Louisa. ¡Sírvelo el desayuno! Estoy preparando un veneno.

—Qué lindo —le contesté, sentándome lejos de ella y asegurándome de que mi plato no tuviera ningún tipo de chispita oscura, antes de comenzar a servirme algo de comer.

—Ayúdala a poner eso lejos de la mesa y luego cocina unas patatas dulces para la noche, Louisa. El Sr. Morningside te verá luego.

Y de esa forma, era una sirvienta en la Coldthistle otra vez. Se sentía desconcertantemente normal, como peinarse el cabello con un cepillo viejo o ponerse unos pares de zapatos ya usados. Sabía cómo limpiar las semillas molidas y sabía cómo cocinar una batata, y comprender lo simple que era todo eso hacía que el horror del día anterior se sintiera como un recuerdo distante. Así era cómo se suponía que debía ser mi vida, una rutina común y corriente, sin muertes o rituales, ni monstruos ocultos en las sombras.

La comodidad también me asustaba; no limpiaba el desastre o preparaba la comida en un hotel de gran reputación. Estas personas me habían protegido, pero también me habían puesto en peligro y no había forma de que el aroma de las patatas dulces al cocinarse me hicieran olvidar todo eso.

La mañana pasó rápido, y pronto la comida ya estaba lista. Poppy intentaba alcanzar a su perro para recuperar un trozo de la cáscara de patata dulce con la que se había escapado. Sus risitas desaparecieron por la puerta hacia el campo y yo la seguí por detrás, limpiándome las manos sobre mi delantal y descansando sobre el marco de la puerta. Cerré los ojos al sentir la inesperada calidez del día y la dulce brisa que la acompañaba. Mis dedos se cerraron sobre la cuchara que guardaba en mi delantal y una expresión de preocupación invadió mi rostro al pensar en Lee y en lo que podría estar haciendo. Tal vez, su tío lo estaba obligando a beber esa agua sulfúrica por la que la viuda había estado tan entusiasmada. Mientras cocinaba, había visto que la Sra. Haylam separaba una bandeja para él; al parecer, no estaba dispuesto a salir de su habitación por nada del mundo.

Aun así, él fue quien me había ido a buscar las demás veces, por lo que pensé que, quizás, sería hora de que yo hiciera lo mismo. Salí de la cocina, ansiosa por poder visitar por primera vez las aguas curativas que se encontraban al oeste de la mansión. Los jardines y el granero eran visibles desde el hotel, pero el camino entre ellos

se encontraba inmerso dentro de un follaje de grandes árboles que se inclinaban uno sobre otro, creando un túnel que oscurecía el camino hacia las aguas.

Había pensado que solo Bath estaba bendecido con esa clase de paisajes naturales, pero aparentemente, este era un secreto muy bien guardado de la zona. Aseguraba que cualquier huésped que descubriera sus cualidades estuviera mucho más entusiasmado por quedarse.

El agua olorosa se mezcló con la brisa a medida que me adentraba bajo las ramas y caminaba por el frío camino hacia el manantial. Lentamente, fui escuchando el suave burbujeo de las aguas curativas. Una vez cerca, el camino giró hacia la derecha y luego tomó una leve bajada, dejando al descubierto una piscina no muy profunda con piedras arenosas de un color café. Las rocas parecían muy antiguas y tenían tallados algunos dibujos y marcas extrañas. A un lado, sobre el claro de césped salvaje, yacía una pequeña taza con una cuchara no muy grande.

Me detuve abruptamente; no esperaba encontrarme a Lee allí. Estaba de espaldas a mí, arrojando algunas rocas al agua, lo que ocasionaba el sonido de las burbujas al estallar irrumpiendo en el aire.

–Creo que se supone que tienes que tomar el agua, no pelear con ella –le dije, suavemente.

Lee se detuvo justo a punto de arrojar una roca y volteó hacia mí sorprendido. Se lo notaba un poco desconcertado y desvelado, quizás también un poco trastornado. Algo del viejo Lee reapareció mientras arrojaba las pequeñas piedras y me hacía señas para que me acercara.

–Por favor, dime que viniste hasta aquí buscándome a mí –murmuró–. Todo

tipo de adulaciones son bienvenidas.

–Así es, y espero que eso te ponga mejor.

–Sería mucho mejor si lo hubieras dicho sonriendo –se burló.

–Tú primero.

Esbozó una pequeña y leve sonrisa que desvaneció un poco el cansancio de su rostro.

–Incluso cuando el mundo se está cayendo a pedazos a mi alrededor, siempre encuentras la forma de hacer que todo sea más fácil.

Me senté a su lado junto al agua y me quedé mirando en esa dirección, admirando la manera en que los blancos reflejos de la luz bailaban entre las paredes de la gruta.

–Piensa esto; la Sra. Eames en verdad tenía razón sobre este lugar. Salvo por el olor, realmente sientes como si todas tus dolencias se curaran.

–Algunas –contestó Lee con un tono sombrío–. Definitivamente, no todas.

Por un largo rato, no supe qué decir. Qué cosa lo ayudaría o aliviaría la pesadez que lo atormentaba y cargaba sobre sus hombros. Primero, su amado protector, luego, su madre. Yo me había sentido perdida en mi vida, pero ¿afrentar las dos pérdidas tan pronto?

–No es justo –me animé a decirle, sintiendo un extraño deseo de niña de querer tomarle la mano. Me ahorró el problema, ya que él se acercó para tomar la mía. Emanaba el mismo calor que el libro del ático, solo que esta vez no me hizo sentir dolor, sino comodidad, una especie de agrado paralizante que había estado ausente en mi vida desde hacía mucho tiempo. No sabía qué hacer con eso, por lo que no hice nada en absoluto–. Eres la única buena persona en toda la residencia y, de alguna forma, la desgracia aún te sigue.

–La desgracia nos sigue a todos –agregó Lee. De pronto, sonaba mucho más adulto. Más sabio–. La única diferencia está en el momento y la manera en que te las arreglas para enfrentarla.

–¿Y cómo enfrentarás esto? –le pregunté, acostumbrándome a la calidez de su

mano.

Levantó la vista y me miró, su pequeña sonrisa se expandió un poquito.

–No estando solo. Por ahora, con eso bastará.

–Sí, pero debería saber qué hacer. No tendría que haber dejado que sigas a tu tío. Porque así no habrías visto... No tendrías que vivir con esas imágenes en tu cabeza por el resto de tu vida.

Su mano se aflojó un poco.

–No es tu culpa, pero es verdad que no puedo dejar de pensar... Este hotel, las terribles cosas que ocurren allí dentro, ¿no se siente como si estuviera conectado con lo que vimos? ¿Con la forma en que murió? Hay maldad alrededor de este lugar. La siento fluir en todas direcciones.

No podía discutir contra eso. Ya no me estaba mirando a mí y parecía como si estuviera a miles de kilómetros de distancia, destrozado. ¿Cómo podía culparlo por asociarme a mí y a este lugar endemoniado con la muerte de su madre?

Mis sentidos se pusieron alerta. Pitney me había enseñado a saber cuándo alguien me estaba observando por detrás. Ya no nos encontrábamos solos. Solté su mano y volteé, solo para encontrarme con la Sra. Haylam allí, mirándonos con sus ojos negros impenetrables.

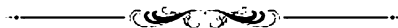
–Disculpe por la intromisión, Sr. Brimble –dijo–, pero el Sr. Morningside quiere ver a Louisa.

No parecía dispuesta a marcharse, por lo que miré a Lee sin poder hacer nada.

–Te veré más tarde –le dije.

Eso parecía justo lo que necesitaba oír, por lo que asintió, levantándose del césped y tomando la pequeña taza que yacía allí. Nos la entregó y se encogió de hombros.

–No puede doler, ¿cierto?



La Sra. Haylam se mantuvo en silencio hasta que nos encontrábamos a solo unos pasos de la puerta de la cocina. Entré primera y traté de escapar de sus palabras, aunque se las arreglaron para apagar la sorprendente luz que se había encendido en mi corazón luego de haber visto a Lee.

–Te dije que no te juntaras tanto con ese muchacho –me advirtió.

–No lo tendría que hacer si sus amigos lo dejaran completamente solo –le respondí furiosa–. Estoy segura de que me odia de todas formas, dado que trabajo con una jauría de lobos hambrientos.

Su respuesta fue interrumpida de inmediato por la presencia de su empleador, quien se paseaba alrededor de la alta mesa de la cocina a la luz del sol.

–¿Podemos vernos en mi oficina? –preguntó el Sr. Morningside, vestido con su elegante traje, un frac con corte recto y unos pantalones castaños de buen encaje. Su corbata roja combinaba con su camisa. Me hacía sentir harapienta, pero honesta. No sabría qué hacer si me ofrecía un vestido de seda y pantuflas.

–Preferiría que no –le contesté–. Sus aves son... No quiero estar rodeada de ellas.

–Ah. Sí. Oí que presenciaste una partida. Increíble, ¿no es así?

–Esa es una forma de verlo –me quité el delantal y salí a la luz del sol, evitando toparme con el cachorro que corría ágilmente por el campo mientras escapaba con un trozo de papa dulce dentro de su mandíbula–. Una caminata me sentaría mejor.

–Es un trato, entonces. Hacia el ala oeste. Allí no hay aves, según tengo entendido.

Rara vez había puesto un pie en el enorme salón de la residencia. Los huéspedes comían y tomaban el té allí a veces, pero no era un lugar para los sirvientes. Cruzamos la cocina y el vestíbulo en dirección a un alto y abarrotado salón con innumerables divanes de terciopelo verde y paredes repletas de polvorientas pinturas. Se sentía enorme y pequeño a la vez, ya que era un espacio muy grande repleto de antigüedades y muebles con sus tapizados antiguos apenas visibles detrás de tantas pinturas.

El Sr. Morningside cerró las gigantes puertas detrás de nosotros mientras yo me encontraba sin rumbo alguno en el medio de la habitación. No tenía idea de dónde sentarme, dada la enorme cantidad de divanes, sillas y sofás. Pero caminó con mucha confianza hacia una mesa oscura de madera con patas talladas cerca de una de las ventanas. Las sillas se encontraban acomodadas de una manera decorativa y se acomodó en una de ellas con elegancia, cruzando las piernas delante de sí. Sus pies, afortunadamente, miraban hacia el frente.

Tomé la silla del lado opuesto, sintiéndome incómoda y fuera de lugar, como un diente de león atascado en un ramo de rosas.

–A los negocios –dijo, aclarándose la garganta–. Mary me contó que ocurrieron algunos pequeños inconvenientes en Derridon anoche. Primero, el Dr. Merriman y luego una mujer asesinada en una de las cabañas en la colina.

–Casi me asesinan y la mujer estaba toda descuartizada, lo único que quedaba de ella era un esqueleto colgando sobre la chimenea –le conté, un poco enfurecida–. Entonces, sí, ocurrieron algunos pequeños inconvenientes.

–No hay necesidad de ser sarcástica, Louisa, aunque me disculpo por lo del doctor. Él no era tu responsabilidad. Honestamente, subestimé a ese sujeto, nunca creí que fuera tan descuidado –suspiró y levantó las cejas–. ¿Te estás recuperando bien?

–Lo haré, sí –no quería hablar sobre Merriman. Él estaba muerto y el mundo ya estaba mucho mejor sin su presencia, aunque tampoco quería que el Sr. Morningside tuviera la satisfacción de saber que pensaba eso–. Había algo extraño con esta mujer.

Tomé el trozo de papel del bolsillo de mi delantal y lo deslicé hacia su lado de la mesa.

–George Bremerton dice que era la madre de Lee. Lo vimos dirigirse a esas cabañas y lo seguimos, pero no había forma de que él mismo hubiera tenido tanto tiempo para... Creo que llevaría mucho más tiempo quitarle la piel a alguien y desparramarla por toda la casa.

–Te sorprenderías –me dijo pensativo, tomando el papel y estudiándolo detenidamente. Luego, lo olfateó y lo *lamió*.

–Eso... estaba en la chimenea.

–Claro –lo quitó de su rostro y lo movió entre sus dedos–. Pero viste a Bremerton allí, ¿cierto?

–Sí, pero luego de haber encontrado el cuerpo. No nos llevaba mucho la delantera, quizás unos cinco o diez minutos –observé la habitación y encontré un escritorio con una pluma y tinta al otro lado de la habitación. Rápidamente, tomé los elementos para escribir y le quité el papel de sus manos, volteándolo sobre el lado en blanco–. Había un símbolo dibujado en sangre detrás de ella. Creo que lo recuerdo bastante bien.

–Muy bien por ti –dijo con una leve sonrisa–. Sabía que estaba en lo cierto al enviarte.

–Luego de haber visto lo que vi, desearía que no lo hubiera hecho –le contesté, terminando el dibujo y entregándole el papel–. Una especie de cordero u oveja devorándose a sí misma con un sol alrededor.

La sonrisa desapareció de su rostro.

–¿Lo reconoce?

El Sr. Morningside sacudió su cabeza de lado a lado, pero no quitaba los ojos del dibujo rudimentario.

–Un cordero –susurró, mordiéndose la uña de su pulgar–. ¿Qué simboliza un cordero...? Juventud o inocencia, aunque para los devotos puede ser pureza y paz, o incluso el mismísimo hijo de Dios. Uno por lo general ve un Uróboros con una serpiente. Una serpiente comiéndose su propia cola. Pero cambiar eso por un cordero... ¿Qué podría significar?

–¿Y el sol? –pregunté–. Un cordero y un sol parecen demasiado encantadores como para que aparezcan dibujados en sangre.

–Te lo dije, Louisa, la belleza puede ser engañosa.

–¿Qué interpreta de ese fragmento? Parece la letra de un hombre, para mí. Solo



el director de Pitney tenía una escritura tan llamativa –Poppy y Bartolomé pasaron junto a la ventana, el perro todavía escapaba de ella.

–En eso estamos de acuerdo, es la letra de un hombre –me contestó, volteando el papel–. ¿Bremerton?

–Es posible –le contesté–, pero poco probable. Estaba muy horrorizado cuando comprendió que Lee había encontrado a su madre asesinada en las condiciones en que estaba. Y en el carruaje también mostraba remordimiento.

Me estudió por encima del pequeño trozo de papel, entrecerrando los ojos y ladeando la cabeza.

–La viuda. Merriman. Sabes que estas personas están aquí por una razón. George Bremerton es un ladrón muy conocido y ha matado a muchas personas por dinero y deudas sin pagar. No te dejes cegar solo por su sobrino.

–Usted no la vio, señor. Usted... Yo no puedo creer que le hiciera algo como eso a la madre de Lee y luego abrazara a ese muchacho de la forma en que lo hizo. Y, además, quienquiera que haya sido el asesino, estaría lleno de sangre de pies a cabeza, y él no tenía ni una gota sobre su cuerpo.

–Es una conclusión muy acertada –admitió. Suspirando, soltó el papel sobre la mesa y se llevó las dos manos hacia su ondulado cabello negro–. Es molesto. Tenemos muchas más preguntas que respuestas. Este símbolo, la escritura que encontraste, Bremerton, la mujer... Todo esto debe tener alguna relación.

No estaba tan segura. El tío de Lee de verdad nos había encontrado en esa cabaña, pero su historia había tenido mucho sentido. Esconder las elecciones cuestionables de la madre de Lee parecía ser lo indicado. Su interés en lo profano, en las cosas oscuras, podría haberla hecho lidiar con la clase de gente incorrecta.

La luz del sol que entraba por la ventana a nuestro lado se veía cautivante, y por un momento dejé que mi mente divagara, simplemente observando las aves que volaban por el jardín y la forma en que el viento acariciaba los arbustos, meciéndolos con suavidad.

–O todo podría ser una mera coincidencia –murmuré, descansando mi barbilla

sobre mi palma—. La madre de Lee puede haber hecho algún contacto desafortunado, o varios, y estuvimos allí para presenciar solo el drástico final.

—¿De verdad crees que eso es lo que realmente ocurrió, o lo que quieres pensar que sucedió? —me preguntó el Sr. Morningside, mirando también por la ventana con la uña de su pulgar golpeando sus dientes—. Si estoy en lo cierto, entonces George Bremerton está involucrado en este asesinato, de alguna forma u otra. Lo que significa que no está actuando solo. Lo que a su vez significa que había planeado todo para producirle todo ese sufrimiento a la madre de su sobrino. Sé que suena intolerablemente maligno, Louisa, pero ambos sabemos que el mundo es un lugar duro e injusto.

Asentí y recordé la desesperación del día anterior, rodeándome, oscureciendo el bello escenario afuera.

—No importa quién de nosotros esté en lo cierto. De cualquier manera que lo explique, siempre será monstruoso.

La puerta se abrió y la Sra. Haylam ingresó a la habitación, trayendo con mucha destreza una bandeja con refrescos. La anciana que había conocido en el camino no parecía tan fuerte como para levantar una taza de té, y en ese momento estaba entrando una bandeja de plata con las tazas y galletas arriba. Suavemente, colocó el té y la comida sobre la mesa, dando una expresión de alivio al reincorporarse.

—Bien hecho, Sra. Haylam, vaya despliegue —le dijo, esbozándole una sonrisa—. Louisa y yo estábamos hablando sobre los hechos emocionantes que sucedieron anoche. Por casualidad, ¿alguna vez vio este símbolo?

El Sr. Morningside le entregó el papel y ella lo inspeccionó por ambos lados con paciencia.

—El símbolo nunca lo vi —dijo, finalmente—. Pero esta frase... El primer y último niño. ¿Por qué me suena familiar?

—Es una especie de acertijo —le respondió.

—Veré si puedo resolverlo —le indicó la Sra. Haylam. Su ojo infectado ya se encontraba distante y pensativo, apuntando hacia algún lugar sobre nuestras

cabezas, cuando se movió bruscamente para salir de la sala—. ¿Cómo es que me suena? ¿En dónde lo habré oído...?

Al salir, se repetía eso más para sí misma.

—Quedó tan distraída que se olvidó de servirnos —agregó el Sr. Morningside, riendo. Me incliné para tomar la jarra por mi cuenta y serví el té para los dos, pero decidí no tomar nada. Tenía muy poco apetito, ya que el desayuno me había llenado.

»En serio, deberías probar estas galletas —me comentaba, con la boca llena de comida—. La Sra. Haylam se encarga de cultivar los damascos ella misma.

—No soy muy allegada a lo dulce —le contesté suavemente—. Con el té será suficiente.

Terminó de masticar y, tomándose su tiempo, le dio un sorbo a su té, recostándose hacia atrás en su silla. Luego, una sonrisa deshonesta apareció en su rostro mientras tomaba otra galleta y me la ofrecía.

—Toma.

—No, gracias —le dije, obstinada.

—No la comas, solo sostenla —me ordenó. Resopló una vez, haciendo que su cabello se moviera, y puso los ojos en blanco—. ¿Serviría si dijera *por favor*?

Tomé la galleta de sus manos y la sostuve entre nosotros.

—Listo. Ya la tengo.

—¿Qué es lo que sostienes? —me preguntó, esbozando una sonrisa aún más grande.

—No sea ridículo. Una galleta. De damasco.

—¿Y qué quieres que sea?

Fruncí el ceño, intuyendo hacia dónde se dirigía esto. Antes de dormir, había leído el capítulo sobre los Sustitutos. Sobre sus supuestas habilidades. Quería arrojar la galleta y salir corriendo, pero también ansiaba saber cuál era la prueba de sus extravagantes suposiciones. Que yo era una de esas cosas. Que eso era lo

único que quería decirme al mencionarlo tan seguido. ¿Acaso me haría sentir especial de algún modo? ¿Saber, muy dentro de mí, que tenía alguna especie de poder innato y mágico? Antes solo me había creído una persona simple y alguien en quien no confiaban, nunca excepcional.

–Haz tus trucos –dijo con firmeza.

–Bien. Deseo... –¿qué deseaba? Nunca comimos nada horrible aquí. Había cosas que no me molestaba comer y otras que había comido una y otra vez, porque era todo lo que había para ofrecer. Entonces, ¿qué quería?–. Pan con mantequilla.

–Pan con... –se encogió de hombros y me hizo una señal con un dedo–. Puedes aspirar a mucho más, querida, pero como quieras. Convierte esas galletas en pan con mantequilla.

–No puedo.

–¿Leíste el libro? –me preguntó.

Asentí.

–Entonces, adelante. La mitad de lo que se requiere para lograr algo es saber que puedes hacerlo.

No. No. Sacudí mi cabeza con fuerza en señal de negación. La galleta temblaba en mis manos.

–Yo no soy una de esas cosas. Una Sustituta. Esa no soy yo.

La sonrisa del Sr. Morningside se movió hacia uno de los lados. Sus ojos dorados por lo general desbordaban arrogancia, pero esta vez se tornaron más cariñosos.

–Has sido diferente toda tu vida –aseguró con solemnidad.

–Sí, claro que sí, pero no quiero ser diferente. Solo quiero sentirme igual al resto.

–Cierra los ojos –me dijo con una voz suave y, sin saber por qué, le hice caso. Pero eso estaba mal; no sabía por qué. Quería que le probara que él estaba en lo cierto. Quería que supiera, que realmente comprendiera y sintiera, que yo era una de ellos–. Pan con mantequilla. Piensa en ello. Eso es lo que quieres.

Había prácticamente memorizado los pasajes más relevantes del libro. Bueno, el capítulo más relevante.

*Si el origen del Sustituto está repleto de poder oscuro, puede transformar objetos, o incluso, su propio cuerpo por períodos de tiempo indeterminado. Algunos pueden convertir una cuerda en una serpiente en tan solo un instante. Otros, pueden cambiar por completo su apariencia, engañando incluso a los familiares, amigos o amantes del sujeto imitado.*

Aun así, no quería que fuera verdad. Si así lo fuera, significaba que no solo pertenecía a estos criminales y monstruos, sino que no podría encajar en ningún otro lugar. Significaría que no era completamente humana, que la relación que tanto deseaba tener con mi madre, mis abuelos, Pitney, había sido el sueño más desesperado e imposible de todos los tiempos. Mis ojos se cerraron con fuerza. Y lo continué haciendo con más fuerza. Podía sentir un nudo en mi garganta, porque por más que quisiera que toda esta mentira suya desapareciera, no podía dejar de pensar en pan con mantequilla, pan con mantequilla...

Noté el momento en que cambió. El instante en que funcionó. El instante en que yo había cambiado.

Y escuché la breve inhalación de placer del joven frente a mí. Cuando abrí los ojos, entre mis dedos había una exquisita y brillante rodaja de pan tostado con mantequilla derretida.

–Louisa... lo único que siempre quisiste fue sentirte igual que cualquier otra persona, pero ellos no pueden hacer eso.

Tragué saliva, con dureza, deseando que el llanto desapareciera. Dios mío, si podía hacer que una galleta se transformara en pan tostado con tan solo pensarlo, entonces podría quitar el nudo en mi garganta. Me quedé mirando el pan, maravillada por la firmeza de mi mano. Era como si mi cuerpo hubiera sabido todo este tiempo que eso era posible y que mi mente terca no permitía que ocurriera.

–¿Cuándo volverá a ser como antes? –susurré, impactada.

El Sr. Morningside bajó su cabeza, mirándome por detrás de sus muy oscuras pestañas.

–Solo cuando tú lo quieras, o cuando tu concentración desaparezca.

Dejé que el pan con mantequilla cayera de mi mano. Antes de tocar la madera, ya era de nuevo una galleta.

# Capítulo Treinta y tres



## En busca del Canis Infernalis

*Ningún demonólogo respetado puede pasar al menos uno o dos años en esta disciplina sin oír rumores sobre los Cancerberos, generalmente conocidos como Canis Infernalis, o Sabuesos del Infierno. Se rumorea que son perros descendientes de hienas africanas carroñeras que se mezclaron con criaturas desconocidas y terribles de los lugares más recónditos y oscuros de la sabana, y estaba seguro de que no podía no ver una de estas criaturas por mi propia cuenta.*

*Fue en Marruecos que me encontré con un hombre que se jactaba de haber criado a estas bestias. La información que tenía no era muy buena, pero encontrarme con él aumentó mi apetito. Si un mero estafador de mercado*



*sabía de la existencia de estos perros, entonces eran mucho más que solo un mito, después de todo. Estoy seguro de que más de un viajero fue engañado para comprar uno de esos animales de mentira, pero de todas formas decidí permanecer en la ciudad, donde solo visitaba los lugares con peor fama. Debo admitir, con algo de vergüenza, que frecuenté varios lugares donde se vendía opio y ocurrían gran cantidad de pecados, delitos y actos de maldad, y que, incluso, compartí el pan con algunos tipos de otras partes del mundo que visitaban esos laberínticos mercados para esconderse o nadar en la depravación hasta consumirse por completo. Algunas veces, pasaba la noche en un lugar llamado “El genio giratorio”, donde me quedaba hasta tarde fumando una pipa de agua y tratando de escuchar rumores, sin descartar el más mínimo balbuceo de los ebrios.*

*Luego de un rato, un par de jóvenes mujeres aparecieron; eran demasiado jóvenes, pensé, como para estar solas en la oscuridad de Marruecos. Pero allí estaban, ordenando un té al mozo y sentándose sobre unos cojines púrpuras mientras hablaban en voz baja. La más pequeña llevaba un bolso de cuero robusto que mantenía cerca con extremo cuidado. Llamaron mi atención porque la más alta llevaba un collar de dientes y tenía su brazo lastimado recientemente. Las heridas parecían muy graves; si bien estaba vendada, algo de la fresca sangre se filtraba por la tela. A pesar de su tranquilidad y misterio, se les acercaban gran cantidad de viajeros aventureros que pasaban por los alrededores.*

*Y justo antes de la medianoche, decidí acercarme a ellas, ofreciéndoles un té. Aceptaron la oferta, aunque con cautela, y me preguntaron qué era lo que quería.*

*–Esos dientes que llevas colgados –le dije, señalando el adorno de la muchacha más alta–. Busco una bestia similar.*

*–No, señor, claro que no –contestó la más baja. Sus ojos centellearon como dos zafiros detrás de su velo. No tenía idea de cuál era su origen, pero su*

*acento, sorprendentemente, sonaba similar al de una persona que había conocido en Boston—. Gracias por el té, pero ahora márchese.*

*–Tengo dinero.*

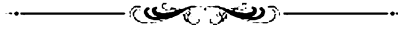
*–No es suficiente.*

*Encogiéndome de hombros, tomé lo que parecía ser una pequeña piedra de mi bolsillo y la coloqué sobre la mesa. Un ojo inexperto no entendería, pero sospechaba que estas viajeras sabrían su valor real.*

*Se dieron algunos empujones entre ellas y compartieron una mirada que comprendía muy bien. Luego se juntaron y susurraron algunas palabras; mientras tanto, yo disfrutaba de mi té. De pronto, noté que su bolso de cuero se movía. La muchacha más alta tomó el huevo de la mesa y se levantó, y luego ambas se marcharon rápidamente. Solo quedó el bolso moviéndose allí. Lo tomé y me marché, sin animarme a abrirlo hasta que me encontrara de vuelta en mis aposentos. Cuando miré en su interior, un pequeño rostro color café se asomó, con su largo e inocente hocico. La piel en su cuello se erizó del miedo, pero luego se calmó, y una nariz negra comenzó a tocar mis dedos. Me lamió la palma y salió del bolso.*

*Con el tiempo crecería, pero eso no pasaría hasta dentro de unos doscientos años. Las bestias crecen a un ritmo muy lento, pero cuando llegan a su tamaño máximo, son inmensamente poderosas. Si las historias eran ciertas, un solo sabueso adulto podría pararse y ser más alto que dos hombres juntos, e incluso podría sujetar a un caballo grande con su mandíbula como si fuera solo una pequeña ramita. Nunca sabré dónde encontraron a este cachorrito o a qué terrible madre se lo habrán robado. Solo sabía que en su mirada oscura un pequeño fuego se mecía, uno que al final crecería hasta convertirse en un infierno.*

*La colección de extraños mitos y leyendas de H. I. Morningside, página 50.*



**U**n alma mucho más valiente que la mía inmediatamente pondría a prueba los límites de estas capacidades. Si hubiera sido una simple ladrona merodeando en las calles de Malton, podría haber sido muy feliz con este poder, pero luego recordé que esto me hacía una de ellos. Quería olvidar todo el asunto de la galleta, el pan, el sentimiento que resplandecía en mi interior cuando sentí que el cambio había ocurrido de verdad en mi mano.

El Sr. Morningside me dejó ir luego de entregarme una copia del papel que había encontrado junto con el símbolo que había visto sobre la pared. Me alentó a que experimentara con mis poderes pero que no me cansara, ya que en sus palabras me advertía que “El costo de esos hermosos y oscuros poderes es el tiempo”.

Eso no me decía mucho, pero luego recordé a Mary lamentándose por no haberme protegido desde mucho más lejos luego de haber usado sus poderes durante la tormenta y la muerte de la viuda. Quizás deban pasar horas o, tal vez, días para que pueda volver a usar mi “habilidad” otra vez. La quité de mi mente. Y sí, sé cuán tonto suena, cuán extraño. ¿Por qué si una persona despierta por la mañana sabiendo que tiene alas, no intentaría volar? Pero esas alas, al igual que mis poderes (mis poderes de Sustituta), me marcaban como otra. Dios, no había duda de que en Pitney a nadie le gustaba mi apariencia. ¿Por qué los extraños se apartaban? ¿Por qué mis abuelos preferían pagar las altas cuotas de una residencia en lugar de cuidarme por su cuenta?

Me quedé allí parada con el trozo de papel quemado en mis manos y observé al Sr. Morningside marcharse hacia su oficina. La puerta verde que protegía su santuario aún me llamaba, pero mucho más levemente; era controlable. Todo, de hecho, parecía más tranquilo y menos urgente luego de saber que tenía la verdad

de mi origen allí frente a mis ojos.

Mi mente divagaba entre despensas y peleas mientras me encontraba de pie en el vestíbulo, hasta que la voz de la Sra. Haylam atravesó mis pensamientos con un sonido estrepitoso.

—¿Cómo que otro cordero ingresó a la propiedad?! ¡Atrápalo, Poppy! Tus brazos y piernas aún sirven. ¡Atrápalo!

Salí por la puerta principal y bordeé la residencia hasta la entrada de la cocina en el ala este, donde me encontré con Poppy y su cachorro jugando a la luz del día. Bartolomé comenzó a saltarme encima, parado sobre sus patas traseras y tocándome la cintura con sus patas delanteras, hasta que lo levanté en brazos y acaricié su cabeza.

—¿Uno de los corderos del pastor ingresó a la propiedad? —pregunté, intentando seguirle el paso a Poppy.

—¿Cómo hacen para escaparse? —me preguntó, haciendo muecas—. Son demasiado pequeños, ese perro peludo debería mantenerlos a todos juntos.

—Son demasiadas ovejas para que las cuide un solo perro —le expliqué. Bartolomé parecía estar feliz en mis brazos, ya que, ocasionalmente, me lamía la barbilla y movía las orejas de un lado a otro con la vista sobre el campo.

—¡Allí está! —gritó Poppy, corriendo hacia el granero.

Un pequeño bulto blanco y negro caminaba frente a la puerta. Los caballos del interior del establo comenzaron a relinchar y a alterarse, por lo que me incliné y solté al perro. Y allí estábamos los tres, intentando alcanzar al pequeño cordero que se adentraba en el bosque aledaño mientras balaba completamente aterrorizado.

—Ya te tengo —dije suavemente mientras me acercaba para sujetarlo con mis manos. No se resistió, y lo único que hizo fue acurrucarse debajo de mi barbilla. Estaba calentito y emanaba un aroma a trébol mientras con su cuerpo de lana acariciaba agradablemente mi cuerpo—. ¿Vamos a buscar a tu mami?

—O podemos comerlo —propuso Poppy, siguiéndome hacia el campo vecino—. La

Sra. Haylam prepara la mejor barbacoa de cordero.

–No nos pertenece, Poppy.

–Eres demasiado buena. Como Mary. Yo preferiría comerlo.

Pensé en eso por un momento mientras nos encaminábamos hacia la cerca que delimitaba la propiedad, hasta que nos encontramos en el camino en dirección al este, hacia la cabaña del pastor. Por supuesto, el pequeño broche dorado aún estaba en mi vestido, ya que todavía estaba muy nerviosa como para liberarme de él.

–No estamos necesitados de comida –le expliqué–. Yo solía robar bastante, pero solo para sobrevivir. Si tenía suficiente comida, no robaba nada. ¿No crees que esa sea la forma en que debe ser?

Poppy se presionó la barbilla y sacudió los brazos como un soldado mientras marchaba a mi lado. Su cachorro, obviamente, trotaba por detrás.

–Tiene sentido eso que dice la Sra. Haylam sobre que las personas que vienen a Coldthistle lo hacen porque son codiciosas y malvadas. Quizás buscan más de lo que deben. Quizás roban cuando ya tienen demasiado.

Asentí y caminamos en silencio por un tiempo con el cordero balando de vez en cuando. Algunos insectos regresaban a la vida entre el césped alto con sus canciones muy agudas.

Poppy levantó la vista y me miró, mordiéndose la mejilla.

–¿Sí? –pregunté.

–No quiero molestarte –me dijo con falsa modestia.

–Pero...

–Pero ¿te quedarás con nosotros? ¿Para siempre? –el cachorro y ella se me quedaron mirando. Si Poppy hubiese tenido una cola como el perro, seguramente la habría estado moviendo de un lado a otro.

–Aún no lo sé –le contesté. Parecía mucho más que una posibilidad, incluso si Lee se marchaba de la residencia antes de sufrir algún daño–. ¿Fue fácil decidirlo para ti?

–He estado aquí desde que tengo memoria –dijo con su voz aguda–. La familia que me adoptó quería enviarme lejos. No era una niña normal, y eso les asustaba. Me trataban mal y no sabía por qué. Ahora lo sé, pero todo era muy confuso hasta que la Sra. Haylam apareció para ayudarme. Unos asquerosos hermanos me golpeaban y me encerraban en el ático, incluso contaminaban mi comida. Estuve enferma por un largo tiempo, tanto que estuve a punto de morir.

–Cielos, Poppy, eso es terrible. Lo siento mucho. ¿Qué fue lo que hizo la Sra. Haylam? –una parte de mí quería saber la respuesta, dado que la niña la diría con su inusual sinceridad.

–Es difícil recordarlo ahora –me contestó, mordiéndose la mejilla otra vez–. Pero recuerdo que llegó con un libro y que se veía muy graciosa y encorvada, para nada agradable y limpia como ahora. El Sr. Morningside también estaba con ella, pero no habló mucho. Me había dicho que si quería que mi familia hiciera lo que yo quisiera, ella podría lograr que eso ocurriera y que eso haría al libro feliz. También me hizo feliz a mí. Ahora no son más que sombras, pero ya no pueden lastimarme y casi siempre hacen lo que la Sra. Haylam les ordena.

–¿Los Residentes son tu antigua familia? –le pregunté, abriendo los ojos, sorprendida.

Poppy asintió sonriendo con sus trenzas moviéndose de un lado a otro.

–Me gustan más ahora. ¿Tu familia también era como la mía, Louisa? ¿Es por eso que los abandonaste?

–De cierto modo, sí –le contesté lentamente, todavía intentando digerir el hecho de que los crueles padres de Poppy no eran otra cosa más que oscuros seres de las sombras que merodeaban en el ático–. Los maestros en mi escuela eran desagradables, pero al menos nunca intentaron envenenarme. Me hicieron pasar hambre algunas veces, y también sufrir algunos golpes, pero sobrevivimos.

Abrió los ojos bien grandes, sorprendida, y frunció el ceño.

–Nadie te golpeará o te hará pasar hambre aquí. ¿Por qué quieres marcharte?

–Porque es tenebroso –le contesté–. Es tenebroso pensar que no pertenezco a ningún otro sitio. Porque soy diferente, mi vida está destinada a transitar un camino que no puedo cambiar.

–Creo que lo entiendo –contestó lentamente–. Pero también pienso que es mejor pertenecer a algún lugar con personas que te quieren y no tener que pasar el resto de tu vida merodeando por cualquier otro sitio. Eso sería bastante solitario.

Al escuchar eso, no le contesté nada. La soledad nunca me había molestado, pero tenía que considerar que era porque nunca había tenido amigos que confiaran en mí que no fueran imaginarios.

Llegamos a la cabaña del pastor sin ningún inconveniente, aunque de vez en cuando miraba hacia el cielo en busca de alguna nube de aves. Por suerte, no había ninguna a la vista, aunque sí se acercó hasta nosotras el perro del pastor para saludarnos. El cordero se sacudía en mis brazos mientras los dos perros se olfateaban entre sí y luego comenzaban a gruñirse, aunque un solo ladrido de Bartolomé bastó para que el perro más grande huyera corriendo.

La risa del pastor ciego se pudo escuchar antes de estar a la vista. La puerta de la pequeña casa se abrió lentamente y él salió con una sonrisa mientras sostenía un bastón en la mano hasta que su perro, el Gran Earl, se acercó para guiarlo hacia nosotras.

–Encontramos uno de sus corderos –le dije–. Poppy y yo vinimos a devolvérselo.

–Gracias, queridas, han hecho una muy buena acción este día. ¡Joanna! –gritó y, al instante, la joven y agradable muchacha se unió a nosotros. Esbozó una amplia sonrisa, tomó el cordero de mis manos y comenzó a mecerlo mientras lo arrullaba.

–Oh, dulce cosita –dijo con una vocecita infantil, tocando la nariz del cordero con la suya. El rebaño se encontraba pastoreando en una pradera inmensa no muy lejos de la cabaña–. Regresemos con tu mami, ¿sí? Ambas disfrutarán eso. Pensé que te habías perdido para siempre; es la segunda que se escapa esta semana. Si

tan solo pudiéramos encontrar a la primera.

–Confieso que no sé mucho sobre ovejas –le dije, observándola mientras se marchaba con el cordero–. ¿De verdad saben diferenciar a sus propias crías de otros corderitos?

–Los olfatean, sí –me contestó el anciano, volteando en dirección a Joanna mientras se marchaba–. Puedes verlos olfatear a los más jóvenes ni bien nacen y así lo continúan haciendo durante toda su vida. Es como la firma de alguien, verás, perfectamente única.

La firma de alguien. Deslicé mis manos sobre mi delantal, sintiendo el trozo de papel quemado en mi bolsillo a un lado de la cuchara. La caligrafía. Podía tomar este pequeño papel y revisar entre las pertenencias de George Bremerton... Lee solo había revisado su maleta, pero si guardaba algún tipo de diario o correspondencia, podría al menos asegurarme de que él no había escrito la nota de la chimenea. Sería un gran alivio para mí saber que no guardaba ninguna relación con la muerte de la madre de Lee.

Pero si así fuera...

Bien, sabía que Lee debía marcharse de la residencia pronto, pero eso solo haría que su huida fuera mucho más desesperada.

–Los gestos de amabilidad merecen una recompensa –dijo el anciano volteando hacia la casa–. ¿Por qué no nos acompañan con un poco de brandi?

Poppy suspiró y me jaló del brazo.

–Louisa, *no*. ¡No, no! Debemos regresar. Necesito volver a la residencia y envenenar a ese viejo gruñón del bigote –me dijo en un susurro que fue, francamente, bastante fuerte como para considerarlo tal.

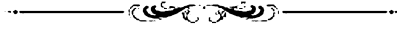
Y coincidí en que debíamos regresar, pero no por su motivo tan peculiar.

–En realidad, debemos regresar a la mansión –le dije, haciendo una pequeña reverencia que era incapaz de ver.

–Entonces, al final decidiste quedarte en Coldthistle –meditó, recostándose



sobre el marco de la puerta y secándose el sudor debajo de su gorro—. Bien, gracias nuevamente por el cordero. Que tengan una linda tarde, señoritas. Hay un clima bastante bueno y estable hoy. Vayan y disfrútenlo con plenitud.



Y eso es lo que justamente haría. Le dije a Poppy que les jugaría una carrera a ella y al perro de regreso a la residencia y aceptaron el reto con mucho entusiasmo. Al llegar, estábamos los tres prácticamente sin aliento. Algunas nubes nos habían seguido, oscureciendo el cielo que en un principio se encontraba soleado sobre la mansión. Los silbidos de Chijioke sonaban desde el granero y podía ver a Mary haciendo algo de limpieza debajo del alero, fuera de la cocina.

Ingresar a la habitación de George Bremerton requeriría generar alguna distracción. Por supuesto, Lee era la persona indicada para eso. Podría llevar a su tío a la Habitación Roja o a los jardines para una caminata. Pero luego un pensamiento oscuro se apoderó de mí y supuse que quizás simplemente quería estar solo y no llevarlo a manchar los recuerdos de otro miembro de su familia.

Aminoré la marcha al llegar al campo, pero Poppy y Bartolomé siguieron adelante, a toda prisa hacia Mary. La niña se detuvo de golpe, pero el pequeño perro saltó a toda prisa sobre el agua jabonosa y las empapó a ambas. Comenzó a ladrar de placer, salpicando el agua en todas direcciones.

—¡Malo! —Poppy le gritó, aunque reía mientras lo hacía.

—¿Puedes controlar a esa amenaza infernal?! —exclamó Mary con voz aguda.

Poppy se inclinó para sujetar al pequeño perro resbaladizo, quien se retorció de un lado a otro hasta que finalmente lo soltó sobre el césped para que pudiera sacudirse las gotas.

—Mira lo que has hecho —lo regañó Mary, levantándose para mostrar su vestido y delantal mojado—. La Sra. Haylam se pondrá furiosa cuando le cuente.

Me aparté y los observé, divirtiéndome, tomándome el tiempo necesario para planificar cómo hacer que Bremerton abandonara su habitación. Desde atrás, oí el ruido de los cascos de unos caballos acercarse sobre la grava del camino. Mary y yo volteamos y nos encontramos con un anciano que ingresaba a la propiedad con un pesado bolso colgando en su montura.

–Es el cartero –me explicó Mary, saludando al hombre–. ¿Puedes ir a buscar la correspondencia, Louisa? No estoy en condiciones para que me vean.

Comenzó a juntar sus cosas y a escurrir la ropa mojada mientras entraba a toda prisa a la cocina. Poppy y su perro ya no me podrían ayudar, ya que se encontraban corriendo por el césped, recubiertos de manchas verdes y de lodo.

–Queda en mis manos, entonces –musité, trotando hacia el camino. Era un hombre que se estaba quedando calvo y tenía la piel roja sobre su cabeza por la exposición al sol, con algunas pequeñas manchas como si fuera un huevo. Se bajó de la montura con mucha destreza para un hombre de su edad y revolvió dentro del bolso que se encontraba atado a la montura.

–Un nuevo rostro, señorita –dijo amablemente, haciendo una pequeña reverencia.

Le devolví el saludo de cortesía y esperé a que me entregara las cartas.

–Tengo varias hoy –agregó, acercándose una colección de paquetes sellados y envueltos–. Por favor, envíele mis disculpas al amo, señorita; la lluvia esta semana me impidió hacer mi recorrido habitual. Malton es prácticamente un lago en el camino del sur.

–Se lo diré –contesté, llevándome las cartas hacia el pecho. Se llevó el dedo pulgar hacia la frente y sujetó la montura para volver a subirse al caballo. Pero había algo en el fondo de mi mente pidiendo salir. Mensajes. Lluvias.

*No fui antes a la casa porque mis contactos en Derridon me enviaron una nota a Coldthistle. Era sobre tu madre*

Ese bastardo mentiroso.

–Un momento –le dije, levantando una mano para detenerlo. Volteó sobre su

montura y me miró con sus brillantes ojos azules—. ¿Usted también se encarga de traer los mensajes desde Derridon?

—Claro que sí, señorita.

—¿Hay algún otro cartero que pueda haber venido hasta aquí últimamente? —le pregunté, tratando de mantener mi tono suave para no levantar sospechas.

—Realmente, lo dudo —respondió con una sonrisa—. Soy el único que conoce mejor esta ruta. Yo me encargo de todo el valle del Derwent. No hacen falta más jinetes, dado que Derridon es tan pequeño. Además, conozco a todos los hombres y jóvenes que andan por este camino y la lluvia les impidió a todos llegar desde Malton esta semana.

—Gracias —le dije con una sonrisa tranquila—. Me ha sido de gran ayuda.

Se llevó el pulgar a la frente otra vez e hizo un ruido con su boca para que el caballo avanzara; se marchó lejos, seguido de una nube de polvo y piedras que se elevó detrás de sí.

Ningún jinete. Ningún mensaje. Sabía lo que debía pedirle a Lee, incluso aunque lo lastimara por completo.

# Capítulo Treinta y cuatro



# En busca del Elbion Negro

*Algunas personas más inteligentes que yo se han preguntado sobre los milagros de la creación, sobre la posibilidad de que algo aparezca de la nada. En esa misma línea, me he preguntado sobre los orígenes del Elbion Negro, un libro que antecede a todos los manuscritos y pergaminos conocidos; incluso yo mismo he visto algunas representaciones suyas en cuevas a lo largo de toda Europa y África. Y también Asia. Y las Américas. Seres que aún no han descubierto la verdadera naturaleza de la escritura lo registraban sobre las paredes de esas cuevas: un ojo dentro de un cuadrado con una cruz que lo atravesaba. Lo he visto en Francia, Bélgica, Egipto, Florencia, el Levante*

*Pero el misterio aún prevalece. ¿Cómo puede ser que esta simple imagen, la imagen de un libro, aparezca una y otra vez? Naturalmente, los historiadores lo han definido como una mera coincidencia. El símbolo podría significar*

*cualquier cosa. Aun así, estoy seguro de que es el Elbion Negro. He visto el libro real. He sentido su poder engañoso.*

*El libro llama a las personas. Sus garabatos pecadores envuelven un corazón y no lo dejan escapar. Menciona inmensos poderes pero a costos muy elevados.*

*Lo vi por primera vez en un desierto. Fue la suerte o el destino lo que me llevó a ese lugar, ya que estaba intentando seguir los rastros de un Genio que había sido avistado en las afueras de Bagdad, una búsqueda diabólica que resultó ser tediosa y en vano. En cambio, conocí a una viajera que se dirigía al oeste. Era una mujer que se encontraba vestida completamente de negro y que viajaba a pie por el desierto, pero el calor y los vientos no parecían molestarle en absoluto. Al principio, pensé que estaba ciega o delirando, pero luego se detuvo y volteó al ver nuestras tiendas. A medida que se acercaba pude ver entre sus brazos un inmenso objeto cuadrado envuelto en un trozo de piel.*

*Una vez que terminó de beber un poco de agua, me mostró el libro dentro de una de las tiendas. Recuerdo un sonido sibilante que azotaba contra la lona, minutos antes de que el viento Siroco envolviera el campamento como si el desierto mismo quisiera aislar al mundo del poder de ese libro. Sus ojos se tornaron dorados mientras observaba mi reacción.*

*—Este fue tomado del fondo del mar antes de que Jesús caminara con sus apóstoles —me contó. Su inglés tenía un leve acento, lo que me hizo pensar que quizás era nativa de los alrededores—. Los Jenízaros me están buscando. Debo mantenerlo seguro. ¿Me ayudaría usted, extraño?*

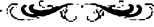
*La miré a los ojos y luego el ojo rojo tachado que me observaba atentamente desde la portada del libro. Allí estaba. Su poder era inconfundible, al igual que ella. No sabía si alguna vez podría ver el Elbion de nuevo si lo sacaba del desierto junto con su portadora. Pero claro, tenía que intentarlo.*

*—¿Vendría con nosotros hacia el oeste? —le pregunté.*

*Asintió y sonrió mientras tapaba el libro nuevamente. El viento se detuvo.*

*–Iremos al oeste. El Elbion Negro así lo desea.*

*La colección de extraños mitos y leyendas de H. I. Morningside , página  
301.*



ary se encontraba de pie junto al enorme lavabo blanco de la cocina escurriendo su delantal. Se quejaba por lo bajo, maldiciendo un poco fuerte cada vez que la risa chillona de Poppy sonaba en los alrededores.

–Dios mío, vaya que son difíciles de controlar –le dije, parada bajo el umbral de la puerta entre el vestíbulo y ella. Asintió sin prestarme mucha atención y corrió un mechón de cabello mojado de su rostro.

–Sí, y estoy retrasada con el almuerzo de Rawleigh Brimble. Hoy decidió tomar todas las comidas en su habitación y aún estoy casi completamente empapada. Es que hay demasiadas cosas para hacer. La Sra. Haylam necesita que limpie al menos cuatro habitaciones para nuevos huéspedes que están por llegar la semana próxima. Algunas de ellas no se limpiaron por años.

Gracias a Dios por eso.

–No te molestes, Mary; yo me encargo –me ofrecí, apoyándome sobre la mesa para tomar la bandeja–. Es lo menos que puedo hacer luego de tus actos heroicos.

Volteó sobre su hombro y me esbozó una sonrisa mientras limpiaba las manchas sobre la blanca tela de su delantal.

–Mmm... ¿Segura de que no es porque quieres ver a ese muchacho atractivo y aliviar su delicado corazón?

–Mary, me sorprende que pienses eso –pero se lo dije mientras me marchaba por la puerta y fuera lo que fuera que me haya gritado desde atrás, se desvaneció cuando la puerta se cerró. A lo lejos, podía oír la risa de Poppy desde la cocina

detrás de mí y a su perro ladrando entusiasmado.

No fue fácil subir con la pesada bandeja por las escaleras, pero me las arreglé para hacerlo. Mientras caminaba, otra vez me encontré inmersa en el silencio inquietante de la residencia. Podría haber sido como cualquier otro hogar de familia durante una hora tranquila del día, con algunas señoras cosiendo en la sala y caballeros leyendo o cabalgando fuera. La paz se derrumbaría dentro de poco. Necesitaba que Lee saliera de su desesperanza aunque fuera por un momento, y distrajera a su tío mientras continuaba con mi búsqueda. Sería un milagro que me escuchara luego de la forma en que había terminado nuestro encuentro en la gruta.

Mis palmas comenzaron a sudar a medida que me acercaba a su habitación. Una cosa era desobedecer los deseos del Sr. George Bremerton y seguir siendo amiga de Lee; pero otra completamente distinta era conspirar junto con su sobrino para revelar sus oscuros secretos. Pero así debía ser. Si Bremerton había mentido sobre el mensajero, ¿qué otra cosa estaba ocultando? Comencé a sentir náuseas al saber que quizás podría estar envuelto en la muerte de la madre de Lee. ¿Y si él lo había planeado? ¿Y si él lo había *hecho*?

Con una actitud egoísta, me pregunté si resolver el misterio *por* Lee me haría ganar su aprecio otra vez. *Sí claro, tonta, seguro está destinado a enamorarse de ti luego de que involucraste a su único familiar vivo en un crimen atroz.*

Coloqué la enorme bandeja sobre una de mis muñecas haciendo equilibrio y di unos pequeños golpes sobre la puerta. Mi malestar se intensificó cuando vi que Bremerton abría la puerta. Me miró con aires de superioridad y una vena espantosa se marcó sobre su sien. En sus pantalones, llevaba enfundada una enorme pistola, la cual cubrió con un abrigo que se encontraba colgado detrás de la puerta.

Esto requeriría mucha más paciencia de la que había pensado.

—¿Qué quieres?

—Disculpe; les traigo la comida de la tarde tal como fue solicitado —le dije



respetuosamente sin mirarlo a los ojos.

–Bien, ahora eres dócil y cortés. Es un cambio. ¿Dónde está la otra muchacha? Le pedí al ama de llaves que solo la enviara a ella –se acercó y tocó la bandeja con su pecho.

–Mary no está disponible en este momento –murmuré–. Solo estaré por unos segundos.

–Está bien. Déjala allí y rápido, más tarde hablaré con tu amo. Eres una muchacha entrometida y muy extraña, y no quiero que estés cerca de nosotros ni un segundo más –dejó abierta la puerta lo mínimo posible para que me fuera difícil entrar con la bandeja en las manos. Entrar requería que básicamente rozara su cuerpo. Me sentía enferma, descubierta. Pero había algo que era aún peor, él me estaría mirando muy atentamente como para poder hablar con Lee.

Caminé lentamente a través de su habitación. Al ingresar, uno se encontraba con una sala de estar en la que había un escritorio y una mesa para dos personas. A través de una pequeña puerta se podía entrar a su dormitorio, el cual contenía un armario, una mampara y una ventana que daba al norte hacia los jardines. Lee se encontraba sentado en su cama, desalineado como antes, con la corbata desajustada y arrugada alrededor de su cuello. Su mirada estaba puesta sobre los jardines, quieto como una estatua.

–Aquí tiene la comida, señor –le dije amablemente. No había ningún lugar libre para colocar la bandeja, por lo que me acerqué hacia la mesa redonda a un lado de la cama y la coloqué allí.

Se sentía extraño llamar a un joven de mi propia edad “señor”, pero George Bremerton se encontraba apenas a un metro detrás de mí y me observaba atentamente.

–Oh, Louisa –dijo Lee, levantándose y arreglando su chaleco–. Eres una vista agradable para estos ojos tan cansados. Es bueno verte otra vez. Siento que no pudimos terminar bien nuestra última conversación.

–Ella ya se tiene que ir –interrumpió Bremerton cruzando los brazos con

firmeza y con una actitud furiosa.

–No le hables de esa forma, tío. Me avergüenzas.

Bremerton separó los brazos y me hizo a un lado, acorralando a Lee contra la ventana. Suspirando, soltó un resoplido furioso y colocó un dedo sobre el pecho de su sobrino.

–Estoy intentando ser compasivo con tu luto, Rawleigh, pero todo tiene un límite. No dejaré de lado todas las reglas de la sociedad...

Dejé de escuchar. Detrás de mí, recordé que la puerta estaba abierta y sentí una presencia fría deslizándose allí. Mientras discutían, volteé lentamente, solo para encontrarme con que uno de los Residentes se encontraba bajo el umbral de la puerta oscureciendo la habitación con sus largos dedos como arañas sujetados contra el marco de la entrada. Incliné su cabeza hacia un lado, como si estuviera en medio de una búsqueda, pero no supe qué hacer. De pronto, Poppy apareció corriendo por detrás con una bandeja mucho más chica y manipulable en sus manos, y claro, seguida de Bartolomé a sus pies. No pareció notar la presencia de la enorme criatura allí y esta tampoco pareció notar la presencia de la niña. Quizás era uno de sus hermanos adoptivos quien me miraba con tanta atención. No podía estar cómoda sabiendo eso, pero Poppy también era una criatura muy extraña.

¿Me estaba mirando a mí o a los hombres detrás de mí? ¿Estaba preocupada por mí o simplemente también me vigilaba?

Luego, gradualmente, la silueta borrosa que estaba allí como una figura entre la neblina levantó una mano y llevó la punta de su dedo hacia el vacío de su ojo blanco.

*Te estoy vigilando.*

Un escalofrío invadió mi cuerpo, por lo que volteé enseguida, dándome cuenta del momento exacto en el que se desvanecía. A continuación, Lee comenzó a atacar a los gritos a su tío, con el rostro enrojecido y algunos mechones de su cabello ondulado meciéndose sobre su frente.

–No has hecho nada para organizar su funeral, ¿o sí? Te sientas aquí todo el día

como una gallina que empolla sus huevos. No puedo ni siquiera salir a caminar sin que te enfades por algo. ¡Es... es sofocante! ¡Déjame en paz!

George Bremerton se retiró con un gruñido, pero solo hacia el escritorio. Se sentó con fuerza sobre la silla sin tener la vista en nada en particular. Solo fue una pequeña victoria, pero Lee cruzó hacia el otro lado de la cama donde se encontraba la bandeja con el té y se sirvió un poco en una taza, todavía desafiante y enfurecido, ignorando lo caliente que estaba el agua. Sopló levemente entre sus dientes y tomó un poco más, como si el agua hirviendo lo tranquilizara de alguna forma.

–Permiso –le dije, feliz por cualquier excusa para salir de la vista de Bremerton–. Déjeme acomodar esto para usted.

Deslicé un plato con pequeños emparedados y algunos quesos embebidos en miel. Lee no se interesó en lo más mínimo en la comida y solo seguía tomando su té hirviendo.

–Necesito que mantengas a tu tío ocupado por un momento –le susurré, lo más bajo posible. Lee se acercó y levantó una ceja–. Llévalo al spa o a los jardines. Hay algo que no está bien y necesito asegurarme de que él no estuvo involucrado en el asesinato.

–Que él... ¿Qué? –casi suelta la taza de té. Luego, recordó que debía bajar la voz, y se acercó tanto que su oreja rozó la mía–. ¿Tienes pruebas de eso?

–Las tendré –le aseguré. Se nos acabaría el tiempo en cualquier momento–. Tengo algo de información nueva, pero no puedo decirte todo ahora mismo. Él te ha estado mintiendo, Lee, eso sí lo sé. ¡Podré conseguir muchas más pruebas si lo puedes distraer solo por un momento!

–Haré todo lo posible para encontrar la verdad entonces, por mi madre –asintió con determinación, colocando la taza de té sobre la bandeja con más fuerza de la necesaria–. ¡Tío!

Asintió con confianza y se acomodó la corbata, anudándola nuevamente para que se viera mucho más presentable.

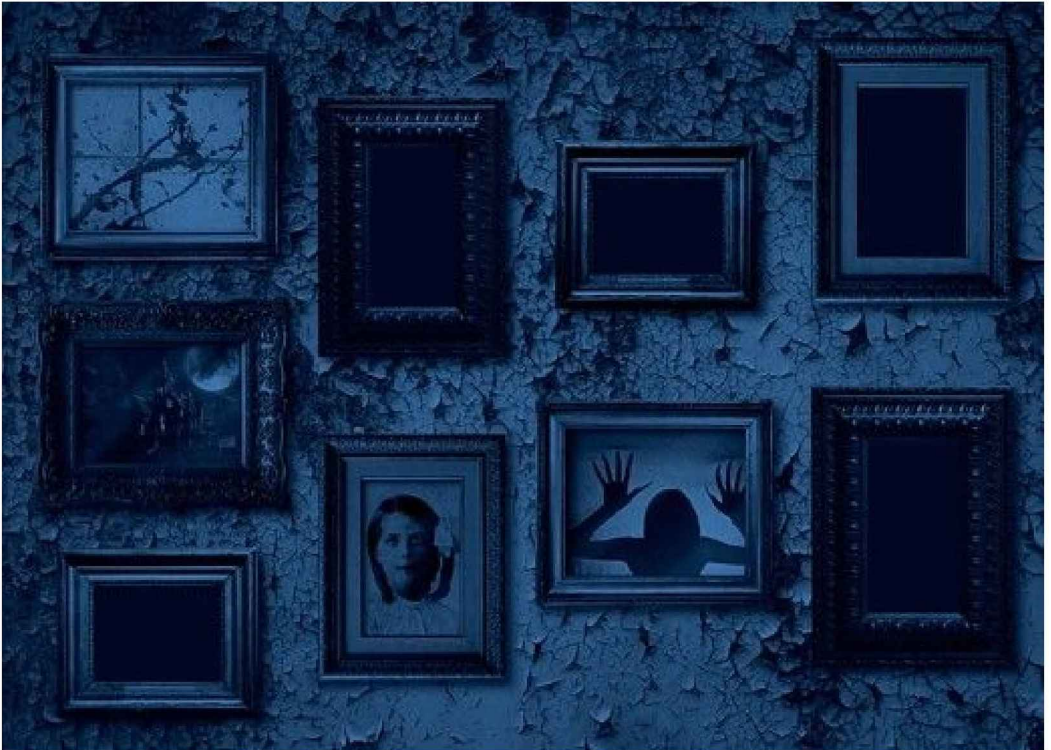
–Creo que tomar algo de aire o quizás un baño en el manantial me vendría bien. Así podremos discutir los planes para el funeral de mi madre...

Lo seguí fuera de la habitación pero continué caminando sin mirar a George Bremerton.

–¿Desea cenar en su habitación, señor?

–No, no –Lee me hizo una señal con la mano con admirable indiferencia. Su tío se levantó de la silla y se prendió el abrigo–. Puede marcharse.

Quizás fue demasiado insensible como para ser real, pero obedecí, y al llegar a la puerta les hice una reverencia, lista para marcharme. Pasé por el primer cuarto y abrí la puerta hacia el corredor, justo a tiempo para encontrarme con el Coronel Mayweather intentando entrar a su habitación con el rostro púrpura como una ciruela y su enorme bigote moviéndose de lado a lado. Enseguida comenzó a vomitar sangre de una manera increíble, como si fuera una cascada roja sobre las alfombras turcas.



# Capítulo Treinta y cinco



yuda...

— El Coronel cayó boca abajo sobre su propio vómito y se arrastró sobre la alfombra en dirección a mí, con un brazo extendido. Giró y quedó de espaldas, como una foca que estaba muriendo, con los brazos temblando mientras intentaba gritar otra palabra. Sus ojos estallaban de rojo, llenos de sangre que pronto comenzó a brotar y fluir como lágrimas carmesí sobre sus mejillas.

Su cuerpo tembloroso en el suelo pronto llamaría la atención de los demás. Pero me quedé paralizada, sin saber qué hacer mientras lo miraba arrastrarse sobre las alfombras directo hacia mí. Pequeñas pisadas comenzaron a sonar sobre las escaleras y Poppy apareció allí con su perro. Por primera vez se quedó quieta, realmente conmocionada.

—¿*Qué has hecho?* —susurré furiosa, alejándome lentamente del Coronel, quien se quejaba mientras se acercaba hacia mí. No podía soportar ver su rostro ensangrentado y ese bigote blanco que absorbía toda la sangre como si fuera una esponja.

—Un error de proporciones —me contestó Poppy, mordiéndose uno de sus nudillos—. Oh Dios, no había suficiente veneno en el pastel.

—No podemos dejarlo así —le contesté. Pero ¿qué podría hacer? Poppy tampoco parecía tener idea de nada, y lo único que hacía era alejarse en dirección a la escalera mientras su perro olfateaba las botas del coronel. La puerta de Lee estaba justo detrás de él y, si bien la había cerrado cuando me fui de allí, él y su tío estaban por salir en cualquier momento. No había forma de ocultar el rastro de sangre y vómito desparramado en el corredor.

—Ayuda —volvió a decir con gran dificultad mientras intentaba alcanzarme.

–Coronel Mayweather, repugnante, deje a Louisa en paz –gritó Poppy desde atrás.

Llevé una de mis manos hacia la frente y con la otra le señalé la puerta de Lee.

Poppy simplemente se encogió de hombros. Al final, su grito tuvo algo de efecto, ya que el Coronel volvió a voltear, mientras chillaba arrastrándose hacia las escaleras y, de alguna manera, logró sentarse. Con mucha dificultad, se movió en dirección a Poppy con ambas manos extendidas hacia ella como si estuviera deseoso de sujetarla por el cuello. Bartolomé bailaba frenéticamente a su alrededor, ladrando mientras intentaba morderlo. Poppy se había quedado congelada en el escalón superior, sujetando la barandilla. Y no podía culparla; era una imagen muy cruda, la respiración forzada y la sangre que brotaba de su boca hacían que la escena fuera mucho peor.

Cuando ya estaba lo suficientemente cerca de las escaleras, corrimos hacia él y lo arrastramos hacia atrás. Pero el perro actuó primero. Se paró entre las escaleras y Poppy, y derribó al moribundo Coronel. Enseguida, se oyó un ruido estruendoso que sonó por toda la residencia. Se desplomó sin decir ni una palabra y lo único que se pudo escuchar fueron sus huesos al romperse con cada impacto, al igual que su carne al desgarrarse contra la escalera. Cayó sobre el descanso del segundo piso con tanta fuerza que, incluso, rompió la barandilla, solo para seguir cayendo, girando y golpeándose contra todo lo que se le interpusiera, hasta que se escuchó el golpe final contra el suelo de la planta baja.

El ruido retumbó a lo largo de todo el vestíbulo y llegó hasta donde Poppy y yo nos encontrábamos paradas en silencio, mirando al Coronel, quien estaba completamente destrozado e inmóvil, rodeado por un charco de sangre que cada vez se hacía más grande a su alrededor.

–Poppy –susurré asustada.

–Oh, Louisa –lloriqueó, levantando a su perro y acariciándolo con sus manos—. ¡Juro por todos los santos y pecadores que no quise que ocurriera de esta forma!

La puerta detrás de mí se abrió, tal como esperaba que ocurriera, y comencé a

escuchar las voces de los hombres antes de siquiera poder verlos.

–¿Qué diablos está ocurriendo aquí? –gritó Bremerton, acercándose al rastro de sangre. Tomó aire, sorprendido, y quedó pálido al ver el cuerpo sin vida dos pisos más abajo.

Poppy corrió hacia nosotros sin dudarlo y se aferró al abrigo de George Bremerton. En tan solo un segundo, lucía completamente aterrorizada, como una inocente niña pequeña que buscaba ayuda.

–¡Gracias a Dios que usted está aquí, señor! El Coronel se enfermó y no supe qué hacer. En un momento estaba tomando el té, alegre, y luego hizo todo este feo, feo sonido y él... Oh, es demasiado fuerte para decirlo –improvisó con total libertad, incluso logró hacer salir algunas lágrimas–. Había *vómito* por todos lados y tenía sangre... y... ¡se resbaló y cayó! Fue muy, muy horrible, señor.

Me alejé lentamente, pero no sin antes asegurarme de que Lee me estuviera mirando. Solo Dios sabía lo que veía allí o lo que pensaba al ver al hombre muerto en el vestíbulo y el rastro de sangre que salía de la habitación del Coronel justo hasta donde me encontraba parada.

–Era viejo y débil –dije con una voz suave–. Un hombre de su edad... podría haber sido cualquier cosa. Úlceras, convulsiones...

–Qué desastre –se quejó Bremerton, apresurándose al bajar las escaleras, no sin antes detenerse en el descanso y esquivar todo el desastre–. Simplemente, increíble. ¿Te quedarás allí parado o vendrás a ayudar al hombre? Ustedes dos, muchachas, manténganse en donde las pueda ver. Dos muertes en esta residencia en tan pocos días no es una maldita coincidencia.

–Ve con él –le susurré a Lee cuando Bremerton había volteado y comenzaba a descender por las escaleras. Luego señalé con la cabeza la habitación de su tío. Era mi oportunidad. Puede que no se hubieran marchado a los jardines, pero dos pisos de por medio me darían tiempo suficiente para buscar una muestra de su escritura. Lee se marchó, pero no porque se lo hubiera pedido. Sus ojos estaban completamente sorprendidos con una mirada de sospecha como si no me

conociera en absoluto. Fuera lo que fuera que hubiera visto, lo asustó. Y claro que lo haría. ¿Quién no sospecharía algo luego de haber presenciado tantas muertes?

Poppy, Lee y el perro lo siguieron hacia abajo. Yo también lo hice, pero, en el último segundo, me recosté sobre una de las paredes para estar fuera de vista y poder regresar a toda prisa a la habitación de Bremerton. Su voz retumbaba por toda la residencia, el eco resonaba hasta en las vigas y corredores que daban al vestíbulo. Oí la puerta de la cocina abrirse y cerrarse con fuerza y luego, otra puerta más.

–¡¿Qué es toda esta conmoción?! –la puerta verde. Era el Sr. Morningside, quien había salido para corroborar de qué se trataba aquel escándalo. Enseguida, Bremerton explotó, criticándolo por la forma en la que administraba el hotel y por mi comportamiento en particular. Bueno, podría lidiar con eso más tarde. Bartolomé se unió al griterío, ladrando con ferviente desesperación.

Me detuve frente a la barandilla para escuchar, pero enseguida voltee a toda prisa para revisar la habitación de Bremerton. Al estar tan distraída y apresurada, se me olvidó prestarle atención a mis alrededores, por lo que, al voltear, quedé cara a cara con uno de los Residentes.

Estaba quieto como un centinela frente a la puerta de la habitación de Bremerton, con sus largos pies flotando sobre el suelo y sus dedos apenas rozando el tapete. Sus enormes ojos blancos me miraban desde su cabeza inclinada, como si la criatura estuviera tratando de comprender mis intenciones. Cada voz en mi interior me decía que me marchara. El monstruo sombrío era tan alto como dos cuerpos míos uno arriba del otro y sus proporciones tan extrañas me hacían tener una sensación profunda de miedo en mi estómago. Pero tenía que sobrepasar ese temor y apagarlo en silencio.

Me acerqué lentamente, con los brazos y manos abiertas como si me estuviera rindiendo. A medida que me acercaba a la cosa, el dolor en mi muñeca se intensificaba, pero debía soportarlo. Tenía que hacerlo. Tenía que ignorar el dolor.

–Solo quiero echar un vistazo adentro –murmuré. Inclino la cabeza hacia el otro



lado, levantando sus largos dedos-. Es para el Sr. Morningside. Estoy intentando resolver algo para él.

El Residente se movió hacia un lado, dejando la manija a la vista. No se iría, pero me había dejado suficiente lugar como para, al menos, poder abrir la puerta y entrar. Y lo intenté. Cerrada. Maldiciendo y furiosa, sacudí la manija, pero la cerradura era demasiado fuerte.

-Asííí -dijo el Residente, mirándome fijo. Se acercó pero me quedé inmóvil en el lugar, mirando cómo uno de sus delgados y negros dedos se estiraba hacia el interior de la cerradura con perfecta facilidad. Oí un sonido suave y la puerta se destrabó.

Quitó su mano y se la llevó hacia su pecho. Luego, simplemente me miró en silencio mientras yo abría la puerta lo más despacio posible.

-Gracias -susurré. Su fría y extraña presencia todavía me ponía nerviosa, especialmente sabiendo que estaba allí en el corredor mirándome, pero por suerte quedé fuera de su alcance cuando entré inclinada a la habitación. Las cortinas estaban cerradas, lo cual hacía que la habitación estuviera inmersa en una densa oscuridad. Había un aroma dulce y rancio, como si no hubiera habido nadie en ese cuarto desde hacía bastante tiempo. Todas las pertenencias de Bremerton estaban apiladas y ordenadas junto a la cama, como si en cualquier momento se estuviera por marchar.

El olor extraño era aún peor conforme me adentraba más en la habitación. Debía haberle dicho a la Sra. Haylam que no quería que nadie se acercara allí, ya que alguien podría sentir ese olor y quitarlo. Me tapé la nariz y caminé lentamente hacia el escritorio. No había nada sobre él, solo una pluma y tinta. Una biblia muy bien cuidada yacía a su lado, aunque la hojeé y no tenía ninguna anotación escrita con su letra. Las gavetas también estaban igual de vacías. Nada. Suspiré y caminé hacia su dormitorio, sintiendo náuseas por el inmenso hedor a podrido. ¿Había olvidado algún trozo de comida en descomposición? ¿Qué rayos podría causar tanto hedor...?

Sabía por la sensación en mi estómago que no era algo bueno. Solo la muerte olía de esa forma; el dulce pero aún decadente perfume de la carne putrefacta.

En el dormitorio no había nada para mí, y la idea de abrir sus maletas y mirar en su interior deambulaba por mi cabeza. Puede que regresara en cualquier momento. La discusión en el vestíbulo había terminado, o ya estaban hablando de una forma más tranquila y racional. Me quedé allí, mirando sus maletas y mordiéndome el labio inferior. La oportunidad de revisar sus pertenencias no volvería a aparecer. Lo haría.

Me arrodillé, casi perdiendo la compostura y la fortaleza de mi estómago, y el olor apestoso hizo que mis ojos comenzaran a llorar. Recogí una de sus maletas y me detuve, temblando. Algo brillante y negro se asomaba por debajo de la cama. Suavemente, me acerqué, tapándome la nariz, y finalmente pude dar con la fuente de ese olor...

No había necesidad de tocarlo; podía ver la delicada pezuña negra junto con unos rastros de lana blanca manchada con sangre coagulada. Era como si la dulce voz de Joanna sonara en mi cabeza.

*Ambas disfrutarán eso. Pensé que te habías perdido para siempre; es la segunda que se escapa esta semana. Si tan solo pudiéramos encontrar a la primera.*

Allí estaba. Me puse de pie tan rápido que me mareé a causa del nauseabundo olor. ¿Qué rayos estaba haciendo este demente con un cordero muerto debajo de su cama? Necesitaba aclarar la mente. Concentrarme. Había visto un cordero pintado con sangre en la pared detrás del cadáver de la madre de Lee. ¿Podría ser esa la relación que necesitaba? Me alejé de la cama para escapar de ese hedor tan pútrido y, cuando volteé, lo vi, tan claro como el agua.

No me había molestado en mirar la puerta una vez que la cerré detrás de mí, pero allí estaba la muestra de su letra que necesitaba. La sangre comenzó a palpar en mis oídos; la falta de aliento, como si me estuviera ahogando, hizo que mi pecho se contrajera con fuerza. Allí tenía la muestra, pero no la quería aceptar, no

de esa forma, no cuando provocó que mi cuerpo se sintiera tan frío.

Temblando, tomé el trozo de papel de mi cuerpo y lo desplegué delante de mí para compararlo con las letras escritas con una sangre ennegrecida sobre la puerta. Las líneas eran las mismas. Coincidían.

*Y ellos lo han vencido por medio de la sangre del cordero*

Leí las palabras en voz alta aún con el papel frente a mí. Las repetí al mismo tiempo que la puerta se abrió de un golpe y George Bremerton se acercaba a toda prisa hacia mí, con una pistola cargada y lista.

## Capítulo Treinta y seis

**U**n grito igual al hielo quebrándose en un lago congelado sonó dentro de la habitación. Nunca había oído que algo sonara en ese tono tan agudo y espantoso que provocó que mi mente prácticamente se *doblegara*. Era el Residente que se encontraba del otro lado de la puerta. Estaba rasguñando el aire, la puerta abierta, como si una barrera invisible impidiera que ingresara.

Pero eso era lo que menos me preocupaba. Bremerton había actuado rápido y ya se acercaba a toda prisa hacia mí, pateando sus maletas para poder sujetarme por la garganta sin dejar que pudiera defenderme. Me arrojó contra la pared junto a la ventana y con su pesada mano presionó mi cuello.

–Tú lo hiciste –le dije con dificultad–. ¡Tú mataste a su madre! ¡Asesino!

–¿Su madre? –soltó una risa burlona y presionó su pulgar contra mi garganta–. No tengo ni la más mínima idea de quién engendró a mi sobrino y tampoco me interesa. Esa zorra era una de nosotros hasta que decidió darle la espalda a la causa. Ella era solo para dejar todo bien en claro, nada más.

–Entonces, ¿por qué... por qué estás aquí? –si estaba a punto de morir, al menos quería saber cuál era la causa de todo este sufrimiento. Toda esta confusión.

Llevó los ojos hacia arriba y presionó su pulgar sobre mi cuello con más fuerza, hasta que comencé a toser.

–¡¿Por qué?! Para matar al Diablo, muchacha, ¿para qué otra cosa? No asesiné a mi hermano John por mi bienestar. Ahora tú serás quien conteste mis preguntas, y lo harás rápido. ¿Cómo lo hago? –me sacudió con fuerza, dejando de presionar con tanta fuerza mi garganta y permitiendo solo un pequeño pasaje para que la menor cantidad de aire posible saliera. Sus ojos y fosas nasales se agrandaron, saliva salía de su boca mientras me gritaba en el rostro–. Maldita perra, ¿cómo ingresaste aquí? Eres una de ellos. Sé que lo eres. Entonces dime, ¿cómo lo

hiciste?

Desesperada, rasguñé sus manos, tratando de abrir sus dedos y hacer que soltara mi cuello.

–¡Tío!

La voz de Lee sonó desde afuera del pasillo y, por un hermoso instante de luz, pensé que estaba a salvo. Pero Bremerton disparó su arma a ciegas por arriba de su hombro y la bala impactó contra el marco de la puerta. Pude escuchar el grito de Lee apenas más fuerte que el zumbido que se había apoderado de mis oídos. Una serie de chillidos muy agudos comenzaron a sonar en mi cabeza. ¿Me había quedado sorda? La pistola había sonado tan fuerte que sentí como si un pequeño fuego estuviera ardiendo justo frente a mi rostro.

Volvió a cargar la pistola y volteó hacia mí, moviendo el cañón caliente sobre mi sien.

–No lo sé –le contesté respirando con dificultad mientras algunas lágrimas comenzaban a caer por mis ojos–. ¡Por favor! No sé nada.

–¡Mentira! –gritó, sacudiéndome de nuevo. A pesar de tener los ojos llorosos, podía ver las marcas que le había dejado en sus manos y la sangre que fluía por debajo de mis uñas. Nada lo podía detener–. Tú trabajas para el Diablo, muchacha, y ningún servidor del mal es tan inocente o ingenuo como dices ser. ¡Dime cómo llegaste aquí!

¿Cómo...? ¿Cómo...? Intentaba encontrar una respuesta que lo calmara, si es que eso era posible.

–¡No soy una de ellos! –grité.

–¡Te equivocas! –comenzó a hacer fuerza con su boca mientras presionaba la pistola contra mi cabeza–. Un intento más, y mueres.

–El bro... broche –susurré. Fue lo único que se me ocurrió. Mis ojos apuntaron hacia abajo para señalarle dónde se encontraba–. Broche... de oro.

Bremerton buscó en el frente de mi saco y, con la mano que sostenía el arma, retiró el broche de mi vestido. Incrementó la presión sobre mi cuello como si me

estuviera advirtiendo algo, a medida que guardaba el broche en su bolsillo. Había conmoción en la puerta. Podía ver prácticamente a todos los miembros de la residencia reunidos allí, intentando ingresar. Observé cómo Lee daba el primer golpe, seguido por Mary y, por último, el mismísimo Sr. Morningside.

Le hice señas con mi cabeza, tratando de advertirle que no entrara. No. *No*. Pero logró hacerlo. *Un aburrido humano*. Un aburrido humano que intentaba salvar a un monstruo como yo a punto de morir.

Pero Bremerton no desaprovecharía ninguna oportunidad, y no era ningún tonto. Volvió a disparar a ciegas, pero esta vez la bala sí impactó en alguien. Sentí como si me hubiera atravesado en el pecho, pero en realidad había impactado contra el cuerpo de Lee. El disparo me dejó confundida y sorda por un momento, y observé en completo silencio cómo Lee se detenía y se llevaba las manos a su pecho, justo por encima de su corazón, y las alejaba repletas de sangre.

Luego, cayó al suelo y una flor roja comenzó a formarse alrededor de su blanca camisa.

—¡Tú hiciste eso! —Bremerton me gritó—. ¡Tú me hiciste hacerlo!

Su voz estaba opaca, al igual que la mía cuando me arrojé encima de él gritando incoherencias, dándole un último golpe con mi rodilla sobre su ingle. Se apartó y me soltó, retorciéndose del dolor con una tos rasposa. Pero su arma aún seguía firme en la mano y me bloqueaba por completo el camino hacia la puerta.

Miré a Lee, su cuerpo sin vida sobre el suelo, y tanteé mi bolsillo a ciegas en busca de la cuchara. No había nada más a mi alcance y, en ese momento, esa tendría que ser mi única arma. Bremerton se recuperó, como sabía que lo haría, y arremetió contra mí de nuevo, presionándome con más fuerza contra la pared. Y ahí fue cuando tuve la oportunidad de levantar uno de mis brazos y sujetarlo por las muñecas, intentando quitarle la pistola antes de que pudiera apuntarme a la cabeza. Colocó su dedo sobre el gatillo del arma y un pequeño proyectil se accionó hacia mí, rozando mi garganta por solo unos pocos centímetros. Luchamos, los dos empapados en sudor, y entonces llegó el momento que

esperaba. Había ignorado por completo la cuchara que tenía en mi mano izquierda.

Pero no era solo una cuchara. No en ese momento. Podría ser lo que yo quisiera.

Cerré los ojos y clavé la cuchara contra su cuello, pero comenzó a reír, alejando el arma de mí. No había más tiempo. La pistola necesitaría recargarse en algún momento, y a menos que lograra accionar el pestillo sobre la empuñadura para retractar el proyectil, mi hora había llegado. Muy a lo lejos, podía oír a los demás gritando en el corredor, sus voces incoherentes sonaban una sobre la otra mientras luchaban por encontrar una manera de entrar a la sala. Incluso, pude oír el sonido de un hacha golpeando contra la pared, pero no lograrían romperla a tiempo.

No era una cuchara. No era una cuchara. El sudor caliente comenzaba a caer sobre mi frente. El tiempo se detuvo. No era una cuchara, era un cuchillo. *Puñalada, puñalada*. Quería que fuera un cuchillo. *Puñalada*. Nunca en toda mi vida había deseado tanto algo como en ese momento en el que quería que esa cuchara se convirtiera en un cuchillo.

Sentí la cuchara hundirse y, al abrir los ojos, pude ver cómo el cuchillo desaparecía en su garganta. Abrió los ojos con mayor intensidad y un balbuceo de sorpresa brotó de su interior, y por un momento parecía mucho más peligroso. No era suficiente. Todavía podía apuntar la pistola, y eso fue lo que hizo. La levantó con sus dedos débiles y temblorosos, y me apuntó directo a la cabeza.

—¡Mary! ¡Rápido, rápido, protégelos! —oí el grito agudo de Poppy penetrar el velo de terror que me cubría.

Sucedió tan rápido como para poder comprender por completo qué ocurría. Me quedé atónita viendo cómo el proyectil se deslizaba directo hacia mi rostro, por lo que esboqué una expresión de terror. Pero al tocarme la mejilla, solo sentí la suave caricia de una pluma. Bremerton se quedó desconcertado mientras la sangre brotaba de su boca a causa de las heridas ocasionadas por la puñalada. Luego, sentí cómo el aire a nuestro alrededor se tornaba cada vez más sofocante, por lo que me arrodillé, sabiendo que Mary me estaba protegiendo, aunque no dejaba de atemorizarme.

Había pensado que el grito del Residente era lo más horrible que había escuchado (y claro que lo fue), pero un nuevo sonido comenzó a sonar y hacía parecer como si el cielo mismo se estuviera cayendo a pedazos. Sobre el hombro de Bremerton pude ver a Poppy bajo el umbral de la puerta con la boca completamente abierta y los ojos negros como un cielo sin estrellas, mientras su grito sobrenatural sonaba entre nosotros. No nos afectó a Lee ni a mí, pero podía sentir su fuerza sobre mis mejillas a medida que el rostro de George Bremerton se expandía como un furúnculo a punto de estallar. Y así fue. Cerré los ojos con fuerza y me recosté contra la pared; sangre, sesos y Dios sabe qué más, me bañaron de horror.

Mis piernas cedieron y caí sobre el suelo como si no tuviera huesos, intentando quitar la sangre que recubría mis ojos y mi boca. Escupí y tosí, hasta que finalmente después de un largo rato, pude volver a respirar. Luego, las lágrimas llegaron y me arrastré sobre mis manos y rodillas para alejarme del cuerpo sin cabeza de George Bremerton y acercarme al valiente joven que había muerto por su propia sangre traicionera.



## Capítulo Treinta y siete

**D**urante un largo rato luego de haber quitado el cuerpo de Bremerton de la habitación, me senté a un lado de Lee. No había nada que pudiera hacer por él. La bala le había impactado directo en el pecho, por lo que lucía extrañamente intacto, con solo una mancha rojo carmesí sobre su camisa que indicaba que algo había salido completamente mal.

Quité un trozo del cráneo de Bremerton que había caído sobre su bota. Me hizo sentir ofendida saber que eso siquiera lo hubiera tocado.

–Lo siento –le dije sin poder mirarlo al rostro, ya que hacerlo me destrozaría por completo–. Lo siento mucho, amigo mío.

La cuchara ensangrentada había caído sobre la pequeña red que se formaba en mi falda. Luego de asegurarme de que mi mano estuviera limpia, lo tomé de la mano. Su piel aún se encontraba tibia, y eso hizo que las lágrimas comenzaran a caer con mayor fuerza, con mayor dolor, hasta que toda la habitación y las elegantes botas de Lee parecieran una pintura de acuarelas frente a mis ojos.

Chijioke finalmente había derribado la puerta con su hacha, y el resto de las personas pudieron ingresar. Miraron desde el otro lado de la puerta destrozada junto a dos Residentes flotando justo por detrás, como padres preocupados. El Sr. Morningside fue la única persona lo suficientemente valiente o estúpida para entrar y pararse a mi lado. Luego, con un suspiro, se sentó de cuclillas junto a mí en el suelo con las muñecas sobre sus rodillas para descansar las manos.

–Todo esto es mi culpa –me dijo con voz ronca. Si hubiera sido capaz de sentir alguna otra cosa aparte de dolor por la pérdida, me habría maravillado de escucharlo tomar esa responsabilidad–. El primer y último niño... Debería haberlo resuelto antes. Y definitivamente tendría que haber sabido que teníamos a un Fin

de Dayser entre nosotros.

Permanecí en silencio por un largo rato, sin estar interesada en su explicación. Cuando pude controlar las lágrimas, me limpié el rostro con el delantal y lo miré fijo. Cabello negro y ojos dorados. Proporciones perfectas en su rostro. Él también me miró fijo y luego tomó un pañuelo del interior de su traje. Con mucho cuidado, se acercó hacia mí y limpió mi rostro manchado con sangre.

–¿Es cierto lo que dijo? –le pregunté-. ¿En verdad es el Diablo?

–Sí –esbozó una sonrisa irónica llena de cansancio–. Bueno, lo que él llamaría Diablo. Y lo que tú también, imagino. Lo cual, la mayoría de las veces, es ridículo, pero debo admitir que es lo más acertado. Arroja dardos a un diccionario por el tiempo suficiente y podrás atinarle a la palabra “verdad”. He tenido muchas formas, muchos nombres, cientos de años por transcurrir como un pensamiento o un ser de carne y hueso.

Quizás era mejor enterarme de esa forma, ya que todavía estaba paralizada por la muerte de Lee.

–Entonces debe ser muy poderoso.

–Si quieres verlo de esa forma.

–Pero no lo suficiente como para atravesar una *maldita puerta*.

Ante eso, tuvo la delicadeza de encogerse de hombros. Respiró hondo y dobló su pañuelo para pasarlo con cuidado por mi frente.

–Hombres como Bremerton fueron solo una idea durante mucho tiempo. Los de su tipo siempre intentaron eliminarme. Él también podría haberlo logrado si tú no hubieras decidido husmear aquí.

–Ya veo. Desearía que *sí* lo hubiera asesinado.

–No, Louisa, en verdad no lo deseas –el Sr. Morningside (el Diablo) rio sarcásticamente–. Significaría el final del Inframundo y de los humanos tal como los conoces.

–Oh –lo dejé pasar el pañuelo por mi frente, mientras intentaba comprender la magnitud de esta persona, de este *ser*, que estaba sentado a mi lado y quien me

limpiaba la frente con mucha calma. Lo miré de reojo mucho más furiosa—. Cometió un error. Lee era inocente. Bremerton mató a su propio hermano y Lee no tenía ninguna relación con eso. Él solo se *sentía* responsable porque era una buena persona. Por favor, usted es el Diablo, quiero hacer un trato. ¿No es eso lo que hace? ¿Engañar a las personas para que le entreguen sus almas a cambio de un favor?

Movió su cabeza negando y miró el cuerpo sin vida de Lee.

—Sé lo que quieres hacer y yo no puedo ayudarte...

—No —murmuré, cerrando los ojos, lista para dejar caer otra ronda de lágrimas.

—... pero la Sra. Haylam, sí.

No me importaba cuán tonta me veía. ¿Había escuchado bien? ¿En verdad la anciana ama de llaves podría traer a Lee de vuelta a la vida? Lo miré detenidamente, pero no era ninguna broma. Los otros todavía se encontraban deambulando por el corredor y, junto a ellos, estaba la Sra. Haylam, mirándonos con mucha atención.

—Sra. Haylam, ¿puede pasar, por favor?

Se acercó lentamente con las manos sujetadas a su vestido negro. Su piel brillaba en un tono anaranjado por la luz del atardecer que llenaba la habitación. Levanté la vista hacia ella con mucha expectativa. Casi suplicante. Dejé la mirada fija en la mano que tenía sobre la de Lee.

Comenzaron a conversar en un lenguaje que no podía comprender. Era un sonido muy bello y gutural a la vez, y ambos lo hablaban con total naturalidad, como si fueran nativos. A juzgar por la expresión de la Sra. Haylam, podía decir que no estaba feliz por lo que el Sr. Morningside le estaba diciendo.

Sus ojos plateados se entrecerraron.

—No tienes idea de lo que estás pidiendo, jovencita.

—Sí, claro que sí —le respondí.

—¿Leyó el libro? —le preguntó al Sr. Morningside.

—Sí. Aparentemente, conoce los riesgos.

Sus cejas se levantaron de pronto debajo de su cofia.

–“Aparentemente” no me deja muy tranquila, *Annunaki*. El *Da'mbaeru* podría demandar cualquier cosa cuando despierte, y no seré yo quien deba pagar el precio de las sombras.

El Sr. Morningside volteó para mirarme con la barbilla aún levantada en dirección a la anciana. Se aclaró la garganta y se quedó quieto.

–¿Has leído el capítulo sobre los maestros de las sombras, Louisa?

Asentí.

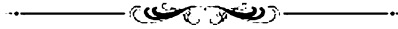
–¿Y lo recuerdas?

–Sí –le contesté, aunque no estaba del todo segura. Claro que lo recordaba, y también todas esas cosas horribles que se pedían a cambio de que una sombra regresara a la vida. En ese momento, todo me había parecido una estupidez inofensiva, el tipo de historia tenebrosa que se utilizaba para asustar a los niños y guiarlos en un camino de devoción a Dios. Podía sentir mi estómago retorcerse del miedo—. Lo recuerdo.

¿Lee me agradecería por esto? Finalmente, lo miré al rostro y mi mandíbula comenzó a temblar de tristeza. No quería perderlo, por más egoísta que sonara eso. Mary, Chijioke y Poppy ingresaron por el hueco de la puerta, junto a Bartolomé, quien miró a su dueña con las orejas hacia atrás.

La Sra. Haylam se remangó y su ojo infectado se limpió por completo, brillando en un color dorado como el oro. Cuando la conocí, había visto algunas marcas sobre sus muñecas, pero ya no solo las tenía en esa parte, sino recubriéndoles los dos brazos. Eran pequeños tatuajes que contorneaban toda su piel, como un interminable eco siniestro.

–Te lo preguntaré una sola vez, Louisa, jovencita tonta, y tendrás que pensarlo con mucho cuidado antes de responderme: ¿quieres resucitar a este joven y pagar el precio? Piensa antes de hablar; tienes que saber que deberás entregar cualquier cosa que te demanden, incluso tu vida por la suya.



Acepté.

Si fui egoísta o no, no podía decirlo, ya que estaba segura de que su muerte era algo que podría haberse evitado, algo que yo podría haber evitado. Nunca le había contado toda la verdad. Si tan solo hubiera arriesgado más, él podría haberse salvado de alguna forma, podría haber estado más motivado de irse por su bienestar. Y mientras aún estaba sentada en el suelo, mirando a la Sra. Haylam expectante, la idea de perder mi vida por la suya parecía algo mucho más preferible. ¿Qué era de todas formas? Un monstruo, aparentemente, uno cuyo destino era estar entre marginados y criaturas de la oscuridad.

Era inmaduro tener tan poco aprecio por mi propia vida, pero en ese momento se sentía como si fuera la única verdad. Mi vida por la suya; una vida atormentada por una inocente.

—Acepto —eso fue lo único que hizo falta. La Sra. Haylam se arrodilló junto a la cabeza de Lee y colocó las manos sobre sus orejas. Sus ojos quedaron completamente blancos y comenzaron a brillar con un color dorado sólido otra vez. Enseguida, comenzó a susurrar un tramado de palabras en el mismo idioma en el que había hablado con el Sr. Morningside hacía unos pocos minutos.

La habitación comenzó a temblar, con suavidad al principio, pero luego de una forma que hacía parecer que el techo estaba por caer encima de nosotros. Suspiré y retrocedí, observando cómo la sombra del cuerpo de Lee sobre el suelo era absorbida por su cuerpo hasta desaparecer. Inmediatamente abrió la boca, y esa misma sombra emergió desde allí, flotando sobre sus labios hasta quedarse parada sobre él. La silueta del muchacho que supe conocer flotaba sobre nosotros.

Me quedé temblando, mirando boquiabierto cómo la sombra estiraba sus brazos negros fantasmales y los inspeccionaba, como si se estuviera probando un nuevo traje.

–¿Cuál es el precio? –murmuró la Sra. Haylam, sus ojos resplandeciendo como luces de hadas.

La sombra de Lee volteó para enfrentarla y la Sra. Haylam me señaló con la cabeza.

–¿Ella pagará el precio? –era la voz de Lee, pero más fría, sin emoción, sin la dulzura y calidez que uno esperaría de él. *Oh Dios, ¿todo esto es un error?*

–Tal como fue acordado –le contestó.

La sombra volteó, con sus pies colgando sobre la boca abierta de Lee. Sus ojos huecos me miraron por un largo tiempo, hasta que finalmente me habló sin ninguna expresión.

–Tres ofrendas te pediré. La primera, un mechón de tu cabello.

–Cl... claro –le contesté tartamudeando. El Sr. Morningside me entregó un pequeño cuchillo de bolsillo. Casi había olvidado su presencia, ya que estaba allí de pie en completo silencio. Sus ojos se encontraban ocultos mientras me entregaba el cuchillo y, otra vez, me cuestionaba la decisión. ¿Acaso el Diablo no debería estar alegre de haberme engañado para que hiciera esto? Corté un trozo de la punta de mi trenza y se lo entregué a la Sra. Haylam.

–Lo segundo, una gota de tu sangre –me solicitó la sombra.

–Listo –ya tenía el cuchillo en mi mano. Pinché mi pulgar y observé cómo la sangre brotaba hacia la superficie y se desvanecía en la neblina que flotaba en el ambiente a nuestro alrededor.

–La tercera –murmuró la sombra, sus ojos huecos se entrecerraban mientras sonreía–, la vida de tu primogénito.

Abrí grandes los ojos al oír eso, mi corazón comenzó a latir con más fuerza y mi boca se secó. Luego, miré al Sr. Morningside y a la Sra. Haylam, esperando instrucciones.

–Yo... yo no tengo un hijo, sombra; debes haberte equivocado.

–No es una confusión –me contestó con un sonido sibilante. Luego, volteó lentamente hasta enfrentar la puerta y extendió un brazo para señalar a Mary,

quien nos miraba con los ojos bien abiertos desde el umbral de la puerta-. Tú creaste a esa muchacha, nacida de tus deseos y mente. Me la llevaré como el precio a pagar.

-¡No! -sacudí mi cabeza de lado a lado, arrodillándome-. No puedes llevarte a Mary; ¡ella no hizo nada!

-Louisa, aceptaste -me dijo el Diablo, tocándome el hombro con suavidad-. No hay forma de retractarse ahora.

-¡No lo permitiré! -grité, apartando su mano.

Mary ingresó a la habitación con las manos sujetadas a su delantal. Esbozó una extraña sonrisa de amabilidad y tristeza. De aceptación. No. No. ¡Eso no era lo que quería! Nada de esto era lo que quería...

-No tienes que hacer esto -le dije, sacudiendo la cabeza con las mejillas repletas de lágrimas-. ¡Debería ser mi vida, no la tuya! ¡Lárgate, Mary, voltea!

Pero ella simplemente caminó hacia nosotros, tranquila, como si fuera directo a su ejecución.

-Todo estará bien -me dijo con suavidad. Afuera en el pasillo, se acercó a Chijioke y le dio un fuerte abrazo con sus pequeños brazos, al igual que a Poppy. Incluso se tomó un momento para besarle la cabeza a Bartolomé.

-¿Estás segura de esto, Mary? -le preguntó Chijioke, secándose las lágrimas con la mano.

-Absolutamente -fue su respuesta.

No... Ella no tenía que despedirse. Ella no tenía que hacer esto por mí. El Sr. Morningside se levantó y se marchó hacia la esquina para cederle el lugar a Mary, quien se arrodilló y colocó su frente contra la mía.

-Iré, Louisa. No tienes que preocuparte.

-¡No! -volteé para buscar ayuda, disensión, pero nadie dijo nada; simplemente se quedaron mirándome-. No puedo permitir que hagas esto, Mary. No sabía que te había creado. No quería... no...

La sujeté con fuerza con mis brazos. Era Maggie. Era Mary. Yo la había creado

y la necesitaba, ella había sido mi amiga en las peores horas de mi vida. Y se estaba marchando. Al igual que Lee.

Había intentado salvarlos a todos, pero solo los dejé a todos en las ruinas.

Con cuidado, Mary se soltó de mis brazos y sonrió con suavidad; sentí sus ojos verdes tan familiares y completos, tan desgarradores, llenos con nada más que amor.

–No llores, Louisa –me dijo, levantándose y sujetando la mano de la sombra–. Solo estoy yendo a casa.



## Capítulo Treinta y ocho

**E**n un abrir y cerrar de ojos, desapareció, como si nunca hubiera existido. Como si mi necesidad de tener un amigo nunca la hubiera creado. Y con ella, la sombra también se desvaneció dentro de la boca de Lee.

La sangre que había ensuciado los tapetes había sido absorbida gradualmente por su cuerpo, provocando que sus mejillas volvieran a resplandecer con un color saludable. Y de inmediato, gracias al hechizo de la Sra. Haylam, pude ver su pecho subir y bajar.

Estaba vivo.

–Despertará cuando se asome la luna –me dijo la Sra. Haylam. Su ojo estaba blanco de nuevo, y se bajó las mangas mirándome amenazadora. Me quedé en silencio, viendo cómo ella y el Sr. Morningside levantaban el cuerpo de Lee, que aún no parecía reaccionar. Cuando se lo llevaron de la habitación, los seguí por detrás, sintiéndome adormecida y con frío durante el camino de regreso a su habitación, donde lo recostaron sobre la cama.

Me llevó bastante tiempo darme cuenta de lo que no se veía bien en él: no tenía sombra, ni siquiera cuando lo levantaron y colocaron sobre la cama. Esa cosa me había pedido cabello, sangre y una vida, que seguramente estaba en algún lugar en su interior, y esa sola idea me hacía sentir arrepentida.

¿Qué le había hecho? ¿Qué le había hecho a Mary?

Permanecí de pie a un lado de la cama, con el atardecer deslizándose hacia la noche oscura afuera con una nube de murciélagos que oscurecía el cielo sobre la residencia, justo a tiempo para que los Residentes aparecieran y merodearan por los pasillos.

La Sra. Haylam se quedó por un rato más a mi lado, su hombro rozando el mío.

–Te lo advertí –me dijo con una voz que guardaba un sentimiento de

compasión, no de desprecio.

–Ya lo sé, tendría que haber escuchado. ¿Él será el mismo? –le pregunté. La Sra. Haylam soltó una respiración temblorosa.

–Sí y no. Será el muchacho que conocías, pero la muerte ya lo ha tocado y tendrá que vivir bajo la voluntad de las sombras. Habrá mucha oscuridad en su interior, y una inmensa capacidad para hacer el mal.

Asentí, tocando la manta sobre la cual se encontraba recostado.

–El Sr. Morningside cometió un error. Lee no estaba destinado a estar aquí. Él era inocente.

–Sí, y tu certeza fue la única razón por la que acepté hacer esto –me contestó, señalándolo–. Ya no podrá salir de este lugar, Louisa. Una sombra no tiene forma; estará bajo el control de los mismos hechizos que mantienen a los Residentes aquí, y cuando su carne se desvanezca, será uno de ellos. Tú no vivirás para verlo, pero él estará aquí para siempre.

–Cada vez peor –susurré, sintiéndome sin esperanzas. Perdida. Si había destinado a Lee a permanecer en esta residencia en contra de su voluntad, entonces yo también me tendría que quedar. Era lo correcto, luego de todos los problemas que había ocasionado–. Lo maldije a él y perdí a Mary a la vez.

–Quizás no –contestó la Sra. Haylam con suavidad, colocando una de sus manos sobre mi espalda con cierto afecto maternal–. Quizás no.

–¿Qué quiere decir? –le pregunté.

Señaló la puerta con un gesto suave de cabeza y volteé para encontrarme con el Sr. Morningside mirándonos, apoyado sobre el marco de la puerta. Era el Diablo, pero eso no me asustó al notar que se acercaba y extendía un brazo. Lo tomé y levanté la vista hacia él, sin dejarme seducir por su sonrisa fácil.

Sus ojos dorados brillaron y me dio una palmada en la mano.

–¿Qué te parece realizar un pequeño viaje? –me preguntó–. A Irlanda, quizás. Waterford, para ser más específico. Conozco un manantial allí con un poder extraordinario. Extiende la mano.

Lo hice, y una sensación familiar recorrió mi cabeza. El sueño. El libro. ¿En verdad no estaba todo perdido? ¿Podría ver a Mary otra vez? Cuando abrí el puño, me encontré con que había soltado sobre mi palma un pequeño dedal que aún guardaba el calor de su mano, junto a un broche de oro que me resultaba familiar.

–No estés fuera por mucho tiempo –me dijo el Diablo, dirigiéndose hacia la puerta. Se detuvo un segundo y volteó sobre su hombro para mirarme–. Tu destino es estar aquí, en la Coldthistle House.

# Epílogo

**E**l siguiente mes, me encontraba de pie en el frío penetrante con una bufanda de lana que recubría mi boca, esperando fuera de una taberna. Golpeaba mis pies contra el suelo mientras observaba cómo mi aliento se transformaba en pequeños dragones blancos que flotaban hacia un cielo plateado.

Si bien Waterford había sido mi hogar durante muchos años, me sentía como una forastera. Esa niñez se sentía a cientos de años de distancia. Ya no era la misma muchacha tímida y miserable que se arrastraba en el lodo mientras sus padres peleaban una y otra vez. Un hombre se abrió paso con uno de sus hombros hacia la taberna, mirándome con lujuria. Asqueada ante la escena, volteé hacia el lado contrario y presioné mis brazos con fuerza contra mi cuerpo para resguardarme del frío.

Las barcas flotaban en el río, a la par de los trabajadores que se gritaban entre sí durante sus descansos vespertinos. Algunas gaviotas revoloteaban con su blancura a lo alto, sobre mí, agitando sus plumas al viento. Ya no podía ver un ave sin pensar en el Sr. Morningside y la inmensa cantidad de almas que tenía guardadas en su oficina. ¿Para qué las necesitaba? Me preguntaba si alguna vez me lo diría.

Suspiré y observé la calle de una punta a la otra, prestándole atención a cada rostro que pasaba frente a mí. ¿Vendría? ¿O era tan solo un engaño? No. Paciencia. Abrí mi mitón y allí estaba, la promesa de la amistad restaurada. Una forma de hacer que todo estuviera bien otra vez.

Un dedal.

Otro cuarto de hora pasó hasta que decidí marcharme y probar al día siguiente. Y allí fue cuando él apareció. Era un hombre bajo con un rostro redondo y ancho.

Su cabello extremadamente rojizo se disparaba en todas direcciones.

–¿Alec? –pregunté, observándolo a medida que se acercaba hacia mí con una enorme sonrisa–. Estoy buscando un manantial muy especial. ¿Puede ayudarme?

Sus ojos brillaron y se posicionaron sobre el camino, pidiéndome que lo siguiera.

–Si lo que buscas un manantial es, conozco uno que satisfaría hasta a un rey.

Presioné con fuerza el dedal en mi puño y avancé detrás de él.

# Agradecimientos



Quiero agradecerle a Kate McKean por no decirme que era una completa lunática por proponer esta novela desde un principio. Lo que comenzó como una idea aislada en el camino desde Chipotle se transformó en una historia que me llevó a lugares que nunca hubiera imaginado. Gracias a Andrew Harwell y HarperCollins por haber creído en este proyecto y por haberme dado una increíble libertad para experimentar; asimismo, también a los artistas que trabajaron muy duro para hacer que este libro sea una hermosura siniestra digna de admirar.

Mi madre fue quien me hizo entusiasmarme con las historias de Jane Austen cuando era pequeña y no creo que este libro hubiera sido posible sin ese incentivo. No estoy segura de que este haya sido el resultado que esperabas, mamá, pero espero que estés orgullosa de todas formas. Creo que Jane lo disfrutaría (aunque quizás no los insultos). También gracias a Pops, Nick, Tristan, Julie, Gwen y Dom por ser el soporte familiar más grandioso que una escritora pueda tener.

Gracias a Brent y Smidge por haber sido pacientes a medida que este libro tomaba mi vida por completo y, ocasionalmente, me hacía ser una persona muy difícil para convivir. Gracias por sus ideas y por recordarme que sus pistolas antiguas no son como las modernas.

Un inmenso agradecimiento a Tadhg Ó Maoldhomhnaigh por la ayuda con las traducciones del gaélico. Mientras estaba trabajando en el libro, me vi completamente inmersa en algunas de las brillantes novelas de Andrea Portes y su genio me impulsó a trabajar más duro y pensar en grande.

Y a Louisa, de quien tomé prestado el nombre para el personaje. Extraño escribir contigo, gracias por haberme prestado tu hermoso nombre.

## MADELEINE ROUX

es la autora best seller de *The New York Times* de la saga **Asylum**, que fue publicada en nueve idiomas en todo el mundo. La serie se compone por *Asylum*, *Sanctum*, *Catacomb* y *Escape del Asylum* y dos historias cortas, *Scarlets* y *Los artistas de huesos*.

*La mansión de las furias* es el inicio de una nueva serie de terror gótico paranormal, que promete deleitar nuevamente a los fanáticos de Roux.

Madeleine es graduada del Beloit College.



Marco victoriano por iStock / Getty Images.

Textura de pared por iStock / Getty Images.

Suciedad en paredes © 2017 por iStock / Getty Images.

Fotografías © 2017 por iStock / Getty Images.







- **Título original:** *House of Furies*
- **Dirección editorial:** Marcela Luza
- **Edición:** Leonel Teti con Erika Wrede
- **Coordinadora de arte:** Marianela Acuña
- **Armado y adaptación de diseño:** Tomás Caramella
- **Arte de portada:** ©2017 Daniel Danger
- **Diseño de portada:** Erin Fitzsimmons

©2017 Madeleine Roux

Ilustraciones por Iris Compriet

©2017 V&R Editoras

[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

Publicado en virtud de un acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers. Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

**ARGENTINA:**

San Martín 969 piso 10  
(C1004AAS) Buenos Aires  
Tel./Fax: (54-11) 5352-  
9444  
y rotativas  
e-mail:  
[editorial@vreditoras.com](mailto:editorial@vreditoras.com)

**MÉXICO:**

Dakota 274, Colonia Nápoles  
CP 03810, Del. Benito Juárez,  
Ciudad de México  
Tel./Fax: (5255) 5220-  
6620/6621  
01800-543-4995  
e-mail:  
[editoras@vergarariba.com.mx](mailto:editoras@vergarariba.com.mx)

**ISBN: 978-987-747-299-8**

Mayo de 2017

Roux, Madeleine

La mansión de las furias / Madeleine Roux. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Julián Alejo Sosa.

ISBN 978-987-747-299-8

1. Literatura Juvenil Estadounidense. 2. Novelas de Terror. I. Sosa, Julián Alejo, trad. II. Título.

CDD 813

# ¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a [vrva@vreditoras.com](mailto:vrva@vreditoras.com)  
con el título de esta novela en el asunto.

Encuétranos en

 [facebook.com/vreditorasya](https://facebook.com/vreditorasya)

 [twitter.com/vreditorasya](https://twitter.com/vreditorasya)

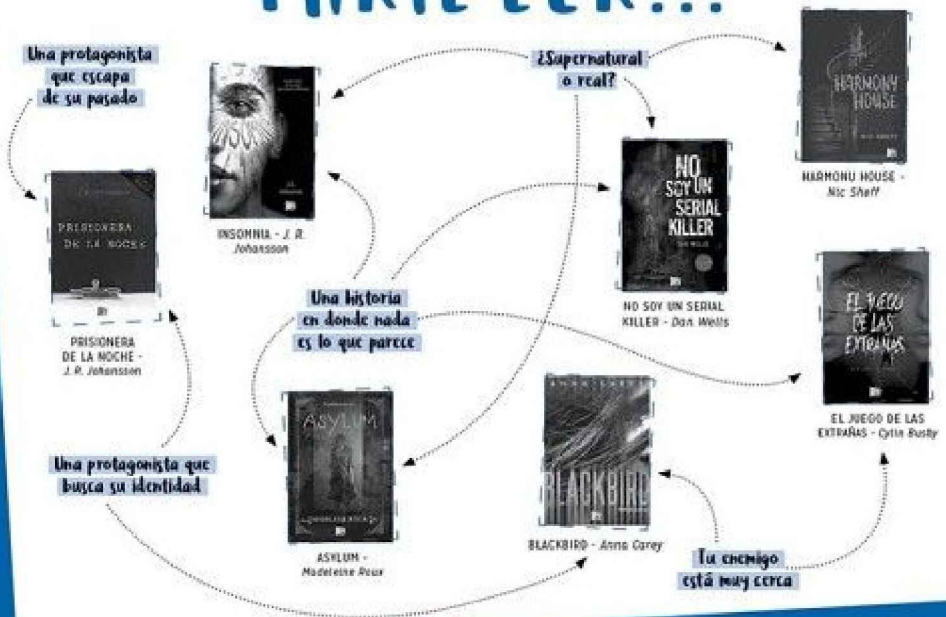
 [instagram.com/vreditorasya](https://instagram.com/vreditorasya)

COMPARTE  
tu experiencia con  
este libro con el hashtag

[#lamansiondelasfurias](https://twitter.com/hashtag/lamansiondelasfurias)



# THRILLER...



# Índice

Norte de Inglaterra, 1810

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y uno

Capítulo Treinta y dos

Capítulo Treinta y tres  
Capítulo Treinta y cuatro  
Capítulo Treinta y cinco  
Capítulo Treinta y seis  
Capítulo Treinta y siete  
Capítulo Treinta y ocho  
Epílogo  
Agradecimientos  
Sobre la autora